

Historias
de Nuestra
Tierra
Antología 2011



Historias de Nuestra Tierra

ANTOLOGÍA 2011



FUNDACIÓN DE COMUNICACIONES, CAPACITACIÓN Y CULTURA DEL AGRO / FUCOA
MINISTERIO DE AGRICULTURA - MINISTERIO DE EDUCACIÓN



FUCOA
Ministerio de
Agricultura



**Edición, Diseño y Producción:
Fundación de Comunicaciones, Capacitación
y Cultura del Agro, FUCOA,
del Ministerio de Agricultura**

Diseño Gráfico y Diagramación:
Unidad de Diseño FUCOA





Índice

PRESENTACIÓN	11
HISTORIAS CAMPESINAS / GANADORES NACIONALES	15
Primer lugar La aparición luminosa, Luis Arturo Ibarra, San Fernando, Región de O'Higgins	16
Segundo lugar Viento blanco, Iván Rojel Figueroa, Punta Arenas, Región de Magallanes	22
Pueblos Originarios Ch'alla-ike, el cerro dormido en la arena, Juan José Flores, Camiña, Región de Tarapacá	25
Mujer Rural Casimira, Lissette Odette Quezada, La Unión, Región de Los Ríos	28
GANADORES REGIONALES	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar / Aceituno y Sofía, Graciela Flores, Arica	30
Segundo lugar / Azapa y Putre unidos por un sueño, José Maldonado, Arica	34
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / La piedra Chancuana, Miriam Torres, Pozo Almonte	36
Segundo lugar / Secretos del altiplano, María Inés Chamorro, Pozo Almonte	38
REGIÓN DE REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / El mejor hombre de toda esta historia, Paula Nievas, San Pedro de Atacama	41
Segundo lugar / El "Meico", Naroa Lemus, Antofagasta	44
REGIÓN DE REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / Girasoles benditos, Patricio Aviel, Copiapó	47
Segundo lugar / Germinando entre parronales, Claudia Latorre, Copiapó	51

REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / La pugna, Carlos Ardiles, Ovalle	56
Segundo lugar / Reencuentros mágicos, Fidel Inda, La Higuera	59
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / Dos herencias, Emilia Chelen, Quillota	63
Segundo lugar / Historia de la cruz del liceo de Viña Errázuriz, Cristian Cruz, San Felipe	67
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar / Las dos razones, Dante Poblete, Puente Alto	70
Segundo lugar / El nido de treiles, Héctor Arriagada, Providencia	73
REGIÓN DE O'HIGGINS	
Primer Lugar / Huaso León. José Luis Gómez, San Francisco De Mostazal	75
Segundo Lugar / La suegra, la verdadera hija del Mandinga, Consuelo Petit, Santa Cruz	83
REGIÓN DEL MAULE	
Primer lugar / Breve testimonio de Lucila, Purísima González, Rauco	87
Segundo lugar / El árbol ánima, Alfredo Silva, Constitución	91
REGIÓN DEL BIOBÍO	
Primer lugar / Padre viejo, Patricio Ramos, Coronel	95
Segundo lugar / El creyente, Sady Ogalde, Talcahuano	100
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Primer lugar / Las riquezas del campo, Ana Arriagada, Curacautín	104
REGIÓN DE LOS RÍOS	
Primer lugar / Vuelta Cambray, Lucía del Carmen Orellana, Panguipulli	109
Segundo lugar / Los Tiuques, Camilo Henríquez, Valdivia	111
REGIÓN DE LOS LAGOS	
Primer lugar / El candado de madera, Nelson Torres, Castro	114
Segundo lugar / La emboscada, Yuri Soria-Galvarro, Puerto Montt	117

REGIÓN DE AYSÉN	
Primer lugar / La historia del bosque muerto, Alejandro Montiel, Coyhaique	119
Segundo lugar / A orillas del río Cajón Blanco, Víctor Oyarzo, Coyhaique	122
REGIÓN DE MAGALLANES	
Primer Lugar / Par de bestias, M ^a Antonieta Barrientos, Punta Arenas	125
Segundo Lugar / Convenio colectivo, Héctor Chávez, Puerto Natales	128
ME LO CONTÓ MI ABUELITO / GANADORES NACIONALES	132
Primer lugar	
El entierro, Matías Caces, Victoria, Araucanía	134
Segundo lugar	
Amiga de la maldad, Josefa Quila, Las Cabras, O'Higgins	136
Pueblos Originarios	
El espíritu de Maiku, Yumara Peralta, Camiña, Tarapacá	138
GANADORES REGIONALES	
REGIÓN DE ARICA	
Primer lugar / Ticnamar, pueblo precordillerano, Sharay Veliz, Arica	140
Segundo lugar / Mi Jach'a Tata Juan, Pagssi Liwen Aníñir Flores, Arica	143
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / Cuando el campo se vuelve rojo, Francisca Varela, Alto Hospicio	144
Segundo lugar / La música en las montañas, Emiluz Mamani, Camiña	147
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / Un día en la panadería, Dafne Yufla, Chiu Chiu	148
Segundo lugar / No me quiero ir de mi pueblo, Ivannia Orellana, Caspana	149
REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / La nubecita milagrosa, Daniel Leiva, Copiapó	150
Segundo lugar / La fábula del Alicanto, Nelson Leiva, Copiapó	154

REGIÓN DE COQUIMBO

Primer lugar / Monedas de oro, Camila Vicencio, Combarbalá	158
Segundo lugar / Aventura en el bosque, Leyla Pizarro, La Serena	159

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Primer lugar / La lección de Efraín, Josué Leiva, Putaendo	160
Segundo lugar / Nelson y la tribu linca, Nelson Páez, San Felipe	162

REGIÓN METROPOLITANA

Primer lugar / La araña Tirula, Maximiliano Valdés, Quilicura	165
Segundo lugar / La familia en el campo, Lissete Marchant, Estación Central	167

REGIÓN DE O'HIGGINS

Primer lugar / Las misiones en el inca, Valentina Díaz, San Vicente	168
Segundo lugar / Todo no se puede tener, Josefa Quila, Las Cabras	171

REGIÓN DEL MAULE

Primer lugar / El joven y la sirena, Francisco Javier González, San Rafael	172
Segundo lugar / Una historia de buen amor, Lukas Rojas, San Clemente	174

REGIÓN BIOBIO

Primer lugar / El angelito del zanjón seco, Juan José Aldea, Quilleco	176
Segundo lugar / Sepultado bajo la mina, Ivanna Montserrat Cuevas, San Pedro de la Paz	177

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Primer lugar / Cuando corría el tren, Valentina Sáez, Carahue	178
Segundo lugar / La guagua que llora alrededor de la laguna, Soledad Fuentes, Perquenco	180

REGIÓN DE LOS RÍOS

Primer lugar / Mi abuelo me lo contó, Jonathan Moreno, La Unión	181
Segundo lugar / El milagro de Anselmo, Leandro Miranda, La Unión	183

REGIÓN DE LOS LAGOS

Primer lugar / Los kalkú del Bolsón, Paula Castillo, Río Negro	185
Segundo lugar / Petición concedida, Tamara Pillancar, Río Negro	186



REGIÓN DE AYSÉN	
Primer lugar / Los caballos en peligro, Yovani Torres Antillanca, Coyhaique	188
Segundo lugar / La laguna del toro, Miguel Ángel Chiguay Mancilla, Coyhaique.	189
REGIÓN DE MAGALLANES	
Primer lugar / El eterno aventurero, Constanza Zurita, Pta. Arenas	190
Segundo lugar / Rayo y Tuerto, Fernanda Alvarado, Laguna Blanca	192
POESÍA DEL MUNDO RURAL / GANADORES NACIONALES	194
Primer lugar	
La fauna, Miguel Ramírez, Quilicura, Región Metropolitana	196
Segundo lugar	
El viento andino tiene poder, Yessenia Ingala, Alto Hospicio, Región de Tarapacá	199
MENCIONES HONROSAS REGIONALES	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	201
Adiós a los olivos, Andrés Oyarzo, Arica	
REGIÓN DE TARAPACÁ	203
Fiestas Patrias en el campo, Víctor Liberona Cartes	
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	205
Mi amigo coipo, Eduardo Soto, Antofagasta	
REGIÓN DE COQUIMBO	209
Regreso, Aliro Flores, Combarbalá	
REGIÓN DE VALPARAÍSO	212
Campo, Lida Ramírez, Viña del Mar	
REGIÓN METROPOLITANA	215
Amor extremo, Iván Pineda	



REGIÓN DE O'HIGGINS Niños De Campo, Angélica González, Rengo	220
REGIÓN DEL MAULE El Vino No Es El Culpable, Carmen Gloria Albornoz, Talca	222
REGIÓN DEL BIOBÍO Franklin Caicedo, David Avello, Talcahuano	224
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA El apocalipsis, Gloria Lepilaf, Lautaro	226
REGIÓN DE LOS RÍOS La mujer en el campo, Susana Altamirano	229
REGIÓN DE LOS LAGOS Añoranzas del labrador, Marcela Oporto, Río Negro	231
REGIÓN DE AYSÉN Blanca Rosa, madre, José del Tránsito Vidal Barría	235
REGIÓN DE MAGALLANES Abuelo, Iván Rojel, Punta Arenas	237









Presentación

Una vez más, la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa) tiene el agrado de poner a disposición del público en general la Antología Historias de Nuestra Tierra, que reúne los trabajos ganadores nacionales y regionales del concurso literario del mismo nombre, en su versión número 19, en sus tres categorías: Historias campesinas, Poesía del Mundo Rural (mayores de 18 años) y Me lo contó mi abuelito (menores de 18 años).

Un recorrido por nuestro país es lo que presentan los trabajos ganadores publicados en esta antología. Son historias de vida, leyendas, relatos de la tradición oral que permiten rescatar parte de la identidad chilena a través de las letras de participantes de las más diversas zonas de Chile.

“La aparición luminosa”, trabajo ganador del primer lugar en la categoría Historias Campesinas, escrito por Luis Ibarra, es una de las muchas historias que circulan en las diferentes localidades rurales de la zona central, que relatan sucesos atribuidos a manifestaciones sobrenaturales. A su vez, “Viento blanco”, historia que obtuvo el segundo lugar en la misma categoría, ambientada en el extremo austral del país, relata cómo es la vida y el trabajo de un ovejero.

El premio especial Pueblos Originarios (para mayores de 18 años), es un acercamiento a la tradición oral del pueblo aymara, con la historia “Ch’alla-ike, el cerro dormido en la arena”, escrita por Juan José Flores Cárcamo. Relata cómo se habrían formado los cerros que rodean la ciudad de Iquique, cerros que cobran vida, se relacionan entre ellos y se mueven desde el interior hasta la costa.

“Casimira” es la historia ganadora del premio Mujer Rural y en ella su autora Lissette Quezada relata una experiencia de vida a partir de tres mujeres campesinas: su madre, su abuela y su tía, quienes siempre residieron en el sector de La Junta, Región de Los Ríos.



A través de los trabajos de la categoría “Me lo contó mi abuelito” los participantes menores de 18 años nos entregan, desde su mirada, historias contadas por sus mayores. En este sentido “El entierro”, relato ganador del primer lugar escrito por Matías Caces, de Pailahueque, localidad de la Región de La Araucanía, es una versión local de uno de los tantos entierros que existirían en la zona central del país. Yumara Peralta Taucare, ganadora del premio Pueblos Originarios, cuenta una situación experimentada por su abuela en torno a uno de los cerros sagrados para el pueblo aymara, el Jachura.

Por segundo año consecutivo se contó con jurados regionales, quienes seleccionaron los mejores trabajos de cada región, los que pasaron a la selección nacional.

Agradecemos tanto a los jurados regionales, conformados por gestores culturales y profesionales de la educación, agricultura y cultura, como al jurado nacional, compuesto por reconocidos representantes de las letras y de la música tradicional chilena.

Con esta selección una vez más el concurso Historias de Nuestra Tierra cumple con su principal objetivo de rescatar las tradiciones, costumbres y leyendas de nuestro campo y de acercar la forma de vida del sector rural y agrícola al urbano. Como ha dicho el Presidente Sebastián Piñera: “la agricultura es mucho más que una actividad económica; es una forma de vida para tres millones de chilenos, pero es parte del alma de nuestro país y nunca debemos cansarnos de repetirlo y de reforzarlo: ahí están nuestras mejores costumbres, tradiciones, ahí están las raíces de nuestra cultura, ahí está el alma y la identidad de nuestro país”, identidad que sin duda se refleja en este compilado de historias, cuentos y poesías.

Francisco Contardo Morandé
Vicepresidente Ejecutivo Fucoa







JURADO NACIONAL /

19º CONCURSO DE HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA CUENTOS Y POESÍA DEL MUNDO RURAL

Presidenta del jurado nacional

Cecilia Morel Montes, Primera Dama

Historias Campesinas

Margot Loyola Palacios, investigadora del folclor tradicional y creadora.

Antonio Márquez Allison, historiador

Magdalena Krebs Kaulen, Directora Nacional Dibam

Álvaro Cruzat Cruchaga, Subsecretario de Agricultura

Poesía del Mundo Rural

Benjamín Mackenna Besa, integrante y fundador conjunto folclórico

Los Huasos Quincheros

Domingo Pontigo Meléndez, cantor a lo divino

Oswaldo Cádiz, investigador del folclor tradicional

Me lo contó mi abuelito

Natalia García Céspedes, coordinadora del Plan Nacional de Fomento de la Lectura, Ministerio de Educación

Miguel Gutiérrez Lazo, profesor, folclorista y fundador de los conjuntos Graneros y Los Grillitos

Francisca Aninat Ureta, periodista y escritora



GANADORES
NACIONALES Y REGIONALES

CATEGORÍA
Historias Campesinas

Luis Arturo Ibarra
SAN FERNANDO
REGIÓN DE O'HIGGINS

La aparición luminosa

Esta historia la narró María, mi madre, a sus nietos, y le sucedió a mi padre Félix en la localidad de La Candelaria, Comuna de Chépica, en la Sexta Región.

Dijo mi progenitora:

“Cierta día, cuando Félix tenía nueve años, mi suegro lo envié a dejar un rebaño vacuno a Teno, lugar donde lo estaría esperando un comprador (imagínense ustedes la madurez que precisaba un niño de esa edad para arrear él solo un piño de animales). Partió muy temprano, por los lomajes sembrados de espinos, boldos y rocas, siguiendo las huellas que dejaron otros cuadrúpedos tras su paso por estos agrestes parajes. Debía regresar esa misma tarde a casa”.

“Al volver, trepando y bajando con su fiel caballo las huellas de los cerros, tempranamente comenzó a tejerse en la campiña una niebla muy espesa, de aquellas que no dejan ver más allá de nuestra nariz. Paralelamente, fue cayendo también la noche con paso acelerado”.

“Ante el temor y la nublada conciencia, Félix se apeó y continuó su marcha llevando de la brida al sudoroso caballo, que resoplaba fuertemente, acicateado por las fantasmagóricas sombras usurpadoras. Este errante peregrino tropezaba a cada instante, avanzando a tientas por el abrupto sendero, preocupado, además, de no soltar la rienda del equino para conservar el único vestigio viviente que lograba afianzarlo a la inquietante soledad”.

“Aterido y con la cara chicoteada por los lacerantes ramajes, a tientas, logró llegar hasta una abultada roca que le sirvió de refugio. Ahí se acurrucó, esperando quizás algún milagro que le iluminara el camino o, simplemente, que las horas transcurrieran con mayor prisa”.

“Con las piernas tullidas, logró conciliar por un rato el sueño. Ya las llagas del rostro no le dolían tanto, debido, en parte, al adormecimiento de las carnes”.

“Mientras dormitaba, un extraño sobresalto lo despertó bruscamente, ante la súbita irrupción de

aquel aullido lastimero, que se repetiría segundos después. Se levantó despacio. Visiblemente aterrado quiso gritar, pero su garganta no respondió. Procuró caminar, pero las piernas se negaron a obedecer. De improviso, divisó dos hipnotizantes luces rojizas que se balanceaban al compás de las ramas de un sauce. Trató de retroceder; sin embargo esa acción lo lanzó pesadamente de espaldas, golpeándose la cabeza contra la misma roca que antes lo protegiera”.

-¿Quién... anda... ahí? - “logró balbucear, con un nudo atravesado en la garganta”.

“Nadie respondió”.

“Indagó por segunda vez, ya con la voz un tanto más segura. Entonces, de los matorrales se desprendió una sombra peluda que adelantó algunos pasos su cuerpo y luego retrocedió”.

-¡Sal de ahí, no te tengo miedo! - “gritó fuerte Félix, dándose valor con un timbre enronquecido”.

“Las luces rojizas se movieron hacia el costado derecho, y súbitamente salieron disparadas como un rayo por entre la vegetación, para perderse definitivamente en la distancia”.

“Félix imaginó un perro de enorme tamaño, en correrías nocturnas. Respirando hondo, dio un sonoro suspiro para despojarse de sus miedos, y se acurrucó nuevamente junto a la roca que le ofrecía su hospitalidad. Ya no durmió más. Como pudo, acomodó su cuerpo en el improvisado lecho y se dispuso a esperar las horas hasta que la noche disipara sus inclementes sombras”.

“Había transcurrido algún tiempo en esa incómoda posición cuando sintió a lo lejos el canto peculiar de un gallo. No lo pensó dos veces y, adolorido como estaba, logró incorporarse, tratando de desentumecer sus engarrotadas piernas. Dando un fuerte tirón a la brida del caballo, emprendió la dificultosa marcha en dirección al llamado del ave madrugadora, que no dejaba de repetir sus melancólicos cantos, que a Félix le parecieron las más bellas melodías del amanecer”.

“Caminó durante un rato a tropezones, recibiendo los latigazos de las ramas de espino. Después de grandes esfuerzos vio coronada su labor al encontrar la puerta de entrada al sitio de la casa, de cuyo lugar inconscientemente le habían señalado la ruta. En la vivienda se divisaba una tenue luz que lanzaba sus finos rayitos intentando ahogar las sombras que la rodeaban. Luego de atisbar un rato, indeciso, se atrevió a llamar. Le contestaron bulliciosamente los perros, lanzando amenazadores mordiscos contra su sombría silueta. Él esquivaba los ataques con la agilidad de sus reducidos nueve años, mientras el caballo ensayaba empeñosos intentos por tratar de liberarse”.

“La escena se interrumpió con la aparición de un cuerpo en el umbral de la puerta. El personaje hizo callar a los perros con un fuerte grito y avanzó decididamente hacia el extraño”.

-¿Quién es? - “preguntó con su voz castigada seguramente por el excesivo consumo de cigarros”.

“Félix tomó aliento un instante, y luego respondió con un ‘yo’ muy trémulo”.

“El hombre lo miró con recelo; no obstante, después



de examinarlo con la vista, lo vio tan desamparado que le inspiró lástima y, venciendo la rigidez, lo invitó a entrar al hogar. Allí, María, la dueña de casa, muy atenta, le sirvió un jarrón grande de café de higo para desentumecerlo”.

“Félix, una vez repuesto de los estragos causados por la larga exposición al intenso frío, comenzó a articular algunas frases coherentes y valerosamente relató la experiencia vivida”.

“Los anfitriones, visiblemente preocupados, le pidieron que no propagara la noticia de la aparición, puesto que los afectaba a ellos mismos. El visitante, con una mueca de sorpresa, preguntó:

-¿A qué se refieren con eso?

“La mujer enjugó unos lagrimones con el delantal, y mirando a su esposo José, le pidió que relatara los pormenores del triste secreto. Entonces él, con evidente dolor, comenzó la narración”.

-Hace unos 18 años atrás María tuvo su primera guagüita. Era muy hermosa, con unos ojos azules y unos crespitos en la frente que llamaban la atención a todo el mundo. Las vecinas no cesaban de elogiar a nuestro niño. Al cumplir los dos meses de vida el curita de Chépica lo bautizó con el nombre de Francisco, en recuerdo de mi abuelo. Todo iba muy bien, hasta que una tarde de domingo apareció por nuestra casa una extraña señora, venida del sector Las Palmas. Según nos contaron después, esta dama nunca pudo tener hijos, a pesar de buscarlos con ansiedad, ya que cuando se encontraba embarazada, a los pocos días los perdía. Consultas a doctores y meicas nada pudieron contra la mala suerte que le impedía la maternidad.

“Félix, a todo esto, no movía ni una pestaña. Su infantil mente permanecía muy intrigada por los sucesos que le estaban narrando”.

-Como te decía, esta señora llegó ese fatídico día a nuestro hogar para conocer al Francisquito. A esa hora el pequeño dormía plácidamente. Ella lo estuvo mirando durante un buen rato, y después de acariciarlo le musitó algunas palabras que nadie entendió. Luego, se despidió y abandonó como un celaje este lugar, para perderse en la curva del camino. Al día siguiente el niño comenzó a sentirse mal. La fiebre le sacudía su débil cuerpecito y sus ojitos se le encajaron en las cuencas. Entonces, lo llevamos a un médico de Santa Cruz, el que le recetó fuertes remedios. Pero, al cabo de dos días seguía igual. Una comadre nos aconsejó llevar al niño donde una viejecita que vivía en Los Molles, de la que se comentaba curaba todos los males del cuerpo. Sin demora, partimos con el pequeño en la carretela. Cruzamos los cerrillos por toscos senderos, buscando la dirección recomendada, hasta que la encontramos detrás de unos peumos...

“Hizo una pausa para tomar aliento, y continuó”.

-La octogenaria señora nos recibió, portando un crucifijo en sus manos. Invitó a pasar a otra habitación a la María con el Francisquito y yo me quedé esperando en el comedor de la casa. Al cabo de una hora de angustiosa espera apareció la anciana por la cortina desteñida con el rostro desencajado, seguida de mi mujer con el niño en brazos. La sudorosa viejecita me dijo:

-“Hijo, yo no puedo hacer nada más. El niño tal vez mejore de la fiebre con unas yerbas que les receté,



pero va a quedar con el mal de ojo pegado por mucho tiempo, no sé cuánto. El mal que le lanzaron es muy fuerte y no tiene vuelta. Llévense al pequeño y que el Señor tenga piedad de él”.

-Volvimos deshechos a nuestro hogar. Tal como nos dijo la anciana, el niño botó la fiebre que se lo comía, pero la enfermedad mayor persistió. El Francisquito fue creciendo lentamente en cuerpo; sin embargo, su cabeza se negó a desarrollarle la inteligencia. Con la incapacidad mental a cuestas se dedicó a pasar el tiempo en cuclillas sobre el techo de la casa o sobre los árboles. Lo llevamos donde varios doctores y siempre obtuvimos la misma respuesta: “no hay nada que hacer”.

“Al decir esto, María irrumpió en llanto, un llanto amargo, de espeluznantes recuerdos, en los que la imagen de su hijo se dejaba caer de los árboles con la cabeza rota. A veces arrancaba por las quebradas, y otras, se entretenía lanzando gritos guturales frente al eco montañoso”.

“Continuó José con su lastimero relato, acariciando la incipiente canosidad de su mujer”.

-En vísperas de la Navidad pasada nuestro compadre Nicasio le trajo de regalo una linterna metálica al Francisquito. El niño quedó muy contento con su presente. Pero al fin, de tanto jugar con la linterna, la energía de las pilas se agotó. Entonces, se puso a gritar en el fondo del patio. Enterado de esto, el compadre Nicasio, que tenía planificado un viaje a Chépica, se propuso solucionar el catastrófico problema. De regreso le trajo una dotación de pilas y otra linterna nueva para compensarlo. De este modo, Francisquito

quedó con dos linternas en funcionamiento. Apenas despertaba, miraba extasiado sus entretenciones; las encendía y apagaba sin cansancio, hasta que un día se le ocurrió atarlas entre sí con un alambre. Estaba muy feliz; sus gestos lo delataban.

-Una tarde de otoño, al finalizar Abril, se nos perdió de la casa. Pensamos en sus correrías. Se hizo de noche y su silueta no atravesaba la puerta de la cocina. Lo esperamos hasta la medianoche. Al fin llegó, muy acalorado, sofocado al máximo, con toda la ropa estropeada. Resultó infructuoso sacarle una palabra o descubrirle alguna expresión facial que delatara la causa de tal agitación.

-Pasaron los días y de nuevo un domingo se destacó su tardanza. Mi mujer angustiada me pidió que lo fuera a buscar. Salí rápido, enfundado con una larga manta de lana que me cubría hasta las rodillas e iluminado con un antiguo farol de carretela. Deambulé durante un buen rato, hasta que, al cruzar una quebrada, a los pies del cerrillo del Jote, divisé unas luces que se movían desde arriba hacia abajo, velozmente, como intentando ahuyentar a alguien. Esperé breves minutos y me acerqué sigilosamente hasta quedar a unos pasos de su espalda. Ahí estaba nuestro hijo, con su desquiciado comportamiento y las linternas alumbrando acompasadamente los matorrales, afanado en espantar a unos corderos que se encontraban fuera del corral. En ese instante comprendí sus continuas ausencias nocturnas. Lloré, de impotencia, pero me compuse. Lo tomé de un brazo y él se dejó llevar en forma mansa, no sin antes ensayar sus últimas maniobras con las luminarias. Desde ese día hemos estado escuchando de boca de los lugareños que en el monte andan penando. Incluso



se ha llegado a decir fantasiosamente que se desplaza por los cerros un peludo animal con cachos grandes y unos enormes ojos que arrojan llamaradas al enfrentarlo. Son habladurías de la gente que nosotros no podemos acallar. Duele mucho ver así a nuestro hijo. Hemos tratado de dejarlo encerrado en su pieza; sin embargo, creemos que él no lo merece, pues no es un animal para infringirle ese cruel castigo. Solamente está un poco enfermo, nada más. Además, en sus correrías nunca ha herido a alguien; por esa razón no nos angustiamos tanto.

-Tú nos contaste que viste a un animal peludo. Es su larga cabellera que no se la deja cortar, y su ropa, desmembrada en grandes jirones, también ayuda a presentar una imagen más grotesca. Con la viejita ya no sabemos que hacer. Si le comunicamos a las autoridades, seguro se lo llevan y lo encierran en una de esas casas de locos. No queremos eso para él, porque es tan tierno, tan dulce. A veces nos preguntamos cuál es el motivo de su desgracia; él no ha hecho mal a nadie. Sólo Dios sabrá el destino que le tiene preparado. Mientras tanto, nosotros rezamos todas las noches para que la Virgen lo proteja y no le pase nada. ¿Qué sería de él si nosotros le llegásemos a faltar?

"Una vez concluido el relato, Félix lloró. A su corta edad ya conocía el sufrimiento humano. Mientras enjugaba sus lágrimas miró por la ventana de la choza y comprobó que ya el sol le había ganado a las sombras de la noche y a la espesa niebla que rodeaba la vivienda. Dio las gracias a la familia y se dispuso a montar su fiel caballo para emprender el regreso al hogar, donde lo estarían esperando muy preocupados. Cuando puso su pie en el estribo, de improviso se

acordó que no había visto al malogrado Francisco".

-A propósito, ¿don José, dónde está el Francisquito ahora?

-Está durmiendo. Anoche llegó de amanecida a la casa. Pero está bien, gracias a Dios.

"En instantes, Félix enfiló su caballo con dirección al hogar, lugar al que arribó cerca de las 11 de la mañana, ingresando al patio acompañado de un atolondrado coro de perros. Mi suegro salió al encuentro con el rostro engrifado, visiblemente molesto por la tardanza de su hijo".

-¿Qué te pasó Félix, hombre? - inquirió presuroso, enarbolando amenazadoramente su acostumbrado lazo de cuero, ya desgastado por la cantidad de golpes propinados a los testarudos animales".

"Félix, sin titubear, le refirió todo lo sucedido, pero omitió la situación de Francisco".

-¡Mire que perderse en los cerros! ¿Qué no sabes la ruta? ¡El hombre bien hombre no puede extraviarse; tiene que saber usar su instinto! ¡Además, dicen los vecinos que anoche divisaron al animal del diablo que anda asustando a la gente! ¡No pillar yo a ese demonio; le haría comer tierra con mi rebenque hasta que escupiera los dientes!

"Pero sus arrebatos no llegarían a tanto y, abandonando su iracunda postura, bajó el lazo amenazador para ingresar en el acto a la humeante cocina, desde donde ya emanaba un oloroso perfume a porotos con tallarines recién cocinados".





“Félix, sonriendo maliciosamente, se apeó de su caballo, le sacó la montura y lo soltó en el potrero aledaño para que repusiera fuerzas con unos buenos bocados del tierno pasto que crece a los pies de la vertiente. Acto seguido, con las manos en los deshilachados bolsillos, entró en la vivienda a pellizcar una gorda tortilla de rescoldo, de esas que su madre dejaba en un canasto a la orilla del fogón”.

“Tres meses más tarde, al buscar unas reses extraviadas en el cerro Las Pataguas, mi suegro encontró a Francisco tendido sobre el pasto, con los brazos cruzados sobre el pecho, con una inmensa mancha de sangre cubriendo su desvencijada cabeza, y aferrando dos linternas fuertemente amarradas, aún encendidas, como en actitud velatoria. Quizás estos aparatos de iluminación brindaban un postrer homenaje de despedida a su loco compañero de expediciones nocturnas. Dicen los

curiosos que un insensato peregrino de los espinudos montes de Chépica, envalentonado por varias copas de licor y los comentarios de indiscretos parroquianos, cargó su escopeta de dos cañones una sombría tarde de Septiembre y se internó en los matorrales de La Candelaria para descargarla contra el peligroso animal de ojos llameantes que asustaba a los vecinos del sector”.

“Cuentan, los que lo vieron, que Félix lloró amargamente en su cama esa noche, y al otro día, muy temprano, con el permiso de su padre, partió rumbo a la casa de María y José para acompañarlos en su desdichada vigilia, llevando unas descoloridas flores que encontró en el jarrón de greda del comedor, como un precioso presente destinado a aliviar en parte el terrible dolor de esta acongojada familia que lo cobijó una gélida mañana en la enigmática localidad de La Candelaria”.



GANADORES NACIONALES

SEGUNDO LUGAR

Iván Rojel Figueroa
Ingeniero Ejecución Agropecuario
PUNTA ARENAS
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA



Viento blanco

Soy un ovejero, ni más ni menos. Mi trabajo es simple y al mismo tiempo lleno de dificultad, casi como un pergamino. Recorro el campo vigilando los blancos algodones de los rebaños. En época de parición las ovejas infladas y torpes ponen a prueba mi paciencia hasta el extremo. Puedo ser bueno o malo, bajo a los santos a veces, soy el maestro de mis perros, les hablo en códigos de silbidos y ellos que por naturaleza son más inteligentes, me entienden, pero yo rara vez los entiendo.

Soy eso, un ovejero de destino patagón. Mi trabajo es mi modo de vida, mi todo, mi credo.

Y no estoy exagerando.

Sé levantar una oveja caída, acomodarle la panza, sé carnear un capón o un cordero, sé enlazar, ensillar, afilar un cuchillo, rastrear, sobar los cueros, cebar mate, hacer pan, cocinar un asado o un puchero, sé soñar, componer el alero del rancho, amar, encerrar la tropilla y cuando nadie me ve hasta sé llorar en silencio.

Y soy más.

Un aplomado centauro que siente en el sudor del caballo la hermandad perdida de la especie, esa hermandad con la naturaleza que en las ciudades enterró el progreso. No sabría cómo vivir allí y admiro a los que pueden. Yo me quedo, me quedo cada tarde frente a las líneas del alambrado, que parece un pentagrama sin notas. Silbando alguna copla me imagino que el viento arrasa con todas las cercas y la pampa es abierta y libre para que yo corra.

Pero la lógica contradice mi sueño y entonces pienso: sin alambrados yo no existiría. No habría estancia, ni menos ovejas...

A veces pretendo ser un genio.

Pero ya sé que sólo soy un criollo con una pila enorme de sueños en desuso.

Un poco alegre, un poco triste a veces. Me parece que fue ayer cuando desvié mi camino del colegio

al campo apenas silabeando la lectura, la que luego pulí, como me pulí a mí mismo, ya que siempre he dicho que ser campero no quiere decir ser ignorante; la misma ciencia del campo daría como para llenar varios tratados.

Leí muchos libros, aprendí muchas cosas por mi propia cuenta, que el hombre es el arquitecto de sus horas.

Así se me desbocó el reloj sin darme cuenta. Parece que salté sobre los años sin cautela.

Nunca tuve más norte que cumplir con mi deber y soñar. Soñar con un proyecto familiar que entre mate y cabalgata se fue haciendo cada vez más difuso. No hubo mujer que se quedara a flanquearme la existencia y a condecorarme con la dicha de ser padre. Mi vida y mi trabajo me relegaron a la pampa y aquí fui deshojando mi ilusión que quedó en "nada". Las faenas, los amaneceres, las distancias me aferraron a la tierra arisca con terca obstinación y nunca he tenido la más mínima intención de arrepentirme, ni siquiera ahora, cuando mi jornada ha estado cargada de tragedia. Cuando parece que todo apunta a un desenlace francamente bravo.

¿Cómo pude subestimar tanto la tormenta? ¿Qué pasó?

Es muy tarde para recriminarme. Confié mucho en mi experiencia de años de baqueano y pensé: un chubasco nomás.

Pero le erré con entusiasmo.

Calculé mal, eso fue todo. El temporal nos encerró en

el cañadón. Mi oscuro fiel se empantanó en un gualve y se fue hundiendo despacito. No valieron mis esfuerzos, me quemó con su aliento cien veces, desesperado, mientras yo cada vez más tieso por el frío con las lágrimas como cristales duros que me dolían en las pestañas, trataba de mantener su cabeza fuera del barrial y de la nieve que caía sin piedad, rápida, de costado, con enormes copos que me laceraban los pómulos.

Por fin lo dejé solo, agotado y triste. Ahora ya debe estar cubierto por la nieve, como se cubrió mi rastro casi altiro cuando me alejé de allí, ahogado por la pena. Tenía que darme una oportunidad, pero no llegué muy lejos. El viento se pintó de blanco y por la magia negra de la tempestad se hizo visible, me engañó estampando diabólicas formas en el aire, trompos locos, genios, rostros, abismos insondables que me desviaron una y otra vez mientras el imán del frío y el cansancio me sorbía toda la potencia de la sangre.

Y aquí me quedé. No quiero ser pesimista, pero parece que no tengo ninguna salida.

La tumba blanca gravita sobre la triste mancha que soy en este mapa.

Todo esto por unas cuantas ovejas descarriadas que ahora deben estar muertas. O tal vez solo tapadas por los copos. Las ovejas resisten más que el hombre. Respirando por agujeros en la nieve, masticando mutuamente la insipidez de su propia lana, permanecen sepultadas por semanas enteras, hasta que alguien escarbando logra dar con ellas y las salva. En cambio un hombre, amo y rey del universo, solo se apaga.

Y eso he sido, un ovejero y ante todo un hombre, especie superior en el planeta pero menos inteligente que sus perros y más débil que una oveja...

Debo estar agradecido que la naturaleza haya permitido que me integre a su *collage*.

No hay contraste sobre la inmensa pampa, todo es blanco.

Yo que siempre pensé que nada podría detenerme el paso, sin darme cuenta me encontré tendido tratando de balbucear estas palabras. Sin poder mover mis labios las dejo resonar en mi mente y ellas parecen escapar rebotando en los promontorios del invierno. Y sigue nevando.

Que me perdonen los que no veré crecer, y también los que no veré morir.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido.

Ahora ya casi puedo verme a mí mismo yaciendo de costado en la sabana pampeana. Son como visiones que van y vienen y me dan ganas de reírme; qué curioso, mi bota izquierda está fuera de la nieve y se ve ajada, vieja. Sin duda necesita reparación urgente. Veo mi rostro también, pálido, mi barba congelada y blanca. Soy como un pascuero caído, derrotado, detenido en pleno vuelo por un tiro, un hondazo o qué se yo. Y esta vez me río sin escuchar el sonido de mi risa, que parece estar envuelta en algodones.

Cuando todo esto termine...

¿Dónde quedaré? ¿Qué seré?

Yo que sólo fui un peón humilde. Yo que nunca tuve miedo a ser lo poco que con suerte pude ser, yo que no aprendí a rezar para no distraer a Dios de sus asuntos, ahora sólo le pido esto.

Quiero quedarme.

Ser tal vez una ráfaga que deshilache las ramas de las lengas en la primavera o un torbellino que sacuda las bandadas de caiquenes. Tal vez ser galope invisible en las sombras, reflejo en el hielo, luz mala que desorienta y pinta sombras de inquietud bajo el sombrero de los viajeros nocturnos de mi llano. De este llano que he amado con todo el corazón.

O si Dios me da el permiso y me devuelve mi caballo, cabalgaré al trasluz, en la brecha que queda entre la muerte del día y el nacimiento de la noche, donde todo es de oro.

Cuando el rayo del crepúsculo no llegue a despuntar la lanza de la sombra, me moveré bajo el agua liviana de la brisa, seré un destello en la agonía de la niebla. Los carámbanos en los techos de los ranchos rasgarán el poncho ondulante que me prestó el viento y entonces el sur será un potrero, en el que seguiré por siempre, vigilando enormes majadas invisibles.



GANADORES NACIONALES
PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS

Juan José Flores

CAMIÑA

REGIÓN DE TARAPACÁ



Ch'alla-ike, el cerro dormido en la arena

Dicen en mi tierra andina del norte, que en tiempos antiguos cuando no existían los humanos, los cerros eran los dueños y señores de las inmensidades terrenales, cerros machos y cerros hembras, vivían y convivían entre ellos, eran enamoradizos, se casaban, tenían hijos y también eran peleadores, y que más de una y otra aventura tuvieron en sus largas vidas.

Cuentan los abuelos que por allá en el altiplano, después de la tremenda discusión y separación del Tata Sabaya y Mama Wanapa, por los amoríos de esta última con el Tata Samaja y la gran pelea que se armó, la historia continuó con los hijos de ellos. Se dice que Mama Wanapa fue dejando hijos tirados por toda la tierra andina.

Pero cuatro de ellos, aventureros y enamoradizos como su madre, también generaron más de una discusión por líos de falda. Fue tal la revuelta que los Mallkus (cerros sagrados) pidieron una reunión al Tata Jachura, siempre mediador y conciliador de los asuntos entre los cerros.

Hasta Chiapa llegaron todos ellos, formulando sus quejas ya cansados de que los juveniles cerros varones "Tarapacá" y "Jaqhi Jaririnkhu" (lagarto de piedra) anduvieran haciendo de las suyas con cuanta doncella estuviera a su alcance, correteándolas por los bofedales, cerca de los ríos, de los lagos y por los valles, provocando la incertidumbre en la tranquilidad y paz que es propia de la naturaleza y de la Pachamama (madre tierra).

Todo se volvió caos cuando una de las hermanas, "Huantajaya", siempre ataviada con su hermoso axo café (vestido) y sus riquezas, salía a merodear en busca de un pretendiente, pese al compromiso ya asumido por sus Padres para que permaneciera en el altiplano e hiciera pareja con un joven cerro del lugar. Su hermana "Guantaca" le seguía los pasos en cuanto aventura pudieran pensar, sin pretender hacerle caso a sus padres y menos a lo que ellos les tenían preparado como casorio.

Fue así como, a escondidas de sus padres y de sus designados novios, estos muchachos "Tarapacá" y



“Jaqhi Jaririnkhu” y las muchachas “Huantajaya” y “Guantaca” se juntaron a hacer de las suyas, fugándose en busca de nuevos destinos, sintiéndose libres de las decisiones de los mayores.

Ante esto, los Mallkus y los padres de estos muchachos esperaron al Tata Jachura para que enjuiciara a estos jóvenes díscolos. Y allí a sus pies, después de tantos y tantos argumentos presentados por los engañados padres y novios, esperaron la sentencia.

Por la bastedad del universo andino retumbó la voz del Tata Jachura: “Por no obedecer las leyes de la naturaleza, por desoír los consejos de los mayores, por hacer escándalos por todo el altiplano” fueron sentenciados a ser desterrados. Así, con el beneplácito de todos los asistentes a tan especial y justo juicio y para ellos tan sabia decisión, vieron partir con la cabeza gacha a los cuatro involucrados, sin decir ni una palabra y sin mediar una reconsideración de lo dictaminado.

Y fue así como los cuatro desterrados iniciaron su desandar por quebradas y quebradas. Cansados y con sus cuerpos casi cayendo a pedazos, fueron dejando en su camino parte de sus recuerdos y el dolor de su llanto fue formando los riachuelos que llevan sus nombres. Cada vez que volteaban la mirada hacia el Este, contemplaban aún la mirada rígida y austera del Tata Jachura, que con poncho blanco parecía imponer mayor autoridad aún.

Gran sufrimiento pasaron cuando la inmensidad de la pampa los hizo ver desaparecer sus verdes praderas, no sentir el cantar de los riachuelos y tampoco contemplar el suave vaivén de los cóndores entre las

blancas nubes andinas, ni sentir el suave caminar de las vizcachas sobre sus faldas, ni la suave brisa del atardecer.

El destierro era deshonoroso. Alejarse para siempre de los más queridos. El desierto era un suplicio para cualquiera.

Hasta que, de pronto, la gran camanchaca los cubrió por completo y cual espectros desaparecieron en la nada. El frío calaba por todas partes. Parecía que era otro castigo más y que éste sería su fin.

Entre las tinieblas de la camanchaca, Tarapacá avanzó más rápido queriendo ver más allá, pero sus ojos parecieron nublarse como el vaho de los geiseres. Horas después el cansancio lo dejó helado y, sintiendo un murmullo arrullador que le invitaba a dormir, cerró sus ojos y allí se quedó, quietecito.

“Huantajaya” tomaba de la mano de “Guantaca”. Con temor ambas doncellas caminaban entre la camanchaca, tropezando con rocas y piedras y por momentos casi hundiéndose en el desierto. Ellas lograron avanzar un poco más, somnolientas y casi hipnotizadas por el sonido que venía del gran lago (el mar) y allí se quedaron, petrificadas con sus riquezas sintiendo el rugir de las olas en sus oídos.

La osadía de “Jaqhi Jaririnkhu” fue más grande; siempre decidido y aún con todo el dolor de dejar a su gente, corría como raudo lagarto de un lado para otro, levantaba su cabeza y rápidamente oteaba el panorama. Con su voz ya desfalleciente, trataba de llamar a las muchachas y a su hermano, pero el eco retumbaba ensordecedor en la inmensidad del



desierto y se confundía con el rugir de las olas que en eco y llevadas por los vientos subían al desierto.

Desesperado por no encontrar a su hermano, "Jaqhi Jaririnkhu" se enfrenta al precipicio y ante tanta soledad de sentir que perdió a sus seres más queridos y a "Guantaca", a quien le había jurado amor de rodillas, caminó y caminó muchas veces en círculo, sin destino, porque la camanchaca lo envolvía con fuerza y le impedía saber dónde estaba. Hasta que la locura se apoderó de él y perdiendo todo sentido de vida por no poder hallarlos, cerró sus ojos y de un solo golpe se lanzó a la inmensidad del océano, cayendo estrepitosamente entre las arenas plomizas y las azules aguas salinas, que parecieron envolver su largo cuerpo inerte.

Sorprendidos de esta osadía inaudita, para los Mallkus esto significaba algo insostenible, que merecía un castigo aún mayor por la decisión de arrojar al mar, e invocando todos al gran Tata Inti, éste de entre medio de las nubes dejó caer sus rayos más poderosos, pulverizando en un solo instante a "Jaqhi Jaririnkhu", convirtiéndolo en un lagarto gigante de arena. Desde entonces fue conocido como "Ch'alla-ike" ("dormido en la arena", hoy llamado Cerro Dragón) y allí se quedó recostado sin aliento, mostrando hasta hoy sus costillas y su cuerpo hundiéndose al costado del mar.

Cuentan los abuelos que por las noches de invierno, "Ch'alla-ike" despierta y que aprovechando el manto gris de la camanchaca, sale a conquistar por la pampa y en su camino ha ido dejando muchos hijos que avanzan raudos convertidos

en arenas y dunas buscando un lugar donde quedarse en la vastedad del desierto.

Pero no todo termina allí. Me contaron y pude ver que, al amanecer en los días cuando el Tata Inti da sus primeras grandes lumbres de fines de junio, se puede apreciar en las faldas del "Tarapacá", de "Huantajaya" y de "Guantaca" las siluetas en sombras de sus rostros mirando hacia la cordillera andina, como un postrero y esperanzado perdón para volver a su terruño; pero al atardecer, cuando el Tata Inti va a dormir, la silueta de sus rostros gira en sus faldas mirando hacia el horizonte marino, como buscando hacer revivir a su hermano "Ch'alla-ike" (dormido en arena).

Dicen que un día "Ch'alla-ike" se levantará y, junto a los vientos, serán "Ch'allathaya" (vientos de arenas) y emprenderán el regreso a las alturas andinas, cubriendo la inmensidad del espacio con el resplandor de sombras sepias que se dejarán caer sobre la costa, el desierto, las quebradas y valles y serán miles de remolinos que irán revoloteando en loca carrera por el desierto. Y serán él y sus hijos los nuevos dueños y señores de la tierra, en un espacio de libertad por la que siempre lucharon. Y se unirán con Tarapacá, Huantajaya y Guantaca, para señorear como los Mallkus de la costa.



GANADORES NACIONALES PREMIO ESPECIAL MUJER RURAL

Lisette Quezada Martínez
Estudiante universitaria
LA UNIÓN
REGIÓN DE LOS RÍOS

Casimira

No sé por qué tanto lío con mi nombre, esa señorita que pasó a verte recién me lo preguntó como tres veces, como si yo fuera una embustera. Si yo supiera a quién se le ocurrió colocarme Casimira. Mi mamá decía que mi abuela materna se llamaba así también. Siempre me acuerdo que mis primos y hermanos se reían de mí y me decían: casi casi, casi mira, casi ciega. Yo me reía nomás, así como te reías tú cuando te contaba.

Ayer no pude venir, no me sentía bien, mis huesos ya no resisten el frío y el viaje en esa micro se me hace eterno. Me siento cansada, ya los años me pesan, además no me las he llevado pelás en la vida. Con mi viejito, que en paz descansa, siempre luchamos para darte lo mejor, que no te falte nada y seas feliz. Yo no tuve opción a eso. Nunca pude decidir nada, ni a tu papá lo elegí yo, pero no me quejo.

Mis padres dispusieron todo para que yo me casara, la última en enterarse de que se casaría fui precisamente yo. Antaño era muy común que los matrimonios fueran arreglados por los padres de los futuros esposos por

conveniencia, y en otros casos las muchachitas se cambiaban o se vendían por dinero o por animales. Mi precio fue una yunta de bueyes, y bien bonitos por lo demás.

Yo tenía 16 años, me presentaron en una cena a un hombre de 27 años, andaba a caballo y usaba un sombrero grande de cuero y botas negras de tacón. Lo saludé y volví a jugar con sus primas. Lo vi de nuevo el día que me llevaron al pueblo a casarme, ahí supe que se llamaba Jorge, tu padre.

Mi familia vivía en La Junta, donde actualmente tenemos nuestra casa. Siempre he vivido ahí, trabajando y alimentándome de lo que me han dado esas tierras y quiero morir ahí, mirando esas pampas verdes, escuchando el sonido del río que las rodea, cobijándome en la sombra de mis manzanos, escuchando los gritos de las bandurrias y el ladrido de mis perros, y comiendo lo que me da mi huerta.

Cuando eras pequeña me preguntabas por qué ese lugar se llamaba La Junta y yo te contaba que ese era



como el final del mundo, pues al final del sector ya no había más camino, sólo agua, se juntaban dos ríos, El Ignao y el Río Bueno, y por eso el nombre. Cuando conociste el lugar, hablaste de él por meses.

Qué pensarás de que siempre te hablo de lo mismo. Tienes que tener paciencia, los viejos sólo vivimos del pasado. Ya te acordarás de mí cuando llegues a mi edad, porque tú vivirás mucho... ¿cierto?

Aún recuerdo cuando llegaste a este mundo, con tu papá ya casi habíamos perdido las esperanzas, pasaban los años y los hijos no llegaban, fuiste la única cría que nos envió nuestro Señor. Lo importante era que ya no envejeceríamos solos. Y pensar que tu naciste aquí... yo en cambio nací a pleno campo, donde vivieron un tiempo mis padres, en un lugar llamado El Arenal, detrás del cerro La Cara del Indio y rodeado por el Lago Ranco. Un lugar muy lindo y tranquilo, rodeado de muchos árboles, cerros, quebradas y cascadas de agua pura y cristalina que bajan de la montaña. Llegué al mundo arriba de una "monja", así le llamaban antes a las carretas con techo que se parecían a las casas con ruedas de ahora, sólo que éstas eran conducidas por caballos. Corría el mes de septiembre, era de noche pero la luna alumbraba el camino. Dentro de la monjita no había luz pero se tuvo que encender una cuando Agripina, así se llamaba mi difunta madrecita, comenzó con un inesperado trabajo de parto. Mi padre no la tomaba mucho en cuenta, pero las contracciones cada vez subieron más de intensidad. Mi papá, huaso bruto, le decía que se aguantara un poco. El viejo era malhumorado y malas pulgas. Acomodó a su señora dentro de la monja y la ayudó. Me envolvió en una manta y cortó el cordón umbilical con un cortaplumas. Ese fue todo el trámite.

Te hablo y te hablo y yo sé que me escuchas. Deberíamos estar en nuestra casa, dándole comida a nuestros pollos y a los chanchos, despastando la huerta o qué sé yo, arreglando un cerco o matiando y no aquí... pero eres igual de terca que tu padre. Si él me hubiese hecho caso, estaría aquí y no muerto. Él ya se fue, ahora no me puedes dejar sola tú. Te dije ese día que no salgas a caballo, tu única pasión te dejó así.

Nunca le has tenido miedo a nada ni a nadie, tu padre te crió fuerte y valiente como un macho, por eso hemos podido manejar nuestras tierras solas sin ningún problema, nos hemos ganado el respeto que nos tienen.

Ya me vuelvo a la casa hija, la micro ya se va. Espero volver mañana si este anciano cuerpo me acompaña. Tienes que recuperarte, tú tienes que acompañarme en mis últimos días y no al revés. Además tienes que buscarme un hombre y darme nietos que le den vida a esas tierras y coman cerezas y duraznos de los árboles que con tanto amor he plantado.

Cuídemela mucho, señorita doctora. Ella es lo único que tengo. Tenga aquí unos ricos huevitos que le traje.

PRIMER LUGAR

Graciela Valencia
ARICA

Aceituno y Sofía

Saturnino Cornejo subió la ladera del cerro como tantas otras veces, pero a su edad el peso de los años le tomaba la cuenta y le impedía disfrutar el ascenso. Sólo el placer de llegar a lo alto cerca de la cruz lo impulsaba. Desde ese lugar contemplaría el valle, allí las imágenes se confundirían con el recuerdo y podría rescatar de su pasado la juventud y los sueños que dejó en la tierra que allá abajo se extendía como una pesada alfombra que mezclaba el sudor de sus años trabajados bajo el incesante sol del norte.

Cuando en su juventud recibió esas dos hectáreas de tierra que su padre le heredó, fue el único de los tres hermanos que no vendió. Por entonces, los italianos comenzaron a comprar los terrenos de pequeños parceleros que poco sabían del valor de las tierras y que terminaron vendiendo por una miseria. Saturnino nunca quiso vender e hizo oídos sordos a todos los consejos y oportunidades que le ofrecieron. Poco sabía de precios y esas cosas, pero si de algo estaba seguro era que al fin podría realizar su sueño de tener un pedazo de tierra que fuera suyo, tierra que pudiera trabajar para él y no para otros. Por primera vez en la

vida tenía algo que era de él y de nadie más.

Aceituno, como le llamaban por el color de su piel y por las aceitunas que de vez en cuando llevaba a la feria de la ciudad para la venta, era un afro descendiente del Valle de Azapa y aunque no era la excepción, pues en el valle había otros tantos negros como él, era el negro más negro que alguna vez vivió en ese lugar, el resto de "los morenos" como decía, eran "copia al carbón no más" y tras ello agregaba una carcajada profunda, espectacularmente grave, que jamás un negro del valle en su época logró imitar. Se enorgullecía de su sangre más que chilena o peruana, africana, porque "los morenos de Azapa" era la herencia peruana adquirida por Chile, que había venido hace siglos de puerto en puerto desde aquel lejano continente a servir como mano de obra esclava en las haciendas de caña de azúcar de la costa del Perú.

En sus años mozos bajaba a la ciudad de Arica para vender la leche de la burra Guacha, en tiempos cuando el camino era de tierra, camino hecho a pala y carreta, camino hecho a pie. El trayecto lo emprendía

todos los días a las 5:30 de la mañana. El resto del viaje se la pasaba peleando con el animal, que apenas comenzada la perorata agachaba la cabeza soportando al negro y emprendiendo el largo tramo. Y es que el negro nunca paraba de mover la lengua, a veces con la Guacha, otras consigo mismo y la mayor parte con algún otro parcelero o viajero en el camino. Aceituno también era un enamorado... enamorado del vino, la chicha y los carnavales, aquellos que se realizaban en Las Maitas, donde todos los morenos asistían. Allí acudía con los amigos a bailar alrededor del fogón con las muchachas. Era un galán, o al menos decía serlo, y es que siempre fue muy enamorado y bueno pa' cantar, así que dar serenatas era para él pan de cada día. Pero fue doña Marina quien logró quitarle el sueño. Ella, mujer ariqueña que sin querer terminó cediendo a los encantos del negro que logró ganarse a su mujer a base de empeño, porque de que insistió no había duda, contaban sus amigos.

El Aceituno era un emprendedor. En un par de años había hecho de aquella parcela heredada un bien productivo que le permitía mantener a su familia. A la vieja chacra con seis olivos había sumado una plantación de tomates que le daba cosecha suficiente para vivir la mitad del año. El resto de su sustento lo obtenía con las aceitunas, los almácigos de tomate que vendía y los huevos de sus castellanas. Conforme el tiempo pasaba, podía sentirse satisfecho de lo logrado. Se sentaba en la entrada de su casa observando al camino rodeado de los perros quiltros que acogía y, tal como lo hacía en su juventud con la Guacha, empezaba el largo discurso con los perros que a veces cual sinfonía canina respondían a coro, momento en que salía la vieja a echarles agua. Después de despotricar con todos, incluida su esposa, los animales

se quedaban quietos, pues por algún karma ni el más fiero animal se imponía al negro. Así fue que siempre la parcela se llenó de perros y gatos vagabundos y allá iba la Marina con los tiestos a ofrecerles comida a los desamparados que llegaban sin invitación y a veces sólo para estirar la pata.

Los hijos del Aceituno se criaron en ese ambiente, viendo a sus padres trabajando en la raima, en la cosecha de tomates, en las festividades de la Cruz de Mayo o en los carnavales. Pero ninguno se quedó en el campo, llegada la hora todos partieron, unos más tarde, otros más temprano. Siempre supo que el contacto con la ciudad los alejaría; de niños, la partida hacia el internado supuso el quiebre, paulatinamente ya no les interesaba la tierra porque "el mundo de afuera" parecía siempre más exuberante. Pese a todo, el negro siempre mantuvo la esperanza de que sus hijos volvieran, pero conforme pasaron los años él y la vieja aceptaron que jamás sucedería, al menos no del modo que ellos soñaban. Muy en el fondo, Aceituno lo esperaba; nunca quiso imponer a su sangre sus propios deseos y esperó paciente que por voluntad al menos uno de ellos continuara el legado. A sus tres hijos ahora profesionales, poco les interesaban los asuntos del valle, a menos que ello tratara del precio que podía darles la venta. El viejo podía aceptar que sus hijos tomaran rumbos distintos, pero no aceptaba que el esfuerzo de una vida terminara en las manos del mejor postor, pensar en esa posibilidad le quitaba el sueño por las noches, no se conformaba con que ninguno de sus hijos heredara el amor por la tierra, como tampoco que el pasar del tiempo lo transformara en un viejo sin fuerzas para luchar. No toleraba los nuevos tiempos que poco comprendía y que lo habían alejado de su progenie.



De la época en que el Aceituno vendía leche con la Guacha poco quedaba. Ahora el valle era cruzado por un camino pavimentado donde de vez en cuando era fácil divisar condominios y chalets, la residencia de “los ricos” que se habían instalado en el valle escapando del ruido de la ciudad tras comprarles a los campesinos sus paupérrimas casas. También había grandes extensiones dedicadas a la plantación de tomate, donde iban a parar los peruanos y bolivianos mal pagados que pululaban la ciudad. En la entrada de Azapa, el avance de Arica se hacía cada vez más notorio debido a los hoteles y colegios que se iban abriendo paso, como si en su acción existiese una afán de tragar el viejo valle.

Aceituno miraba con recelo desde su privilegiada ubicación cerca de la cruz. Aquella cruz que tantas veces con los suyos subiera por el cerro para pedir por la tierra. Ahora el trayecto se le hacía largo y aunque aún era capaz de hacerlo solo, los años le recordaban lo viejo que estaba. Ya diez años que la Marina lo había dejado partiendo pa'l otro mundo y estaba solo. A excepción de los animales o las escasas visitas temporales de la familia, su rutina se completaba yendo donde el Moisés, vecino octogenario que arrendaba parte de su parcela a un matrimonio y que, así como el Aceituno, compartía remembranzas de otros tiempos donde la vida de los viejos tenía sentido.

Lo que animaba al negro era la visita de sus nietos. En verano llegaban los mellizos, altos y de cabellos ensortijados como el abuelo, única herencia que sacaron del negro. Eran su orgullo, pues el Aceituno siempre sintió predilección por los nietos varones. Estudiaban ambos en la capital y era la única visita

que le hacían al viejo, si es que la hacían, porque preferían estar en la ciudad y la playa. El resto del año su único consuelo era Sofía, su nieta más pequeña. Tenía veinte años y desde pequeña, cuando acompañaba a su padre se pegaba a los pantalones del negro para atravesar la parcela. Él poco a poco fue cediendo a las travesuras de la niña y dejó de importarle que más crecida llegara sin aviso de visita, especialmente cuando tuvo autonomía para hacerlo.

El viejo era de la idea que las mujeres debían estar en la cocina o criando hijos, pero la actitud de su nieta distaba de encajar en alguno de esos quehaceres. En cambio, sus inclinaciones siempre fueron las mismas del abuelo, observando y aprendiendo. No era una marimacha, era una joven femenina y en todo lo que hacía había una sutileza que dejaba al viejo desencajado. Pero ahí estaba la niña, echando palas o subiendo al olivo con la misma delicadeza y eficacia con que se maquillaba después para volver a la ciudad. A ella siempre le fascinó la vida del abuelo, desde niña se interesó en las historias que el Aceituno contaba a sus otros nietos y que ella escuchaba tras la puerta sin que nadie supiese. Las mismas historias que ellos olvidaron al llegar la juventud, Sofía las guardaba frescas en la memoria. En el viejo veía la mezcla de razas, esa exótica ascendencia que la distinguía del resto de sus amigas. Ese interés creciente de su nieta que con el paso de los años lo notó Aceituno. Él, desesperanzado, que imaginaba el esfuerzo de su vida olvidado con su muerte, recobró la esperanza cuando en el otoño de su vida los años se le vinieron encima. Como jamás pensó, esa muchacha, sangre de su sangre, sería la única que en verdad lo extrañaría



cuando sólo la memoria se mantuviera incólume a la corrupción del cuerpo.

Ese día en lo alto del cerro lo decidió. Abajo, atravesando la parcela con una veintena de perros, estaba su nieta dirigiéndose hacia la ladera con la intención de subir y acompañarlo. Sin importar los cadillos de maleza que la arañaban, cual amazona iba la joven abriéndose camino entre el polvo, así como tantas veces lo hiciera en su juventud el negro. Él, que la miraba desde arriba, no pudo sentir más que orgullo de la muchacha, orgullo gesticulado en una sonrisa de complicidad que la nieta le replicó tras sentarse a su lado y observar juntos la tierra que se extendía abajo.

-Voy a vender -le dijo el viejo.

"Sofía lo miró fijamente y le contestó":

-No puedes y tú sabes por qué.

Aceituno ya no tenía que probarlo. Al fin lo había encontrado.

SEGUNDO LUGAR

José Maldonado
ARICA

Azapa y Putre, unidos por un sueño

Todas las mañanas salía temprano al trabajo. Trabajaba en el Valle de Azapa, en una empresa de aceitunas. La micro pasaba llena, por lo que siempre me iba de pie. A veces había un asiento vacío y lo ocupaba, pero al rato se subía una viejita del trabajo así que no podía dejarla paraíta y le cedía mi lugar, a lo caballero. A pesar de los dos años que llevaba en la empresa, nunca me acostumbé al horario y las levantadas tan temprano. Si a eso le sumamos que tengo alma de bohemio, que me acuesto tardcito y medio carreteado, todas las mañanas competía contra el sueño para sacudirme la pereza. Mi abuela me golpeaba la puerta de la pieza con su bastón. Era tan tierna la vieja. Era mi despertador personal.

Una vez tomé la micro como siempre, medio somnoliento. Por suerte había un asiento desocupado, así que el viaje se me hizo placentero, agradable, incluso muy largo. Igual fui un maldito al pensar “que no se suba la vieja, que no se suba la vieja”, para de una vez por todas irme bien sentado. Recuerdo que iba soñando con una morena de la población que me gusta mucho. En sueños a veces imaginaba la forma

de conocerla, invitarla. Claro que en mis sueños era un galán y tenía mucho *colque**, plata. Hacía frío y aún no llegábamos. Seguí durmiendo nomás. Ella estudiaba en las noches y salía de su casa justo a la hora en que yo llegaba del trabajo, por lo que siempre me la topaba. Un escuálido “hola” de mi parte me dejaba siempre bajoneado, con gusto a poco. “Cómo tan pollo”, me retaba yo mismo. Y ella siempre tan arregladita, con su pelo negro, largo, tan linda ella. Aún no me llegaba el codazo amable de algún compañero que me despertaba para bajar. Ah, seguí soñando. La próxima vez esperaré a que llegue de estudiar para invitarle una bebida, un café, una cervecita, no sé. Uy, qué frío. No quería abrir los ojos. Pensé: “Sé que tengo alguna oportunidad con mi morena. Tan feo no soy, según mi abuelita”. Me quería hartó la vieja, era su regalón, siempre me echaba una alita de pollo de más en la cazuela...

Un “señor, despierte” me despegó de mis pensamientos. ¿Ya llegamos?, pregunté. –Si señor, son tres mil pesos quinientos pesos. Jajajaja, me reí, buena la talla. Debe ser el pesao’ del Lucho. En eso despego por completo

los ojos y un tipo que no conocía me estaba cobrando el pasaje por llegar a Putre. Sí, me había equivocado de micro y había subido a los buses que van a Putre. Así que allí estaba, en medio de la plaza, muerto de frío y sin plata, ya que tuve que pagar el pasaje y ni pa' un té me alcanzaba. Por suerte me encontré con mi tío Silverio que me retó media hora por pajarón, por no decir otra cosa, pero me prestó plata pa' "bajar", no sin antes almorzar una buena carne de cordero con

choclo y mandarme con un saco gigante de papas putreñas pa' la casa, para mi abuela.

Y esa es la historia. Hoy ya no trabajo en la empresa. Tengo un local de ropa en el centro en donde abrimos como a las 10, jejeje, y es mi señora quien me despierta tiernamente con un beso. Ah, mi señora es la morena de la población, tenemos un hijo y es mi jefa.

PRIMER LUGAR

Miriam Torres
Profesora de educación general básica
POZO ALMONTE

La piedra chancuana

Si me dices vida, yo digo luz. Si me dices noche, yo digo oscuridad. Sólo que a veces para algunas personas la oscuridad es la vida, ya que al momento de nacer no vieron luz. Algunos fuimos afortunados; vivimos rodeados de colores desde el amanecer hasta el crepúsculo, podemos contemplar un arco iris después de un día de lluvia o el gris melancólico cuando la nieve cae nuevamente sobre los árboles o podemos admirar el dorado color de las hojas que caen onduladamente sobre el suelo húmedo. Para nosotros esto es aroma, color y alegría.

Y para quienes viven en esta oscuridad, los días transcurren con toda normalidad...

Mariquita se vestía toda las mañanas para enfrentar las actividades que se realizan en el campo, en ese pueblo lejano y tal vez desconocido para la mayoría de los chilenos. Su delicada figura pasaba inadvertida para quienes la rodeaban, acarreado el agua para las plantas, llamando a las gallinas para darles maíz, jugando con sus gatos y perros, iba de lado a lado tendiendo la ropa y ayudando a su mamá.

Cada atardecer cuando su cuerpo ya se sentía cansado buscaba su lugar favorito y se sentaba en la piedra chancuana debajo de una ramada.

Un día algo irrumpió en el silencio, escuchó unos pasos acercarse que se detuvieron a su lado, esperó temblorosa hasta que una voz masculina le dijo -¡Hola Mariquita! ¿Cómo está? - ¡Muy bien! -dijo ella acomodándose su larga cabellera. -¿Puedo sentarme a su lado? ¿Si puedo? Gracias Mariquita ¿Por qué te gusta sentarte acá? -Sólo me gusta, puedo recordar y soñar cosas bonitas.

Ella no notaba que él la miraba detenidamente, maravillado mientras conversaban, contándole los trabajos que realizaba en el campo. -Hoy fui a plantar y regar cebollines porque ya es época.

¿Cómo se imaginará los cebollines? ¿Cómo piensa que es el cerro? Estas entretenidas conversaciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Él se fue ganando su confianza y día a día tenía una nueva pregunta para ella.

Todos los días él pensaba en cómo a una mujer tan bella se le iba pasando la vida trabajando bajo los fuertes rayos del sol, que aun así doraban su piel y hacían resaltar el color ámbar de sus ojos.

Al sentir la voz de su amigo el corazón de Mariquita latía con más fuerza, las horas pasaban lentamente hasta que caía la noche y aunque ella no lo notaba, las estrellas brillaban observándolos hasta que la madre que desde hacía tiempo esperaba mirándolos vigilante, le decía: ¡Es hora de entrar! La mamá de Mariquita sabía que su hija le contaba a su amigo todas sus aventuras vividas entre su casa, el ganado, los árboles y el más hermoso sabor de la naturaleza campesina que día a día se iban escribiendo en su tierna e inocente memoria. Sabía también que en esa piedra chancuana donde cada tarde su hija se sentaba a conversar con su amigo, se le había ido el único tesoro más grande que había tenido durante su infancia; su mascota, un negro “Tordito”, era ese animalito su compañero inseparable durante el día y en la noche era su compañía en la habitación, con él conversaba, le enseñaba canciones y cada mañana le habría la cortina de su jaula y lo saludaba. Todo eso ocurrió durante varios años, después empezó a soltarlo y entonces él acostumbraba a caminar detrás de ella. En los tantos quehaceres del hogar, Mariquita tenía que preparar el “morteriao” (trigo que se pela) lo que se hace en la piedra chancuana. Ese fatal día estaba moviendo la piedra de un lado a otro mientras entonaba una canción hasta que de repente sintió que algo no estaba bien, empezó a tocar y sintió horrorizada al darse cuenta que había aplastado a su regalón, su mascota, lo más querido y cercano que hasta entonces había tenido.

Desde entonces la vida de su hija Mariquita no había sido la misma, en su oscura soledad había sufrido mucho, pero algo estaba cambiando, ella como toda madre lo estaba presintiendo.

En la tarde del tibio y hermoso otoño, Mariquita y su amigo jugaban con las hojas que cubrían sus pies, el color dorado que la envolvía le daba un toque muy romántico y melancólico, después de una de las entretenidas e interminables conversaciones él se acercó lentamente a Mariquita, el corazón le latía con fuerza, acarició su larga cabellera y su mano acarició la de ella, tomó su rostro suavemente y sin pensarlo más la besó delicadamente. Mariquita tomó sus manos y las apretó fuertemente y así vivió la más hermosa sensación del primer beso, ahí en ese lugar donde sintió el peor sufrimiento ahora se convertía en el mejor lugar del mundo, donde aquel a quien ella nunca podría ver, sólo imaginar, le estaba devolviendo la vida desde ese mismo día y para siempre. Ahí comenzó todo, sentada en la piedra chancuana.

SEGUNDO LUGAR

María Inés Chamorro
POZO ALMONTE

Secretos del altiplano

El sol se reflejó como nunca en el bofedal y su brillo intenso dio de lleno en mi estructura, haciendo resaltar mi particular e inconfundible anatomía.

Admiro este vasto paisaje cada día; siento cuando la lluvia se desliza suavemente sobre mí, luego se entrega a la tierra convertida en generosa ofrenda y de esta forma ayudar a germinar las semillas, haciendo mas fértil y grande el extenso valle.

Desde aquí mi visión alcanza hasta donde el horizonte se confunde con el inmenso cielo; puedo ver claramente cuando se alborotan las nubes en el espacio infinito y parecen un piño de camélidos presurosos a pastar o tal vez huyendo del iracundo trueno.

He aprendido el lenguaje de las aves; comprendo cuando avanzan en bandadas y desde la altura me anuncian que pronto volverán. Más de alguna de ellas se ha quedado junto a mí sin fuerzas para emprender el vuelo otra vez. En ese instante sólo tiene mi sombra como incondicional compañía, pero el ave más noble

aún y retribuyendo la acción quedará para siempre rendida a mis pies.

Somos amigos con la luna, ella me ha confesado grandes secretos (milenarios diría yo), por ejemplo: de cuándo sembrar y cómo obtener las mejores cosechas, de cómo devolverle a la madre tierra lo que le pertenece, de las bendiciones para que el ganado se multiplique, secretos de la lluvia y de las colosales montañas.

En un lenguaje sin palabras, me he encargado de contarle todo aquello al ferviente viajero y, más aún, a quienes viven a mi alrededor. Estoy segura que ellos se lo contarán a sus descendientes y que no lo olvidarán jamás.

Las estrellas son mi incondicional compañía en estas frías noches en las que la soledad y el viento caminan juntos de la mano a mi alrededor.

En una oportunidad escuché a un anciano contar historias de valientes hombres que defendiendo a sus

pueblos de dolorosos conflictos de armas se convertían en sigilosos pumas, fuertes jaguares, diestros halcones y en elegantes y majestuosos cóndores.

Hoy es un gran día para mí, estoy segura que recibiré muchas visitas. Entiendo que a muchos de ellos la distancia les complica visitarme más a menudo, pero tengo la convicción que en sus corazones y en los corazones de los hijos de sus hijos viviré siempre.

Es día de fiesta, de ceremonia, es el gran día del floreo de ganado. Vendrán de otros pueblos, se reunirán amigos, parientes y compadres.

Lo primero que harán será trasladar todos los elementos para la fiesta y serán algunos burros los encargados de hacerlo. Otro grupo de personas juntará el ganado, llamas, ovejas, cabras, etc. Todos conocen perfectamente los pasos que deben seguir en este ritual. La labor del padre y la madre de cada familia ha sido esencial para transmitirles ritos, creencias y costumbres. Todos los integrantes de la familia tienen un deber que cumplir, hasta los más pequeños; en el pastoreo, alimentación del ganado, recolección de leña, hilar lana, trabajar en telar, etc.

La mesa del ritual es imprescindible, debe quedar conformada la noche anterior: hojas de coca, bebidas alcohólicas, flores de lana, kupala (algo parecido al incienso), pusitunga (alcohol de caña) y ticas (adorno del pastor para el día del ritual).

Al amanecer del día siguiente, cuando el sol muestra sus primeros rayos, se levantan los más adultos y se dirigen en pequeña caravana hacia los corrales, los que están un poco retirados de la casa. Irán cantando

y tocando alegremente sus instrumentos musicales, provocando un eco en las montañas que llegara a mí como dulce melodía.

La "*huilancha*" o sacrificio del animal se debe hacer como corresponde a un ritual tan ancestral. Después de la ceremonia el almuerzo en comunidad es trascendental, ya que en esta ocasión no se perderá ni un hueso del llamo asado, pues los que queden serán enterrados con sumo cuidado, devolviendo así lo que le corresponde a la Pachamama.

Luego los comensales van a los corrales para seguir con la ceremonia de bendición del ganado. Altar de piedra, colla, kupala e incienso para el creador no deben faltar. Las mujeres se encargan de colocar las flores de lana en las orejas de los animales; aretes, corbatas y pompones ahora forman parte del ganado cuidadosamente adornado. Antes de dejar libre a los animales se les dará una bendición con las tres *chullas* (botellas con agua y especies) preparadas con antelación.

El viento ya no arrastrara el aroma de la colla hasta la próxima temporada. La ceremonia y el recuento de los animales ha resultado exitoso, todo se realizó conforme a las sagradas tradiciones, creencias y costumbres de los antepasados. Yo estoy feliz al igual que este extenso valle que recibió con generosidad la abundante lluvia del "invierno boliviano". Todo indica que habrá mucho alimento para el ganado, se multiplicarán las crías y nacerán a la llegada de la dulce primavera.

Me siento más grande y vigorosa; los visitantes trajeron diferentes regalos. Estoy vestida de diversos

tonos, con piedras traídas de lugares muy lejanos. Trajeron además hojas de coca, monedas, huesos, cigarrillos (es la forma de rendirme tributo). Con sus aportes he crecido fuerte y generosa, a cambio de ello a todos escucho y acompaño si lo solicitan. Vigilo a los caminantes hasta donde mi visión alcanza, guardo sus secretos, sus profundos anhelos e inalcanzables sueños. Así nos hemos fusionado “Hombre y Apacheta”, nos hemos convertido en uno solo. A través de cientos de años, ellos forman parte de mí y mi espíritu forma parte de ellos.

Le doy gracias al Creador por la misión que me encomendó; ser apacheta me consagra por toda la eternidad.

Apacheta: Montículo de piedra levantado en honor a la pachamama. Lugar sagrado y de profunda devoción. Los caminantes le dejan piedras y le solicitan que los cuide y acompañe en el viaje.



PRIMER LUGAR

Paula Nievas
Asistente Social
ANTOFAGASTA



El mejor hombre de toda esta historia

-Los gringos quieren una de las llamas. Ellos pagan bueno -dijo José, la vista clavada en el horizonte.

La señora Emilia hizo como que no lo hubiese escuchado y siguió barriendo el patio de tierra. José volvió a repetir la oferta de los gringos y hasta dijo el precio. En respuesta, la señora Emilia entró a la casa.

José vio a su mujer perderse en las sombras al interior de la choza e hizo un gesto de desprecio. Tomó una vieja cuerda que colgaba de un oxidado clavo y fue hasta el corral. Quedaban dos llamas solamente. José las evaluó, pensando cuál de ellas le produciría más dinero y luego, haciendo un lazo con la cuerda, cogió a la Clara y la sacó del corral.

La señora Emilia se asomó al pequeño ventanuco de piedra y vio a su marido alejarse con la llama que, amarrada, mansamente lo seguía detrás rumbo a Socaire. Se dio la vuelta y miró a Rosa, su hija de quince años que estaba pegada mirando el techo de paja, sin hacer nada.

-¡Tu papá se llevó otra llama! -gritó- ¿Se puede saber qué es lo que vamos a hacer ahora?

La niña se rascó la cabeza, tenía el pelo muy oscuro y tieso por la sequedad del aire.

-Vaya una a saber. Pero no se enoje, señora. Si sabe que con él no va a poder razonar.

-Va a volver muerto de curado. Y sin un peso encima. ¿Qué vamos a hacer Dios mío? -ya no parecía dialogar con su hija, sino que había apelado a una entidad superior.

Rosa se puso de pie y se asomó a la puerta de piedra. Allá abajo, por los cerros, se veía a su padre que iba con la llama, bailando casi, pensando en todo el alcohol que podría comprar, en toda la juerga, y alegría y ebriedad que esa llama significaba, felicidad con patas, acaso.

-Una desgracia de hombre -oyó a sus espaldas. Era su madre que no dejaba de quejarse del padre, una historia muy antigua.



-Yo podría buscar un trabajo -dijo la niña, con una voz que no le pareció suya.

-Usted está muy chica -respondió automáticamente la señora Emilia, aunque Rosa no pudo evitar notar un cierto matiz de esperanza en su voz.

-De mucama pagan bien en San Pedro -continuó ella-. Alcanzaría para comprar comida y forraje. Sólo necesito que usted me dé permiso.

-¿Y la escuela? ¿Qué va a pasar con tus estudios?

La niña se encogió de hombros.

-En la escuela no aprendo casi nada.

La señora Emilia esbozó algo que se parecía remotamente a una sonrisa. Puso una tetera negra al fuego y preparó té. Rosa fue a sentarse junto a ella, al lado del fuego.

-Antes tu papá era un hombre bueno. No le gustaba tanto la bebida, o le gustaba lo mismo que a todos, no más. Pero ahora... -dijo la madre y le alargó una taza a la hija.

-Agradezca que no nos pega, que sea. No como a la señora Marta.

A Emilia un escalofrío le bajó por la espalda. La señora Marta vivía en el sector de la Quemada. A veces pasaba un mes, dos meses que no se dejaba ver por el pueblo por miedo a que le vieran los moretones que el bruto de Juan Michia, su marido, le dejaba después de cada pelea, o mejor dicho, después de cada paliza. Se puso de pie y comenzó a desgranar unos porotos para la comida del día siguiente.

-Mi llamita -dijo-, tanto que había cuidado a mi llamita -suspiró largamente-. El domingo, después de la misa, le preguntaré al padre Aurelio qué podemos hacer.

-Pregúntele mejor si me puede conseguir un trabajo. No sea ilusa, señora.

La madre se dio vuelta, Rosa de inmediato leyó el enojo en el rostro de su progenitora.

-¡No hable así del Padre Aurelio, carajo! ¿No ve que él quiere puro ayudarnos?

La hija se puso de pie. Sintió que era ahora a ella a la que se le subían los colores a la cara.

-Qué defiende tanto al padre Aurelio, si él lo único que hace es hablarnos del fin del mundo. Que se viene pronto, que nos preparemos. Está puro pensando en desastres ese señor, ¿en qué nos puede ayudar eso?



-Es un hombre bueno -dijo la señora Emilia, mientras seguía desgranando los porotos- El mejor hombre de toda esta tierra. Ojalá me hubiera casado con él.

-Si una no puede casarse con un cura, oiga -dijo Rosa y volvió a acostarse en su cama y a mirar el techo. Pensó que con su primer sueldo como mucama lo primero que haría sería comprarse un televisor para matar todas esas horas muertas.

-Deberían poder casarse pues. Así una tendría la opción de tener un hombre bueno alguna vez.

Las dos mujeres se acostaron al poco rato más, sin cenar. Sabían que no debían esperar a José, que se tardaría tres o cuatro días en volver o quizás más (dependiendo de cuánto le durara el dinero que hubiera sacado de la venta de la llama).

-Buenas noches -dijo Emilia, al acostarse.

-Que duerma bien, mamá -respondió Rosa.

No hablaron más, se quedó cada una sumida en sus propios pensamientos. Rosa pensaba en la televisión que podría comprarse cuando trabajara y quizás en cuántas cosas más en los meses siguientes. Emilia pensaba en el padre Aurelio, en sus ojos verdes. Rosa tenía razón; el padre siempre estaba hablando del fin del mundo, del Apocalipsis, de profecías fatídicas, pero a ella no le importaba escuchar esas cosas, sino más bien, quería mirarlo de cerca (y por eso se sentaba en la primera fila todos los domingos en la misa). Pensar que si se hubiera podido casar con un hombre como él su vida hubiese sido distinta y hubiese pasado las noches abrazada a él, bajo el frío cielo del altiplano, en vez de tener que estar ahí, sola con su hija, varadas en tierras pero con la misma incertidumbre de un náufrago que va sobre un pequeño bote viajando a la deriva.

SEGUNDO LUGAR

Naróa Lemus Leiva
69 Años
Profesora Jubilada
ANTOFAGASTA

El “meico” del Tinguiririca

El campo estaba en su máxima belleza cuando llegamos ese verano de 1965 a vacacionar al sur. Mi padre amaba esos lugares sureños. Él había nacido en esas tierras, pero desde muy niño se había venido al norte y había quedado atrapado en estos lugares áridos. Pero cada cierto tiempo volvía, porque el campo y la tierra los llevaba en su sangre y hasta el momento de su muerte, debajo del pampino en que se había convertido, latía siempre el “huaso ladino”.

Todo iba bien en esas vacaciones por el fundo la Paloma cerca del cruce de Angostura (lugar ubicado entre Rengo y San Fernando), cuando de súbito una cistitis recurrente me apareció en pleno veraneo y mi padre decidió que viajáramos el lunes a Santiago a ver un médico...

La cocinera de la casa, mujer campesina y conocedora de todos esos lugares, me llamó a un lado y me dijo: “No vaya a esos doctores de ciudad, mi niña. Ellos a veces no saben curar algunas enfermedades... si usted quiere nos vamos calladitas, sin que su papito sepa,

porque parece que no cree en eso... y nos vamos a visitar al “meico” del Tinguiririca.

La curiosidad y cierta rebeldía propia de mi personalidad me hicieron acompañar en silencio a la cocinera, sin avisar a mis padres, que dormían tranquilamente su siesta. Nos fuimos a San Fernando y tomamos un taxi, para ir cerca de Chimbarongo, donde este yerbatero atendía. Lo único que teníamos que llevar era mi orina en una ampolleta blanca, según nos dijeron.

En el camino, el taxista que nos llevaba preguntó de dónde veníamos y le dijimos que yo venía de Chañaral, entonces él nos indicó que nos iba a dejar cerca de la casa del yerbatero y que teníamos que esperar lejos de la puerta, porque aparentemente el curandero había tenido problemas con las autoridades sanitarias y debía ejercer su oficio con mucha discreción. Al acercarnos a la casa, notamos que había una gran cantidad de gente alrededor de la cuadra que la rodeaba.

Al momento de irse el taxista, dijo que el curandero salía y señalaba a la persona que tenía que entrar.

Mientras esperaba me percaté que todo el terreno que rodeaba la casa estaba lleno de ampollitas quebradas, testigos mudos del número de pacientes que acudían a él.

Para mi sorpresa, el curandero salió e inmediatamente, entre el enorme grupo de gente que esperaba en los alrededores, me señaló a mí para que entrara (después me enteré que el taxista era hijo del curandero y al saber que veníamos de lejos, le había indicado al padre que me llamara primero).

Entramos y me encontré con un campesino enorme, o por lo menos a mí me lo pareció, por lo asustada que estaba. Su ropa de huaso, su sombrero, su acento sureño, parecía cualquier cosa, menos un curandero, o por lo menos un curandero que yo me imaginaba. La cocinera me dijo que uno no le tenía que decir nada, ni lo que le dolía, ni los síntomas que tenía. Según ella, él los sabía sin que se los dijeran.

Sin mirarme, tomó la orina que llevaba en la ampollita, la miró largamente a la luz y luego de una pausa, le dijo a la cocinera “esta niña tiene estrechez uretral, tiene que tomar siempre ‘perejil con pelo de choclo’, además la encuentro que está débil, por lo que también tiene que tomar vitaminas”. Y eso fue todo, pagamos y tuvimos que salir rápidamente, habiéndonos indicado previamente que botáramos lejos de su casa la ampollita que llevábamos.

Al llegar a la casa, nos encontramos con que mi padre se había enterado de nuestra escapada y verdaderamente estaba furioso. Para él era inconcebible que me hubiera prestado para ir a esos lugares donde la gente, según él, iba por ignorancia. “¿Para qué crees tú que están los

doctores?” me preguntaba una y otra vez. “Ellos han estudiado para sanar a la gente y saben lo que hacen. No me esperaba eso de ti”, me repetía. “Siempre pensé que eras inteligente y que no ibas a creer esas supersticiones”. Punto aparte merece el reto que se llevó la pobre cocinera, que terminó bañada en lágrimas por la llamada de atención de mi padre.

Al amanecer partimos a Santiago, viaje que demoraba más o menos una hora desde el cruce Angostura. Y fuimos a ver al mejor urólogo que existía, ya que era profesor de Urología de la Universidad de Chile, y empezó una semana de tormentos chinos para mí: pielografías, a las que reaccioné con vómitos excesivos debido al líquido de contraste que me inyectaban.

Citoscopías, otro instrumento de tortura que el médico usó para verificar cómo estaba mi vejiga y mi uréter. Extracción de orina por medio de sondas, lo que permitía que los resultados de los cultivos y antibiogramas no salieran alterados, etc., etc., etc.

Me sacaron tanta sangre que seriamente pensé que iban a hacer prietas con ella. Durante esa semana pagué todos los pecados que había cometido y, cuando todo terminó, tenía la certeza que me había convertido en Santa, porque estaba limpia y pura de todo pecado. El dolor y el sufrimiento me habían purificado... en otras palabras, las pagué todas.

Tuvimos que esperar en Santiago otra semana más hasta tener en nuestro poder el resultado de los miles de exámenes a los que me habían sometido.

Llegado el día, con todos los exámenes en nuestras manos, nos dirigimos a esa Eminencia, quien tomó los

resultados y los empezó a leer muy lentamente bajo la mirada expectante de mi padre y de la mía.

Se tomó su tiempo para darnos su veredicto, nos miró fijamente a los ojos, como diciendo: ¡Fíjense lo sabio que soy! Y con su voz más doctoral, le dijo a mi padre: "Su hija, señor, tiene estrechez uretral" y a continuación entregó una receta e indicó que debía someterme a dilataciones uretrales.

Quedé pasmada, no lo podía creer, me habían torturado durante una semana y con lo que costó todo eso, prácticamente hubiera tenido que empeñar a mi primogénito si lo hubiera tenido. Y el resultado era el mismo que el "meico" del Tinguiririca me había dicho, solamente mirando mi orina.

Salí tiesa y muy altanera de la oficina del doctor, y no le dije por dónde se podía guardar su receta más que nada por respeto a mi padre, que siempre me había enseñado a ser educada, pero salí diciéndome a mí misma que jamás iba a usar la receta que me habían dado y que apenas llegara a la casa iba a desenterrar la receta que me dio el curandero, aquella de tomar perejil con pelo de choclo y... ¡¡¡¡al diablo las consecuencias!!

A lo largo de los años he meditado mucho en ese suceso y me he dado cuenta que la gente del campo,

por la lejanía de los lugares donde vive, ha acumulado siglos de sabiduría, referido a la mejor manera de sanar las enfermedades, ocupando para ello lo que la naturaleza les entrega. Es necesario que esa sabiduría no se pierda y también es necesario que la juventud campesina aprenda a valorar los saberes de sus mayores. Y no solamente a valorarlos, sino también a usarlos como una herramienta efectiva junto a la medicina moderna.

El campo y su gente tienen un caudal inagotable de sabiduría, por lo que no sólo se debe cuidar sus saberes, sino también formar en las futuras generaciones el cariño y el cuidado del medio ambiente, para que esas plantas milagrosas no se extingan y las personas sabias que las conocen puedan dejarnos por siempre su legado.

En cuanto a mí, me convertí, con el trascurso del tiempo, en una firme creyente del alivio milagroso de las hierbas del campo y una ferviente seguidora de las personas que tienen ese arte. Si en algún momento de mi vida escuchara que en la cima de un cerro hay una curandera que tiene el secreto de la eterna felicidad, pero el único requisito para llegar a ella es subir desnuda y con los ojos cerrados, créanlo amigos, ¡¡LO HARÍA!!

A NALEVI.





PRIMER LUGAR

Manuel Leiva
PUEBLO SAN FERNANDO
COPIAPÓ

Girasoles benditos (la historia de Sofía)

-¿Papá, qué es un girasol?- preguntó Sofía con la curiosidad desbordando por su mirada.

-Un girasol, hijita, es una enorme flor, gigante, amarilla, que sigue al sol desde que sale hasta que se esconde. Es una planta que se siembra junto con las semillas de sandías como la que ves al final allá. ¿La ves?

-¿Y por qué se plantan junto con las sandías?

-Porque cuando el girasol crece, florece, y demuestra todo su esplendor, es cuando también las sandías están maduras.

-¡Ahhh! ¡Quiero un girasol papá, quiero un girasol!

Sofía sonreía hermosa toda vez que su padre contestaba cada una de las preguntas que se le ocurrían. Ella era hermosa, de larga cabellera castaña, de ojos negros y expresivos, de gigantes pupilas y de una sonrisa delineada. Tenía seis años la pequeña y era la hija única de aquel campesino de la localidad de Loros, un pueblo que se ubica al final oriente de Tierra

Amarilla, entre los verdes valles y la precordillera.

Sofía siempre se levantaba de mañana muy pero muy temprano, cuando el sol aún no brillaba sobre los racimos de las viñas y no encendía el brillo de los cerros de hermosos colores que la naturaleza había puesto en aquellos valles. Su padre se llamaba Patricio y vivía de las cosechas del campo y de algunos animales que pastoreaba.

Patricio amaba mucho a su Sofía, o a su "chochó" cómo solía decirle. El tenía ya cuarenta y ocho años y la vida le había bendecido tarde con su paternidad, por lo que junto a Olinda, su madre, amaban de por cierto a aquella hermosa criatura de Dios que les había venido a llenar sus vidas. Sofía siempre correteaba detrás de su padre, buscándole entre los maizales, los naranjos (fruta típica de aquellas tierras), o bien entre los sandiales en pleno verano, cuando él mismo le acompañaba a jugar en la rivera del tranque Lautaro para sofocar de manera alguna al calor que a esas épocas y en esos valles sobrepasaba los cuarenta grados.

Un día de aquellos, Sofía acompañó a su padre a cortar uvas a una agrícola cercana. Si su padre no la llevaba ella sufría mucho y lloraba, lo que terminaba obligando a Patricio a llevarla a sus espaldas por esos caminos. Ella era feliz, muy pero muy feliz, porque sus padres la amaban con toda el alma y la consentían en todo.

-Quédate aquí- le pidió Patricio a chochó dejándola bajo la sombra de un gran pimiento-Volveré por ti en un rato. No es bueno que camines a todo sol conmigo hasta el final de la hilera. Tu madre no tardará en venir por ti.

Sofía le miró con esos ojos soñadores y sonrió mientras asentía. Sus padres le habían enseñado a cabalidad la obediencia a las órdenes que a ella no le incomodaba esperar como lo hacía siempre a su padre.

Patricio la besó en la frente y organizó sus rizos que caían y le cubrían los ojos y partió. Ella lo vio perderse entre el follaje y el verdor de los parronales y esperó pacientemente.

Su madre, doña Olinda de cuarenta años, apresuró sus tareas domésticas para ir al encuentro de su hija, que sabía le estaba esperando bajo el pimiento de siempre y a la orilla del arrollo, pero cuando llegó a su encuentro la pequeña no estaba.

-¡Debe haberse ido con su padre!- pensó Olinda con toda la confianza que le daba aquella situación. Y regresó a casa sin siquiera preguntarle o ir donde su marido a cerciorarse de que la pequeña Chochó estaba con él.

Patricio, en cambio, continuó cortando uvas y tratando de llegar a las metas propuestas por los patrones, porque la uva se había madurado de un viaje y si lograba duplicar su trabajo le darían un bono con el cual ya había decidido ir con su hija y su esposa a conocer Santiago. A Sofía le gustaban los animales y siempre le pedía a su padre que la llevara a conocer la capital de Chile. Es por ello que Patricio se esforzaba en la corta de uvas para cumplir el sueño tan anhelado de su Sofía.

Dos horas más tarde, Patricio vio venir a su esposa Olinda hacia él cuando todavía cortaba las uvas y demás está contar que se le veía apurada y muy agobiada. Cuando llegó a su lado, Patricio notó preocupación y molestia en su esposa.

-¿Qué sucede Olinda? ¿Y la hija fue al colegio?

-No- respondió con la voz tiritona- Vengo por ella, pensé que estaba contigo.

-No, no, quedamos en que tú la ibas a retirar debajo del pimiento como lo hacíamos siempre.

-Vine, pero la niña no estaba, yo pensé que estaba contigo...

Ambos padres se abrazaron en el temor y la desesperación que les produjo darse cuenta de que su hijita Sofía no estaba con ninguno de ellos, y se sintieron los hombres más infelices del mundo.

El pánico les invadió, la angustia mezclada con ansiedad y desesperación brotó rápidamente por sus bocas comenzando una rápida búsqueda por el sector.

Olinda volvió a la casa con el llanto a flor de piel, preguntando a todos los del pueblo si habían visto a Sofía. Unos le decían que no, otros que la habían visto cerca del arrollo esperando a su padre, y otros que simplemente jugaba con los niños en la escuela.

Patricio recorrió hilera por hilera, preguntándole a cada uno de los temporeros que lo conocían si sabían de Sofía, pero nadie le daba una respuesta alentadora. Entonces el pánico cundió, se armaron cuadrillas y comenzaron a dividirse el valle buscándola hasta en el más recóndito lugar. El nombre de Sofía hacía eco entre las montañas y los cerros que bordeaban el valle, el sol en su inclemencia seguía madurando los racimos de uva y expelía más luz para aclarar los bajos y sombras en las que pudiera encontrarse la niña.

Patricio volvió al arrollo y se sentó bajo la sombra del pimiento, el mismo en donde había dejado a su preciosa hija y lloró desconsoladamente. ¡Nunca hombre alguno había llorado tanta lágrima de desesperación y desconsuelo en tan poco tiempo!

-¡Dios mío, Dios mío, devuélveme a mi hijita, por favor!

Unos hombres corrieron dónde él con premura trayendo entre sus manos una prenda femenina.

-¡Patricio, Patricio, hemos encontrado esto a la orilla del río!

El hombre la vio y la apretó contra su pecho. La prenda tenía el olor de Sofía y no la quería dejar, por lo que uno de los temporeros se acercó a él y lo tomó del hombro diciéndole que lo habían encontrado flotando a la orilla del río, que cabía la posibilidad de que su

hija hubiese caído al agua y el río se la hubiera llevado.

-¡No, no, no! ¡Sofíaaaaaaaaaa!!!- gritaba con desesperación el padre queriendo ir al agua.

-¡Quiero a mi hija, quiero a mi hijita!

Horas más tarde, la policía buscaba por los alrededores y la geografía del río alguna respuesta, algún indicio que pudiera llevarles a la niña, pero tal parecía que todo estaba determinado y que la niña había caído al río y habría muerto por inmersión.

Olinda ya estaba junto a Patricio esperando que Carabineros y bomberos de la localidad le dieran una noticia respecto de su hija, y ellos se aferraban a la esperanza de que Dios no los abandonaría en esta tragedia. Olinda era católica y le rezaba a la virgen del Carmen de Los Loros, prometiéndole velas y una radical conversión, mientras que Patricio elevaba sus ojos a los cielos y clamaba con el sufrimiento a flor de piel.

De pronto y como una respuesta súbita a sus peticiones, Patricio recordó la conversación que había tenido con Sofía en la mañana en dónde ella le preguntaba acerca de las sandías.

Miró hacia el horizonte.

-¡Los sandiales, los sandiales!

Y abrazado a su esposa corrieron cerca de un kilómetro, en donde a distancia se erguían los preciosos girasoles florecidos mirando hacia el astro rey.

-¡Debe estar allí, mi hija ama los girasoles, debe estar allí!

Mientras corrían hacia el lugar, Olinda suplicaba a la Virgen del Carmen, prometiéndole que cortaría todos los girasoles y adornaría su altar y Patricio, seguro ya de la respuesta de sus oraciones, sólo pedía que su corazonada fuera certera.

Llegaron al sandial y buscaron entre las hileras de girasoles que cuidaban como ángeles a las bellas sandías que esperaban con paciencia su maduración.

Y allí estaba la pequeña, dormida al pie del girasol más grande que encontró y con uno de ellos reposando en su pecho.

Patricio y Olinda la abrazaron con pasión y consuelo. Ella despertó de un corto sueño dado al cansancio de la caminata y lloró junto a sus padres. Todos los temporeros de la cuadrilla que corrieron con ellos aplaudieron el hallazgo y luego la policía y la compañía de bomberos constataron que la pequeña Sofía se encontraba bien, pese a una leve deshidratación. Una vez en casa, su padre le preguntó el por qué lo había hecho, por qué había llenado de preocupación y tristeza a sus padres y a todo el pueblo de Los Loros. Ella respondió:

-Quería ver los girasoles. Son tan hermosos y altos, papá, tan bellos y grandes que parecen alcanzar a Dios.

-Dios es inalcanzable, hijita preciosa, mucho más que esos girasoles que nos han hecho tanto sufrir pero que luego nos han devuelto la esperanza en Dios y la Virgen. Nunca más te dejaremos sola, nunca más hijita. Y ambos abrazaron a su pequeña restaurándola de la soledad y la tristeza que ella vivió gracias al exceso de confianza de sus padres.

Desde aquel día y todos los años, en la localidad de los loros, el día 16 de julio verán ustedes en el altar mayor de la virgen tres girasoles enormes que la adornan como ofrenda permanente y que representan la gratitud de Olinda, Patricio y Sofía, eternos agradecidos del milagro de encontrar sana y salva a esta pequeña bendición de Dios en aquellos valles copiapinos.

Esta historia es real y sucedió en el año 1998, en la localidad de los Loros. Ahora Sofía vive en Santiago y estudia agronomía. Patricio y Olinda continúan viviendo en aquellas tierras y siempre se les ve cada fiesta Del Carmen agradeciendo el hallazgo de su hija con tres maravillosos girasoles.

Esta historia está dedicada a ellos.

SEGUNDO LUGAR

Claudia Latorre Zepeda
COPIAPÓ

Germinando entre parronales

05:00 horas, ¡¡¡RING-RING!!! Taconeando el repugnante despertador, caigo al suelo y me golpeo la cabeza. Aún no brota el sol detrás de los cerros y ya debo levantarme para mi primer día de trabajo en los parronales, mientras los tambores rugen en avenida Copayapu de la ciudad de Copiapó y el zapateo de las bocinas me aturden un poco más. El estado crítico en que se encuentran los manifestantes de un país confuso y colmado de contradicciones por una lucha educacional que no me involucra en lo absoluto.

Una ducha con agua helada y un shampoo de \$100 que me vende la mesera, además de un jabón con pelusas pegadas que nunca ocupé y una toalla chorreada de humedad son los que me saludan este día con el ambiente abrumador en las afueras de la residencial en la que duermo hace 3 noches.

Me visto rápidamente y salto los escalones del lugar hasta llegar a la puerta de salida. ¡Corro! o el bus me dejará. 06:01 en el paradero y observo a hombres de trabajo subiéndose en el bus, unos con mochila y otros de gafas oscuras se acomodan en los asientos. De 14,

15, 16, 30 y 60 años son los que comparten el microbús mientras miran con desprecio a los manifestantes que ejecutan escandalosos gritos al gobierno de turno.

Avanzo por el pasillo del transporte hasta ubicarme en un asiento. Todos conversan menos yo, que trato de invisibilizarme mirando a la calle y a una ciudad que crece y anestesia a los que viven en esta urbe sobrepoblada de forasteros.

El bus avanza por angostas calles que pretenden crecer. Con dificultoso tráfico (a esta hora de la mañana) emergemos de la ciudad, nuestro bus no ha interrumpido su recorrido y seguimos internándonos en el valle. Algunos hombres dejaron de charlar y duermen, otros roncan y algunos bromean.

Luego de una hora el bus se detiene y todos comienzan a bajar. Cuando toca mi turno, un hombre de voz reseca me frena situando su mano sobre mi pecho. "Tú eres el nuevo, anda a que te den tus cosas, ¡muévete hombre! y bien vivito lo queremos acá eh, o no vas a ganar nada de chauchas por gil". Le sonrío a la fuerza

y empujo su aceitosa mano de mi pecho. Algunos temporeros le celebran al seboso inepto, mientras que otros pendejos dejan que los manosee con esas gordas manos callosas.

Me entregan unos cajones, tijeras y guantes, luego una señora rolliza como una marmota pelirroja me satura de bloqueador solar en el rostro. Todos ríen nuevamente. "para que el sol no lo queme, mijito, no ve que se va a poner negrito, ¡como todos estos giles!", me dice burlándose de mi inexperta experiencia. Es como si me olieran...

El mismo gordinflón aceitoso me dice por dónde empezar y los horarios de descanso versus colación. Parecen recrearse conmigo, poca fe me tendrán los mamíferos. ¡Ya verán!

El sol apesta y ya he llenado 2 cajones colmados con uva. De pronto suena un silbato y todos dejan sus herramientas cargando los cajones. Atino a hacer lo mismo. Llego hasta el lugar y la gorda pelirroja me rechaza los dos cajones indicándome que el corte está malo. "Niñito, este corte está pésimo, has asesinado el racimo de uva de exportación, ya no vale nada, por lo tanto tus cajones quedan en cero y tu remuneración de la jornada de la mañana es igual a \$ 0, parece que ni para cortar la uva sirves, cabrón, jajajaaja. ¿Y en qué curso te quedaste repitiendo? ¿O andas como todos esos pendejos gritando por educarte gratis? Y ni siquiera asomas tu nariz por una sala de clases". No lo puedo creer, ¡la saliva se le excede de su boca comunista-socialista-derechista-fascista-anarquista-marmotista! Y mi ira me comienza a subyugar. "¡Mire! Nadie me enseñó cómo cortar la puta uva de exportación, ¡sólo la sé comer y ya! ¿Y usted

me habla de asesinar un racimo? ¡Usted me dice que soy un maldito asesino, gorda nativa, qué te crees una francesa con ese pelo engrasado con lodo! Y me habla de educación, de comunismo, de derechismo, de...". PAUSA. Sé que me excedí con argumentos ilógicos y poco consecuentes, ya tenía ganas de orinarla en la cara. En ese instante llega el gordo que me indicó por dónde empezar y los horarios. "¿Qué pasa?" Ella en silencio, a punto de llorar. "¿Qué le hiciste, cabrón?", sigue diciéndome el tipo. En ese momento me bajo los pantalones y le indico donde golpearme por ser un mal chico. PAUSA. Se que me volví a exceder, ¡pero estaba harto de tanta ilógica manifestante! Al instante llega el jefe del lugar. "¡Basta!" Y detiene al tipo que me rompería en dos por mostrarle mi culo. Entre varios hombres lo sujetan mientras yo me subo los pantalones y luego le escupo en el piso, ganadoramente, como el macho alfa que siempre quise ser, o como el león que orina a su presa para marcarla. Algunos se ríen, otros me empujan y me sujetan hasta llevarme a una miserable oficina que, bajo el contexto del lugar, era la oficina del jefe máximo, como un Presidente o Gobernador con carácter Nacional.

Reunión en la oficina miserable

Tu primer día y ya estás mostrando tu trasero al capataz, ¿eh? Debes tener cojones, pendejo. PAUSA. Pienso en que todos tenemos cojones, sólo que hay ciertas maricas con mandato empresarial. "Bien, debo decirte que sigues trabajando por cabrón, sin embargo le diré a tu capataz que te colmé de sermones y me rogaste por trabajar". Le respondo sonriente: "¿Y por qué me dejará trabajar y creará una historia tan arrogante, señor?". "Porque necesito delincuentes como tú en esta pocilga. Los hijitos de mamá no duran



mucho, además por tu historial tengo entendido que eres un bastardo, robaste dinero a un viejo, te cagaste a otro y así y así, ahora vives en una residencial de mala muerte y te llevarían preso si se enteran que aún resides en Copiapó. Acá sabemos la vida de todos antes de que se metan a cortar la uva, porque en vez de cortar los racimos nos pueden zanjar a nosotros, ¿no? Tanto historial hombre y sólo tienes 22 años...". Sólo le sonrió y me levanto del lugar luego de beber una bebida y alimentarme de un pan con exceso de carne asada ofrecida por este honesto hombre.

"¡Ah! Y se te pagarán los dos cajones que llenaste, eh, no le digas a nadie. Además siempre se paga el mínimo cuando es un trabajo regular. Y ponte bonito que vienen las autoridades y la PDI hoy, dicen que hay abusos de menores en el sector". Me lo dice como si no supiera que el gordo aceitoso manoseaba a esos pendejos cuando se bajaron del bus... aún no entiendo para qué lo tienen acá a ese degenerado cerebral. ¡Y capataz el imbécil!

Bajo parronales

El sol es agobiante y una mujer de 50 años aproximadamente no deja de mirarme. He cortado más de 200 uvas esta tarde y mis brazos se aturden mientras reciben mis órdenes cerebrales. Sigo pensando en que todo este dinero será para irme a España, una mejor vida me espera, seguro que sí. Seguro allá ya no seré el bastardo que todos recuerdan en estas tierras, vestiré con trajes europeos y seré Don Samuel, ya no seré el bastardo Samuel. No, claro que no robaré en Europa, por eso debo irme con mucho dinero, aún guardo los 15 millones del pobre viejo que me cagué, aún conservo el dinero que obtuve por vender droga, seré una mejor persona en Europa, sí...

claramente estas tierras me enajenan y me hacen ser un maldito, pero no tan perverso como el gordo aceitoso que se caga la infancia de unos inocentes adolescentes.

La gorda pelirroja algo planifica con el aceitoso hombre. Al mirarlos y observarlos un poco más puedo notar cómo se llevan a unos niños detrás de un cuarto. ¡Asquerosos! Seguro estos abusivos ganan mucho dinero prostituyéndolos y abusándolos... ¿pero que puede hacer un bastardo como yo? Me avergüenza mi cómoda actitud. Me acerco un poco más entre los parrones y observo cómo algunos pagan por entrar al cuarto. En ese instante llegan los de la PDI acompañados por unos vehículos blancos, se bajan unas personas de buen vestir con chaquetas institucionales y símbolos gubernamentales, nos saludan, al girar mi cabeza observo a la gorda que los va a saludar con ese tonito hipócrita que la caracteriza. "¡Échale bloqueador a la autoridad, poh!", le grito y ella me ignora así como el aceitoso que se ve nervioso de que lo delaten. La PDI revisa el sector y nos interroga, yo delataría a estos hijos de puta, pero no me conviene, tengo un historial demasiado amplio y me llevarían con ellos...

Inspeccionan el lugar y nada anómalo encuentran. Ellos perciben que hay abuso de menores, son sabuesos estos hombres, pero nada pueden hacer si los niños no se atreven a declarar y nadie los apoya. Después de un par de horas de interrogatorio, inspección y "parafernalia" se marchan tomando un par de fotografías y abandonando el sector. Sigo acá bajo el parrón mirando cómo la inocencia se extingue entre parrones y manifestaciones, observo a las madres de estos niños cómo les quitan el dinero y otras se ponen vendas sobre los ojos. Al rato me doy cuenta

que nuevamente la mujer de 50 años me miraba o analizaba. Algo sabe ella. Al rato el aceitoso se lleva a dos chicos de no más de 16 años y los mete a un cuarto. A la hora salen con unos billetes que sostienen entre sus dedos, felices se ven... qué infeliz me siento ahora.

Sexto día de trabajo

Levantarse, ducharse, subirse a la micro, viajar una hora, oír las marchas y manifestaciones, internarse en el valle, recoger herramientas, saludar y firmar, conocer a los 100 trabajadores de los parronales del sector C, escucharlos, alimentarse, seguir cortando y llenando cajones, oler la uva, ensuciarse y mancharse, ver a los niños saliendo con billetes del cuarto y al gordo arreglándose la escasa cabellera de su cuadrada cabeza. Sin embargo, este día es diferente. Conocí a la mujer de 50 años que no dejaba de mirarme, una oriunda copiapina que me indicó cómo ganar dinero trabajando menos. "Sólo necesitas una sogá en tus manos y una bellísima estrategia casual", me dice mirándome a los ojos. "No te amargues tanto por esos chicos, tú no serás el héroe que frene a estos delincuentes, sus madres son las que deberían terminar toda esta prostitución. Además deberías irte de este lugar, yo con 50 años y trabajando desde niña obtendré una jubilación de \$25.000", me continúa diciendo la hermosa pero triste mujer, inyectándome algo de paz al alma. Seguro será una anestesia egoísta para sobrevivir bajo el parrón. "¿Qué más puedes hacer cuando eres un delincuente?", finiquita su frase.

Hay un sol infernal que me hostiga. Decido ocupar las estrategias de mi nueva amiga, una sogá y un nudo en mis muñecas. Amarro mis manos con firmeza al

parrón que está sobre mi cabeza. Antes me puse un gorro campesino para cubrir mi rostro dormido. Al comienzo me siento observado y con desconfianza a ser evidenciado, sólo observo por unos minutos la sombra del aceitoso que nos vigila con crudeza este sacrificado trabajo, pero él sigue sus pasos sin notar que estoy amarrado a un milímetro de caer en los brazos de Morfeo, el fiel reconciliador de los oníricos sueños humanos.

Ha transcurrido más de un mes y nadie ha notado mi apática habilidad de trabajar menos y ganar el mínimo, el tiempo ha desfilado sobre los parronales y con Cecilia, la mujer de 50 años, tenemos una sana relación de amistad. Sin embargo, estas destrezas parecen desquiciar a la gorda pelirroja, que ha notado mi mediocre trabajo al llenar vulgarmente esos cajones de uva. Ella se ve deseosa de delatarme, se ve envidiosa de la alegría que destellamos con Cecilia y de compararnos con el aceitoso que no deja de acariciar a esos pendejos. Ella seguro me delatará cuando descubra finalmente mi tramposa actitud, ¡claro que lo hará! Y yo disfrutaré verla colapsando de envidia al obsérvame sonreír y gritarle que es una puta cabrona envuelta en pedofilia.

Ya son las 17:00 horas de un miércoles cualquiera, la tierra hoy está menos húmeda y el viento silva escoltando al silencio, la quietud es un placer de mis sueños mientras duermo afirmando mis manos sobre el parrón. En ese momento un silbato en mi oído derecho me despabila dejándome una sordera de esas que ni la vuvuzela de un mundial de fútbol podría labrar. Caigo brutalmente de rodillas dañándome las muñecas, ¡mis manos sangran! ¡Y las uvas han explotado con mi brutal caída sobre ellas! "¿Crees que

soy tonto?", me dice con una ronquera insuperable el gordo aceitoso punteándome con un bastón sobre el rostro, mientras yo ahí colgado sobre el parrón de rodillas "¿Crees que no había notado tu tramposa actitud?!", continúa diciendo mientras sigo humillado y atado con las uvas que sostienen los parronales y que parecen querer desplomar conmigo... De pronto saca una cuchilla de su bolsillo, más parecido a un sable de samurai me apunta amenazador, y como si fuera mantequilla caliente corta las amarras, caigo al suelo como un gusano. En ese instante de frenesí por parte del gordo observo cómo de la tierra unas hormigas se facturan con los restos de uva para apalea el expectante invierno, y yo acá goteando mi ADN sobre tierras fértiles del norte. "¡Levántate, hijo de puta!", me satura el gordo mientras algunos temporeros observan sedientos de beber sangre. Con impulso me arrojé sobre su soberbia actitud. ¡Lo pateo!, como si fuera un saco de tomates que se detona por los campos de uvas. En ese instante de furia pienso en la injusticia de mujeres que trabajan por su hijo y ganan una miseria, como mi amiga Cecilia que me confesó de los \$25.000 que sacaría en su jubilación. Pienso en el vandalismo y la pobreza, en las protestas y los encapuchados que se adhieren a las manifestaciones, pienso en el viejo al que le robé sus 15 millones, pienso en la droga que vendí y cuantos hijos de puta se estarán drogando en este momento. ¡Lo pateo y lo desprecio! Pienso en la cantidad innumerable de delincuentes y estafadores que rondan por estos lugares, pienso en los vagabundos y en los niños explotados en el día y por las noches en este lugar. "¡Sí, el hijo de puta eres tú!, miserable estiércol que haz abusado como un puto cabrón con menores de edad vendiendo su culo por más dinero!". Pausa y silencio... caigo de rodillas mirando al cielo, intentando encontrar algo de sol

para sentirme un poco vivo... un poco de luz solar entre los parrones que cubren mi cabeza y me nublan de una realidad nacional.

Lo sé, sé que no he delatado a los depravados cuando vienen los de la PDI y autoridades a frenar esta miseria. ¿Pero la verdad? La miseria jamás se frenará, porque a los miserables les gusta vivir así... me largo, ¡estoy harto!, lo lamento por la señora que trabaja para sostener a su familia, con tristeza lamento ver al hombre viejo que aún trabaja para recibir un salario... de verdad lo lamento por la mujer de 50 años que me quiso ayudar y sólo obtendrá una miserable jubilación, pero debo seguir mi camino, solo no cambiaré al mundo ni sus miserias, ni siquiera puedo ser una mejor persona.

Me voy del lugar viendo como el gordo aún intenta levantarse, lo detesto tanto que lo golpeo una y dos veces más hasta no saber si el aceitoso aún está vivo. Si estuviera muerto, que en paz descansan esos niños. Huyó del sector como el cobarde que siempre he sido mientras que una palmada en el hombro de Cecilia bastó para darme cuenta que no estaba tan solo en este mundo en el que la noche esconde a los cobardes como yo y la luna se oculta de vergüenza.

PRIMER LUGAR

Carlos Ardiles
Docente
OVALLE

La pugna

Cuentan que ño'Réne y el chercán Astorga estuvieron unidos por un odio silencioso y macabro después de haber sido los mejores amigos, todo por culpa de una china que se le ocurrió enamorar a la collera al mismo tiempo pero eligió a uno cuando ya la edad de merecer se le estaba corriendo pa'l otro lado de la pirca. El rencor llegó a tanto que ninguno de los amigos o conocidos se atrevía a insinuar algo siquiera respecto del otro, porque era motivo suficiente para que reventaran en cólera, arrasaran todo lo que estuviera alrededor, insultar y golpear lo que estuviera cerca. Y eso que habían crecido juntos. A los cinco años ya habían enlazado su primer novillo en una feria ganadera que se hizo en el Fundo La Seductora. A los ocho eran la collera más joven en los rodeos de la zona. A los quince habían conocido todos los boliches y clubes deportivos de los pueblos aledaños y sus andanzas con las mozelas de La Torre, Las Sossas, Caballo Muerto, Tabalí, Limarí y Cerrillos Pobres habían dejado más de algún guacho condenado al olvido. Eran excelentes peones, tan bueno para pelar el ajo como pa'l Pipeño en garrafa de cinco litros y la cueca bien zapateada. Eso hasta que

conocieron a Rosa Ester en un baile en Caballo Muerto. La china venía llegando de un caserío sin nombre perdido entre las quebradas camino a Barraza Bajo. Dueña de una dulzura endiablada, bailó y coqueteó con los dos amigos hasta la misma inspiración. Desde aquella noche, sus vidas tomarían un rumbo diferente. Si bien siguieron juntándose, por separado iban a Caballo Muerto a cortejara a Rosa Ester. Ella a los dos les movía las polleras y aunque le exigían que se decidiera, la muy coqueta no lo hizo hasta un año después en un tarde de primavera en que encontró una margarita y se puso a jugar al me quiere mucho, poquito, nada. El elegido fue el "Chercán" Astorga quien le pidió casorio al tiro no más, pero la muy pérfida se hizo de rogar como tres años hasta que la mamá la obligó porque ya estaba cerca de los veinte y ninguna mujer decente debe casarse después de esa edad. Pero el asunto era que en esos tres años tampoco había dejado de ver a ÑoRéne y si bien le era fiel al "Chercán" y jamás aceptó que ÑoRéne le faltara el respeto, igual le gustaba coquetear con él. Así nació ese odio fulminante entre los amigos

de la infancia. Donde se veían, se insultaban. En la cancha jugaban en equipos contrarios para darse de pateaduras como caballos salvajes. En los bailes se emborrachaban rapidito para envalentonarse y atacar a trompadas a su rival hasta sangrar vino de las venas. Dos días antes de celebrarse el matrimonio como Dios manda -con cantoras, vihuelas, chuicas como ríos tres vaquillas y dos chanchos- todos los amigos se reunieron en la sede del Club Huracán de La Torre para festejar la despedida de soltero. Fue una gran tomatera con putas de Barraza y todo, pero no había terminado aún cuando el “chercán” Astorga se emborrachó como tagua. El convidado de piedra, ÑoRéne, se ofreció para llevarlo a la casa. Lo echó al anca y partió. Una vez que llegaron, ÑoRéne lo tiró en la cama, El “chercán” se reincorporó apenas:

-Réne hueón -dijo algo entrecortado - mañana me caso y...- No alcanzó a terminar la frase y un puñete lo dejó dormido otra vez.

-Lo siento, “chercancito”... veremos si es así o no...

Decidió ir a casa de la novia. Ciego de ira, ciego de amor. Golpeó con voluntad y ella salió asustada.

-¿Qué hace aquí oiga, no ve que si lo ve el “chercán” lo medio mata?- dijo mirando para todos lados.

Después de eso, un silencio rodeó a los dos. Mirándose a los ojos, con el aliento entrecortado, mientras sus corazones hablaban sin hablar.

-No te casí con Astorga. Yo sé que me amai y tú sabí que te adoro- interrumpió el silencio ÑoRéne, con inusual ternura.

-No puedo hacerle eso oiga, no veí que me caso pasao mañana... toy tan confundía, pero no puedo... no puedo.

Aún no terminaba de hablar cuando estaba entre los brazos de ÑoRéne besándolo desesperadamente. Entraron a la pieza entre besos y caricias... pasó lo inevitable. Un par de horas más tarde, casi al amanecer, intempestivamente, humeando de ira, visiblemente descontrolado, apareció el “chercán” Astorga. Sin mediar palabra, tomó a ÑoRéne del cuello y se trenzaron en una pelea de antología que se comenta hasta el día de hoy. Rosa Ester, del miedo y la vergüenza, se desmayó. De tal laya fue la pelea que ambos quedaron casi destrozados producto de las quebraduras y chichones que se produjeron. Obviamente, el esperado matrimonio no se realizó y lo único que supieron de Rosa Ester fue que un par de horas después de la pelea ya se había ido lejos de Caballo Muerto, para nunca más regresar por esos lares.

Así, el nombre de Rosa Ester quedó prohibido en el club y los boliches de todos los pueblos cercanos. Las peleas continuas de los ex amigos ya tenían aburrido a medio mundo. Si hasta el cabo de turno, que en un principio los detenía duro y parejo, terminó por rendirse y dejarlos que se golpearan las veces que quisieran. Finalmente y luego de cuatro años de constantes disputas, peleas, insultos y otros malos ratos inimaginables, después de cuatro años en que su mutuo odio no les cupo en el cuerpo, los otrora mejores amigos decidieron batirse a duelo, pues ni uno ni el otro estaba dispuesto a abandonar la comunidad y ambos hacían la vida de todos casi insoportable. La más amarilla mañana del otoño se dirigieron a la salida sur del pueblo; ÑoRéne y “chercán” Astorga tomaban sus respectivas armas y

caminaban de espaldas al otro, a la usanza del viejo oeste. Los testigos silentes no imaginaban que en las mentes de esos dos examigos pasaban miles de recuerdos, imágenes de todo lo que juntos habían vivido, de todo ese odio acumulado. A un paso de la vida o la muerte, a un tiro de borrar para siempre aquellos recuerdos que se negaban a partir y que se reflejaban con más fuerza ya no sólo en sus mentes, sino que también en sus corazones.

Al dar la vuelta se miraron fijamente a los ojos, su rencor salpicaba en las pupilas; a punto de disparar y con sus manos temblando, un grito se escuchó hacia un costado.

-¡Noooooooo!

Era Rosa Ester... sin dejar de apuntarse, los enemigos la miran de reojo; vuelven la mirada hacia ellos. Al unísono piensan en lo que deben hacer y disparan. Ladridos de perros. Graznidos de aves. Aleteos. Silencio.

La fiesta para celebrar el reencuentro se hizo en el bar del Club Huracán, mientras que el funeral de Rosa Ester se realizó sin pena ni gloria la misma tarde de aquel otoño y su duelo. La culpable había recibido su merecido sin ley de por medio, sin miedos.

ÑoRéne y el chercán Astorga volvían a ser amigos, los mejores amigos.



SEGUNDO LUGAR

Fidel Inda
La Higuera

Reencuentros mágicos

Aún ejerzo como profesor normalista en el sector rural, ya por casi 47 años, labor que he realizado en poblados y caletas de pescadores de la comuna de La Higuera, Cuarta Región de Coquimbo, todas del sector rural-campesino-minero, primero en Cruz Grande, campamento minero, Caleta de Pescadores de Chungungo, asis olivarero de Los Choros y pueblo minero de La Higuera, capital de la comuna. Llegué muy joven a esta comuna a ejercer con la vocación de maestro, especialmente del área rural y aprender a vivir solo y con el tiempo con la familia formada, en estos remotos lugares tras las colinas, o a orillas del mar, o en medio de la vegetación y animales salvajes como los guanacos, más de la mitad de mi vida viviendo alejado de los centros urbanos, como La Serena, al sur de la comuna, unos 100 kms.

Al vivir en cada lugar rural es mayor el contenido de actividades escolares y de servicio a la comunidad que llegué a realizar, conviviendo cada minuto con las familias, con los habitantes de cada lugar, juntas de vecinos, deportivos, iglesia, etc. Así transcurrió mi tiempo y los años físicos y escolares, totalmente

concentrados en entregar educación junto a tantos eficientes colegas docentes, que pasaron y pasan por las aulas escolares de escuelas rurales.

Al llegar al final del camino, llega el tiempo del retiro, son muchas las vivencias que nos llevamos, hemos traspasado lo netamente profesional para que se atesoren con orgullo, lo más representativo y numerosas experiencias que aparentemente quedarán en el olvido, reemplazadas por otras vivencias de acuerdo al momento, pero se van aglomerando una a otras. Los alumnos pasan y pasan en cada uno de nosotros, forjamos valiosas joyas, los enviamos al espacio ciudadano intentando entregar mejores personas, pero la mayoría de las veces ellos desaparecen por siempre de nuestra vista y vida, de nuestro entorno, sin saber tal vez nunca más de ellos, sus caritas de su niñez queda sí grabada por siempre en nuestras mentes.

Pero llegó el día que había que partir, dejar atrás un pasado repleto de historias, vivencias y anécdotas. A todos debe sucedernos lo mismo, pero interiormente



nos vamos felices por haber aportado muchísimos granitos de arena a cada alumno que pasó por nuestras enseñanzas, pero no tienes a tu lado el “gracias profesor” de tus alumnos de antaño, no recibes el reconocimiento de tu empleador, no hay ni “un hasta luego” o “muchas gracias”, sencillamente te vas. El Ministerio de Educación tampoco hace su parte como antaño, que te reconocían tu labor, nuestro gremio hace caso omiso de la labor de sus propios socios, es decir, al llegar a tu último minuto te vas solo. Tal vez es igual como llegamos, pero entre medio pasaron muchas vivencias hermosas y de las otras, queda una herida en el corazón, la tristeza es fuerte, más aún si se entregó con alma y cuerpo a esta hermosa pasión de ser maestro rural.

Abandoné las aulas un primero de marzo del 2011, pasó el mes, luego abril y mayo. Y como Dios debe observar a sus pastores y el amplio apoyo de la familia, se produjo la magia, que ha provocado un cambio radical en mi vida, y que me ha permitido ahora narrarles las sorpresas que depara la vida a cada uno. Mis hijas, que son dos, Annitsa y Leyla, al verme taciturno y hasta melancólico, me inculcaron lo hermoso y bueno que era practicar contactos y comunicaciones con otras personas con este mágico aparatito que permite usar el Facebook. Debo confesar que lo hice a regañadientes, pero lo hice. Grande fue mi sorpresa, que ya a las 24 horas aparecía un nombre que me era familiar. Elsa es su nombre, de unos 53 años, me dio más informaciones y ahí supe que era una de mis ex alumnas de la Escuela 30 de Cruz Grande, mi primera escuela. Mi alegría fue inmensa, mi familia se alborotó. Al otro día mayor fue mi alegría cuando 4 personas más me contactaban; sorpresa mayúscula, eran ex alumnas de hace 45 años atrás, Lucía, Fanny, Lorena, Helmo, mis

primeras y primeros alumnos que tuve en mi larga carrera de maestro. Empecé a recordar sus inocentes caritas de su niñez y en mí afloraron recuerdos que me emocionaron por las vivencias contadas y recordadas por ellos. Entre estos tres meses fueron muchos más quienes me contactaron, me narraban sus vidas, pero especialmente sus vivencias escolares, las que empezaron a ser acompañadas por viejas y añosas fotos. Ahora eran adultos quienes me hablaban, pero con la vivencia de niños. Vinieron a mis recuerdos maravillosos momentos vividos en el ex campamento minero de Cruz Grande entre 1965 y 1975, esto hace entre 35 y 46 años atrás.

Fue tanta la emoción de ellos como la mía, que decidimos reencontrarnos en La Serena, en casa de una de ellas. Y así sucedió un 28 de mayo. Me esperaban ese día a las 20:30 de la noche en el portal de esa casa. Era el hogar de Fanny. Con los nervios a flor de piel, igual que ellos (confesiones posteriores), hasta un poco de susto. Físicamente ninguno era el mismo, pero el interior de cada uno, inalterable. Me acompañó mi esposa, cariñosamente llamada Lalita, apoderada de la escuela en esos años, y mi hija de 39 años, Leyla. Inolvidable este encuentro, eran 18 mis ex alumnos, al unísono dijeron “silencio”, viene nuestro profesor y vinieron abrazos, lágrimas, saludos, besos y mucha alegría. En cada uno afloraron emociones incontrolables, había letreros y globos de bienvenida, una dinámica de grupo para que cada una y uno contara su vida actual. Desde el momento en que habíamos dejado de vernos, eran muchos años de relatos, cada uno se explayó con mucha emotividad, confesiones muy sabrosas de escolar. La mayoría ya era abuela o abuelo, hasta una bisabuela llegó, Mariana. Recordamos sus juegos, amoríos de niños,



diabluras de infancia, todas inocentes y puras. Toda esa noche duró este primer reencuentro. Recordábamos a muchos que esa noche faltaron, había que continuar, las redes tenían que extenderlas. Empezó a nacer una gran familia, había que ubicar a los compañeros, tarea inmensa, pero posible, y el Facebook permitió y aumentó este dichoso milagro. Se nombró una directiva, allí están: Lucía, Angélica, Iris, Vanette, Helmo, Berta, Zunilda, Fanny, Lorena, Yayo, etc. Y llegó el segundo reencuentro. Este sería el 25 de junio. Hubo que buscar un local más grande. Sería donde Marina y Jaqueline.

Llegaron ahora 30. Un buen asado y un show artístico hecho por ellos mismos nos permitió iniciar la consolidación del grupo. La familia crecía, aparecían objetivos realmente valiosos, reunir a los ex alumnos de la gloriosa Escuela 30 de Cruz Grande, con sus 350 alumnos, hoy con sólo 14. Esta vez continuó la alegría de reunirse, del saber uno de otro. Ahora venían de diversos lugares, Antofagasta, Vallenar, Coquimbo, Ovalle, Los Molles, La Serena. Increíble el reencuentro entre ex alumnos y su ex profesor, lo que motivó a que entre esta naciente familia fuera permitiéndose el compromiso del contacto diario y permanente. Así sucedió y empecé a recibir cada vez más elogios, reconocimientos, muestras verdaderas de cariño, agradecimientos, excelentes comentarios de lo que había sido mi vida de profesor hace tantos años. Sobrepasando y aplastando aquellos sinsabores del retiro, estos alumnos permitieron mirar la vida de otra forma y hubo que planificar un tercer reencuentro. Ahora debería ser con un sincero homenaje a los ex profesores, había que invitar a los que se encontrasen y programar una ceremonia especial. Hubo que arrendar un local especial y llegué ese hermoso día

sábado 20 de agosto, llegaron 43 ex alumnos, fue maravilloso e impactante para los 7 docentes que asistieron, Sras. Isolina, Rosa, Nellia, María, Fidel, Cheny y Guillermo, el afecto hacia ellos fue inmenso y el especial reconocimiento hacia ellos por los valores entregados, justificaban este Acto de tanto contenido, con galvanos, entrega de DVD, videos, recuerdos.

También recibieron ellos cientos de palabras de elogios y agradecimientos a su labor, para cada uno elogiosas palabras de sus ex alumnos. El profesionalismo, la vocación, responsabilidad, entrega, amor a los alumnos. Esa noche tuvimos nuestro premio, no todo había sido en vano, el reconocimiento lo hicieron quienes verdaderamente tenían que hacerlo, los verdaderos actores en nuestras vidas. Es impagable. El dolor había pasado, bastó que apareciera esa inocencia infantil, atesorada en los ahora adultos. Nos permiten pensar que no habíamos elegido mal nuestra profesión, lo ya vivido en estos últimos meses vale mil galvanos, mil agradecimientos que hubiesen entregado quienes no han sabido valorar la vida de los profesores, especialmente los rurales.

Pero aún falta, ya está programado un cuarto reencuentro para el 8 y 9 de octubre. Ahora iremos como ex profesores, ex alumnos y nuestras familias a Cruz Grande a ver y recordar nuestra escuelita que nos cobijó por muchos años, a unos como alumnos, a otros como a mí, el iniciar mi delicada pero encariñada profesión. Iremos entre 80 y 100 personas, todos soñando con volver por unas horas a su terruño, a llenarse de aire y gozo de recorrer ahora las ruinas del campamento, pero rodeado de flores de la época, lirios, ananucas, azulillas, patas de guanaco, y rendirle un emotivo homenaje con una misa a los ex alumnos

y profesores ya fallecidos, en el portal Escuela, ahora G-49.

La magia de estos reencuentros con los ex alumnos obliga a mayores tareas: cooperar en la consolidación del grupo, asesorarlos en sus iniciativas. Seguir contactándome con ellos me permite que sea el alimento mágico para continuar mi vida en forma equilibrada y rodeada de quienes me entregaron la oportunidad de guiarlos por el camino de ser mejores personas. Estos hermosos hechos ojalá los puedan recibir mis colegas alguna vez. De verdad que te alegra el espíritu y permite estar vigente y mirar lo que resta de vida con una visión del niño agradecido, tal vez palabras muy bien guardadas en ellos para cuando llegase la ocasión de entregarla, lo harían. Hoy ya lo han hecho y esas semillas que un día plantamos crecieron y hoy son fuertes aves que emprendieron un día el caminar como polluelos de antaño y hoy son aves gigantes que vuelan por el mundo libremente. Ellos me permitieron de nuevo, ahora a mí, con la magia de volver a crecer y volar.



PRIMER LUGAR

Emilia Del Pilar Chelen
37 años
Profesora
QUILLOTA

Dos herencias

Don Lolo me cuenta historias incontables, de aquellos años mozos en que la tierra hablaba con los hombres, con sus hijos. Es así como relata la historia del por qué todo río tiene un sauce y por qué no todo sauce está al lado de un río. Don Lolo, después de una larga jomada de trabajo, llegó de su faena anual, aquella faena que cumple como ritual todos los años, desde que era muy joven. Mis padres me dicen que todos los años en una fecha determinada se dirige a un valle, valle que solo él conoce y sabe llegar. A este valle se encamina con un balde y con un serrucho. Parece que durante los largos años en que ha desarrollado este ritual, sólo ocupa el balde puesto que el serrucho cada día que pasa se oxida más y más por el no uso.

Hoy Don Lolo se levantó temprano y empezó a acerar el hacha, sabía perfectamente que había llegado el día en que debía utilizarlo...

Luego que lo veo perderse por el camino, me acerco a mis padres para indagar si ellos saben algo del valle al cual se encamina mi abuelo. "Por supuesto que sí;

es más, todos los que viven bajo este techo tienen un valle propio, pero ninguno de los que viven bajo este techo sabe en qué lugar queda el valle de los otros, no nos es lícito revelarlo". Frente a este secreto a voces, consulto si yo también tengo un valle. "Todos tenemos un valle" -es la respuesta que me dan- "Y el tuyo está esperando por tí".

Desconcertada por la respuesta que no esperaba escuchar, voy presurosa a buscar lápiz y papel. Esperaré ansiosa a que llegue Don Lolo y me relate el ritual de su valle y me diga en qué consiste el supuesto ritual que la familia viene observando de un tiempo a esta parte.

Con el paso de las horas me pongo a pensar cómo será mi valle, qué vergeles tendré, deberé encontrarlo yo o me indicarán su camino. Esta sin duda es una herencia que alguien nos habrá dejado. Sin darme cuenta empieza a anochecer y de repente en la espesura de la oscuridad aparece Don Lolo, con su balde y su serrucho; sin embargo, hoy ese serrucho tiene una particularidad: parece que ha sido utilizado, ya que



tiene un brillo tenue, ese brillo que sólo lo otorga la penetración fuerte y violenta en los anillos de un tronco.

Don Lolo me mira y me dice: “Estaba esperando que me esperaras para contarte una nueva historia”. Se sienta a mi lado, deja delante de él el balde y el serrucho, se quita su sombrero, mira al horizonte y me pregunta: “¿Sabes cuál es la mejor herencia que los padres les pueden dejar a sus hijos?” Sin esperar mi respuesta, comienza a relatarme una historia. Me cuenta: “La fabulosa historia de la tierra que acogí a una madre sin consuelo, que de tanto y tanto llorar en el suelo, quedose su seno petrificado, esperando...”.

Admirada por la nueva historia que se encamina, me apresto a tomar el lápiz y papel para dejarla consignada; de un tiempo a esta parte, trato de dejar anotadas todas las apreciaciones que mi abuelo me comunica. Él dice que una manera de avanzar hacia el futuro sin olvidar el pasado es tener una memoria gráfica, en que las cosas se puedan recordar y dice que sólo se recuerda lo que pasa por el corazón dos veces; la primera para convencerlo y conmoverlo y la segunda es para reencantarlo. De esta manera comienza el siguiente relato:

“Esta es la historia de una mujer que tenía dos hijos. No le pudo dar a sus hijos sino la única riqueza que podía legarles: el trabajo honrado que emana día a día del sudor de sus manos.

Sus dos hijos eran distintos entre sí. Uno, llamado Salicíneo, amaba la tierra y no le hacía asco al esfuerzo diario; el otro, Almiquí, muy por el contrario, deseaba acrecentar su patrimonio y en lo único que pensaba

era cómo librarse del trabajo diario o realizarlo a costa de un mínimo esfuerzo.

Mientras los tiempos eran buenos, nada faltaba en la mesa de estos tres comensales, pero con los malos tiempos la comida empezó a escasear; Salicíneo sólo pedía comer con su madre y su hermano; Almiquí solo pedía comer, pero no cualquier platillo, ya que los vegetales que frecuentemente se cocinaban ya lo tenían hastiado, por lo cual su paladar se volvió cada vez más exigente y de un tiempo a esta parte sólo comía carne. De esta manera, su madre fue eliminando uno a uno los animales que tenía bajo su cuidado, hasta que un día no supo de dónde sacar más alimento. El hijo bueno y compasivo, ante tal espectáculo, le dijo a su madre que partiría por un determinado tiempo a buscar mejor suerte y fortuna y así poder traer el sustento al hogar.

Ante la escasez del alimento la madre toma medidas drásticas. Y desde que su hijo bueno se alejó del hogar, asumió una decisión: juró que jamás faltarían alimentos en su mesa, especialmente la carne que tanto apetecía a uno de sus hijos. A Almiquí, que se había quedado con ella, realmente nunca le importó averiguar el origen de aquellos deliciosos platillos de carne con que su madre lo alimentaba y que ella nunca probaba.

Con el paso del tiempo, la salud de la madre fue decayendo hasta que su condición física se hizo insoportable. Ante tal evento, Almiquí decidió que era momento de partir para siempre de aquel funesto lugar y de aquella miserable vida. Es así como, sin despedirse de su madre, hizo sus maletas y se marchó del lugar a recorrer nuevos horizontes, horizontes tan



remotos como a los que lo llevaran sus pasos.

Cuando llegó Salicíneo, que había estado buscando trabajo fuera de casa, vio a su madre muy enferma y con una úlcera en su abdomen. Al preguntar el por qué tenía tal herida, se enteró que ella había sacado lonjas de su vientre para dárselo de comer a su otro hijo. De tal manera que esa fue la drástica decisión que tomó aquella madre: destruirse a sí misma y literalmente dar su vida para que a Almiquí no le faltase nunca un plato de comida en la mesa.

La tristeza de Salicíneo fue tan grande que quiso acompañar a su madre en los últimos minutos de vida y una vez muerta, la dejó tendida boca arriba sobre la tierra y con el paso del tiempo se quedó dormida para siempre, pero sufrió algunas transformaciones: su pelo se transformó en un río, el cual fue nutriéndose con las lágrimas y las caricias que le procuraba Salicíneo. Los brazos fueron dos senderos, sus pechos se transformaron en fértiles montes, su abdomen fue una cueva, sus piernas fueron dos senderos. Por su parte, Salicíneo, que se colocó al lado de su madre, postrado de hinojos se quedó para siempre en ese lugar y se empezó a petrificar; se transformó en sauce. Por eso siempre al lado de un río hay un árbol Salicíneo, un sauce.

El hijo malo, Almiquí, que había emprendido su camino, no tuvo una suerte venturosa. Fueron tantos los sinsabores que debió afrontar que decidió retornar a su casa. Es así como emprendió el regreso a ésta. Sin embargo, cuando llegó nuevamente al lugar del cual se había marchado, sólo encontró la casa y no el hogar que su madre había construido. Se dio cuenta que su madre ya no estaba y que de su hermano Salicíneo ya

no habían señales; además la casa estaba en tal estado de ruina que le fue imposible pernoctar en ella, por lo cual siguió su camino hasta que llegó a una cueva, cueva que no era otra que el vientre de su madre y decidió cobijarse en ella durante aquella noche. Sin embargo, su descanso no fue del todo placentero: soñó que se producía un gran terremoto, que la cueva se derrumbaba y de las piedras de la misma surgían su madre y su hermano. Ambos le reprochaban su conducta negligente y el que tuviese un corazón que no fuera agradecido. Pero aún más grande fue la sorpresa de Almiquí cuando se dio cuenta de que aquella vivencia no era parte de un sueño, sino realidad.

Realmente nadie sabe a ciencia cierta cuál fue la conversación que tuvo aquella madre y su hijo con aquel hermano; de lo único que tenemos noticia es del castigo que le fue impuesto a Almiquí: madre e hijo soplaron fuertemente sobre aquel hermano y fue tan fuerte el aire que soplaron que penetró en sus huesos y lo desvanecieron por completo. Sin embargo, Almiquí siguió existiendo, pero no como un ser humano sino que se transformó en aire, para de esta manera remontarse tan lejos como siempre quiso, no echando raíces en ningún lugar; pero lo dejaron con una pesadumbre, la pesadumbre de la vida consciente, llevando de esta manera esta historia a todos aquellos remotos lugares a los cuales pudiera llegar”.

Maravillada por este nuevo relato, pregunto insistentemente: “¿Dónde queda ese lugar don Lolo?”

Él, levantando su mano y apuntando hacia el horizonte, me responde: “Donde encuentres dos montes que parezcan pechos, no dudes en caminar hacia ellos. Cuando estés sobre uno, baja al valle que se forma

entre ellos, ese será el seno de la madre. Si logras divisar un río, dirígete hacia él y si al lado del río ves un gran sauce que lo acaricia constantemente con sus ramas, entonces habrás encontrado el lugar exacto. Si eres valiente, coge un poco de agua de ese río, que son las lágrimas de la madre, y devuélvete por el seno del valle, sigue caminando hasta que encuentres una cueva y si te animas, entra en ella y deja esparcida el agua en la cueva; esas serán las lágrimas de la madre que poco a poco le irán cicatrizando la herida que se realizó en el abdomen. Si recuerdas exactamente ese lugar, trata de volver todos los años y realiza el mismo ritual; verás que poco a poco la cueva, la herida del vientre, va disminuyendo gradualmente, hasta un punto en que la vas a encontrar cerrada; cuando pienses que el próximo año que regreses ya no vas a poder penetrar en ella, entonces lleva un serrucho, corta el sauce e introdúcela en la cueva. Pero cuando realices este ritual, deberás cortar el sauce en el momento exacto en que sobre él se produzca un gran ventarrón, en el momento en que sus ramas aparezcan como que quieren coger parte del aire que lo circunda. Cuando estés cierta de que gran parte de ese ventarrón que flota sobre aquel sauce ha penetrado en sus ramas, entonces en ese momento da certeramente el último golpe de hacha al sauce, puesto que en ese momento el aire se habrá hecho uno con el sauce, el sauce lo habrá capturado, más bien habrá acogido al aire en sus ramas. Luego que hayas cortado el sauce, introdúctete con él en la cueva. En ese momento harás retornar a ambos hijos al vientre de su madre, a Salicíneo el sauce y a Almiquí el aire. Sabrás que ella los ha acogido nuevamente en su vientre, sabrás por qué todo río tiene un sauce a su lado, el cual se agita contra el aire y sabrás por qué la mejor herencia que te pueden heredar son dos cosas: raíces y alas. Raíces, como las

del sauce del lado del río, para que no olvides nunca el arraigo a tu sangre ni reniegues de ella; valores, pues de ese modo estarás agradecida de todo lo que dentro de sus posibilidades te puedan otorgar. Y alas, para remontarte tan alto como el aire y tengas altos ideales sin renegar de tu pasado como aquel hermano de la historia que te he relatado, para de esta manera volar libre, llevando estas historias a todo aquel que las quiera contar”.

Maravillada por esta historia que me ha relatado, le pregunto: “¿Cuál será el nombre de la madre que quedó petrificada de tanto dolor?” Él me queda mirando con sus cansados ojos claros y me pregunta si acaso aún no me he dado cuenta. Le digo que “no sospecho ni en lo más mínimo su nombre”. Él respira hondo y me dice: “Aquella mujer es la madre tierra”. No menos que sorprendida, le pregunto si la madre tierra vivía solamente con sus dos hijos o existe más familia. Él ya muy agotado con la conversación se levanta y me dice: “La madre tierra está casada con el padre tiempo; él también tiene su historia”. Apresurada, le pido que me la relate. “Claro, pero esta historia quedará pendiente hasta una nueva oportunidad”.

Después de tantos años, al tomar nuevamente la foto de Don Lolo, Don Lorenzo Alarcón Lepe, me doy cuenta el por qué tiene en su mano un serrucho y un balde... es para recordarme cuál es la mejor herencia que mis padres me pueden dejar: raíces y alas.



SEGUNDO LUGAR

Cristian Cruz
SAN FELIPE

Historia de La Cruz del Lico de Viña Errázuriz

Se cuenta que a mediados del siglo pasado un personaje apodado el Lico, muchacho aún, fue enviado por su madre a buscar leña al cerro para alimentar el fogón casero. Esta tarea era desempeñada de buena manera por el Lico. Su madre, por su parte, confiaba en la eficacia de su hijo para tan importante tarea, ya que siempre y por necesidad debía alimentarse de manera constante un fogón en casa para así preparar el almuerzo y las cenas indispensables en los ranchos del campo viñaerrazurino. El muchacho salió como de costumbre con una sogá para amarrar el atado de leña serrana que debía buscar entre los montes y zarcillos de una loma cercana a la aldea, que muchas veces servía de mirador natural en donde los habitantes recreaban la vista los días domingos o subían en procesión para celebrar la Cruz de Mayo, ya que en el lugar se encontraba enclavada una cruz de madera noble que los primeros habitantes del sector, antiguamente llamado El Ingenio, habían puesto allí a manera de protección para el poblado. Se cuenta que el muchacho despistó su tarea entretenido en cazar pájaros y reptiles que abundaban en el lugar. En eso pasaron las horas y el muchacho alejado cada vez más

de su encomienda regresó ya tarde a la casa en donde su madre lo esperaba impaciente, pues las llamas del fogón agonizaban y la comida no lograba hacerse por falta del ansiado combustible. Fue entonces que a regañadientes y después de una buena reprimenda por parte de su madre, el Lico tomó nuevamente su sogá y el hacha y enfiló camino del calvario de la loma. Las sombras de la noche amenazaban con su manto de hollín y las primeras estrellas mostraban sus rostros brillantes en el firmamento, es entonces que al muchacho le vino la idea de cortar la cruz añosa que se encontraba silenciosa en frente de él. Dudó por unos momentos y pensó que Dios se molestaría por tan inoportuna faena, pero el fuego de la casa se apagaba y la comida también. Es entonces que su hacha comenzó a talar el madero y en unos cuantos minutos quedó reducido a un atado de leña y astillas que fueron abrazados por el cordel y a paso cansino el Lico tomó rumbo a su casa con la tarea cumplida. Al llegar a su hogar dejó caer la leña en el patio y de inmediato tomó unos cuantos maderos y se fue derecho a alimentar el fuego que revivió con nuevos bríos y se terminó de cocer la comida del día. Su madre



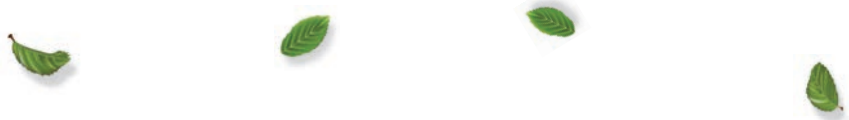
sin saber de donde provenía la leña se sentó en su silla de paja y hablando bajito tomó su tejido de costumbre y rezaba un rosario por la virgen del mes de María. Nada hacía sospechar a la mujer que en el fogón se quemaba la fe del poblado y que años de tradición se hacían cenizas en su casa. Las humaredas del villorrio se extendían por los campos vecinos, los chunchos daban su canto misterioso para recibir la noche, y en la casa del Lico se oían historias de aparecidos, mientras los perros se acurrucaban al fuego, el mate corría de mano en mano y las tortillas de rescoldo asomaban su cara entre las brasas. Ya entrada la noche todos fueron a acostarse, se cerraron los portones y las trancas tomaron su lugar de costumbre en las puertas. El Lico meditaba en su jergón la acción del día, pero su mente se volaba con la perdiz que se escapó de su honda y huyó despavorida por entre las zarzamoras. Era una buena presa para la cena, pero el ave astuta desapareció antes que su mano soltara el proyectil que voló sin asunto por el aire azulado de la tarde. Es en ese instante que su mano, la misma con que arremetió contra el calvario serrano y que ahora era parte de las cenizas del fogón casero, comenzó con un inquieto hormigueo que luego pasó a un intenso dolor, dolor que se traspasó a la otra mano y luego a las piernas y más tarde a los pies. Desesperado y dando un grito, el Lico pedía un auxilio ensordecedor hacia su madre, que desde el cuarto continuo y prendiendo un velón de sebo, se dirigió trastabillando hasta la cama del muchacho que yacía envuelto entre las frazadas y una fiebre fulminante.

Echando hacia atrás los cobertores y acercando la lumbre hacia el cuerpo del niño, la madre dio un grito estremecedor que se perdió en la lejanía del rancho, espantando a las gallinas del corral y despertando

a los perros que dormían en un ruco continuo a la casa. Dando suspiros y encomendándose a la Virgen, la madre comenzó a dar friegas en los pies y las manos del Lico, que sólo pedía perdón al santísimo por haber cortado la cruz que protegía al poblado. Es entonces que su madre da en cuenta que el muchacho había arremetido contra el calvario que ella misma durante toda su vida había venerado y con el cual se persignaba antes de la salida del sol, con un gesto antiguo aprendido de sus padres, los cuales salían cada mañana a saludar el madero serrano. ¿Qué has hecho? –encaró la madre– ¿Cómo fuiste a cortar la cruz de la loma? Mira no más, aquí tienes el castigo de Dios que ahora te agarrotó las manos y los pies. Entre el susto y la sorpresa, la madre continuaba con las friegas hasta que el amanecer dio sus llamados tras la cordillera y los gallos daban su canto al amanecer. El Lico no mostraba mejoría y aumentaba su atrofia en los miembros.

Varios lugareños, cumpliendo el rito de costumbre, salieron tempranamente a saludar a la distancia al calvario de la loma, pero al alzar la vista encontraron un paisaje sin cruz. Algunos se rascaron la mollera y otros se echaron a rezar, creyendo que eso era una señal de acabo de mundo. Uno de los vecinos, impactado por la ausencia del calvario añoso, ensilló a la rápida su caballo y enfiló raudo a buscar al cura del pueblo que a esa hora tomaba su desayuno después de haber rezado el ángelus matutino. El presbítero tomó su cabalgadura y junto al jinete dieron prontamente con la loma. Al llegar al sitio del sacrilegio, encontraron solamente el chongo de la cruz y cientos de pequeñas astillas diseminadas por doquier. En medio del asombro, el cura cayó arrodillado y dando un sollozo comenzó una prédica desesperada al cielo pidiendo





perdón por el hereje que osó cortar el madero. Una vez en el plan del poblado el cura tirando de su caballo no tardó en encontrarse con la madre del Lico, que desesperada se lanzó a sus pies pidiendo clemencia por su hijo. El sacerdote, confundido, preguntó a la mujer el por qué de su súplica. Ésta, ordenando las palabras, contó lo sucedido al padre que cada vez desencajaba más su rostro. Ambos acudieron al lecho del muchacho, que más parecía un ovillo de lana que un ser humano. El cura no sabía si reprimir al Lico o si darle una palabra de aliento en el dolor en el que el muchacho se encontraba. No tardó todo el poblado en enterarse de tan funesta noticia como de cortar toda

relación con la familia del hereje que había cortado tanpreciado símbolo. Algunos daban como castigo divino la nueva condición del Lico. Otros lo atribuían a una maldición por haber cortado la cruz de la loma. Lo cierto es que después de muchos años y hasta hace muy poco tiempo, era posible encontrarse en algún callejón o en alguna calle polvorienta con un anciano con muletas al que llamaban el Lico. Algunos evitaban su presencia, otros curiosos escuchaban de sus propios labios la historia del día en que faltó leña en el hogar y por desobedecer a su madre, cortó la cruz de madera de la loma y se agarrotó para siempre su joven cuerpo.

PRIMER LUGAR

Dante Poblete Alvarado
Puente Alto

Las dos razones

Después de mucho meditar, decidí poner fin a mi relación laboral con un prestigioso colegio particular de Santiago. Días atrás había aparecido en el diario un aviso en el cual se solicitaba a un profesor con amplia experiencia en educación de adultos, para implementar un proyecto educativo de alfabetización en la novena región. Era la oportunidad para desarrollar a plenitud mi vocación de maestro, con personas de criterio formado y con enormes deseos de superación. Además del sueldo, ofrecían una pequeña cabaña con todos los enseres elementales para disfrutar de una relativa comodidad en medio de la tranquilidad del campo. Realizados los contactos necesarios, embalé lo que creí pertinente e inicié el recorrido. Después de un extenuante viaje de diez horas en mi pequeño furgón llegué a un pintoresco pueblito llamado "Lomas de Alvarado". A pesar del frío reinante, en la pequeña plaza de armas se habían reunido todos los habitantes para brindarme una agradable acogida. -¡Bienvenido, "profe"!- me dijo el Alcalde y selló sus palabras con un fuerte apretón de manos respaldado con un soberbio aplauso de los concurrentes y el sonoro descorche de una botella de

champagne. Después de la simpática recepción, me instalé en la modesta casita de madera y comencé a arreglar mis valiosas colecciones de libros y enciclopedias que me acompañarían en esta inolvidable experiencia.

Las clases se desarrollarían en el salón de actos de la junta de vecinos.

Al siguiente día, frente a la puerta de la improvisada escuelita, había una larga y silenciosa fila de personas de la tercera edad. Lentamente y a medida que ingresaban a la sala, se fueron ubicando en las bancas dispuestas para ellos.

Uno a uno se presentaron en actitud de absoluto respeto y sumisión, con voz temblorosa, manos atrás y la cabeza gacha:

"Yo ñor no hay ido nunca a la escuela..."

"Mi paire no quería que aprendiéramos a escribir, icía que era pa puro mandarle cartas a los hombres..."

“En esos tiempos las mujeres no teníamos derechos...”

“Mis sueños eran tener una casita y un marío que no me pegara...”

“Profesor losotro no somo letraos, nunca hemos visto un libro...”

Luego de las presentaciones, de rigor pasé la lista:

-Prosperina Gacitúa... -¡Para servirlo señor!

-Eliogábalo Cid... -¡Mande patrón!

-Rosendo Barañaio... -¡Firme, señor!

-Milagros Caniupán... -¡Presente, su mercé!

La mayoría de ellos jamás había visto un libro y desconocían por completo el silabario.

Al tomar las primeras lecciones individuales, recios campesinos perdían la seguridad, cambiaban de actitud y tiritaban frente a mí. Afloraban tics nerviosos y con voz vacilante, apretando el sombrero entre sus toscas manos pronunciaban las primeras combinaciones:

Pa-pe-pi -po -pu... Ta-te-ti- to -tu... man-za-na... galli-na... flo-re-ro.

Sobresalía en el heterogéneo grupo una ancianita de baja estatura y esmirriado físico, quien caminaba lentamente apoyada en su bastón de cedro, vestida con un largo faldón y una capita tejida a crochet, ambos de color negro que contrastaban con su pelo, tomado en moño, absolutamente albo. Siempre andaba sin calcetines. Leía con cierta fluidez y demostraba

real comodidad con la clase, realizando continuas preguntas sobre los temas que el maestro impartía. Para motivar a mis alumnos llevé mi colección de libros de Fedor Dostoievsky, Gustave Flaubert y Guy de Maupassant para exponerlos en una especie de armario. Algunos los miraron indiferentes y otros sencillamente no repararon en ellos. No ocurrió lo mismo con la abuelita, quien se detuvo frente a la gran variedad de textos mirándolos con ojos desorbitados y en estado de profundo éxtasis.

Obdulia Castillo era su nombre, de ochenta y siete lúcidos años, nacida y criada en ese hermoso pueblo. Ampliamente conocida por sus exquisitas tortillas al rescoldo.

Era tanto el interés que demostraba por las letras, que decidí regalarle un buen libro: “Selección de Poetas Nacionales.” -Señora Obdulia- dije -esto es para usted... - Y le extendí el valioso ejemplar de 358 páginas en edición de lujo. Sus opacos ojos se encendieron ante mi obsequio. Tomó el pesado volumen, sus dedos secos y temblorosos recorrieron sus contornos con delicadeza, luego dando un gran suspiro lo guardó con extremo cuidado en la canasta de mimbre que utilizaba para repartir sus tortillas.

Al atardecer, ya terminadas las clases, observé por la ventana cómo se alejaba afirmada en su bastón, con la espalda curvada caminando dificultosamente por el angosto camino de barro en dirección a su rancho, dispuesta sin lugar a dudas, a tomar un mate caliente y a deleitarse con el sin fin de poemas.

Qué satisfacción sentía de haber llegado a ese lugar y tener la suerte de encontrarme con personas

realmente deseosas de aprender y muy especialmente por el enorme interés que demostraba la señora Castillo por las obras literarias, sin importar quién fuera su autor.

“Abuelita, ¿terminó el último libro que le regalé?”

“No profesor, todavía me quedan algunas hojitas”

En tan poco tiempo se había convertido en una “adicta a las letras” ¡Qué manera de gustarle los libros! Se cumplía la sabia máxima de que “nunca es tarde para aprender”, ¿y qué mejor ejemplo que el de ella? – Maestro- me decía –¿Y no me va a regalar ningún librito hoy día? deme uno de cien hojas que sea... –

Terminado exitosamente el proyecto, se organizó un gran acto para reconocer la labor del maestro y premiar a los alumnos más destacados. No vacilé ni un instante en la obligación de brindarle todo mi reconocimiento a la señora Obdulia Castillo por su dedicación, asistencia y gran amor a las letras a pesar de su avanzada edad. Como ya le había regalado todos los libros y enciclopedias traídos a mi llegada, solicité al alcalde que realizara una donación y comprara la colección completa de “Las mil y una noches” para recompensar en forma generosa su amor por la literatura.

Llegado el momento de la premiación, el redoble de tambores de una banda de guerra de carpinteros jubilados, traída especialmente desde Concepción, puso la nota solemne al acto. El locutor dijo: “Solicitamos la presencia en el escenario de la alumna más destacada de este exitoso proyecto impulsado por el visionario Supremo Gobierno y las autoridades

locales... entregará el obsequio el profesor señor Julio San Martín! ¡Fuerte el aplauso!” Varias personas, entre ellas el alcalde, ayudaron a subir a la anciana alumna al tablado, en medio de aplausos, vítores y chupallas al viento.

Visiblemente emocionado, me acerco a mi octogenaria discípula y para salir de tan incómodo momento, ya que un nudo en la garganta me impedía el habla, le acerco el micrófono a la viejecita y ésta dice con su voz multiplicada por los altoparlantes:

–¡¡Profesor... le quiero pedir un favor!!

Respondo: ¡¡Pero por supuesto señora Obdulia, lo que usted quiera, estamos para servir... ¿y cual sería ese favor?!! –

–¡¡Don Julito, que no me regale más libros!!

–¡¡Pero mi señora –digo sorprendido –¿Y eso por qué?!!

–¡¡Por dos razones!! –contesta la senil campesina –¡¡Una, profesor, es que pesan mucho... y como estoy tan re vieja al otro día no me puedo levantar por el dolor al espinazo!!

–¡¡¿Y la segunda?!! –pregunto, realmente angustiado.

–¡¡La otra es que echan mucho humo y las tortillas me quedan todas quemadas... “Profe”, los libros sirven... pero no hay como la leña!!

SEGUNDO LUGAR

Hector Arriagada
Providencia



El nido de treiles

-Mire don Julio, allí hay dos treiles juntos, uno se echó y el otro se levantó - le dije, mirando por la ventana, en dirección al potrero verde de pasto -Debe ser un nido que tienen- le agregué.

Era el mes de agosto y el campo en esa época está verde por el pasto, pues todavía no había sido arado para sembrar.

Es un nido -me dijo-. Es la época.

Luego de un rato, le dije:

-Vamos a verlo.

Y partimos fuera de la casa, en dirección donde estaban los treiles. El pasto estaba mojado por la reciente lluvia.

Al acercarnos al lugar pudimos constatar que se debía tratar de un nido, puesto que los treiles al principio se alejaron del nido fugazmente y sin alardear, pero cuando estuvimos cerca del preciso lugar en que

el nido se encontraba, se levantaron de inmediato, para comenzar a sobrevolar casi rasante sobre nuestras cabezas, en señal de protección de su nido y embistiendo amenazante, con su tridente vocalización metálica, con el objeto de alejarnos del lugar.

Ya no cabía duda para nosotros. Se trataba de un nido y luego de dar unos pocos pasos más, pudimos descubrir un hermoso nido, bien formado, sobre un pequeño montículo de tierra y pasto.

Había cuatro característicos huevos de treile, color café verdosos con leves manchas de color café oscuras, que quedamos mirando por un rato, hasta que don Julio me dijo:

-Mañana o pasado pasamos arado y rastra por aquí, así es que no va quedar ni la muestra. Se van a perder no más -agregó.

-Entonces sería bueno trasladarlos a otro lugar más seguro. ¿Qué le parece? - Le dije.

-No sacamos nada, pues los treiles no van a entender el mensaje y los huevos se van a perder. Es mejor que se los lleve y se los coma. Son ricos -agregó.

Después de dudarlo unos minutos y analizar la suerte de los huevos, me agaché a recogerlos. Los tomé en mis manos y noté que estaban tibios. Pensé que se debería a que recién había estado uno de los treiles echado sobre ellos y siguiendo con la idea, le dije:

-Mire Don Julio, están livianitos. Parece que están hueros- le agregué, al tiempo que le extendía la mano con uno de los huevos para que lo examinara.

En ese preciso momento, entre los estridentes y metálicos sonidos y las amenazantes embestidas de los treiles, que volaban peligrosamente sobre nuestras cabezas, sentimos a nuestro alrededor unos leves paires de pollitos, lo que nos motivó, en una especie de reacción instintiva, a mirar hacia abajo y alrededor de nosotros, pero los pollitos no aparecían por ninguna parte.

Se trataba de algo nuevo, tanto para don Julio como para mí. Eran paires que venían desde adentro de los huevos, entonces atónitos por esa situación miramos los huevos al mismo tiempo que los acercábamos a nuestros oídos, lo que nos permitió verificar que los cuatro huevos tenían cada uno un treilecio adentro y estaban a punto de salir del cascarón. Incluso había un huevo que tenía una pequeña picadura, posiblemente el inicio de lo que sería el agujero por donde emergería definitivamente el treile recién nacido.

El sonido del piar venido desde adentro de los huevos nos desconcertó, pues en esa circunstancia la procedencia de ese sonido probablemente se

perdía respecto de la ubicación, dando lugar a que identificáramos otro origen más lejano y no precisamente los huevos.

Ahora nuestra interrogante derivó en otra cosa: ¿Qué sería de los treilecitos cuando pasaran el arado y la rastra?

-Es probable que se salven- le dije -porque los treiles padres podrían guiarlos hacia un lugar más seguro.

-Sí- Me dijo -De aquí a mañana o pasado los pollitos estarán fuera y en unas pocas horas ya corren.

La conversación no tuvo otra conclusión que la acción. Puse los cuatro huevos nuevamente en el nido y nos fuimos caminando hacia la casa, comentando la original e inédita anécdota, experimentando la felicidad explícita respecto de la suerte de los treilecitos.

Por el camino le comenté:

-Usted que se queda en este lugar, cuando vengan a pasar el arado y la rastra, preocúpese de que los treilecitos estén a salvo.

-Obvio pues- me contestó.

Y entramos a la casa cambiando de tema.

PRIMER LUGAR

José Luis Gómez
SAN FRANCISCO DE MOSTAZAL

Huaso León

El día estaba nublado y amenazada de lluvia se dejaba entrever a través de gruesos goterones que a momentos caían, desprendiéndose de aquellas nubes negras cargadas de agua, a la vez que desde la puerta de una desvencijada choza aparecía una mujer envuelta en un largo mantón café, la que dirigiendo su nerviosa mirada a un joven mocetón que no lejos del lugar delata que se cernía una tragedia, gritó: -¡Salva, salva, salvita, ven pronto por Dios, que tu tatita ya se nos muere!- El mocedón, a los llamados de auxilio de la anciana, tiró el hacha lejos y corrió llegando hasta donde se encontraba su madre, ingresando juntos a la choza. Allí, envuelto entre mantas y cueros en su camastro, se encontraba el viejo Leonardo Lucero, cuya vida se estaba extinguiendo por una severa tuberculosis. La tisis lo tenía respirando apenas, a la vez que una tos constante y seca le comprimía el pecho y una flema sanguinolenta le era por momentos limpiada de sus labios por doña Guaco. El enfermo, entre palabras poco descifrables, trataba de decir algo, entre tos y tos, de hilvanar sílabas poco entendibles para la vieja y el joven. De pronto, como iluminada, Guacolda dice:

-Ya sé lo que quiere tu tatita, hijo, ¡por la santa madre! Ya sé lo que quiere- Repetía, mientras el muchacho le decía: -Pero mamita, dígamelo pronto, qué es lo que quiere el viejo - Que traigamos al señor cura para así descansar tranquilo- contestó ella. -En verdad quiere eso- le interrogó el joven. -¡Eso es, muchacho!- contestó ésta, diciendo: -Ve por favor pronto al pueblo a buscárselo, es la extremaunción la que desea para morirse tranquilo, ¡ve que le queda poco tiempo!- El muchacho Salvador Lucero salió rápido del cuarto, una vez afuera tomó a su yegua Alazana "La Sebastiana" y a galope hendido se las emprendió por el pueblo, mientras los goterones se transformaban en una lluvia que prometía aguacero.

Entre sollozos desvanecidos queda la vieja Guaco, sumida entre la incertidumbre de la vida y la muerte de su esposo, a la espera del sacerdote. Ella, acercándose al moribundo y tomando una de sus manos, entorna sus ojos hacia el cielo y en silencio reza para que el encargo dado a su hijo pueda cumplirse, a la vez que busca una de sus manos y al tomarla, puede palpar en uno de sus dedos un grueso anillo de oro que

simboliza una figura que retrataba la valía que tenía aquel hombre, que ahora estaba en sus últimos hálitos de existencia y así, entre los sollozos y lágrimas, entre las toses del moribundo y el ruido que hacía la lluvia, cerró por un instante sus ojos y rememoró los tiempos idos.

Allí, en la medialuna de pirca, se podía ver al fiero Leo Lucero, amansando al indómito poro Cuye (nombre dado por sus colores) mientras la algarabía de asombro entre los demás peones del fundo se fundía entre los gritos del jinete y los resoplidos del furibundo animal, por aquel osado huaso que lo montaba. Pero para Lucero no existía aún un animal que lo mandara a mascar el polvo del suelo y este no sería el caso, con la cincha y pretines fuertemente amarrados y las piernas cual alicate, el animal seguía dando feroces saltos, pero Leo se las aguantaba en aquel brioso corcel, hasta que de pronto nadie se pudo dar cuenta cómo el joven Lucero estaba sobre el cuello del animal y, aplicándole una fuerte tijera, éste fue tumbando a tierra entre los vítores de los entusiastas, expectantes del desenlace.

Una vez más Leo Lucero vencía a un animal, allí sólido como una colosal figura erguía y se encaminaba hasta la empalcada de salida de aquel redondel pétreo, a la vez que alguien se le acercó y alargándole la mano le ofreció un rubio (era un cigarro de aquellos propios hechizos del campo), el cual éste procedió a fumarlo con entera satisfacción y entre bocanadas de humo que aureolaban en su frente, Leo les contó a sus coterráneos sobre lo que le había parecido esta bestia, aludiendo que cada animal que él montaba aparecía con mañas diferentes y que para cualquier amansador era un desafío constante el montar un potro o lo que fuera. Así era la vida de este hombre,

la que se sucedía entre preparados de caballos y amansador. Siendo solicitado desde los más diversos rincones del lugar en que vivía, un día fue llamado por uno de los patrones; don Guillermo Valdés, el cual lo llamó para decirle que tendría importantes visitas de la capital y que para el efecto realizaría un rodeo, además de amansaduras, para agasajar con una fiesta criolla a tan distinguidos visitantes. Era conocida la hospitalidad de los dueños del fundo La Guillermina y para la ocasión la fiesta mencionada coincidía con otra tradición que se llevaba a cabo todos los años y era esta de "las misiones", la que luego de una semana de evocadora evangelización en la capilla del fundo y sus alrededores, culminaba en la pequeña iglesia de los frailes franciscanos de la Villa del Mostazal con carros alegóricos y la presencia del mismísimo señor obispo de la diócesis de la ciudad de Rancagua.

El día de la llegada de los invitados se cumplía, hacendados y empleados estaban todos sumidos en los preparativos para tan magnífica recepción. Así fue como Guillermo Valdés había despachado hacia la estación varios vehículos de tracción animal entre los que destacaban cabriolet, calesas, victorias y carretas para el equipaje. Allí, a la vera del recinto estación, se encontraban a la espera del arribo del convoy procedente de la capital. A lo lejos se escuchó el silbato de la locomotora que se aproximaba, mientras todas las miradas se dirigieron hacia el norte, desde donde haría su aparición el tren, pudiéndose observar unos negros penachos que cual cabellera larga se movían al compás de viento y del traqueteo que este producía. La parada fue breve. Luego de algunos minutos, el tren continuó su marcha rumbo al sur, dejando en los andenes una apreciable cantidad de pasajeros contándose entre ellos a Don Andrés Riesco

y parentela, a don Isaac Lyons y familia, además del renombrado arquitecto Carlos Cruz Montt. Este último venía junto a los Lyons, por cuanto estaban emparentados con los Riesco, los que a su vez, a través de la esposa de don Guillermo, tenían raíces cosanguíneas también con la familia Riesco.

La visita de tan distinguido arquitecto a la Villa del Mostazal obedecía a razones netamente profesionales, por cuanto Isaac Lyons había adquirido terrenos al oriente de la villa en el fundo de los caseríos de La Punta, de propiedad de Los Venegas Avaria, estos últimos vástagos de los más grandes latifundistas de la zona, por cuanto por línea materna los Avaria habían sido dueños de todo el valle del Cachapoal y justamente la casa de don Guillermo Valdés había sido la antigua casa patronal de los Avaria desde los tiempos de La Conquista (cuando eran encomenderos), es decir, la data de la propiedad era anterior al siglo XVIII. Esto lo sabía don Guillermo. Ya incluso en los potreros alledaños afloraban durante el tiempo de rotura de tierras para nuevas siembras muchos vestigios indígenas de la etnia Picunche, algunos de los cuales don Guillermo guardaba para sí como testimonio de los aborígenes que habían vivido en sus vastos dominios (como así también el amo y señor de la época, el encomendero Joaquín Avaria y Caviedes, quien se hacía denominar como el Conde Caviedes por aquellos tiempos).

Al llegar las visitas a la casa del fundo La Guillermina, estaban todos impresionados de lo encantador del lugar, del paisaje que hacía un espectáculo que los maravillaba. Del poder observar la cordillera de Los Andes y de la Costa queriendo darse un abrazo en el estrecho de Angostura, con el imponente cerro Challay

y los contrafuertes cordilleranos de Huilmay por el poniente y Carén y Pilay por el oriente. Para aquellos ojos acostumbrados a recorrer muchas latitudes del orbe, este sitio tenía una magia y magnetismo especial, algo evocador del cual los visitantes no tenían una respuesta lógica. No era para menos. Quizás el mismo sentimiento y pensamiento tuvieron las avanzadas incas, que hicieron en tiempos precolombinos su principal asentamiento y lugar de culto religioso en su ancestral costumbre de adoración al gran Inti. Esta era uno de los motivos por los que don Isaac Lyons había adquirido unos terrenos del fundo La Punta, en un lugar precordillerano llamado por los lugareños La Africana, por sus bosques nativos e impenetrables y en su espacio que dejaba el plano y los cerros en donde Isaac Lyons había querido levantar una construcción neo victoriana para su hija Micaela, la cual pronto llegaría de Europa y que venía del viejo mundo muy enferma. Su padre, sabedor de la mortal enfermedad contraída por ésta en el bohemio estilo parisino, quiso construir dicha casa para que Micaela pasara los últimos días de su existencia. Por esta razón, dentro de la comitiva de visita del fundo La Guillermina estaba la presencia del arquitecto Cruz Montt.

Las fiestas de agasajo fueron apoteósicas, nunca en el fundo se había vivido un evento tan formidable, desde los buenos asados y los buenos mostos del fundo (ya que este tenía sus propias viñas que eran la delicia de todos) hasta las fiestas ecuestres, entre rodeos, amansaduras, tiraduras de rienda, carreras a la chilena y paseos al campo, que sea hacia las montañas colindantes o viajes a los caseríos de La Punta en donde los Lyons tendían un reducto en la zona. En uno de los rodeos, don Guillermo Valdés había hecho traer a Codegua unas cantoras muy famosas; las hermanas

Moreno, las cuales hacían hablar la guitarra y el arpa entre tonadas y cuecas. Y fue justamente una de éstas, la menor, la que quedó muy prendada de las habilidades del huaso Leonardo, que sobresalía por su destreza y habilidades ecuestres. Ésta era una joven de 16 años, con un rostro especial y una mirada cuyos ojos eran inquisidores, además de poseer un cuerpo en donde contrastaba la delicada forma de su talle con la ternura de sus ademanes y el suave timbre de su voz. Estas cualidades eran el deleite de quienes la escuchaban, siendo motivo de gran admiración tanto dentro de la peonada como de los mismos dueños de fundo. Y no era raro verla cortejada por más de alguno, pero ella, desde el día en que sus ojos miraron a aquel hombre, en sus pensamientos, sólo divagaba su nombre y los deseos de tenerlo cerca de ella, la de domar al domador. Si bien es cierto que en la mente de Leonardo Lucero algo parecido confluía, en sus pensamientos quizás el ánimo era otro, por cuanto la mujer era extremadamente bella, mostrábase apasionado, pasión que delataba que sus deseos no eran otros que el de tener a aquella hembra y probar su piel, pero un hecho muy especial cambiaría esa conjugación de deseos mutuos.

La casa mandada a construir por Isaac Lyons estaba completamente terminada, los meses habían transcurrido rápido y la mujer que habría de albergarla pronto llegaría. Nuevamente Guillermo Valdés se preparó para recibir a su parentela y a su sobrina, que se venía definitivamente a vivir a la casona construida por su padre, a los que los lugareños de los fundos aledaños habían bautizado como el castillo de los Lyons. En verdad éste no escatimó en recursos y mandó a Carlos Cruz Montt a diseñar una casona señorial que más que un adelantado chalet para la

época, parecía una construcción tipo feudal pero de una hermosura sin precedentes en aquel lugar, que hacía de la mansión una estructura extremadamente llamativa.

El día ha llegado. Micaela Lyon venía a radicarse a El Mostazal. Era ella una mujer especial en todo sentido de la palabra, de suave trato y una suave voz pausada llena de ternura, su piel del color de la miel y su cabello rojizo como el crepúsculo, la hacían sobresalir sobre las demás mujeres, aunque había en ella un halo de misterio, una sombra perturbadora que trasuntaba en su semblante. Quizá era la expresión de su enfermedad. Para el recibimiento, habíase dispuesto un rodeo en donde los huasos lucían el mejor de sus atuendos, dándose cita para recibir a tan distinguida dama, que había decidido afincarse en la zona. Y aquel día de agasajo fue hermoso, todos entregaron lo mejor de su destreza pero resaltó singularmente y como era de esperar el huaso Leonardo Lucero, quien se llevó los mayores aplausos. Sin embargo, los ojos de la bella Micaela tropezaron con los ojos de aquel hábil domador de caballos (lo cual era el deleite de muchos), pero había unos ojos que no se despegaron en ningún momento de encima de la enérgica figura del joven mocetón, era la mirada de Guacolda, que desde el lugar en donde estaba canturreando y tocando la vigüela para amenizar la fiesta observaba con intranquilidad el cruzamiento de mirada entre Micaela y Leonardo, haciéndola sentir celos indescifrables que en sus canciones reflejaban su molestia...

Sé que para otra tienes tus ojos. /Ella es como el sol que te ciega. /Pero soy yo la que te quiere de veras. /A la vez que de repente agregaba el ritmo de polca... / Estás mirando lejos. /Eso no está a tu alcance. /Tienes



que darte cuenta. /Que para ella eres un pobre diantre. /Así es señoras y señores. /Esta es mi canción. /De un huaso lesa con tonta ilusión.

El corazón de aquel hombre comenzó desde aquel día a latir de diferente manera a como lo hacía antes. Desde el día de la llegada de Micaela, sus pensamientos no dibujaban otra cosa que su figura y su forma de ser. La Guaco pasaba a otro plano, que no era más que el sentimiento de atracción que puede sentir un hombre por una mujer con atractivo físico, que se troca solamente en un deseo de lujuria y saciedad, sin embargo Micaela lo perturbaba completamente y dentro de sí empezaba a arder una llama de un fuego nunca sentido por hembra alguna, era quizás el amor, que para un hombre rudo y de trato permanente con las bestias comenzaba a ejercer una transformación en su mente; un sentimiento que lo llenaba de gozo y plenitud por el solo hecho de pensar en ella.

Así el tiempo seguía su marcha, las páginas del calendario raudamente caían cual hojas en el otoño de la vida, pero la llegada de Micaela Lyon no solo trastocó los sentimientos de Leonardo, también el de otros. Micaela cambió la vida de los terratenientes comerciantes y otros que tenían un buen pasar en la Villa del Mostazal, con un estilo de vida europeo. Su casa pasó a ser durante los fines de semana, un lugar en donde se daban cita los más versados en las artes en sus diversas formas y otras expresiones de vivencias, realizándose animadas tertulias y fiestas diversas que concluían al despuntar la aurora al día siguiente. No era extraño ver a lo lejos, en las colinas de los cerros de La Punta, la figura de un jinete de su caballo; era Leonardo Lucero, que con cautelosa preocupación veía lo que sucedía en el lugar, mientras observaba los

ires y venires de numerosos coches desde y hacia la gran mansión.

En cierta ocasión, cuando el viento soplaba septiembre, llegó hasta las caballerizas del fundo La Guillermina, en donde se encontraba Leonardo en sus tareas de preparador, el mayordomo de Micaela Lyon, quien traía una invitación verbal para Leonardo de parte de la señorita para que éste visitara al casón de La Punta, con el fin solícito de unos trabajos que el patrón requería que llevara a cabo. Éste contestó que gustoso la visitaría y así fue que el afamado amansador de El Mostazal no supo cómo de pronto se encontraba subiendo las gradas amarmoladas que daban a la gran terraza del inmueble, desde donde se podía mirar gran parte del valle en su extensión y la hermosura del lugar alhajado por una serie de esculturas y lámparas de belleza sin igual en la zona, todo esto traído desde Europa. Quizás Don Isaac Lyon quería que su hija se sintiera como en una ciudad del viejo mundo para que no extrañara aquel apartado lugar.

Las visitas a aquel sitio comenzaron a ser recurrentes, debido a la labor encargada por Micaela a Leonardo. Él se sentía cada vez más turbado por estar tan cerca de la mujer de sus sueños, pero él, a pesar de ser un hombre de campo, era una persona que sabía el lugar que socialmente le correspondía y no caía en palabras y acciones, que a los ojos de aquella mujer, que muchos querían atesorar, lo viera como un atrevido. En cierta ocasión, ella comenzó a hilvanar una conversación que los llevó lentamente por el sendero de los sentimientos. Micaela contó a Leonardo de sus amoríos y desengaños en tierras lejanas y él también habló sobre el particular, a la vez que decía que “ahora, en el firmamento de su vida había nacido una nueva



estrella, que por muchas razones le sería inalcanzable, a lo que ella agregó que con su perseverancia nada era imposible, que no tenía que caer en la resignación sino que dar lucha por ese esquivo amor. Leonardo por un momento la miró a sus ojos, observó su rostro pálido el cual la hacía aún más hermosa. Cuánto hubiera querido él decirle que la amaba, pero sabía del inmenso abismo social que los separaba y por un momento se dijo para sí: resignación.

Así pasó el tiempo, pero algo inusitado había sucedido: Micaela Lyon había contraído un resfrío poco usual en época de estío y, sabedora que éste agravaría su enfermedad, llamó a Leonardo para enterarlo de cuál sería su fin. Allí, en su amplio hall que iluminaba unas teas sostenidas por un par de figuras sabinas, ella comenzó a contar a éste sobre el extraño mal que acaecía su salud y de cómo ella, también en el cielo de su sentenciada existencia, había visto nacer la luz de un lucero que, aunque tarde, la hacía sentir feliz, ya que por fin había encontrado el esquivo amor y diciendo a Leonardo: "Ahora sabrá usted porqué me he mostrado, quizá con cierta indiferencia el cariño que me profesa. Créame que desde el primer momento en que lo vi comencé a amarle y me he dado cuenta que usted siente algo parecido". Él no pudo contenerse y tomando una de sus manos la atrajo hacia sí y fuertemente la abrazó diciendo: "No puede ser, mi niña,

usted tener que morir, no puede ser", decía. "Así es, Leonardo. Por eso nunca quise ilusionarlo, esta es mi verdad y mi razón de dejar Europa para vivir aquí y estar cerca de mi padre. Pero quiero que me recuerde siempre, siempre y como un símbolo del amor que por usted siento" dijo, a la vez que de unos de sus dedos extrajo un anillo. "Tome esto, es el sello de mi familia". Leonardo tomó la joya y la miró. Pudo ver que era un anillo que, repujado en oro, tenía la figura de un león con sus fauces abiertas y su larga cabellera; era en realidad el símbolo de los Lyon. Micaela le dijo que siempre lo usara y que él no sería más el huaso amansador Leonardo Lucero, que desde aquel día sería para todos el huaso León y desde aquella fecha quedaría grabado el nuevo nombre, apodo de Leonardo, a la vez que ambos sabían que aquella vez sería la última en que podrían estar juntos. En efecto, al cabo de un poco tiempo, una tarde de enero, azul, tibia y luminosa, la joven Micaela dejó este mundo.

Cuando Leonardo supo la infortunada noticia, fue a la casa de los Lyon pudiendo ingresar al recinto, aunque la sepultación era completamente familiar. El mismísimo Isaac Lyon había mandado a construir, al mismo tiempo que el inmueble, entre unas peñas de un cerro cercano a la gran casa llamado el Peuco Chico una cripta, en donde descansaría hasta la eternidad su hija Micaela. Al momento del sepelio, luego de un



responso en la capilla de la mansión, su cuerpo fue llevado al lugar a través de un sendero rodeado por arrayanes, canelos, boldos y quillayes, mientras en una quebrada cercana al agua que bajaba de la cordillera, con un canto lastimero, le daba el último adiós.

Para Leonardo Lucero, ahora el Huaso León, los días de aquel verano fueron los más tristes vividos por él. Sin asomo de esperanzas, al que había vencido a tantos acopiando glorias y alabanzas ahora la vida lo derrotaba por un truncado amor que la muerte le arrebatara. Ahora, ya perdido en la soledad del recuerdo, innumerables pensamientos cruzaban por su mente y al llegar la noche, haciéndose más intenso su tedio, lanzándolo de bruces a la tierra, él la abraza y la besa y cree que con este acto besa a su desaparecido amor.ç

Un día, ya dispuesto a cometer una locura y estando a orillas de un estero aledaño a la vía férrea, llegó hasta él la Guaco, diciendo: "Ya que la amaste, ahora déjala descansar en paz y tienes que ser fuerte como siempre lo has sido y ahora más fuerte, Leonardo, porque mi ser ahora tiene otro ser y es tuyo y te necesitará. Ella está muerta, yo y tu hijo que ahora viene al mundo estamos vivos y si no me crees toca aquí" y le señala el vientre. Él instintivamente palpa, pudiendo verificar que la mujer estaba embarazada. "Cómo es que no me

dijiste", replica Leonardo. "La verdad es que no quería molestarte en tus andanzas y conquistas y me dije para mí 'total, si se queda con ella al menos tendré un hijo de él'. La señora Micaela ya no está, yo y él somos lo que tú tienes ahora. Vamos, Leonardo, vamos -replica- a recomenzar lo que una vez empezó" y ésta le tira el brazo para que la suba a las ancas del potro que éste monta. Leonardo por un momento titubea y luego dice: "Vamos a casa, mujer, vamos... vamos...".

El hijo del hueso León nació y por nombre le colocó Salvador, porque por un instante de su existencia aquella criaturita, hija de la lujuria y del amor que no había podido venir al mundo, le había salvado la vida y desde aquel día sus ojos no fueron más que para la Guaco y su hermoso hijo.

La vieja Guacolda tenía entre sus manos la figura del león repujado en oro, en aquel anillo que su esposo durante años llevara y ahí estaba a la espera del cura para su postrer momento. Por un instante, las palabras del moribundo se hicieron perceptibles a sus oídos. "Y con el pasar del tiempo conocí tu generosidad y tu sentido cariño por mí y aprendí a amarte como a ninguna otra. Siempre antes pensé que al morir querría que me enterraran con este anillo, pero sabrás que entre la señorita y yo solo hubo palabras y nada más. Sin embargo, contigo han sido años y un hijo, mi

amor, por eso quiero que el anillo una vez que yo me vaya se lo entregues a Salvador y así también algún día él se lo entregue a su retoño y así que sea de generación en generación, para que me recuerden, no por el amor que tuve a una mujer que no era mi condición, sino por lo que fui, un amansador, uno fiero como un león". "Así se hará viejo, así se hará", contestó la vieja Guaco a la vez que la voz de Leonardo Lucero se fue apagando pausadamente quedando sobre las viejas colchas y curó su mano, con el anillo en uno de sus dedos, que mostraban la figura de un león cuyos ojos felinos de color verde se iluminaron por un momento, despidiendo el alma del más afamado y más famoso amansador que existió alguna vez en la Villa de Mostazal: el Huaso León.

Cuando el sacerdote llegó junto a Salvador, su padre ya había fallecido y su madre le entregó delante del fraile el anillo con un símbolo. Al día siguiente amaneció despejado y el sepelio de Leonardo Lucero fue sin

precedente. Todos los huasos desde los más variados rincones se dieron cita para su despedida y así entre cuatro tablas partió el cortejo al cementerio de Codegua que distaba de la villa varios kilómetros, pero eso no fue obstáculo para que todos fueran a despedirlo y como una paradoja del destino murió de la misma enfermedad que Micaela Lyon: de tuberculosis.

Ahora muchos años han pasado, su recuerdo en los más viejos aún perdura en el tiempo y sus andanzas que se han contado de generación en generación han pasado a ser leyenda, pero existe un elemento que hace creíble que todo lo expuesto en la narración fue de verdad: el anillo, el cual al dar término a esta singular historia, lo puedo mirar. Está igual como una vez me lo entregara mi padre y lo llevo en mi dedo meñique izquierdo, como símbolo del más osado amansador: Leonardo Lucero, el famoso Huaso León.

SEGUNDO LUGAR

Consuelo Petit
Estudiante
SANTA CRUZ

La Suegra: La verdadera hija del mandinga

Son muchas las historias que hablan de la picardía y viveza del incomparable roto chileno, más conocido como ese huaso intrépido que con su socarronería siempre logra salir del mal paso. Pero son pocos los relatos que hemos escuchado sobre la mujer de aquel hombre, esa mujer astuta que con su fiereza y a la vez bondadoso carácter trae la suerte al hogar y encuentra el camino a las dificultades que se presenten. Pues me gustaría relatarles ahora una historia que se encuentra situada y ya casi enterrada junto al resto de tierras fértiles que ahora son reemplazadas de a poco por árido cemento en mi querido valle de Colchagua.

Cuenta el relato que hace muchos años atrás las hijas del mandinga, que como buen diablo tenía descendencia hasta por donde perdió el poncho, iban de pueblo en pueblo buscando de marido al hombre más cotizado, de buen semblante y mayor fortuna que viviera en el sector. Fue en ese período que llegó la familia Martínez a vivir al lugar, una pareja que pretendía contraer matrimonio en las próximas fechas y a quien al joven llamado Santo se le había otorgado una herencia considerable de tierras, con la cual sacó

mucho dinero y decidió marcharse junto a su futura señora llamada Isabel a aquel sitio que consideraban más tranquilo y ameno para vivir en paz y criar a los posibles hijos que tendrían.

- ¡Doña Chelita! Muy buenos días, ¿Cómo va el cambio de casa? ¿Le gusta pa'ca la vida? - Una señora de unos cuarenta años con unas botellas de leche en las manos apareció de pronto en la cerca.

- Bien pue' Rosarito, harto tranquilo por acá - Isabel recogía en esos instantes las pocas pertenencias que quedaban en el patio para entrarlas a la casa.

- Tranquilo y too' por acá en la zona andan rondando las hijas del de abajo, doña - Dijo la mujer con tono sutil. Una muestra de temor se vio reflejada en el rostro de Chelita.

- ¿Pero cómo es eso, vecina? Cuénteme qué me quiso decir con eso..

- Que las hijas del mandinga andan en busca de Mario

po' oiga y su prometió' es bien encachao' y ha llamado harto la atención por el pueblo, por lo mismo se me imagina a mí que pronto va a tener visitas que no va a querer nunca haber recibío'...

Dicho y hecho. A Doña Chelita le llegó la desagradable visita días después en una calurosa tarde de Febrero. Justo cuando se disponía a terminar de hacer el almuerzo ya que su pareja volvería pronto de la hacienda de un amigo, fue desde la cocina donde escuchó el llamado de una mujer que seguramente estaba tras la cerca que separaba el patio de la empolvada calle, ya lisa por las carretas que pasaban a diario por el sector.

- ¡Alooo! ¡Vecinita, déjeme pasar que me estoy achicharrando! - Una joven de más o menos la edad de Isabel se encontraba afuera, de piel tostada y ojos amarillos que la miraban decidida a entrar, contrastaban con el negro azabache de su pelo que caía sobre un vestido verde opaco. Isabel, que ya sabía de quién podría tratarse la identidad de la mujer que se encontraba esperando a que le abriera, no lo pensó dos veces y con una sonrisa en la cara mostrando su mejor actitud fue a atender a la joven.

La mujer, que se llamaba Perséfone, una vez dentro reveló a Chelita su condición de hija del señor oscuro y que por lo tanto debía marcharse lo antes posible de la casa, ya que había decidido quedarse con su prometido y ella claramente estorbaba en sus planes. Isabel no podía creer lo que la mujer le estaba diciendo. "Es que no puede ser tan patuda", se dijo para sí misma, por lo cual la miró desconcertada, meditó unos segundos y con calma le respondió.

- Vaya vaya... Pero que mujer mas decidía' la caurita' esta. Bueno pa' que sepa me da igual si uté' es la hija del Papa, pero aquí las cosas no se hacen a su gusto pue' ñora' y si tanto quiere quedarse con quien ya es mi prometío' vamos a hacer un jueguito.

- Uff me encantan los juegos, así que cuénteme no mã' de qué se trata y ahí le digo si acepto o no - Dijo Perséfone pensando en que de tal palo tal astilla, el hecho de ser hija del de abajo la haría ganar cual juego se le presentase en el camino de la forma más humillante para su contrincante.

- Pues es bien sencillo. Vamos a convivir los tres con mi prometío' en la casa por una semana y según cómo seamos con Don Santo se decidirá quién es mejor para él, pero claro, pa' que sea más justa la cosa, quien decidirá la que al final se quede con él será alguien cercano a su persona, parte de su familia que también vivirá en la casa pa' observar todo.

- Jajaja, me gusta su juego. ¿Y quién sería esa persona que actuaría de juez oiga? - La joven por dentro estaba tan convencida de que ganaría que no pudo evitar soltar una risa.

- Pues la madre del caballero pue'. ¿Quién más?-

Chelita la observaba desde su asiento mientras esperaba la respuesta de su visita. Se acomodó en la silla, miró hacia al lado y se fijó en la sombra que daba el sol. Ya era más del mediodía, pensó.

- Bueno, harto fácil me parece el jueguito, qué quiere que le diga po' oiga, pero aceptaré para darle en el gusto y no se ande quejando después. Nos vemos

el próximo lunes tonces' – Para la chica no existía complicación alguna en hacer ver a una mujer vieja que ella era la mejor opción para su hijo, así que gustosa se levantó del asiento, se despidió y comenzó a caminar en dirección a la salida de la casa que daba a la calle. Cuando Isabel la perdió con la mirada, se dijo por dentro: "Aquí te vendiste caurita', no sabís ná' con la chichita que te estai' curando".

Poco rato después llegó Don Santo montado en un caballo. Entró al hogar donde esperaba saludar a Isabel y ahí se encontraba ella quien aún no ponía la mesa para almorzar, sentada en un sillón de género bordado. Ella le relató lo ocurrido con la mujer que amenazó con separarlo de él y el juego que ella le había propuesto. El hombre se dejó caer en el otro sillón que quedaba al lado de su pareja y riéndose le dijo:

- Chelita, te las mandaste, muy madre mía será pero ahora si que la señorita esta va conocer por primera vez lo que es el diablo, jajaja.

Luego, Santo se dirigió al galpón que había al lado de la casa y salió en una carroza en busca de su madre. Ella estaría feliz de visitarlos ya que no conocía el nuevo terreno donde vivían.

Era de noche, para la hora de la cena, cuando Don Santo y su madre llamada María llegaron al hogar. La señora tendría unos sesenta años. Cuando ya habían cenado y luego de que Doña María hiciera sus comentarios referentes a la casa y el orden en que se encontraba, la pareja le informó respecto a la situación. La señora meditó unos instantes y respondió:

- Yo lo único que sé y que puedo decirles, es que quiero lo mejor pa' este chiquillo – Dijo señalando con la mirada a su hijo – Así que si yo soy la que decidiré, pucha que voy a ser jodía' pa' ver quién se queda finalmente con él y pobre de que no me guste algo, porque jno se me va pasar ni una'! – Y terminado de decir esto, se levantó de la silla y caminó muy decidida hacia la habitación que le habían dispuesto por aquellos días.

Finalmente llegó el día lunes y antes de que terminara de cantar el gallo bien temprano en la mañana, la mujer de ojos amarillos ya se encontraba lista afuera de la casa de Santo e Isabel, con una pesada maleta de color café claro.

Ya una vez adentro comenzó feliz y ansiosa a arreglar sus cosas en la habitación que le habían otorgado por aquel tiempo. Eran como cerca de las once de la mañana cuando Doña María, indignada, le abrió de golpe la puerta.

- ¿¡Te crees que vai' a dejar sin comía' a mi hijo!? ¡Cómo es que no estai' en la cocina preparando las cosas!

La señora miró a su alrededor y pasó el dedo por un mueble.

- ¡Mugre! ¿¡Así vai' a tenerle la casa a mi chiquillo!? ¡Partiste a ordenar y a cocinar, hedionda de floja! – Y dicho esto se marchó furibunda al comedor. Perséfone, incrédula y con algo de temor, corrió a buscar una escoba al patio y se dispuso a barrer el pasillo.

- ¡Pero qué haces, mija'! – La madre de Santo apareció por una esquina – ¡Esa escoba está toa' sucia! A ver,

déjame mirarte - La mujer se acercó a la joven y la miró de pies a cabeza - Harto raquítica que estai'. ¿Cómo le vai' a dar hijos a mi chiquillo? ¡Partiste a cocinar y vai' a hacer una buena cazuela con las gallinas que andan en el patio! - La chica jamás había atrapado una gallina y menos sabía cómo matarla.

- ¡¿Qué acaso nunca hay vivido en el campo?! Mira, así se hacen las cosas - Y luego de decir esto, Doña María hizo sonar el pescuezo del pobre animal. La joven horrorizada y asqueada corrió a la cocina a ver si ahí encontraba algo de paz. En el lugar se encontraba Isabel, quien serenamente cortaba unas papas y le pidió que la ayudara. Perséfone aceptó gustosa. "Al fin algo que yo podría hacer", se dijo para sí. Tomó una papa y comenzó a pelarla con el cuchillo. No había sacado ni la mitad de la cáscara cuando ya se había hecho cortes en los dedos.

- ¿Qué pasa que hay tanta bulla por aquí? Oye mija' sírveme un vasito de leche - Dijo la señora que nuevamente aparecía de la nada, dirigiéndose a la joven inexperta. La chica buscó por todos lados la famosa leche que la mujer pedía sin poder encontrarla.

- ¡¿ Y bueno que no juiste' a ordeñar las vacas temprano?! ¡Partiste caurita' a traer leche! - La joven, ya cada vez más asustada, salió corriendo de la casa

y sin querer pisó todo un charco de barro que se encontraba cerca de donde se ubicaban las vacas, cayéndose de narices donde se encontraban unos cerdos chapoteando felices en el lodo.

Con la cara toda manchada y fétida a chancho supo que ya no podía más, encolerizada se puso camino hacia la casa y una vez adentro sacó sus cosas, a la vez que Doña María enfurecida gritaba que estaba dejando todo sucio. Y de esta manera, totalmente desesperada, la mujer gritó que por primera vez en su vida conocía al verdadero diablo encarnado. Fue tan fuerte lo que gritó que al instante la vieron desaparecer dejando un rastro de olor a azufre que opacó el olor de los cerdos que se había impregnado en la casa.

Desde aquel día que ninguna de las hijas de Satanás se ha acercado a conquistar a los hombres de aquel pueblo. El rumor de la famosa suegra temida se hizo tan popular que hasta el día de hoy se hacen comentarios al respecto a lo largo de todo Chile. Basta con recordar a la famosa Doña Tremebunda de la caricatura Condorito. ¿Quién puede decir ahora que nuestra patria no sabe sacar una risa de lo malo que nos pasa? Nos hacemos cada vez más fuertes frente a la adversidad y problemas que se nos ponen en el camino, enfrentándolos con humor y una sonrisa en el rostro.

PRIMER LUGAR

Purísima González Marín
27 años
Dueña de casa
RAUCO

Breve testimonio de Lucila

Cuando somos niños tenemos la rara costumbre de calificar a las personas según su nombre y actividad. Por ejemplo, si nos presentaban a alguien que se llama Ángela y se dedica a vender flores, cada vez que nos hablaban de alguien que se llama "Ángela" inmediatamente veíamos en nuestra imaginación alguien que vende flores, aunque esa persona ni siquiera haya visto una flor en su vida.

Probablemente esto suceda porque el universo infantil es más simple que el universo adulto, los niños pueden clasificar las cosas de modos más fáciles, sobre todo a las personas.

Es muy temprano para dormir, los niños del vecindario todavía juegan en las ruinas del viejo galpón del asentamiento, pero Lucila ya está en la cama, viendo cómo se escapan los últimos trazos del día por la rendija de las tablas. Su mamá, también acostada en la cama que ambas comparten, se queja de un endemoniado dolor que ya es crónico - Mañana tengo que salir temprano, trata de dormir... estoy cansada y más encima me

duelen las muelas- farfulla su mamá entre enojada y adolorida.

La niña de unos 6 años cierra los ojos y finge dormir para que su mamá descanse y deje de hacer ese sonido con la boca, absorbiendo aire por una mueca extraña, como tratando de llevar oxígeno a la muela moribunda. Ese sonido que hacía doler la guata a Lucila, como tantos otros sonidos.

Muy lentamente se cerraron sus ojos y entre dormida y despierta, comenzó a soñar de manera delirante, sintiendo que las imágenes en su cerebro se reproducían de manera desproporcionada. Apareció un tractor gigante en un espacio de absoluto plomo, sin paisajes, nada, la rueda de atrás como de costumbre más grande que la delantera, esta vez era exageradamente grande y rodaba hacia ella, arrastrando al tractor tras de sí. La niña corría sin saber adónde avanzar, lo único que tenía de horizonte era la oscuridad.

Por la mañana a primera hora pasa la micro, la única micro que pasa por esos lados, verde y destartalada.

Todo se mueve dentro de ella, tal vez se aflojaron sus tornillos después de ir y venir tantas veces por ese camino de piedras. Sentada en el asiento que esta detrás del chofer, Lucila sentía aún que estaba durmiendo, pero los seguidos golpes del vidrio sobre su cabeza no le daban sosiegos. Luego de ceder su asiento, se enroscó en los brazos de su madre, como si fuera una pequeña criatura, y claro que aún lo era.

Mientras viajaba a la ciudad ya extrañaba su campo, que aunque alejado de las grandes ciudades ya le parece a Lucila el mejor lugar para vivir; todos se conocen, puede jugar en cualquier potrero, con cualquier vecino, o andar con la ropa sucia y a pies pelados si le dan ganas. Distinto es si va a la ciudad; ahí no se puede andar así, claro que no, debe ir peinada, con sus mejores pilchas que se componen de un pantalón calipso, camiseta calipso y un sweater de lana, sin mangas y de color blanco. Ah, y por supuesto los zapatos del colegio, bien limpios con un paño húmedo. Así debe acompañar a su mamá a la casa de "la Martita", una mujer de unos 45 años más o menos, gorda y destejida, con acento siempre burlón y patéticamente lujuriosa, más bien es una ruina del mundo cabaretero donde antes se desarrolló y que ahora jamás de los jamases volvería a mencionar por tratar de aparentar una vida de absoluta decencia e "inmaculidad", gracias a la fortuna acumulada con el sudor de su frente y de todo su cuerpo en general, ya que antes se dedicaba al negocio cabaretero. Y ahora, como una maldición que no se despegaba, tiene una cantina.

Al llegar tempranito a la casa donde su mamá trabaja de doméstica, todos están en la cama aún. Qué envidia. Si tan sólo pudiese ella acostarse un ratito más en

una cama tan elegante como esas y acurrucarse sus sueños de tener para ella algún día una cama así, en un dormitorio que tenía por lo menos una ampolleta y no una vela como en su casa. Pero sólo le tocaba conformarse con sentarse en la cocina y comer pan francés untado con aceite de un sartén donde por la noche frieron un bistec y comerlo rapidito por si se levanta la Martita y la pillaba ahí comiendo las sobras.

Cuando las 10 de la mañana se empujaban por el reloj de la cocina, siente un llamado desde otra habitación... "Hija, necesito que me acompañe a ver a la Martita que está en su dormitorio, vamos a mostrarle la ropa que andai trayendo puesta...".

Qué importa que ropa tenga puesta. ¿Le subirán el sueldo por eso, le van a pagar 2.500 el día y no 2.000 como le pagan después de fregar baños y lavar canastos de ropa? Por atender además la cantina.

Seguro que no, pensaba Lucila mientras subía la escalera hasta el segundo piso. Seguro que esta vez también tendré que ayudar a servir vino, a pasear entre humo de cigarrillos y viejos curados.

-Hola po Lucila, pucha que andai linda hoy día. ¿Y te sacaron los piojos o no? - Dice la Martita.

-¡Ya no tengo piojos! Sólo tengo liendres, no más...

Y la gorda "Martita" se larga a reír a carcajadas, mientras su papada y sus senos se mueven de lado a lado, Lucila no sabe qué es lo que le causa tanta gracia, y casi atragantándose por las burlonas carcajadas, "Martita" le ordena a su mamá que lleve a la chiquilla a la cocina para que tome desayuno y la dejen a ella vestirse.



Pobre Lucila... mientras toma té, piensa en por qué se burlan de sus respuestas tan honestas o preferirían que respondiera "sí, tía Martita... mi mamá ya me sacó todos los piojos... me echó lindano en la cabeza y esa fue la solución, después de probar hasta con parafina".

Con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos sin mirar a ningún lugar en especial, piensa: "Ojalá que el reloj ande más rápido para poder volver a mi casa, antes de que se esconda el sol y pararme a la entrada del callejón enterrado a ver el atardecer, los rayos de sol extendiéndose infinitos sobre las piedras con sus sombras alargadas y las copas de los álamos sombreando prematuramente el anochecer".

-Deja de hilar babas, recoge tu taza y anda a poner la mesa, tení que aprender de chiquitita a ganarte el pan. Después cuando seai grande nadie te va a andar sirviendo la comida en la boca- le dice sentenciosa su mamá.

Desde todos los dormitorios de la casa iban llegando los hijos de la Martita y ella también, con su blusa de seda y su falda de $\frac{3}{4}$, con un litro de perfume encima y la boca pintada color burdeo, lista para ir a una cita importante, pero sólo se trata del desayuno. La mesa debe ir perfectamente puesta, si no lo sabrá bien la pobre chiquilla. Las tazas con sus respectivas cucharitas, el cuchillo para la mantequilla, el café, el azucarero, el lechero, el Milo, el té Ceilán, el jamón, el queso y los huevos fritos.

A sus 6 años Lucila nunca había desayunado en una mesa así, con tanta parafernalia, o mejor dicho con tanta comida. Con razón la mayoría de esta familia era gorda. Además no entiende para qué quieren tantas

cosas, si con la paila de huevos es suficiente para ella. Calculando apenas, decide que no le alcanzaría lo que queda de mañana para estar haciendo "shanguchis" -como dice ella- de tanta cosa diferente y si además agregamos el tiempo que demoraría en comerlos... definitivamente, piensa, no le alcanzaría el tiempo ni siquiera para almorzar.

Por la tarde ya, regresaron a su casa en la misma micro que las había traído en la mañana. Casi justo llegó para alcanzar a ir a la casa de su papá viejo, como llamaba a su abuelo paterno, un hombre de cara enjuta como la mismísima tierra que sembraba todos los años. La casa de ella estaba un poco más allá.

A Lucila le encanta quedarse ahí, la casa es grande, tiene un patio enorme, sombreado por los parrones más extensos que ella haya conocido. También ahí, aunque la casa es pobre, tiene luz eléctrica y tele en blanco y negro, donde ella ve lo que los grandes ven. Está prohibido para los chicos prender la tele.

Sólo una vez, mientras el calor de la tarde hacía hervir hasta los racimos de uva, aprovechando que su abuela dormía la siesta y el papá viejo no estaba, ella prendió la tele. Acercando un pesado sillón de mimbre de tres cuerpos pudo alcanzar las perillas, pero el canal en que estaba no era muy entretenido, las novelas nunca han sido de su gusto. Entonces tuvo que empinarse un poco más y alcanzar la perilla redonda de más arriba y girarla ruidosamente para cambiarla. Tanto empeño le puso que la tele avanzó hasta quedar inclinada a punto de caer al suelo. Sólo el muro que estaba detrás del mueble la sostenía un poco, entonces comenzó el dolor de guata y una sensación de sube y baja, se le adormecieron las piernas, porque el pesado armatoste

podía caer al suelo y ahí si que le llegaría una... como le decía su mamá, cuando según su criterio, ella se portaba mal, creo que fue tanto el susto que como pudo buscó una silla para quedar más alta, arriesgando caer ella misma y quedar toda despanzurrada. Preferible eso antes de que la condenen por romper el bien máspreciado de la casa. Y en un acto de Hércules abrazó la tele con todas sus fuerzas y la dejó en su sitio, salió al corredor y se sentó en el cemento con los pies en la tierra y la cabeza entre las piernas a matar hormigas con escupos... para pasar los nervios.

A un costado de la casa está la cocina, con sus muros hollinados. Es como estar habitando adentro del tubo de una chimenea, las vigas del techo juntan estalactitas negras, a veces pareciera estar mirando murciélagos que duermen colgados de sus patas. Como no hay ventanas entonces el efecto es aún más real que la propia imaginación; a diferencia del resto de la casa, el piso de la cocina es de tierra, no hay muchos muebles, sólo una mesa bien grande donde se apilan los platos y las tazas. En una botella partida por la mitad se guardan las cucharas, en tarros de café se guardan los aliños y en un montón de clavos que hay en la pared se dejan los cucharones y los jarros plásticos de medio litro, todo cubierto por una capa de ceniza. En una victrola arrumada en un rincón, se guardan las ollas. Por allá en otro rincón, encima de una mesita de tabla bruta, se dejan los tarros de agua que se traen de la noria, porque hay luz eléctrica pero no agua potable.

El humo avanza por toda la casa y sale hasta la calle, por eso todo aquí tiene una tonalidad amarillenta y cada vez que Lucila viaja a la ciudad lleva impregnado en ella un olor ahumado.

Por eso Lucila se pone triste cada vez que viaja a la ciudad, prefiere el humo de la leña y no de los cigarros, prefiere tomar agua de noria y no restos babosos de bebidas en los vasos, prefiere el roce del viento en su cara y no el roce de manos sucias en sus nalgas. 🍌

Qué mas quisiera Lucila que vivir eternamente en este sueño, no crecer, no volver a la ciudad, no ir a la escuela, quedarse en la casa, andar por el campo recogiendo moras, cazando lagartijas, a pies pelados andar por los surcos recién regados. Detener el tiempo como en una foto para siempre en este instante. ¿Cómo hacerlo?

Un día, de improvise se presentó la ocasión y Lucila subió hasta el árbol de aroma más alto que encontró y queriendo transformar su escualido cuerpecito en un ave multicolor, soltó el vuelo. Su alma al instante se dividió de su cuerpo terrenal, que yacía ahora inmóvil en la tierra esperando que alguien se diera cuenta de lo ocurrido.

Pero su alma voló infinitamente hasta aquel cerro lejano donde siempre quiso ir, vino de vuelta hasta la casa de sus abuelos donde jamás quiso marcharse y ahora cada día podía ver los grandes parrones desde arriba como un prado de hojas suspendidas. Podía quedarse días enteros debajo del agua y sus trinos. Podía, si lo quisiera, vivir en el horno de barro y su rescoldo. Pudo también así quedarse a vivir para siempre en el campo.

SEGUNDO LUGAR

Alfredo Silva
CONSTITUCIÓN

El árbol del ánimo

Al lado norte de la ribera del río Maule, en la arcadía del fundo la Ovejería, hace muchos años ocurrió esta historia, que a continuación voy a narrar.

Ya había llegado la efímera primavera, y por la transparente enagua del alba, comenzaba a levitar la vívida luz de un nuevo día. El campo, manso y puro como el aire, bajo la amplia luz que se presentaba como una reina, todo se engalanaba y se pintaba de colores, y por los vespertinos senderos corría un aire bueno, llevando en su grupa los últimos suspiros de la noche. Los gárrulos virios, afinando sus notas de oro, diamantinas y cobre, saturaban con su armoniosa melodía la dulce frondosidad de los árboles.

En cierto lugar del fundo vivía doña Elvira Gutiérrez Palacios junto a sus doce hijos, dos varones y diez mujeres. Hacía un par de años que había enviudado, pero su esposo antes de fallecer, con el fruto del trabajo de toda su vida, había adquirido la propiedad en que ellos vivían. Sus terrenos colindaban con los del matrimonio formado por don Vladimir Rojas Aguilar y

su esposa Elvira Aguilar Aguilar, que también tenían una numerosa descendencia. Esta familia era temida por sus malas costumbres y fechorías en el fundo y sus entornos; eran agresivos, poco respetuosos de las leyes y hacían prevalecer sus dominios a costa de cualquier cosa. Cuando algún ave o animal de sus vecinos se pasaba hacia su predio, los mataban y vendían su carne o se la comían, sin importarles absolutamente nada. Los lugareños, para transitar de una propiedad a otra o salir hacia los caminos principales, tenían que deslizar unas varas por los costados de las cercas de moras y espinos, luego volvían a colocarlas en su lugar, para que no se salieran los animales o se pasaran hacia los predios vecinos.

Cerca de la entrada de la propiedad de doña Elvira Gutiérrez había un añoso boldo, cuyo tronco no lo rodeaban entre cinco personas con sus brazos extendidos. Un cierto día de lluvia y de tormenta eléctrica, un rayo se desprendió de la atmósfera y clavó su espada luminosa en el tronco del formidable árbol. Éste no se desastilló, pero una concavidad humeante se dejaba ver en su carbonizada corteza. A



pesar de su gran herida, el boldo permaneció estoico en el tiempo y los lugareños se admiraban de su increíble resistencia y en sus creencias campesinas, pensaban que era cosa de milagro y pasó a ser objeto de admiración. Con el tiempo este camino fue paso obligado para los campesinos del lugar que iban a los cerros a buscar leña, llevar ganado o cuando iban a trabajar a las plantaciones de la frutilla blanca, que era de rico sabor y aroma, muy apetecida por los hoteles, cantinas y negocios de la ciudad de Talca y Constitución.

En la propiedad de don Vladimir Aguilar se tejían otras historias. El Rufino era el mayor de sus hijos y por sus malas andanzas, en los alrededores ya lo tildaban de cuatrero, forajido y de licencioso vivir. Cuando salía por las noches, su madre siempre con materna protección lo reconvenía -Ten cuidado Rufino, no te vayan a sorprender los pacos azules por ahí- a lo cual él le respondía -No se preocupe Mamá, ya estoy grandecito y sé cuidarme bien, el que quiera tener pleito conmigo, en las buenas o en las malas yo le sabré responder.

El Rufo era buen baqueano y no había lugar que no conociera en el fundo y sus alrededores, y azuzando su caballo, por senderos de sombras se perdía en la noche.

Al día siguiente, hacia el cielo azul y prodigioso, nuevamente subía el alba pura y reidora y con su canto de luz, avivaba los tonos del ropaje nuevo que se ceñía el bucólico paisaje.

Mientras tanto en su casa, doña Elvira Gutiérrez preparaba el café de trigo, el pan, la buena huañaca y sus hacendosos hijos se repartían el trabajo de la mañana. Los muchachos ordeñaban las vacas y sus alegres hermanas daban de comer a las aves y a un par

de cerdos sus algarrobas. Después de soltar el ganado vacuno y caprino hacia el potrero, volvían a casa donde su madre, para desayunar. El resto del día lo ocupaban en los sembradíos y una pequeña huerta, que tenían junto a su hogar.

Las hijas de doña Elvira Gutiérrez eran agraciadas y muy bonitas y con su consentimiento de vez en cuando, organizaban fiestas y tertulias en su casa. Sus voces eran como cantos de pájaros y tocaban de maravillas la guitarra, y con su peculiar belleza atraían a todos los mozos del lugar, que llegaban a caballo o en carretas a disfrutar de la fiesta. En esta típica celebración campesina, cuando los invitados ya estaban con buenas copas en el cuerpo y disfrutando alegremente de las canciones de las muchachas, éstas con su habilidad musical transportaban el sonido de sus guitarras en tres cuerdas y comenzaban a trinar. En dicho canto, enviaban mensajes de amor a los asistentes o hablaban de cosas que sucedían en el lugar.

En cierta oportunidad, el Rufino en una de sus andanzas por el fundo se topó con la Josefina, hija de doña Elvira Gutiérrez y como hacía tiempo que ésta le martirizaba sus sueños, deteniéndola en una vuelta del camino, el enamorado Rufo le declaró su amor. “Qué güeno Josefina que me la encuentro por estos lados, hace mucho tiempo que usted me incomo’a el sueño y me muerdo de ganas de tenerla entre mis brazos pues, mi reina”.

“Mira Rufo, tu sabís lo que siempre habís sido, y a mi maire eso no le gusta ná y pa’ mí siempre va’i a ser un mal partío, y yo ya tengo quien me quiera, así que déjame pasar y no te crucis más en mi camino”. La Josefina salió airosa de este encuentro y el Rufo quedó



triste, cabizbajo y pensativo.

Corrían los primeros días de diciembre y en la casa de doña Elvira Gutiérrez todo se preparaba con afán y esmero. Por la noche se celebraría la Fiesta de la Purísima y la cosecha de la frutilla, celebración tradicional del fundo La Ovejería y acudían a ésta gente de todos los villorrios e incluso algunas familias conocidas de Constitución.

Cuando los pájaros esparcían en el aire su canción del retomo y la tarde bucólica se dormía junto a sus nidos, con alegres y sonoras notas de guitarra, se armaba la fiesta en complacencia y sana algarabía. Había llegado gente de todos lados, que degustaban los aromáticos ponches de frutilla, las ricas empanadas de horno y también los asados. A todo esto, en su casa el Rufino se preparaba para asistir a la tertulia. Herido por el desprecio de la Josefina, por su arrebatado temperamento, tan fácil no iba a desistir en su empresa. Su madre al verlo afanado y ciego en su decisión, con tiernas palabras lo trataba de convencer. "No vayas a esa fiesta de molederas hijo, quédate en la casa mejor, no es bueno que andes como alma en pena a la siga de esa mujer, que orgullosa y con esquivos pretextos no te supo corresponder". El Rufino quería mucho a su madre y en apariencia, demostrándole sano juicio, le respondió: "No se preocupe mamá, tan sólo voy a echarme unos buenos ponches de frutilla al buche, para olvidar las penas del corazón". Se retocaba ante un espejo, se había echado encima su mejor pinta, olía a Romero y Albahaca el bribón; iba a jugárselas por la mujer que amaba, costara lo que costara, pues él nunca se había acobardado ante nadie en su vida licenciosa y aventurera. Mientras cabalgaba en dirección a la fiesta, hacia sus adentros pensaba: "Que

yo quiera a la buena no creo que sea mala cuestión, no puedo borrar mi pasado, pero sí cambiar pudiera, bien lo vale por un gran amor".

La fiesta de la Purísima se regocijaba en música, vino, jolgorio y amistad. El Rufino a poco de cabalgar se presentó en el lugar y bajándose de su caballo, entabló conversa con unos amigos y se bebió algunos ponches. De pronto, en medio del bullicio, un aro paro la música y el fervor. Don Segundino Parra, capataz del fundo, pidió un brindis por la frutilla y la tradición, mientras el Rufo en silencio observaba las vueltas de su china. Ésta, indiferente, le insinuaba sus encantos a otro mocetón y éste, al sentirse despreciado, entre pencazo y pencazo, mordía su rabia y su dolor.

Continuó la música, el baile bien zapateado y cortejador. El guatón Zoilo, curado hasta las patas, desparramaba de lo lindo; con pañuelo al aire, le daba rienda suelta a su alegría y en una media vuelta perdió pie, cayendo arriba de una vieja. Ayudado por sus compadres, salió a tomar aire al patio y bajo el claro de la complaciente luna, le declaraba su amor a su inseparable yegua.

Todo ardía en el salón de doña Elvira, el tañer de las guitarras, el vino y las mujeres. Total, decía un embriagado baqueano, "¡la fiesta de la Purísima es una vez al año, con buena música, bonitas mujeres y muy buena atención: pa' filtrar ponche de frutilla no me la gana naide, aquí yo soy el campeón!".

Las muchachas, en medio de la agitada concurrencia, haciendo hablar las cuerdas de sus guitarras se pusieron a trinar y en su canto le mandaron un mensaje al Rufo. Pero a éste no le gustó la idea y

herido de amor, decidido, con quien antes ya había tenido rencillas en feroz ataque se lanzó. Su adversario era joven y bien ceñido el mocetón, éste saltó hacia el patio y con puñal en mano el fiero Rufo lo siguió. Bajo el blancor de la luna se vieron cara a cara, el mocetón hizo algunos alardes de destreza y desnudó su santa clara, demostrando también ser hijo del rigor. Ambos blandían sus armas destazando el aire por doquier, ostentando en sus tilos sedientos de sangre, el amor de una mujer. El Rufo, avezado en su arte, con destreza blandía su puñal y dos estocadas lanzó, sin lograr alcanzar a su adversario. Éste con movimiento maestro y elástico el ataque devolvió, clavando su puñal en un costado del Rufo. Entre los gritos y alaridos de espanto, éste soltó su arma y herido de muerte, al suelo cayó. En medio del bochorno, confuso y estremecedor, el mocetón huyó del lugar y los enfiestados levantaron al Rufo del suelo y éste les pidió que lo montaran en su caballo, pues el noble animal ya sabía el camino y obligadamente tenía que cruzar el estero de Ovejería. Esa noche, el Rufino no llegó a su hogar. Por la mañana, lejos del lugar de los hechos, unos campesinos encontraron al ensillado animal, pero sin su jinete. Como el Rufo no aparecía, familiares y vecinos salieron en su búsqueda y recorrieron todo el fundo sin encontrar señales y más de alguien pensó que por sus maldades se lo había tragado la tierra.

Al ver el misterio, la familia llamó al juez de paz, don Urbano Aguilar, personaje elegido por la comunidad. Era hombre de respeto y de muchos conocimientos. Don Urbano vio la situación e hizo venir veinte jinetes de Maromillas, la búsqueda duró más de una semana y al no ver resultados positivos, el juez decidió terminar con ésta y se olvidó el asunto.

Pasaron algunos días y el padre del Rufino regresaba a su hogar por la noche y cuando pasó enfrente del árbol que había sido herido por el rayo, oyó una voz de ultratumba que le dijo el lugar exacto donde se encontraba el cuerpo de su hijo. Por la impresión, don Vladimir llegó sin habla a su casa, su familia se asustó mucho y dándole agua de hierbas pudo balbucear algunas palabras. Al día siguiente, ya repuesto, le contó a sus hijos lo que había escuchado al pasar frente al boldo. Éstos, atónitos, lo escucharon y luego presurosos, convencidos del relato de su padre, pusieron los bueyes a la carreta y ensillando sus caballos, se dirigieron al lugar que les había señalado su progenitor.

Después de cabalgar algunas horas, acuciosamente recorrían el intrincado cauce del estero, pero no hallaron señal alguna del cuerpo del Rufino. Cuando ya habían perdido la esperanza de encontrarlo, el perro que los acompañaba comenzó a ladrar desesperadamente, cerca de unos morales que estaban al borde del cauce. el Lucho, que era uno de los menores, bajó de su caballo y fue a curiosear al lugar donde ladraba el animal. Para gran sorpresa suya, allí estaba el cuerpo de su hermano entre aguas, enredado en los morales, tal como le había indicado la voz misteriosa del boldo a su padre. Después de rescatar de las aguas el cuerpo del infortunado Rufo, familiares y amigos procedieron a darle sepultura.

Transcurrieron algunos años y por causa de las plantaciones de pinos, fue cortada la floresta y los árboles nativos del lugar, pero el boldo hasta el día de hoy permanece allí.

Cuando pasan enfrente de él, los campesinos se sacan el sombrero con solemne calma, en señal de respeto ante el árbol del ánima.



PRIMER LUGAR

Patricio Ramos
CORONEL

Padre viejo

El árbol que frondosamente prolongaba la galería apenas movía, lentamente, algunas hojas. Una casi imperceptible brisa, sin fuerzas, no lograba mecer las altas espigas que ya amarillas esperaban pacientemente ser cortadas. El trabajo del día hecho, todo estaba quieto. Juan, sentado en una silla de mimbre, estaba inmóvil. El calor de la tarde cerró los ojos del hombre y su mente se perdió en el oscuro túnel de la inconciencia.

De pronto, esa inexplicable fuerza, que algunas veces hace saltar el cuerpo cuando pasamos de la vigilia al sueño y que nos hace creer que tropezamos con algo, remeció el ajado cuerpo de Juan. El fuerte crujido de la silla lo despertó completamente. Aún cuando estaba bajo la sombra del alero, el calor era insoportable.

Poco mas allá estaba el sillón, en ese lugar se sentaban los dos, esperando la llegada del hijo que trabajaba en una mina lejana.

Juan volvió a recordar cómo amaban a ese hijo, con fuerza él, con pasión ella. Él iluminaba sus vidas, a su

lado todo parecía tomar forma y moverse cuando él llegaba.

Desde pequeño, Salvador logró llenar la casa con su sola presencia. Exigía un cuidado constante. Ella todo el día, él en las tardes cuando llegaba de la era o del bosque. Al pequeño le sobraban fuerzas para corretear por la campiña, acompañado del ladrido de los perros que en locas carreras de pronto lo empujaban y el niño iba de bruces al suelo, pero se paraba rápidamente y continuaba el juego con más energías.

Juan, cansado por la larga faena, debía correr urgente para rescatarlo de las frías aguas del pequeño canal, que formaba una bendita vertiente que nunca secaba su torrente y que con las lluvias del invierno rompía su cauce prodigando pequeñas inundaciones por aquí y por allá.

En un principio, cuando Salvador aprendió a correr sólo se veía su mechón de pelos color azabache, que como una negra saeta rompía la frágil pared del alto pasto o de los trigos maduros.



-Míralo, va hacia el estero, corre- decía María, apurada.

Y el hombre debía poner todo su empeño para alcanzar a su cachorro de fuertes piernas que ya chapoteaba en la corriente.

Una sonrisa endulzó la cara de Juan. Las heridas de su alma se reflejaban en su semblante, dándole una apariencia de frialdad que no tenía.

No, definitivamente no era frío, al contrario, sus encallecidas manos podían ser suaves y tibias cuando paseaban por el cuerpo de su amada María, o cuando peinaba ese rebelde mechón que caía sobre su frente y que amaba. También cuando acariciaban a su querido hijo Salvador.

-Deseo cortarme el pelo, bien corto- le dijo María, un día.

-Bien -respondió Juan- pero el mechón lo dejas.

-Claro, con el pelo corto y un mechón. Me voy a ver muy linda.

-Así te verás- le respondió él con voz grave.

Y no se habló más del asunto.

Cuando el crío cumplió los cinco años, ella le dijo:

-Vamos a ponernos en campaña para darle al niño un hermanito, o una hermanita, lo que Dios quiera.

-Bien -respondió Juan con voz grave- partiremos esta misma noche.

Y el tiempo pasaba y a pesar de todo el empeño puesto en lograr el ansiado compañero o compañera para el niño, éste no llegaba.

La misión había provocado en ellos destellos de pasión desconocidos. El calor de las tardes del estío provocaba en ella efectos sensuales que la mantenían inquieta hasta que él llegaba.

La tomaba antes de descansar siquiera.

-Come primero, amor mío - decía María, con un arrebol en cada mejilla.

-Después - y Juan la abrazaba.

Y los suspiros escapaban de esas dos bocas.

Pasó el tiempo y en vista de que no lograron traer un compañero para Salvador, se allegaron a un facultativo conocido para una respuesta a sus inquietudes. Esa tarde en el hospital nunca imaginaron lo que el doctor les diría.

Lo lamento -dijo el facultativo- Los análisis demuestran que no podrán tener más hijos, es un problema que requiere de una difícil operación, muy cara y que sólo se realiza en la Capital.

La blanca bata del hombre comenzó a cubrir toda la pieza y el cuerpo de María no pudo resistir tanto peso.

Cuando retornó a su conciencia vio la mano de su marido que amorosamente recogía su mechón y lo acomodaba al resto de su pulcro peinado de campesina.



Nunca se recuperaron. Ansiaban otro hijo, pero Salvador amortiguó la pena con su alegría y su tremenda capacidad para estar en todos los lugares de la casa. De pronto estaba en la cocina ayudando a María con la comida, o barriendo el salón, o planchando, labor que le encantaba. Además ayudaba a Juan con las labores del campo, o galopaba por el valle.

Cuando Salvador cumplió quince años pasó todo el verano ayudando a su padre con trabajos que habían esperado años y que convirtieron el predio en uno de los más hermosos y cuidados de los alrededores. En el verano su blanca casa no se veía tapada por los frutales que cubrían todo el espacio que dejaban las plantaciones de trigo y de maíz. Las reparaciones de los cercos lograron dar un toque de simetría a los retazos del predio y los blancos postes resaltaban entre los verdes de los pastizales y los amarillos del trigo maduro. Se veía todo muy hermoso y era el orgullo familiar.

Salvador fue desde pequeño, inteligente y busca vida. Juan recordó el primer día de escuela. Cómo el niño se acomodó inmediatamente al sistema y cómo ellos regresaron a la casa con lágrimas en los ojos.

Camino a la escuela, el pequeño estudiante recogía cuanta planta medicinal encontraba de modo de abastecer al profesorado y a muchas vecinas del pequeño pueblo.

Con el dinero recaudado regalaba a su madre con copas hoy, tazas mañana y así alegraba el corazón de su amada vieja.

Los cigarrillos importados que llevó un día a su padre, le llenaron a éste el corazón de orgullo y los hoyuelos

que se hacían en las mejillas de Juan cuando sonreía, duraron mucho más que los pitillos.

Cuando llegaba la tarde María trabajaba en el huerto, ya puesta la mesa y todo lo del hogar hecho. A veces le parecía que sus orejas crecían, tanto se esforzaba para escuchar el trote del bayo que portaba orgulloso su preciosa carga. El niño volvía del colegio.

Se reía sola de gusto cuando escuchaba primero y Nerón, el más sentido de sus perros, que con la vista fija en el camino ladraba a veces sus buenos dos minutos después.

Es por la altura –le dijo Juan un día.– El perro sólo siente cuando el caballo llega al alto. Y María deseaba subir a una torre para escuchar cuando su hijo recién salía de la escuelita, tanto lo extrañaba.

Pasaron algunos años durante los cuales Juan vivió entre nubes y todo lo vio a través de los ojos de su hijo, por eso no se dio cuenta de la delgadez de ella.

María empezó a justificar su delgadez aduciendo que el trabajo tan lejano de Salvador la tenía muy preocupada, pero el incesante malestar en sus entrañas, que a veces llegaba a su garganta como un grito ahogado, la obligó a pedirle a Juan que la llevara al hospital.

Allí fue atendida por un especialista que ordenó una serie de exámenes para, según dijo, aclarar algunas dudas.

Y todo fue claro.

Su cuerpo afectado por el embarazo de tantos años



atrás, finalmente se entregó a una pertinaz enfermedad que ellos desconocían. El cáncer la consumió con una rapidez inesperada.

Quedaron solos Padre e Hijo, y se amaron más.

La pena por la partida de su madre hizo que Salvador se apegara más a su padre. Juan lo acogió con la desesperación del que aferra una tabla cuando se está ahogando.

Su padre comenzó a vivir sólo para él y contaba los días para recibirlo y escuchar sus aventuras en el trabajo, las que Salvador relataba con tanta maestría que Juan prácticamente las vivía. Para el viejo, el resto del tiempo prácticamente desaparecía en una extraña bruma.

Juan no quería pensar en ella. Era tanto lo que extrañaba el suave canto de María que recorría la casa escapando por las ventanas, que a veces lo oía claramente y se quedaba quietito, escuchando hasta que la realidad volvía a él con su trágica e insistente crueldad.

La máquina en la que Salvador trabajaba tenía una rueda pinchada -qué extraño- por lo que se dirigió al taller encargado de las reparaciones.

El contratista a cargo, disconforme con el trato que, según él, le daba la empresa, se dio a la tarea de dejar todo inconcluso, para que pasado un breve tiempo fallara nuevamente y así tener el pequeño taller copado de máquinas todos los días, demostrando, según su particular punto de vista, que su taller sí era imprescindible y realmente ahí se trabajaba. Estaba seguro que de esa manera estaría mejor considerado.

Colocar pernos de menos en la rueda y tapar posteriormente con la pieza que evitaba el polvo, le aseguró que la máquina volvería prontamente a requerir los servicios del pobre imbécil.

Doce de los veinticuatro pernos que aseguraban la rueda estaban sobre el banco del taller; cuando Salvador partió con su máquina rumbo al frente de la faena.

Esa tarde Juan estaba particularmente melancólico. La imagen de María le llegaba nítida como nunca.

Su piel se erizó cuando afeitándose con agua caliente, le pareció verla salir de la tina, con su hermosa piel blanca y su mechón caído sobre su tersa frente. Con un manotazo limpió el espejo que empañado y a contra luz le había jugado esa inesperada pasada.

Todo el día la tuvo presente. Recordaba su canto, el que ya había escuchado tres veces durante la mañana.

Y también su olor.

-Azahares, amor mío -decía ella- Es olor a azahares.

Y Juan, callado, la miraba.

Y la amaba.

Cuando María murió, lleno de despecho, arrancó todas las plantas de azahares que su esposa había plantado en cada rincón disponible alrededor de la casa. Pero el tiempo y la obstinada naturaleza ya habían repoblado de la olorosa planta por todos lados.



Evitó sentarse, lo más que pudo, en el sillón que compartió con ella en tantos atardeceres. Pero ese día no resistió más y se allegó al lado de ella, que había respetado por tanto tiempo. Cuando dejó caer su cuerpo, suavemente, una cálida sensación lo acunó y como una ráfaga de luz los recuerdos llenaron su cabeza.

Sintió vívidamente en sus labios la presión de los labios de ella y la pena de su partida oprimió su corazón. Sus ojos le dolieron y se llenaron de lágrimas que cayeron por sus mejillas. Tragó rápidamente para deshacer el nudo de su garganta, que hacía agitar su cuerpo y que finalmente se desprendió como un sollozo grave y prolongado; luego otro y otro y finalmente el llanto se apoderó de él y se entregó a esa sensación que de alguna manera lo calmaba.

Juan no quería secar sus lágrimas y las dejó correr como cuando, en su cama de moribunda, María le dijo:

-No olvides nunca que yo te voy a cuidar estés donde estés.

-No me dejes, te amo tanto- El hombre acongojado lo repetía una y otra vez.

De pronto María le dijo -Adiós, amor mío. Cuida a nuestro hijo.

Y sus ojos se empañaron con un velo que la muerte puso en ellos. El hombre miró sus labios entreabiertos, tan pálidos y que no le dirían nunca más "te amo".

Y entonces, con manos temblorosas, cerró sus hermosos ojos y salió tristemente de su casa. Necesitaba caminar.

Sentado, recordando, Juan vio al hombre que directamente hacia él, no sabía cómo, pero presentía. No pudo escuchar todo, sólo entrecortadas frases que le anunciaban la fatal noticia.

Una rueda que se salió. Al recién llegado le transpiraba la frente. Lo enviaba la empresa.

Juan vio nítidamente el mechón negro azabache de Salvador corriendo raudo hacia la vertiente.

El hombre continuaba -Se hizo todo lo posible.

Juan escuchó claramente cuando María, apurada, le dijo "míralo, Salvador va hacia el estero, corre".

El enviado continuaba -La empresa lo siente profundamente, era el mejor- Las manos del hombre estaban temblando.

De pronto algo cambió, a Juan le pareció que se conectaba a otra dimensión. Su cuerpo perdió peso. Le pareció que empezaba a volar.

El enviado, en un susurro, le decía - Su cuerpo llega mañana.

Juan con los ojos muy abiertos miraba a María que allí estaba, tan hermosa como jamás la vio y a su lado su hijo Salvador. Se tomaron de las manos.

Dios, qué paz.

El enviado, aterrado, gritaba: "Ayuda, por favor, ayuda", mientras sostenía el cuerpo exánime de Juan, cuya alma ya caminaba junto a sus amores camino al cielo.

El creyente

El hombre se despertó cubierto de sudor, el pueblo estaba vacío, recién había terminado la folklórica fiesta de la uva y las carretas y sus bueyes avanzaban ya hasta sus lugares de origen con los parroquianos y sus resacas a medio filo. El cielo de la pequeña comuna se ensombrecía ante el jugueteo infantil de enormes bandadas de choroyes que al parecer querían participar de la movida nesta.

Ahora hizo un esfuerzo y descubrió que un brutal dolor de cabeza lo torturaba, no podía dormir, el dolor y la sed lo presionaban. Bajó el somier con patas y caminó por el cuartucho de la pensión de pueblo chico y sin vida. Evitó, eso sí, pisar las dos trampas para ratones que la dueña mantenía en cada pieza, mas no pudo evitar pasar a llevar el diminuto guatero de plástico azul con forma de pie, tirado a su suerte sobre el piso:

-“Piecitos de niño azulosos de frío” recitó y decidió salir a la calle.

-Voy y vuelvo -le dijo a la anciana tuerta y curcuncha que oficiaba de conserje.

-El pueblo está vacío y sin movimiento señor... mejor se queda -le contestó la mujer.

Y salió a la calle. Un percherón amarrado al poste del alumbrado evidenciaba también una brutal trasnochada, mientras que un enorme gato romano ronroneaba desde una ventana destartalada por los excesos de la mesta campesina.

Caminó sin rumbo por las artesanales calles del cordillerano poblado. “El Señor es mi pastor y nada me puede pasar”, pensó casi orando, mas tuvo la cercana percepción que ya no le dolía la cabeza, aunque aceptó que esa siniestra soledad que presentaba el ambiente post-fiesta le asustaba levemente.

Siguió caminando lentamente, pensando a veces, otras orando, tal vez delirando. De pronto llamo su atención un bulto debajo de un nogal frondoso y sin frutos. De reojo lo miró, era un anciano que dormitaba plácidamente junto a un can sin raza. El viejo abrió un ojo y le preguntó sin ganas:

-¿Qué hora es, Señor?

-Ya es mediodía, viejo... ¿Qué le pasa?

-Nada... nada... Sólo que estoy muerto de sed y en el pueblo no hay una sola gota de agua.

Volvió a caminar pero algo lo inquietaba, no tenía claro qué era... un fuerte estertor del cuerpo evidenció definitivamente pánico en su ser. La suciedad, la sensación de abandono y lo vacío le recordaba esa folklórica canción de Serrat: "Y con la resaca a cuesta, vuelve el pobre a su pobreza, vuelve el rico a su riqueza y el señor cura a sus misas...".

Luego, Jesús de Nazareno Rebolledo Marfan, predicador, albañil, enferrador y carpintero, lo reconoció, estaba asustado... ¿A quién le predicaría en ese pueblo de película de terror?

Estaba tan sediento que decidió volver a la pensión, pero ahora tuvo la cercana percepción que alguien lo miraba. Apuró el tranco hasta sacar un breve trote: "Aunque ande en valle de sombras, no temeré mal alguno, tu vara y tu cayado..."

De pronto el sonido de una puerta que se abre y luego que se cierra. Jesús de Nazareno intentó correr pero el miedo lo paralizó, miró hacia atrás y no vio a nadie. Mas al iniciar de nuevo el trote, se sintió abrazado por el cuello al tiempo que un objeto filudo le pinchaba la espalda y luego una voz ronca.

-No te muevas, viejo, o te lo entierro.

El predicador lleno de pánico percibió que era un

tipo fuerte y corpulento que sobrepasaba p centímetros su estatura.

-¿Qué quieres?

-Nada, viejo, sólo tu lengua.

-Y para qué quieres mi lengua... ¿Acaso estás loco?

Desorientado, Nazareno Rebolledo comenzó a suplicar, al tiempo que la presión del cuchillo en la espalda ya le provocaba dolor.

-Vamos, hombre, mira en mi bolsillo, tengo un poco de dinero y en mi mano tengo un Certina antiguo. Por favor no me mates, no me hagas daño.

-Vamos, viejo, no entendiste, no voy a matarte ni a robarte, sólo quiero tu lengua.

-Por favor, señor, se lo suplico, no me mate - insistía el predicador.

Ahora la presión por el cuello y la espalda se hizo más intensa.

-Mira viejo... Entiende... Sólo quiero tu lengua para hablar en lenguas porque la mía ya se gastó, soy predicador y soy salvador de almas, mi viejo... ¿Me comprendes ahora?

El creyente estaba totalmente a merced del sicópata demente y aun así una parte de su millonada celular estaba en otra: "Confortara mi alma, guiarme por sendas de justicia, por amor de su nombre...".

-Pero hombre, mi lengua no te servirá, porque por



años despotricó contra Dios, contra la Iglesia, contra los curas, los pastores, los predicadores, los supuestos profetas, contra los diáconos, contra los evangélicos, contra adventistas de no sé qué día... ¿Me comprendes? Mi lengua no te servirá de nada, pues está llena de maldad e injusticia.

-Mira, viejo, no me embolines la perdiz, este es un pueblo justo y necesita ser salvado, mas no se pierda y tenga vida eterna... Primera de Corintios, versos del 12 al 18... Ya, arrodíllate...

Un leve golpe en la parte trasera de las rodillas hizo caer hincado a Nazareno Rebolledo, que seguirá intentando defender sus argumentos.

-Pero hombre, mi lengua saboreó los más malos pipeños, cuando venían en unas enormes barricas de roble y todavía saborea esos malos vinos que ahora los llaman ladrillos. Mi lengua no te servirá para salvar a nadie, además fui dirigente marxista en los tiempos de la UP...

-Ya viejo, me aburríste... Saca la lengua.

Hincado, el creyente seguía con su mentirosa persuasión:

-Oiga mire, yo fui pedófilo, estuve preso 5 años y un día por eso y violé a una señora en la plaza de Yungay y...

-Ya cállate que me aburres y saca la lengua de una buena vez... Hazlo ya, que no entiendes que no quiero matarte.

Le hablaba violentamente al tiempo que subía la mano hasta la boca, presionando fuertemente la mandíbula

inferior. Rebolledo lo hizo más, no sin anteponer la última parte del salvador salmo en su nombre: "Mataré a la serpiente, hollaré al cachorro de león y al dragón". Entonces un leve tufo de diabético sin tratamiento subió hasta las narices del enloquecido asaltante:

-Vamos, viejo, sácala más... Más.

Le gritaba, mientras que el pueblo dormido nada escuchaba. Violentamente y sin dejar de presionar la mandíbula, con la otra mano revisaba y palpaba torpemente el órgano vital.

-Ah... ah... ah...- Intentaba pedir ayuda Jesús de Nazareno.

Repentinamente, el psicópata gritó.

-¡¡¡Mira viejo tonto... No me sirve tu lengua, es muy corta!!!

-Te dije, hermanito... Mi lengua no sirve para rescatar ni un alma- Le contestó liberado y cayó al suelo, semi aturdido.

Intentó mirar a su alrededor y ya no había nada ni nadie. El sujeto había desaparecido tal cual había llegado, en un acto de magia total.

Dejó pasar un minuto y aunque el calor aún era intenso en el ambiente, sintió frío. Notó que ya no tenía sed.

Con trabajo se levantó y endilgó con paso lento hacia la pensión. Un pueblerino que pasaba con un cajón de uvas recién cosechadas y que comía mientras caminaba, lo saludó amablemente.



-Buenos días, míster, que el Señor lo bendiga.

-Buenos- le contestó, al tiempo que ponía en su damnificada y asustada conciencia el principio del Salmo: "El Señor es mi pastor y nada me puede pasar...".

-¿Y cómo le fue, señor?

-Mal, señora Petito.

-Yo se lo advertí, el pueblo esta vacío y sin vida.

-Gracias, señora Petito... que el Señor me la bendiga.

Subió hasta el cuarto, preparó su maleta y antes de las dos abandonó asustado el cordillerano pueblo, sin alcanzar a predicar nada ni a nadie.

Los que conocían a Nazareno Rebolledo en su natal Coronel, le han visto últimamente predicando el evangelio de Cristo en las plazas de las principales ciudades de la provincia. Lo hace con una verborrea sublime que se contradice con el vozarrón huracanado que ya se quisiera cualquier político en campaña... Eso sí, evita hacerlo en lenguas, porque le trae recuerdos cordilleranos.



PRIMER LUGAR

Ana del Carmen Arriagada
45 años
Dueña de casa
CURACAUTÍN

Las riquezas del campo

¡Nesperadamente, mi sueño fue interrumpido por el brusco sonido de las cortinas de mi habitación, sobre mi cara un rayo de sol y la voz aguda de mamá diciéndome:

-¡Despierta, Felipe! Papá tiene una noticia muy importante.

-¡Mamá! Estoy de vacaciones. ¡Déjame dormir!

-Es exactamente con relación a tus vacaciones. Ve donde papá, tiene una gran sorpresa para ti.

¡Una sorpresa! Eso puede hacer despertar hasta a un oso en pleno invierno. Papá es un experto en sorpresas. Bajé corriendo por la escalera y en un segundo estaba frente a él.

-Dime, dime, papá ¿cuál es la sorpresa?

-Tranquilo, Felipito. Siéntate y escúchame- En ese instante llega mamá, quien se sentó junto a mí.

-Bien, ahora que está mamá les cuento. Mañana nos vamos de vacaciones.

-¡Vacaciones! Que bacán... ¡Yo quiero ir a Disney World, papá!

-Felipe, será para las próximas vacaciones. Hemos tenido un año muy difícil, todos estamos muy estresados, necesitamos relajarnos, por eso estas vacaciones serán diferentes. Iremos a un hermoso lugar donde hace mucho tiempo les he querido llevar a ti y a mamá.

-Y... ¿cuál es ese lugar?- Pregunté.

- A casa de Pedro.

-Pero... Pedro vive en el campo.

-Así es. Le acabo de dar vacaciones, él viajará al sur a casa de sus padres y lo iremos a dejar para que conozcas el campo.

- ¿Iremos al campo? Papá, eso no tiene nada de especial, en el campo sólo hay pasto y vacas. ¿Qué voy a hacer allá?

-Es bueno descansar del bullicio de las grandes ciudades, nos hará bien respirar aire fresco. Podrás ver muchos animales, bañarte en el río. Ya verás, lo pasaremos muy bien.

-Papá, si quiero ver animales voy al zoológico y si quiero bañarme tenemos piscina, además no tendré con quien jugar.

-Conocerás al hijo de Pedro, es de tu misma edad, podrás jugar con él. Ahora, ve a preparar tus cosas, saldremos muy temprano.

Me fui a mi cuarto, muy decepcionado. Qué absurdo, esperé tanto mis vacaciones, soñaba este año ir a Disney World, hasta le había contado a todos mis amigos. Qué les diré cuando regrese a clases y me pregunten y tenga que decirles: "Fui al campo a la casa de nuestro jardinero". No tengo nada contra Pedro, bueno hasta hoy, porque creo que fue él quien le metió esa idea absurda a mi papá porque siempre se lo pasa hablando de las "supuestas" maravillas del campo. Realmente yo no conozco el campo, toda la vida hemos vivido en la ciudad. Mis padres trabajan muchísimo, yo me lo paso la mayor parte de mi tiempo en casa con mi nana Rosa, que me quiere mucho. Me gusta estudiar y el resto del tiempo sentarme frente al computador jugando y hablando con mis amigos del chat. Con mamá vamos al "mol" y en ocasiones a Fantasilandia. Pero debo reconocer que igual me aburro hartito, por lo mismo es que esperaba con tantas ansias salir de viaje con mis padres. Hace tiempo papá me prometió llevarnos de

viaje a Disney World, estaba seguro que habría sido así si no fuera por esa idea que se le metió en la cabeza, eso de "descansar de las grandes ciudades". En el campo me voy a aburrir, seguro ni luz tienen, ni televisión y ni hablar de internet. Porque a nadie le importa mi opinión, iré contra mi voluntad. ¡Qué injusticia!

Ni cuenta me di cuando ya estábamos colocando nuestro equipaje en el auto. Papá al volante, disfrazado como si fuera de safari. Mamá sentada a su lado, oculta bajo un gran sombrero que más que sombrero parecía una sombrilla. Yo sentado junto a Pedro, al cual no se le podía borrar la inmensa sonrisa dibujada en su cara, sus ojos brillaban de emoción y no dejaba de hablar. Todos felices menos yo, que me senté sumergido en mi asiento para que nadie de mis amigos me pudiera ver salir del condominio. No quería dar explicaciones.

Lentamente nos fuimos alejando de la gran ciudad; el tránsito estaba horrible ese día, típico en época de vacaciones, sumemos el ruido ensordecedor de bocinazos por aquí y por allá. Un calor insostenible. Si no fuera por el aire acondicionado del auto, nos habríamos achicharrado. A la distancia se podía ver una gran nube de smog que cubría toda la ciudad, parecía un monstruo vestido de gris.

Por fin salimos de Santiago. Como Pedro vivía hacia al sur, poco a poco el paisaje fue cambiando, el gran calor de la ciudad fue calmándose y lentamente comencé a sentir una suave brisa que acariciaba mi cara, aquella sensación de ahogo fue pasando.

El viaje fue muy largo, perdí el sentido del tiempo, parece que me dormí un rato. Hicimos escala en varias ciudades, por última vez nos detuvimos en un pequeño



pueblito llamado Curacautín, bajamos y caminamos por su plaza y pasaban personas y saludaban amablemente a papá.

- ¿Por qué te saludan, te conocen papá?

-No, es primera vez que vengo al sur.

-¿Por qué te saludan si no te conocen? En Santiago no te saluda ni el vecino.

-Es que se dice que la gente del sur es muy cariñosa, caminan tranquilos y se dan el tiempo para saludarse entre sí. Debe ser el aire cordillerano, la paz del paisaje, no sé, algo místico envuelve estos lugares. ¡Ay, Felipe! Qué daría yo por vivir en un pueblo así. Dejemos de soñar, volvamos al auto.

Nos alejamos del pueblo y tomamos un camino de tierra, subíamos y bajábamos cerros y montañas.

-Esto parece montaña rusa ¡Qué divertido!- Dije.

-¿Montaña rusa, patroncito?- Interrumpió Pedro: - No, montaña chilena y ¡bien chilena! Mire, detrás de ese cerro se comienza a ver mi casa.

Realmente el paisaje era hermosísimo y montañas que parecían tocar el cielo.

-¿Dónde comienza tu campo, Pedro?- Le preguntó papá.

-Mire patrón, desde esta alambrada hasta subiendo y bajado ese cerro.

-Pero, ¿para qué sirve un cerro lleno de árboles?-

Pregunté burlonamente.

-Jajajajaja...- Rió papá.- Esos árboles que tú ves son parte de las riquezas del campo, puedes imaginar cuántos años tuvieron que pasar para que esos árboles alcanzaran ese tamaño, lo más valioso de ese cerro son sus árboles, pero son recursos que se deben renovar, los árboles son los pulmones del campo, sin árboles el campo muere. ¡Ah! y fíjate, sí tiene luz, ya no es como antes, la vida del campo es diferente pero igual adaptándose a los nuevos tiempos.

En minutos estuvimos frente a la casa de Pedro. Cuatro perros corrieron a nuestro encuentro.

Desde la puerta, asoma una señora secándose sus manos en el delantal. En ese mismo momento desde el otro extremo del campo llega un hombre de la mano de un niño y en su otra mano traía un hermoso ramo de flores silvestres. Saluda a todos con un fuerte apretón de manos, luego entrega las flores a su esposa y le dice: "¡Toma, viejita! Encontré estas flores en el camino y las corté para ti". ¡Qué gesto más romántico, qué flores más hermosas! Pedro abraza fuertemente al niño y le dice: "Tay harto grande, chicuelito. Mire patroncito, este es Domingo, mi hijo del que tanto le he hablado. Dominguito quiere ser ingeniero como usted, don Patricio".

-Y así será- Afirma mi padre.- Sólo debe estudiar mucho.

-Bueno- Dice don Juan (el padre de Pedro)- Dejémonos de tanta palabrería que aquí su mercé debe venir con el diente bien largo. ¡Ya, María! Sirve la comida.





Tortillas, quesillo, huevos, mantequilla, tantas cosas ricas que no sabía por dónde comenzar a comer.

-Domingo...- dijo el padre de Pedro- luego de comer invita aquí al patroncito chico a conocer el campo, mírenlo que está harto paliducho y raquitico este chiquillo, ta blanco como pancutra. Va a ver que con el aire y con "güenas" cazuelas va a quedar bien fortacho el patroncito.

Fue así que Domingo me invitó al río. Llevó su caña de pescar que no era otra cosa que un coligüe, yo no sé cómo lo hacía pero era un experto pescador. Luego se sacó la polera y se lanzó al agua. Era como un pez de río.

-¡Ven, Felipe! Es tu turno- Yo sin pensarlo estaba nadando en el río, el agua tan transparente que podía ver pasar los peces junto a mí. Era como estar dentro de un acuario. Luego Domingo me invitó a ver una gran caída de agua.

-Este salto- dijo Domingo- oculta una historia de amor entre una princesa y un indio araucano. Yo muchas veces he soñado ser ese indio, porque si no lo sabes yo también tengo sangre de mis antepasados araucanos.

-¿Entonces eres mapuche?- Pregunté.

-Sí claro, mi abuelo me ha enseñado que debo estar orgulloso de ser mapuche. ¿Sabías que mapuche significa "hijo de la tierra"? Por eso desde niños nos enseñan a querer la tierra en la que vivimos. Ella nos da todo lo que necesitamos para vivir.

-Yo en la ciudad también tengo de todo- le dije.

-Tal vez sí, pero todo debes comprarlo con dinero. Aquí la tierra nos da de todo, pero sólo con nuestro trabajo. Nos da abrigo en invierno. Mira la casa donde vivimos, la hizo mi abuelo de los árboles de ese cerro, la mesa, las sillas, hasta el galpón. Con la leña nos calentamos y en el fogón mi "abu" hace sus tortillas. Mi abuelo ara la tierra y siembra el trigo para que nunca falte el pan. Mi abuelo dice: "Todo puede faltar, pero nunca el pan". ¡Ah! Con la lana de las ovejas se hacen mantas, chombas, calcetines. Tenemos los piñones, dihueñes, leche... ¡Uf! Son tantas cosas que nos da la tierra y tan poco lo que nos pide, sólo cuidarla. Algunos turistas vienen a disfrutar de las bondades de estos bellos paisajes pero dejan basuras, contaminan los ríos, se han perdido grandes hectáreas de árboles por incendios y también por la sobreexplotación. Yo cuando grande seré un gran ingeniero forestal y ayudaré a mi abuelo a cuidar cada rincón de esta tierra.

Yo le escuchaba fascinado. Pedro sabía tantas cosas, era como un viejo chico, pensaba como un grande, realmente comenzaba a admirarlo.

-¡Una carrera! Quién llega primero a lo más alto de ese cerro- Le propuse. Mala idea. Obviamente me ganó porque corría y subía el cerro como si fuera un chivo. Ya en la cima del cerro podíamos contemplar todo el campo. Luego, de espaldas sobre el pasto, llegaban a mi nariz aromas de flores, al mirar al cielo vi cómo una a una fueron apareciendo las estrellas, las veía tan cerquitas que parecía que podía tocarlas. Escuché una vez decir a Pedro que "en el sur el cielo está más cerca" y parece que es verdad.

Comenzaba a hacer un poco de frío, así que nos fuimos

de regreso a casa. Allí el calor de la cocina a leña se hacía tan agradable, más aún con las historias que contaba el abuelo de Domingo, sus travesías en los duros inviernos; "terremoto blanco", decía. El cansancio venció mi cuerpo y me tuve que ir a dormir. Esa noche soñé con el terremoto blanco y con la leyenda mapuche y aunque traicioné al que a estas alturas ya era mi amigo, esa noche yo fui el indio que se enamoraba de la princesa.

El canto de las aves fue música por la mañana. Me levanté cuando todos estaban en el galpón ordeñando las vacas. Papá intentó hacerlo, pero jamás logró que el chorrito de leche cayera dentro del balde, doña María y don Juan no dejaban de reír.

Con Domingo fuimos al gallinero en busca de huevos frescos. Después de desayunar jugamos a la pelota, un campo entero era la cancha de fútbol y empastado y todo. Las ovejas eran las encargadas de mantener el pasto corto.

Papá salió a cabalgar y mamá haciendo yoga bajo un frondoso árbol. Luego recolectando flores, yerbas y cuanta cosa encontraba a su paso. Y en la cámara de video, guardados cada paisaje y cada instante vivido en aquel maravilloso viaje. Sí, debo reconocerlo, el campo era maravilloso.

Cada día fue una aventura diferente, con excursiones y con asado de cordero y todo. Hasta que inevitablemente llegó aquella mañana en que ya con todos los bolsos en el auto comenzábamos a despedirnos. Nos fuimos sin Pedro, el que se quedaría una semana más.

Con el auto en marcha, Domingo corría detrás y gritaba: "¡Vuelve el próximo verano, amigo!

-¿Papá, podremos volver para las próximas vacaciones?

-Eh... No Felipe, recuerda que tenemos que ir a Disney World, te lo prometí.

-Pero papá, olvida la promesa, yo quiero volver al campo con mi amigo.

-Pero Felipe... a ti "no te gusta el campo".

-Porque no lo conocía, ahora he aprendido muchas cosas, además tengo a mi amigo Domingo. ¿Qué dices?

-Sí, Felipe. Claro que volveremos.

Domingo aún corría tras el auto, aunque había quedado bastante lejos ya. Asomé la cabeza por la ventana del auto y grité con todas mis fuerzas: "¡Sí amigo, volveré el próximo año!".

-Papá... antes de este viaje pensaba que lo teníamos todo, pero hay cosas que el dinero no puede comprar, me gustaría ser como Domingo que tiene cuatro perros, un río para bañarse y pescar, un zoológico pero con animales libres. Tienen una cancha de fútbol más grande que el Monumental, una cascada, tienen aire puro, el cielo estrellado, el silencio, el canto de las aves.

- Sí Felipe, estas son las riquezas invaluables que sólo encuentras en el campo y la gente del sur.



PRIMER LUGAR

Lucía del Carmen Orellana
51 años
PANGUIPULLI

Vuelta Cambray

Era el año 1940, mi padre trabajaba en un fundo maderero cerca de Curacautín, Región de la Araucanía, y por esos años se construía un camino vecinal, muy cerca de las Termas de Tolhuac. El trabajo era duro, no habían máquinas para abrir camino, todo se hacía a manito con guadañas y picotas, y existían las “cuadrillas”, a quienes les pagaban el salario según el avance de la obra, era una época en que muchos obreros perdían la vida... quedaban sepultados bajo la nieve o los escombros en la abertura de caminos, se mataban entre ellos para poder recibir mejor salario, porque éste se dividía en la “cuadrilla”, entonces mientras más avance, mejor era el sueldo, y mientras menos integrantes en la cuadrilla...

Para poder llevar materiales se utilizaban carretas tiradas por una yunta de bueyes, y entre ellos había un buey muy hermoso, “gordito y robustito”, al que don Carlos, jefe de una “cuadrilla”, le había echado el ojo y se imaginaba comiendo un buen asado al palo. El buey tenía por nombre “cambray” y pertenecía a los dueños del fundo que habían mandado construir el camino y quienes eran los responsables de cancelar los salarios a los obreros.

Una tarde don Carlos ideó un plan para robar a “Cambray” y luego de haberse puesto de acuerdo con su “cuadrilla”, acuden sigilosos al corral en donde estaba el buey, con mucha cautela lo sacaron y sin hacer ni un solo ruido se fueron pampa arriba y cuando estaban lo suficientemente lejos y confiados que nadie les había visto, se dispusieron a carnear a “Cambray”. Allí yacía el pobre buey, que jamás pensó en su triste final. Los hombres encendieron una fogata y cuando las brasas estaban a punto, colocaron a “Cambray” ensartado en un palo a asarse, convencidísimos que nadie les había seguido y menos darse cuenta de la desaparición de este noble ejemplar. Comenzaron a dar vueltas y vueltas el improvisado asador, en cada vuelta decían “VUEEEEEELTA CAMBRAYYY”.

Lo que no sabían don Carlos y su “cuadrilla” era que otro trabajador casualmente había escuchado la conversación y fue donde el Patrón del fundo a comentarle lo que Carlos y sus hombres planeaban, entonces el patrón decide seguirlos a una distancia prudente para ver qué era lo que realmente harían. Fue así como llegó hasta donde preparaban el asado, les miró a la distancia, sacó su libretita de apuntes, anotó cada nombre de los



integrantes de la “cuadrilla” y se fue sin decir palabra, mientras tanto los obreros disfrutaban de un buen asado y un buen vino que habían conseguido a precio muy bajo en los alrededores.

Pasaban los días y la “cuadrilla” respiraba tranquila, pues nadie les había dicho nada, lo que significaba que su plan había resultado perfecto. Pasaron los días y llegó el más esperado por los trabajadores: el día “del pago”, ese día esperado con ansias para así poder bajar unos días a sus casas a ver a sus familias, para eso ellos ya tenían la cuenta de cuánto sueldo sacarían cada uno y se dirigieron a la oficina patronal a retirar su dinero. El primero en retirar su sueldo fue don Carlos y cuál sería su sorpresa al ver su liquidación... faltaba dinero, de acuerdo al avance realizado por ellos. No entendía nada y rascándose la cabeza, dirigió su mirada al patrón del fundo y le dice: “Patroncito... parece que hay un error, nosotros tenemos mucho más avance que el que aparece acá, y aquí falta plata...”.

El patrón lo mira atentamente y responde:

-Carlos, ¿tú dices que te falta dinero?



-Sí, sí patroncito, a mis viejos y a mí nos falta dinero, nosotros nos esforzamos por avanzar para poder llevar más platita a la casa...

-Me alegro que se esfuercen- dijo el patrón- pero hay algo que deben saber...

-¿Qué es?- Preguntaron a coro.

-¿Les recuerda algo esta frase?

-¿Qué frase, patrón?

-Escuchen con atención... y que nunca se les olvide...
“VUEEEEEELTAAAAA CAAAAMMMBRAAAAYYYYYY”

Los obreros dieron media vuelta y se retiraron sin decir nada.

A lo lejos se escuchaba:

“Vuelta cambrayyyyyy”.



SEGUNDO LUGAR

Camilo Henríquez González
Profesor
VALDIVIA

Los tiuques

De niño allá en mi lejana infancia campesina, me llamaba la atención cómo las aves no temían a los animales. Pero huían de los hombres.

Aves silvestres como tordos, mirlos, treiles, comían, paseaban junto a enormes bueyes y caballos. No era raro, a veces, ver posarse sobre los gruesos lomos de estas mansas bestias pequeñas avecillas. Pero si un ser humano se acercaba, anunciaban su presencia con graznidos estridentes y volaban presurosas.

¡Cómo me habría gustado que aceptaran mi cercanía para admirar sus plumas suaves y hermosas, sus ojos vivaces, sus inquietos movimientos!

¿Qué tenían las bestias que yo no tenía para lograr su confianza? Yo amaba a todas las avecitas del campo y jamás habría cometido un acto impropio a su tierna y delicada belleza.

Algunas veces intenté, gateando, imitando un cuadrúpedo, que me aceptaran, pero jamás logré

engañarlas. Siempre huían piando. Nunca logré infundirles confianza. Esto me causaba mucha pena.

Más tarde, en la escuela, aprendí que las avecitas tienen un instinto de conservación de su especie y huyen de sus depredadores y el hombre es uno de ellos. Tal vez el peor.

Ya adulto pensaba que si el hombre no persiguiera a las aves, por muchos años, ellas terminarían conviviendo con él en cercanía y confianza.

En el campo cada quince días había que cortar el pasto de prado que circundaba la huerta de la chacra. En este trabajo rutinario empezó a llamar mi atención una pareja de tiuques que iban tras la máquina a la caza de lombrices, abejorros o arañas gigantes que huían al paso de la segadora.

Yo los miraba de reojo para no asustarlos y a veces me detenía a observarlos posados sobre los tranqueros del cerco con dos o tres grandes arañas en el pico curvo, sin inquietarse. Un ave viva es muy hermosa. Tan hermosa es,

como fea es un ave muerta: marchita y desordenadas sus plumas, como un lirio mustio arrancado de su mata.

A veces iba a pasear por el campo y mis dos tiuques volaban cerca de mí. Tal vez esperaban que realizara una actividad que les permitiera descubrir su alimento.

En alguna oportunidad, en mis paseos por el campo, llevaba en mis manos algunos restos de huesos carnudos, restos de carne de la cocina y se los iba tirando y ellos en su alegre algarabía los cogían y se alejaban un poco sin temor.

¿Qué pasaría si les ofrecía algunas piltrafas en un trozo de coligüe? Así lo hice. Al principio sólo miraban de lejos el bocado. Pasaban volando cerca pero no se atrevían. Poco a poco se iban acercando hasta que se atrevieron. Cogían con el pico un trozo al vuelo y se alejaban. Pasando el tiempo se posaban sobre el coligüe y retiraban su alimento.

Eran tan bellos, tan tiernos, tan inofensivos, tan vivos.

Un día domingo guardé algunos restos de asado y me fui al campo. En las ramas más bajas del roble estaban mis dos tiuques. Me tiré de espaldas bajo el árbol con los restos afirmados con cuerdas sobre mi pecho. Las dos aves no se inquietaron al comienzo. Pero luego, el olor y la presencia del bocado los hizo moverse inquietos. De pronto uno abrió las alas, voló y se posó sobre mi pecho y empezó a desgarrar girones del hueso. El otro hizo otro tanto.

¡Qué maravilla! Estaban posados sobre mi pecho. ¡Cómo los amé en ese instante! Apenas soportaba la emoción y el cosquilleo que me causaban con sus nerviosos movimientos.

En días venideros llevaba el alimento en mis manos y ellos los iban retirando. Debo reconocer que siempre mantenían cierto recelo y prudencia en la cercanía. Creo que nunca confiaron ciegamente en mí. Sin embargo, yo era muy feliz. Se estaba cumpliendo un sueño de mi infancia.

¡Nunca pude imaginar lo que vendría!

Aquel domingo, mientras ojeaba el diario del día a la hora de la siesta, se acercó el propietario del campo vecino. Saludo habitual, conversaciones sobre temas diversos: la sequía de las últimas semanas; crecimiento de las hortalizas; daños de los gusanos trozadores; en fin. Sería éste un buen año de frutas.

Después de unos instantes de silencio, el vecino cambió de tema:

- ¡Estos pájaros están cada vez más atrevidos!, dijo.

Al comienzo no entendí a que se refería y no le dije nada. Entonces agregó:

- Dos tiuques groseros ya me quitaban de las manos un pedazo de asado que venía comiendo.

Entonces me sobresalté.

- ¿Qué pasó?- le pregunté.

- Nada- me contestó. - Sólo que al terminar de comer caminé hacia acá con el último trocito de carne del asador y estos rapaces ya me lo quitaban de las manos.

- ¡Habrás visto!



- No encontré ningún palo para darles si no ya habrían sabido estos depredadores. Estos días voy a traer la escopeta y entonces me conocerán estos hambrientos. El corazón me dio un vuelco. No le dije nada.

¿Qué le iba a decir? ¿Cómo explicarle que eran mis tiuques que yo casi había domesticado? No habría entendido que yo compartía con ellos parte de la comida sólo por mirarlos, por tenerlos cerca, por sentir que no me temían. ¿Qué iba a entender? ¿Cómo explicarle que esas avecitas del cielo tenían derecho a comer... a vivir. Esas avecitas tiernas que el hombre llamaba rapaces o depredadores. El espécimen más depredador de la creación los motejaba con esos feos apodos.

Y los tiuques: ¿Cómo comprendían? Ellos que compartían con sus congéneres, los mendrugos y bocados obtenidos en sus correrías...

Apenas el vecino se fue, me puse en acción. Tenía que hacer algo... rápido. Me encaminé con presteza hacia el lugar que frecuentaban mis amados tiuques. Allí estaban posados en los tranqueros del cerco. Al verme se inquietaron. Entonces cogí ramas y los espanté. Un tanto sorprendidos no huyeron al comienzo. Entonces les lancé piedras, desde luego lejos, tratando de no pegarles. Notoriamente sorprendidos se alejaron un tanto. Pero luego volvieron a acercarse.

Entonces corrí hacia la casa y volví con el rifle a postones. A una distancia prudente les disparé, el primer postonazo, lejos de ellos. Sorprendidos se alejaron un poco. Otro postonazo les asustó realmente. Se alejaron y se posaron en las ramas altas de un árbol. Sin entender, tal vez, lanzaban agudos gritos.

Tenían que comprender que no podían ser amigos de esta "especie baja", a la que yo pertenecía. Tenían que entender, como decía Rubén Darío: "En el hombre existe mala levadura".

Ya convencidos, lanzaron sonoros y agudos gritos. Me miraron por última vez. De un gran impulso, al unísono, elevaron el vuelo y se alejaron sin retorno.

Con el corazón contrito los vi alejarse para siempre hasta perderse en la lejanía.

¡Que Dios los acompañe, hermanos!, balbucí con la voz entrecortada y los ojos ahogados por la pena.

¡Ah!, y cuídense de los depredadores.

PRIMER LUGAR

Nelson Torres Castro
Bibliotecario

El candado de madera Seudónimo: “El Carpintero”

En tiempos remotos la vida habría sido placentera y abundante en frutos. La isla de Chiloé, cuentan los antepasados, era el hábitat perfecto para la siembra y cosecha de papas gigantes. Don Juan Antonio Miller, natural de Curaco de Vélez, pasó una vez a Castro con una fotografía desteñida y con innumerables trizaduras, en la cual se apreciaba un hombre sentado sobre unos bultos, en un carretón tirado por un caballo. Los bultos que se veían, ya vistos de cerca, eran en realidad papas y no sacos llenos de ellas; es decir, cada bulto enorme de la fotografía era una papa. Claro, en tiempos remotos la vida fue de solaz y fructífera también en imaginación e ideas. Se cuenta que el ciruelillo, la luma y el canelo eran para esos chilotes como el mármol para los artistas griegos: todo lo podían recrear con un trozo de la hermosa madera nativa de las islas. El abuelo Elseario era experto en hacer bancas, mesas y sillones a pura hacha de mano y cuchillo; Don Juan Yayo era el experto en marcos, cercos, puertas y ventanas, a puro serrucho y formón. Y así, artesas, usleros, rayas de lavar ropa,

mangos de aparatos diversos, perchas, en fin; todos aparatos con fines estrictamente utilitarios, pues, cada uno ayudaba al isleño a sortear alguna de las múltiples faenas cotidianas. Cuando llegó un momento en que para cada dificultad había un aparato, como para rayar, pelar o moler papas; moler manzanas, exprimir jugos, etc., entonces empezó a quedar parte de las horas de la tarde libres. Los instrumentos inventados por los isleños facilitaban el trabajo y esas horas de la tarde había que ocuparlas en algo productivo. Se cuenta que entre los vecinos, a ninguno se le ocurrió nada, porque las siembras, los cercos, los animales, los galpones, todo estaba bajo control de muy temprano y de días y meses atrás. Sólo quedaba tenderse a descansar, cosa que al hombre de campo, evidentemente, no le agrada. El primero que apareció con un aparato que no servía para nada, es decir, que no cumplía ningún fin utilitario, fue el abuelo Jacinto Coñoeocar, se paró delante la casa de su vecino, envolvió su invento con forma de rabanito gigante con una pita y lo arrojó con fuerza a la tierra, a la vez que tiraba la pita hacia su cuerpo:

el aparato quedó bailando, girando un buen rato en el suelo. El zumbido que hacía al romper el aire y el ruido de la punta contra la tierra: Trrrrrrroooooommm... trrrrrroooooommm, hizo que le llamara "trompo". Y así empezó el llamado auge de los aparatos que no servían para nada.

Don Alberto Cuyul construía bicicletas de madera, un portentoso vehículo en el cual no contenía un solo clavo, perno o tuerca: todo era de madera. Y del bosque, de la madera más bella y rutilante jamás vista, con vetas que parecían hechas por manos de artistas tocados por un soplo divino, cada día, un artilugio nuevo. Les dejó el siguiente inventario, extraído de la gran biblioteca parlante que era Doña filomena Barrientos Picticar, naturala de Huillinco. Ella se lo contó a sus parientes y el último de ellos a la generación actual.

El pájaro cantor: una especie de vasija de ciruelillo con forma de zorzal, ahuecado por el interior, el cual se llenaba de agua y al soplarlo por el pico, emitía un sonido semejante al ave de las pampas invernales de Chiloé.

El violín chilote: Una especie de guitarra pequeña, con cuerdas de crin de caballo, las que al ser friccionadas con un arco de fibra vegetal hacían brotar las melodías más excelsas.

El ojo de la imaginación: Una especie de caleidoscopio construido entero de alerce y que en su interior contenía entre 20 a 30 piedrecitas brillantes de las playas de Cucao. Al agitarlo y mirar en su interior cada quien creía ver su sueño, su quimera, su ideal de vida, en fin, aquello que deseaba ser o tener. Algunos

cuentan que vieron al cachudo. Otros, que se vieron a sí mismos envueltos en llamas; la mayoría dice que veía incluso cosas que no conocían o que todavía no existían: trenes, barcos, televisores y cohetes.

Cuando la isla estaba atiborrada de tantos aparatos que no servían para nada, a alguien se le ocurrió que este exceso había llevado al isleño a la otra punta, o sea, a pasar demasiado tiempo en los esparcimientos y que se corría el riesgo de ir dejando de lado las faenas productivas. Se dieron cuenta, además, que no eran aparatos que no servían para nada; fueron años de hacer chorrear la imaginación y hacer florecer almas y corazones.

Qué hacer con estos artilugios, pensaron los vecinos, porque les infundieron felicidad y gratos momentos. La idea no era entonces destruirlos ni hacer que las generaciones venideras los olviden. Guardarlos fue la idea de los vecinos y se dieron a la tarea de construir un gran agujero del que sólo se podía ver la gran portezuela, en mitad del monte. Franquearon la entrada con grandes piedras y ataron con lazos la inmensa puerta que hicieron de entretejido de palos y varas de arrayán.

Pero al mes ya se rumoreaba que el hijo de Cuyul andaba por los caminos jugando con un trompo. O que Carmela, hija de los Cárdenas, fue vista con un lazo de saltar, de cascabeles de ulmo. O que el nieto de los Caimapo corría por las pampas con una matraca para asustar a los pájaros. La junta de vecinos acordó buscar la manera de cerrar la gran bodega con algún invento nuevo y le dieron la tarea al más grande e imaginativo de todos: Lalo Cerna. Don Lalo había inventado un aparato para medir la presión, otro para

caminar sobre el agua, un arado de madera que no necesitaba bueyes, sólo el campesino para guiar las puntas, nada más. Se especula que la energía debía ser solar, aunque él nunca lo quiso revelar, pues, sólo expresaba que había que asir el mango y pensar en Dios. Para semejante ser humano, era evidente que este reto debía ser como beber agua.

Vieron a Don Lalo internarse en el monte y no bajó sino cuando tuvo listo el invento. Un mes estuvo entre tepúes, ulmos, canelos y arrayanes. Dicen que le dijo a su mujer que más fácil hubiera sido que le pidieran que invente una máquina para hacer llover. Le había costado, porque se trataba de un aparato para una utilidad definida. Él era un artista que tomaba un leño y empezaba a trabajar, dejando que la inspiración vaya moldeando el objeto final, usualmente, objetos de adorno, juguetes, almas cubiertas de vapor de luz. Tuvo que en el fondo retroceder, regresar a los tiempos de sus antepasados y ellos sí que construían objetos que servían para las tareas cotidianas. Y les entregó a los vecinos su famoso “candado de madera”. El mecanismo idéntico a cualquier candado o cerradura de fierro fabricados en la actualidad, sólo que enteramente hecho de luma roja. Al más anciano de los nativos del sector le entregó la llave y los isleños se fueron a sus hogares con la seguridad absoluta que el gran tesoro de los objetos que aparentemente no servían para nada estaría a buen resguardo.



SEGUNDO LUGAR

Yuri Soria - Galvarro
Puerto Montt

La emboscada

Escogieron una ensenada rodeada de murallones, cerca de donde aparecieron las ovejas muertas. A un lado se instalaría el Gaucho con el rifle, en el otro el Loco Barrientos con un revólver —si escapa hacia tu lado haces ruido con la pistolita para que venga hacia mí y lo reviente con el Remington—, planificó el Gaucho. Como carnada ataron una oveja en el único árbol del vallecito. El primer día no pasó nada, al atardecer acamparon junto a la oveja para que no se la lleve durante la noche y se durmieron intranquilos, presintiendo la cercanía del puma, aguantando el frío.

Por la mañana se instalaron de nuevo en sus posiciones y hasta mediodía no hubo novedades. Probablemente el puma bajó por el acantilado, pues lo vieron sólo en el momento que saltaba sobre la oveja. La asfixió antes que reaccionaran, mordiéndole el cuello y, cuando empezó a arrastrarla, se sintió el primer disparo del rifle. El puma soltó su presa pero al principio no huyó; desorientado, trataba de comprender el origen de los estampidos y porqué las piedras se partían, pero al tercer tiro empezó a correr. Intentó escapar hacia el

lado del Loco Barrientos, pero éste apareció gritando y disparando como si le hubieran quemado el culo con un fierro de marcar ganado, entonces rumbeó hacia el desfiladero. Su ascenso fue dificultoso y se escucharon muchos tiros hasta que el puma se perdió en lo alto. Barrientos se acercó cojeando.

—Pucha que tienes mala puntería ¿No le pegaste, cierto?

—Yo jamás fallo un tiro. Hace años, cerca de Río Gallegos, también tuvimos problemas con el puma y me enviaron a cazarlo. Esperé casi una semana hasta tenerlo en la mira, era una hembra, como a sesenta metros, tenía el viento a mi favor y no me había visto. Estaba a punto de tirarle y vi los cachorros que jugueteaban mientras su madre los lamía. No tuve corazón para disparar che, así que me mostré para que huyeran. Cuando casi los perdía de vista, sentí el rugido del macho, el más grande que he visto, estaba sólo a unos metros parado en la roca, me miró por unos segundos y desapareció. Siempre he tenido la

certeza que me había emboscado y que también me perdonó. Son bichos inteligentes los pumas, che, nosotros somos los desalmados. Desde entonces juré nunca más matar un puma. Y en todo caso, éste, con el susto de los tiros, no volverá a molestarnos, al menos por este año. Al capataz le diremos que lo rajamos y cayó al barranco.

—Bonita tu historia de pumas, huevón, espero que el capataz nos crea. Ahora ayúdame que me di un tiro en el pie.



PRIMER LUGAR

Alejandro Montiel
Coyhaique

La historia del bosque muerto

Su canto fue triste. A pesar de que su voz era clara y melódica, causaba dolor en sus frases y hasta podía sentirse la llovizna de hielo y amargura.

La guitarra enmudeció al igual que su voz, el fuego ya se había debilitado, pero aun así pude ver las lágrimas que brotaron de sus ojos, dejando un cuadro oscuro del que nos costó desprendernos.

Alguien atizonó el fuego en decadencia, logrando que éste cobrara vida y alumbrara nuevamente el “fogón”.

Yo entendí su relato a través de su canto, sintiendo que sus lágrimas ilustraban la historia... historia que ha de perdurar en el tiempo de los tiempos.

Cerro Castillo queda a cien kilómetros aproximadamente al Sur de Coyhaique, capital de la décimo primera Región de Aysén. La forma de su mole es un enorme castillo encumbrado en un cerro de figura enaltecida, que parece observarlo todo desde su privilegiada altura.

Hasta ahora nadie podía imaginarse la inmensa relación que tiene este conocido y turístico cerro, con el opaco y triste cuadro envejecido que ofrece “El bosque muerto” a kilómetros del emergente pueblito “Cerro Castillo”.

Jovita era preciosa, en su andar irradiaba juventud y pureza. Muy pronto, cantores y poetas del entorno, crearon versos y cantares en honor a su belleza, pero uno en especial llegó al corazón de la joven.

Sus dieciocho años se llenaron de amor. Sus ojos lo miraban todo con ternura, sus manos regalaban caricias y la frescura de su sonrisa no dejaba indiferente a nadie.

Ella soñaba y ofrecía sueños, su mente y su corazón pertenecían a un joven poeta, que inspirado en el recíproco amor, llenaba el aire de frases floridas creadas sólo para ella. De sus labios emanaba la metáfora hecha canción con voz tierna y romántica.

El amor de aquéllos jóvenes resultaba envidiable... pero nadie, absolutamente nadie sospechó siquiera que la vil y milenaria acción de Caín fuera copiada por la propia naturaleza.

Un día, cuando el sol regalaba sus mejores rayos, cuando el cielo era casi transparente, cuando el gorjeo y trinar de pajaritos hacían eco en cada rincón del emergente pueblo, sucedió lo inimaginable.

El cerro cobró vida propia, transformándose en un castillo real, sus luces resultaban preciosas, de sus ventanas y puertas salía música cautivante. Se podía distinguir el sonido del arpa alucinante y mágico.

Todo aquello deslumbró a Javita, la cautivó a tal manera que con una sonrisa en los labios aceptó subir a la rojiza alfombra que la transportó por el aire hasta las grandes puertas del castillo. Traspasó aquel umbral encantado, parecía una diosa, miraba todo con ojos brillantes de felicidad, todo era magia envolvente.

La joven cerró los ojos para atesorar aquel embrujo maravilloso, pero en pocos instantes los abrió sorprendida, diose cuenta que toda ilusión se moría.

Las luces se fueron apagando, la música se extinguió y toda magia se evaporó... todo su entorno fue frío e insensible, como la piedra tal.

Esa era ahora la triste realidad, un cuadro duro y sólo piedra. El grito salió de su alma, tuvo resonancia a través de las duras paredes y fue absorbido por el cielo, el cual se tornó gris, e hizo huir a toda ave. El sol se opacó como avergonzado de cierta complicidad, pero no pudo huir.

Un corazón amante sintió la herida. Aquel grito llegó a sus oídos, estremeciéndolo de pies a cabeza, su rostro se transformó en angustia y mil punzadas de agujas lo hicieron correr como un loco.

Cayó varias veces antes de llegar a los pies del cerro, pero ni el dolor ni nada amainó sus ansias de trepar la fría roca y golpearla con furia hasta que sus manos ensangrentadas pudieran rescatar su amor. Sus maldiciones fueron esparcidas por el eco, mientras rasguñaba la gran mole, sin destruir otra cosa que sus propias manos.

Jadeante y herido, huyó de aquel lugar. Nadie lo ayudó, nadie entendió lo que sucedía, nadie interfirió cuando el joven poeta se internó en el bosque gritando desaforadamente, maldiciendo y llorando, gimiendo y suplicando.

Corrió por el resto del día sin detenerse, sus gritos resultaban guturales y sus maldiciones las profería para todo lo que encontraba a su paso. Resultaba increíble, los árboles parecían hacerse a un lado para no ser tocados por aquel hombre, que sin darse cuenta, mataba con sus maldiciones todo lo que tocaba.

No pudo más con el cansancio y cayó abatido por el sueño. Ya dormido, fue transportado hasta las profundidades del cerro en donde vio a su amada sin vida, con la desesperación marcada en su rostro y sus manos bañadas en sangre que mostraban la carencia de uñas en su afán por liberarse.

Hasta en sueños sufrió su alma, hasta en sueños lo maldijo todo y otra vez sintió las mil agujas en su corazón, que lo despertaron violentamente. Se



levantó del suelo llorando; el dolor de su cuerpo no fue obstáculo para continuar su camino sin norte.

Por donde pasaba regaba sus lágrimas, caía y se levantaba, gemía y maldecía, pero jamás volteó la cabeza para mirar hacia atrás, de haberlo hecho, quizás habría detenido su andar.

Sus ojos hinchados le dolían y las piernas se le doblaban de cansancio y hambre. Esta vez perdió el conocimiento repentinamente, por lo que ni siquiera sintió el golpe contra el suelo.

Un día después y casi sin vida, fue encontrado por un poblador de la zona, quien lo llevó a su casa prestándole la ayuda que estuvo a su alcance.

Cinco días después el joven se puso de pie recuperado físicamente, pero resultó inútil tratar de establecer conversación con él. Parecía haber perdido la voz y en su opaca mirada había un signo de desprecio, más allá de todo horizonte.

No hubo despedidas, ni un "gracias"... sólo miró su entorno y continuó un camino desconocido para él y para aquella persona que sin hacer preguntas ayudó y deseó suerte a un joven del que nada sabía, ni volvería a ver jamás.

Cerro Castillo continuó siendo un pueblito pintoresco y tranquilo. Su castillo inerte y frío parecía resaltar más que antes, rodeado de verde vegetación, pero hermético e insensible.

Muy pronto comenzaron los rumores por quienes transitaban por esos lugares. Crecieron los comentarios de que gran parte del camino estaba sufriendo un fenómeno y que tenía relación con el bosque. La vegetación estaba desapareciendo y, con ella, toda cosa viva.

Las hojas se desprendían de los árboles y los ganchos se quebraban, caían las cortezas de los troncos, quedando desnudos y dando la sensación de sufrimiento.

Y así, gran parte de la recia naturaleza fue contagiada con la triste historia de dos enamorados.

Las salobres lágrimas del herido poeta segaron toda vida en kilómetros a la redonda y sus maldiciones proferidas con el alma desgarraron hasta las raíces del que hoy se llama "EL BOSQUE MUERTO".

SEGUNDO LUGAR

Víctor Oyarzo
Coyhaique

A orillas del río Cajón Blanco

La historia nos la refirió El Choño, a mi hermano y a mí, a propósito de una modesta cruz de palo mal plantada a un costado de la barrosa senda que serpenteaba bajo los quilantos, aguas arriba, durante una breve detención a orillas del río Cajón Blanco, para comer algo, antes de continuar camino en busca de una montaña cuyo ascenso nos marcó y nos unió profundamente. Ese día me propuse trazarla sobre un papel, han pasado varios años, espero que el transcurso del tiempo y los hechos no la hayan contaminado.

El hombre, cuyo nombre se ha perdido, era un poblador de los terrenos que se encuentran en la rivera occidental del río Cajón Blanco, poco antes de que éste funda sus aguas con las que le aporta el Río Bayo, nacido a los pies de las lenguas glaciares que descienden desde el macizo del Volcán Hudson, a dos jornadas a caballo desde el Lago Caro. Había llegado desde las pampas, a principios de 1940, buscando dónde instalarse con su esposa, sus dos hijos, cuatro perros, algunos caballos y su pequeña tropa de vacunos y ovejas.

Los primeros años en aquellos territorios fueron muy duros, "haciendo campo" a punta de hacha y fuego, levantando la casa familiar, el galpón y los corrales, abriendo sendas entre la espesura del bosque, que le costaron todas sus ovejas y parte de los vacunos, aniquilados por los duros inviernos y el león, junto con la vida del menor de sus hijos, una pulmonía se lo quitó en pleno agosto, cuando el caudal del río no le permitió llevarlo con el único doctor en 200 kilómetros a la redonda. Ahí, detrás de la casa, le hicieron una modesta sepultura, al lado de la cual, con los años, también fueron a descansar los huesos de su amada Teresa.

El mayor de sus hijos, en cuanto "afirmó las tabas", ensilló su "Tostao" y se perdió aguas abajo, para no volver. A partir de ese día habían transcurrido más de cuarenta años peleándole a la selva enmarañada y los crudos inviernos, para arrancarle a finales de cada mes de marzo un pequeño arreo de terneros, venderlos y regresar con los víveres necesarios para hacerle "patancha" otra temporada.

Desde hacía varios días, un fuerte dolor en el pecho lo obligaba a hacer cada una de sus labores cotidianas con extrema lentitud, corría el mes de julio y la nieve cubría, de ladera a ladera, todo el aquel estrecho cajón cordillerano. El tiempo y sus dolores no pasan en vano y el hombre lo sabía. Primero trató de aliviar sus malestares permaneciendo en su catre, de toscas tablas labradas a hacha, sin salir a recorrer el campo, así estuvo, “sobre los cueros”, cuatro días, alimentándose escasamente y bebiendo infusiones de hierbas que le obsequió una “meica” cuando la visitó, a inicios de otoño del año anterior de pasada por Coyaique.

Al ver que el dolor persistía, se vio forzado a tomar la drástica decisión de ensillar el “Gateao” que mantenía en el galpón, cargar en sus ancas las prevenciones con algo de charqui y algunas tortas fritas y salir en busca de ayuda en las márgenes del lago, cuando nuevamente desde el cielo gris comenzaban a caer pequeños y delicados copos de nieve. Antes de partir, amarró a sus dos perros, para que no se los fuera a llevar el río al intentar bandearlo.

Luego de avanzar un par de horas, con la nieve rozando la panza de su caballo, alcanzó la orilla del río Cajón Blanco, el caudal escurría grueso, pesado y turbio, el “Gateao” se acercó olfateando y al sentir que el hielo cedía bajo sus cascos quiso retroceder, pero las “lloronas” bajo sus costillas lo forzaron a ingresar al río dando un salto prodigioso. Luego de zambullirse casi por completo en el torrente, el animal comenzó a nadar briosamente, mientras la fuerza del río los arrastraba agua abajo. El jinete se sostuvo como pudo, aferrándose a la tabla del cogote de su caballo, sólo luego de intensa lucha llegaron a la rivera opuesta, completamente calados y varios metros más abajo desde donde estaba el vado.

Al salir del agua el caballo se quedó como estaqueado, con las patas muy abiertas y tiesas, tiritando. El Hombre desmontó, más bien, se lanzó desde el lomo del animal, permaneciendo asido a su cogote con una mano, mientras que con la otra trataba de desabrocharse la camisa, respiraba con dificultad y debió permanecer largos minutos así, con la cara apegada al pelaje mojado, desde donde un vaho salado se desprendía e ingresaba por sus narices antes de poder soltarse sin peligro de rodar sobre la nieve.

Su caballo no se recuperaba del esfuerzo realizado y desde uno de sus cuartos manaba profusa sangre a través de una herida causada por alguna piedra filosa del lecho del río. Al ver el estado del animal y las quilas agachadas por el peso de la nieve sobre la senda, que lo forzarían a llevarlo de tiro gran parte del camino restante hasta el lago, optó por desensillarlo, lentamente y con gran esfuerzo, dejando el apero bajo un coihue, echarse las prevenciones sobre el hombro derecho y emprender pesadamente el resto de marcha de a pie. Con algunos días sin trabajar el caballo se recuperaría, pensó, antes de darle una palmada en el anca.

En la barrosa senda, bajo los árboles, un silencio pesado lo invadía todo, sólo el sordo ruido del río se aventuraba entre la vegetación y las piedras. El hombre avanzaba despacio, el frío hacia presa de su cuerpo mojado, respirando con esfuerzo, con una mano aseguraba sus prevenciones sobre el hombro, mientras con la otra apartaba las ramas del camino. El dolor en el pecho no le daba tregua, debía llegar al lago, allí los Millacura lo ayudarían, pero aún faltaba mucho camino para abandonar aquella estrecha huella.

A media tarde llegó a un sector en que el fango, acarreado por un estero cercano, se volvió más profundo, donde sus piernas quedaron aprisionadas hasta más arriba de las rodillas. Al tratar de liberarlas sólo consiguió enterrarlas aún más, liberando un fuerte hedor a podrido desde el suelo. El dolor en el pecho se hizo más fuerte, lanzó las prevenciones a la orilla de la huella y tratando de calmar el ritmo de su corazón comenzó a respirar con inhalaciones cortas, pero su situación no mejoraba, el dolor le punzaba en el pecho y un sudor frío empapaba todo su cuerpo, mientras sus piernas eran jaladas hacia el fondo de aquel barro pantanoso. Realizando un gran esfuerzo, logró mover la pierna derecha y metiendo ambas manos en el barro y tirando desde la caña de la bota, consiguió sacarla hasta poco más abajo de la rodilla, pero al querer realizar la misma operación con su pierna izquierda, luego de descansar unos minutos, vio con desazón cómo la pierna antes liberada se hundía en el fango empeorando su situación inicial.

Por varias horas continuó luchando con el dolor agarrado al pecho, en medio de aquella masa espesa y al hacerlo fue enterrándose aún más, hasta que, a través de su visión nublada por el esfuerzo y la vejez, observó cómo el agua aposada sobre el barro alcanzaba sus costillas. Sólo entonces dejó caer sus descarnados brazos ateridos.

Por los estrechos tragaluces que dejaban las quilas se podía distinguir claramente cómo la nieve se había transformado en una lluvia copiosa y monocorde, que salpicaba sobre la movediza superficie de las oscuras aguas del río.

Su cuerpo semienterrado lo encontraron a finales de primavera, cuando algunos pobladores del lago ingresaban su ganado a las veranadas.

PRIMER LUGAR

María Antonieta Barrientos
Pensionada
PUNTA ARENAS

Par de bestias

Ahí está “El Maula”, en el corral de la tropilla haciendo de las suyas. Patea y muerde a todo caballo que se le pone cerca. Los hombres me explican que “El Maula” está otra vez de malas. Mañana hay que salir de amanecida a rodear. Por eso, los caballos deben quedar dispuestos la tarde anterior. Pero con “El Maula” portándose mal, se hace peligroso meterse al corral.

Por fin, desde las casas, asoma la figura desgarbada de “La Chancha Negra”, ese hombre intratable, que no cae bien a nadie por su mal humor de todos los días. Debe su apodo al color oscuro de su piel, mezcla de su origen indio como él mismo se encarga orgulloso de decir y de las arduas jornadas de trabajo bajo el inclemente clima magallánico. Además, su faz de nariz achatada, muy parecida a la de un cerdo -la patada de un caballo en sus años mozos se la dejó así- y su voz marcadamente porcina, como chancho que llevan al matadero, dicen riendo los viejos de la estancia, no dejan dudas del alias tan bien puesto.

Su nombre es Atilio Vergara, pero algunos, sólo algunos recuerdan apenas el apellido; el mote ha borrado de la memoria de la mayoría el nombre y apellido del susodicho, que ya ni se molesta cuando lo llaman por su apodo.

-Oye, Chancha Negra, ¿por qué te demoraste tanto, o ya se te aconcharon los meaos?

La idea es hacerlo enojar y con “La Chancha”, nunca cuesta hacerlo picar. En realidad, siempre anda enojado.

-Viejos atorrantes, seguro que no entran al corral porque están cagados de miedo; creen que no me he dado cuenta, están que se mean como pendejos porque “El Maula” anda un poco desaforao. Y así se creen baqueanos, atorrantes de mierda.

“Atorrantes” es su palabra predilecta y sus compañeros de trabajo los elegidos para su rosario de palabrotas. Pero muchas veces no se salvan ni los dueños de las



estancias en las que alguna vez ha trabajado. ¡Y ha trabajado en todas!

Es difícil calcular la edad de Vergara, pero debe estar sobre los sesenta, aunque por su figura tan demacrada y consumida pareciera que tiene el doble de la edad que uno calcula al ojo. No tiene carnet de identidad, certificado de nacimiento, libreta de seguro, carnet electoral o documento alguno que pueda presentar para comprobar identidad.

-No me preocupo de esas huevadas; los caranchos, los guanacos y los zorros no me piden carnet, certificado de nacimiento no tengo porque no me parieron, me cagaron, el nombre de mi padre nunca lo supe, y para andar por la Patagonia con un buen par de caballos, mi cuchillo bien afilado, mis perros y un alicate para las alambradas, me basta y sobra.

Es un viejo amargado, resentido y muchas veces violento. Trabaja desde muy niño, en el carbón desde los 7 u 8 años, luego en las faenas de esquila. Sabe hacer de todo, ha sido domador de potros, matarife, alambrador, carretero, campañista, leñador, ovejero, incluso pirquinero, todos los oficios del campo.

-Apenas aprendí a leer y escribir me sacaron del colegio- dice cabizbajo -pero como me gustó leer seguí leyendo solo- cuenta en aquellos ratos en que abre su corazón, cuando me devuelve los libros que le presto y que se lee de principio a fin.

-Es que en la soledad de la pampa hay mucho tiempo para leer, aprendí muchas cosas que no pude en los tiempos en que los demás estaban en la escuela, y yo trabajando como bruto para tener algo que comer.

Me enseña satisfecho sus libros y su colección de "Selecciones del Reader's Digest". Con él se puede hablar y hasta discutir de cualquier tema, es un conversador como pocos, de aquellos que defiende con argumentos sólidos y hasta el fin sus opiniones.

Hoy como todos los días anda destilando odio y resentimiento, pero allá adentro está "El Maula", y "La Chancha Negra" le tiene respeto. Ese no es un caballo cualquiera, es de temer, es casi como él, nunca se sabe si se va a echar a alguien de una patada, como dicen de Vergara, que se ha echado a más de un viejo de una estocada o de un certero rebencazo.

"El Maula", un moro de gran alzada, fruto de cruces entre caballos percherones traídos por los primeros gringos que pisaron estas tierras, y todos los caballos baguales de estas soledades azotadas por el viento incesante y el frío que no da tregua, mañero y poco fiable, también sabe quién es "La Chancha"; uno de los pocos que logra montarlo y quedarse en su lomo, y que a punta de espuelas y rebenque no lo deja portarse mal.

Entra resuelto con el andar característico de aquellos hombres que han pasado su vida sobre los caballos, al corral lleno de "matungos" agitados por los líos que anda armando "El Maula", con el bozal en una mano y el rebenque en la otra.

-"Maulita", ven acá- grita con su voz porcina, mientras hace resonar fuertemente el rebenque contra su bota.

Al instante, el aludido, como si supiera que con "La Chancha" tampoco se juega, se acerca y baja la cabeza





hasta el bozal que sostiene Vergara. Éste, sabiendo que los otros miran atentos, se siente ganador.

Afuera, los demás cuchichean: “Este viejo es brujo, ¿cómo hizo eso?, debe tener pacto con el diablo”.

“El Maula”, entregado, sigue al hombre que le ha puesto el bozal y que tira de su cabestro. Los demás hombres no dan crédito todavía a lo que acaban de ver.

Es cierto que “La Chancha” es el más baqueano de todos, pero semejante obediencia de “El Maula” no se la vio nadie antes, caballo a medio domar, arisco de por vida, dicen los patrones; ha estado a punto de ser sacrificado en más de una ocasión, sólo lo ha salvado Vergara que siempre le saca trote y “El Maula” es una bestia como pocas cuando encuentra mano firme, un caballo fuerte y veloz para el duro trabajo de la pampa.

-¿Cuántos arreos y jornadas llevarían juntos ese par de bestias?- Alcanzó a pensar uno de aquellos hombres que, a fin de cuentas, no sólo sentían temor de “El Maula”.

De pronto vino lo impensado. Un petiso colorado, manso y muy confiable, que incluso montaban a diario los patroncitos, que había sido muy castigado por “El Maula”, al verlo expuesto quiso cobrar venganza. Cuando el hombre y su caballo pasaban cerca, descuidados, un par de patas volaron cortando el aire, con tal mala suerte para “La Chancha Negra”, que terminaron su recorrido sobre su cabeza.

Ambos caballos se trenzaron en una brutal pelea. Por un buen rato el corral se convirtió en un gran lío de patadas y mordiscos que sacaban piel y sangre

en abundancia. La muerte rondaba como carancho que busca su carroña. El tierral y la espantada de los animales no dejaban ver mucho; sólo por momentos se distinguía en medio del embrollo a “El Maula”, que por tener puesto el bozal llevaba las de perder. Parecía estar atrapado en un punto fijo, peleaba casi sin cambiar de lugar. Los demás caballos aprovecharon la ocasión y las emprendieron contra “El Maula”, vengando así años de maltratos de quien siempre se impuso por su gran altura y rapidez.

Tanto desbarajuste en sólo unos momentos no se podía creer. Como iban las cosas, el rodeo de la madrugada siguiente no llegaría, al menos para “La Chancha Negra”. Quizás el demorarse un poco en detener aquella pelotera convenía también para vengar las humillaciones soportadas por esos hombres, consecuencia de la hostilidad incansable de “La Chancha”.

Un trabajador abrió la puerta del corral y así deshizo el lío que se estaba armando. Cuando se desocupó el corral, se pudo ver, por fin, el cuerpo de “La Chancha Negra” inerte, con la cabeza destrozada en medio del corral, “El Maula” muy herido parado a su lado y el cabestro todavía firme en su mano.

SEGUNDO LUGAR

Héctor Chávez
Artesano y mueblista
PUERTO NATALES

Convenio colectivo campesino

La ruta patagónica entre Puerto Natales y Punta Arenas, polvorienta en pleno verano, se hace monótona, la mirada se pierde en las vastas extensiones de pampa coirón. El gran portón rojo, entre las interminables cercas de alambrado, señalan la entrada a la estancia Laguna Blanca.

En el establecimiento ganadero hay un intenso movimiento, llegada de más personal, ya cercanos a la faena principal de esquila. Se advierte una creciente preocupación y es el comentario obligado. La discusión del pliego de peticiones. La flamante Federación debe discutir y proponer lo que las bases han acordado.

En cada establecimiento se conforma un Comité de huelga. Fui designado como Presidente, acompañado del Herrero y el mozo de la casa administración. Un centenar de trabajadores fueron informados en la Asamblea de los pormenores del pliego. Era tal el ambiente de interés, en escuchar y opinar, que quedó demostrado con la intervención del puestero natalino, Zúñiga, que estaba cuidando nada menos que 10.000

cabezas de ganado ovino. "Compañeros, tenemos que ser firmes y si quieren que nos lleven a la plaza, como lo hicieron en Fenton, lo que es a mí van a tener que llevarme con mi mujer y mis hijos, y mis perros ovejeros". Toda la Asamblea le confirma su apoyo, aplaudiendo espontáneamente sus palabras.

Podía sentir esa fuerza avasalladora de la unidad, y de estar convencido de que nuestras peticiones eran justas. Al retirarnos tenía el pecho henchido de orgullo, pero en mi mente nacía una preocupación, era un presentimiento y estaba relacionado con mi enorme responsabilidad de conducir este movimiento.

Recordaba claramente un hecho sucedido en la estancia Fenton, donde un bravo dirigente se enfrentó con firmeza a los ganaderos. Fueron llevados en un camión a la plaza, con todas sus "pilchas", sin embargo hubieron de reintegrarlos nuevamente al intervenir autoridades del trabajo, protegidos por la nueva Ley de Sindicación Campesina. A esto se refería el puestero, estaba dispuesto si se repetía la situación.

El dirigente de aquel hecho era el actual presidente de la Federación.

Al no llegar a un acuerdo entre las partes, debíamos ir a la huelga legal. Previa reunión, donde se estudió los pasos a seguir. A primeras horas del día lunes, nos dirigimos al "galpón" de esquila. Encabezaba el grupo, seguido de mis compañeros del "comité de huelga". Más atrás y como dijéramos en broma, la "infantería," todos los trabajadores a pie y a unos metros por la pampa, la "caballería", los ovejeros, puesteros y los jinetes más expertos, encargados de marcar vacunos y caballares.

Inevitablemente sería la voz de los trabajadores, a medida que me acercaba me preparaba mentalmente. A unos metros de llegar al punto de reunión de trabajo habitual, pude observar a Don Jorge, "el administrador" quién ya en conocimiento de la huelga estaba preparado, aunque su actitud no demostraba ningún cambio aparente. De una estatura mediana y textura fuerte, un rostro de piel rosada casi colorado, donde brillaban unos ojos celestes de mirada penetrante que imponían respeto.

"Buenos días Don Jorge, le comunico que hoy iniciamos la huelga legal". A lo que contestó sin mucho entusiasmo: "Bueno, pero nosotros sí saldremos a hacer las tareas de la estancia". Hube de interrumpirlo, diciendo: "Don Jorge, la huelga es total". Frunció el ceño con una evidente muestra de extrañeza y molestia. Su rostro encendido hacía resaltar aún más el destello de la mirada. Estaba a punto de explotar. Fueron unos segundos muy duros. A una seña nuestra, avanzaron los jinetes expertos y se dirigieron a los corrales, soltando los caballos para las faenas del día,

otros hacia el taller y garaje para impedir que saliera el camión y otros al mecánico. Nadie trabajaría en la estancia.

El administrador dio media vuelta, furioso, dirigiéndose al Land Rover junto con un "cadete" y desapareció al interior del establecimiento.

La huelga legal era necesaria, pero nunca imaginamos que se cumplirían mucho de los acuerdos de la asamblea.

Se llamó a reunión, con el fin de analizar la situación actual. Habíamos recibido comentarios de que otras estancias estaban volviendo al trabajo. No sabíamos realmente lo que ocurría para que se produzcan estos cambios de actitud, para algo tan importante. La respuesta llegó en un Land Rover, color verde oliva, del cual descendieron varias personas uniformadas.

La biblioteca y sala de reuniones era un edificio que quedaba entre los dormitorios de los trabajadores y los comedores. Por lo que debían pasar por el frente. En ese trajín estaban, cuando llega un mayor de ejército, preguntando por mí. Tenía una información clara, si yo aceptaba, el resto seguiría, bueno al parecer eso pensaba.

Se me acercó. "Usted es fulano, necesito que reúna a la gente". Mi primera reacción fue que espere a después de la cena, pero no faltó aquel que empezó a decirle a la gente que ingrese a la biblioteca, para una reunión. Un poco extrañados por lo imprevisto, se fueron agrupando sin sentarse, como de paso, para escuchar.

Quedé cerca del oficial, diciéndole a la gente que



deseaba decirles algo importante. Un poco nervioso, se frotaba las manos y luego poniendo las manos atrás, se paseaba como esperando que se acomoden, o se haga silencio.

“Vengo a comunicarles que deben terminar la huelga, todas las estancias ya lo hicieron, solamente Laguna Blanca se mantiene” y se quedó en silencio, mirando los rostros un poco sorprendidos de los allí reunidos, como queriendo leer sus pensamientos.

Un miembro de la asamblea dijo en voz alta y con firmeza: “Tomamos un acuerdo de mantener la huelga hasta que sean aceptadas nuestras peticiones”. No había temor, la mayoría estaba expectante. El oficial adoptó una actitud más autoritaria y dijo: “Si ustedes no terminan con la huelga, la autoridad se va a hacer cargo de la estancia y si alguien quiere hablar tendrá que solicitarlo, pero de a uno y luego a trabajar” claramente había una imposición en los términos utilizados, unos instantes de silencio. Decidí intervenir, asumiendo mi condición de dirigente. Nunca tan oportuno, con una pregunta inocente, para llevarlo a confirmar con palabras un hecho.

“Oficial, ¿cuántos chilenos hay dueños de estancias que conozcamos?”. El mayor giró hacia mí y me miró desconcertado, pues no entendió inmediatamente hacia dónde iba la pregunta. Dijo: “Por lo general la gran mayoría de los dueños son extranjeros o no viven en el país”. Allí se detuvo, debió darse cuenta que cayó en un error. Todos escuchaban atentamente y con gran expectación. Sin dudar, con firmeza y alzando la voz dijo: “Dígame, ¿hasta cuándo el gobierno va a defender los intereses de extranjeros o gente que vive fuera del país, en contra de nosotros los verdaderos chilenos?”.

El acento puesto en las últimas palabras lo dejaba sin respuesta. El oficial quedó inmóvil, estupefacto y quiso hablar y solo le salió un tartamudeo que lo ridiculizó frente a los allí reunidos. No pudo articular palabra. Furioso e impotente, no encontró respuesta adecuada. Todos los presentes, en un tono festivo, se rieron abiertamente mientras abandonaban el local para ir hacia los comedores. Al pasar, me golpeaban el hombro, en señal de complicidad.

Mientras, el oficial daba unas patadas en el suelo y esperaba que salieran los trabajadores del recinto, para caminar luego detrás de ellos.

Ya en el comedor, me llama. Al acercarme me dirigió unas palabras ofensivas que no me llagaron. Que por mi culpa... etc. Lo tomé con calma, nosotros habíamos ganado con la palabra, sin ofender, sin prepotencia, pero con firmeza. Anulamos su discurso de intimidación. Asumí la actitud del resto y me dirigí a la cocina principal, en donde recibía la impagable atención de mis queridos amigos, tan recordados siempre.

En los días siguientes recibimos información decepcionante. Nuestra Federación había firmado por un insignificante 3%. Nos reunimos nuevamente con los ánimos alterados, no esperábamos esto. Tratando de apaciguar, llamamos a reflexionar y a organizar una reunión con los dirigentes. La semana se nos hizo larguísima, íbamos a ser protagonistas de una situación muy incómoda.

Pasado el mediodía del domingo arriban nuestros dirigentes acompañados de una comitiva, entre los cuales venía un diputado. El tema era muy delicado, las miradas no eran francas ni había esa actitud





campechana de alegría y saludos. Mentalmente me apoyaba en el compromiso con las bases, era un mandato asumido, tal vez ésta era una parte que no teníamos calculada: enfrentarnos entre nosotros.

Ubicamos a los dirigentes en la mesa principal, frente a la Asamblea, mientras a un costado en una mesa más pequeña estaban los miembros del comité para en su momento y con la ayuda de un manuscrito, hacer las preguntas que nos interesaban a todos. En estos tiempos diríamos que era una “interpelación”.

Nuestros dirigentes estaban nerviosos, era una situación complicada. Ellos suelen ser muy luchadores frente a los estancieros con el respaldo de las bases, pero cómo hacer cuando las bases le piden explicaciones.

Presentaron a sus acompañantes, entre ellos un diputado de Aysén que estaba de paso. Iniciamos nuestra ronda de preguntas, era la prueba más difícil para los dirigentes. Los puntos del convenio eran muchos, se fueron analizando las respuestas, salían con dificultad, no había espacio para el engaño, la verdad era necesaria, los trabajadores escuchaban detalladamente y de vez en cuando intervenían en forma crítica. Los rostros curtidos de los campesinos magallánicos no eran para nada amigables.

Esto hacía que los dirigentes tartamudearan. Uno de ellos, que se caracterizaba por su habilidad para entenderse con la gente de campo, entró en una crisis de nervios mientras lo atacaba la tos y se ponía rojo hasta que hubo de salir fuera del recinto a tomar aire. Ante esta situación, el diputado, empieza a hablar mientras se para del asiento. “Compañeros,

los problemas internos...”. En ese instante intervine, con firmeza: “Señor diputado, estamos tratando un problema que tenemos que resolver nosotros, le pedimos que no intervenga”. El pobre señor quedó inmóvil, en una posición incómoda, ni sentado ni parado del todo. Luego sin decir nada más se volvió a sentar, quedando en silencio por largo tiempo. Más tarde me contarían que los presentes aguantaban la risa, por lo gracioso de la posición del diputado.

Había una cláusula del convenio... “de aislamiento”. Se refería a aquellos puesteros que estaban a gran distancia del establecimiento. Se pedía un pequeño bono por el largo tiempo alejados de su familia. El valor de unas monedas insignificantes debía compensar la situación. Esos puntos eran discutidos acaloradamente. ¿Acaso valía tan poco el sacrificio de estar alejados de la familia tanto tiempo? Al parecer nadie se ponía en su lugar.

Unos días después leía en el diario que ascendían a un mayor a teniente coronel. Misión cumplida. Qué coincidencia, tenía un parecido a un señor que conocí.

En una ocasión le pedía información personal a un puestero, quién tenía la familia en Chiloé. Cuando debía darme los nombres de sus hijos, después de nombrar a dos de ellos se queda en silencio. Había en su rostro una enorme tristeza, sus ojos brillaron con unas lágrimas contenidas. No podía recordar los nombres de dos de sus hijos.

Estas situaciones me comprometían profundamente con mi gente.



Alumnas de la Escuela San Francisco de Chiu Chiu,
Región de Antofagasta.

Giuliana Tiare Ayabire Galleguillos, 3^{er} año básico

Katerine Laura Colque, 4^o año básico

Edilia Guacucano Zórica, 4^o año básico

Dafne Daniela Soledad Yufla Saire, 3^{er} año básico





PREMIADOS
NACIONALES Y REGIONALES

CATEGORÍA
Me lo contó mi abuelito



GANADORES NACIONALES

PRIMER LUGAR

Matías Thomas Caces Yévenes

14 años

1º Medio, Liceo B-10 Jorge Alessandri R.

PAILAHUEQUE, COMUNA DE ERCILLA

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



El entierro

Parecía que algunas cosas son sólo cuentos y cosas del pasado pero eso no es así, pues aún existe la brujería y los martes y viernes se suele escuchar en las noches al Tué Tué. Aún viven muchos testigos de cuentos y leyendas reales y una de ellas es ésta.

Se contaba y era tema de conversación en las esquinas y bares el hecho misterioso que pasaba en calle Prat esquina Balmaceda de Pailahueque. Allí vivió, por muchos años, una anciana llamada Margarita que, entre otras cosas, era partera, o sea, recibía a las guaguas recién nacidas, les cortaba el ombliguito a cuatro dedos y los amarraba para con ellos amarrarle la vida.

La casa de un solo piso, tenía un pasillo al medio y tejas como techo. Decían que allí había un entierro y que los martes y viernes había visiones fantasmales y ruidos espeluznantes que asustaban a la gente. También se afirmaba que una luz brillante, como una gran luciérnaga, se desplazaba flotando, indicando la pre-

sencia de un entierro que se corría permanentemente. Todo eso parecía sólo un cuento y algunos se reían de ello, pero sucedió que una mañana el pueblo se despertó inquieto y todos fueron a presenciar un gran hoyo que alguien había hecho en la calle frente a aquella casa, justo frente al pasillo.

Era un orificio de un metro y medio y la tierra que de él sacaron estaba desparramada por todos lados.

Aquellos que lo hicieron, al parecer, debieron huir presurosos. La casa estaba cerrada y por más que golpearon no apareció nadie; se habían marchado. De esta manera apareció la duda sobre el entierro, su existencia, su tesoro, en fin... Muchos comentarios que dieron motivo a discusiones, conversas y dudas por muchos años, en aquel pueblo, poblando de imaginaciones a mis abuelos, mis tíos y a toda la gente.

Más, un buen día, unos tíos y sus amigos que fueron a un torneo a un campo de Victoria se encontraron



con el vecino sospechoso de encontrar el entierro y de apellido Arroyo. El hombre, fuerte y famoso por sus peleas callejeras que duraban horas, al verlos sonrió y los saludó con mucha alegría y entre trago y trago contó la verdad.

- Sí -afirmó- decidí desafiar el entierro con otro amigo que no nombraré. Primero, llegaron ruidos extraños y gritos espantosos que hacían parar los pelos, y entre esos ruidos apareció de pronto una luz en el pasillo. Se movía como candelilla de un lado para otro en vaivén, después salió a la calle y al otro lado de la vereda de arena blanca, de improviso se hundió en la tierra. Entonces escarbamos con pala y picota poco más de un

metro, hasta que tocamos algo. Eran dos cántaros con monedas de plata que sacamos rápidamente, los envolvimos en un saco y decidimos tomar todo lo nuestro y marchar de allí para siempre. Ahora sé que estoy muy cerca de mi partida y por ello el próximo sábado me iré de aquí a Santiago y no volveré.

- ¿Así que lo del entierro y todo eso fue verdad?— preguntó uno.

- ¡Sí! -Arroyo respondió- fue verdad, verdad como esa luz que me alumbra -afirmó- haciendo una cruz con sus dedos que besó, mostró la lámpara que nos alumbraba y mirando al cielo se despidió.



GANADORES NACIONALES

SEGUNDO LUGAR

Josefa Antonia Quila Murillo
5º Básico, Escuela G-496 Valdebenito
LAS CABRAS
REGIÓN DEL LIBERTADOR BDO. O'HIGGINS



Amiga de la maldad

Cuenta la leyenda que en Santa Elena El Peral, sector La Canoa, ocurrió hace 50 años esta historia. Vivía una anciana llamada Felicia con sus hijos ya adultos: tres hombres y una mujer, quien ayudaba en todos los quehaceres a la anciana.

Felicia era una gran costurera de ropa de huaso, todos los hombres de la localidad y afuerinos le mandaban a hacer sus ropas. Existía mucha envidia contra ella y su hija, en especial de una mujer llamada Delia, ya que a ellas les iba muy bien con su trabajo.

Delia las visitaba a menudo y alababa el trabajo de éstas. Un día, llegó a la casa de la Felicia, llevando consigo unas bellas y grandes naranjas; la anciana, ocupada, las depositó en un canasto. Cuando Delia abandonó el hogar, la anciana decidió comer una de las frutas que les había llevado; pasó el día como todos, en la tarde, la anciana arregló su brasero y se dispuso a tomar mate.

Estaban todos junto al brasero, cuando de repente por un ventanal de la antigua casa, entra un tremendo pájaro negro y cae al brasero, dio vuelta las teteras, volaron las cenizas y cuando ya todo volvió a la calma se dieron cuenta de que el pájaro había desaparecido.

Esa misma noche, la anciana cae enferma sin saber por qué, acuden con ella a la posta de Alhué y el doctor dice que todo está normal.

Vuelven a casa y pasan los días, la anciana sigue muy enferma.

A los pocos días fallece. Delia apareció el día del velorio de la anciana con un brazo vendado, preguntaron qué le había pasado y dijo que se había caído. Pasó un tiempo y la hija de Felicia volvió a la posta de Alhué, ya que se sentía muy mal por la muerte de su madre. Ahí se entera que Delia había llegado de urgencias una noche con un brazo quemado, todo esto quedó como si nada. La hija quedó dudosa, porque en el sector siempre se había dicho que Delia sabía de brujerías.




En esos días, llegó un circo a la localidad y entre la gente del circo venía una gitana que veía las cartas. La hicieron venir a casa de la anciana muerta y lo primero que preguntó la hija fue de qué había muerto su madre. La gitana dijo que fue por medio de un regalo, pero la maldad no era para la anciana, sino para la hija, y todo atribuye que fueron las frutas de Delia y que el pájaro que cayó a las brasas era ella.

A las semanas después muere la mala mujer por una pudrición en su brazo. Como ya se sabe nunca va a triunfar la maldad; de una u otra manera, todo se paga en la vida.



GANADORES NACIONALES PUEBLOS ORIGINARIOS

Yumara Peralta Taucare
12 años
8° Básico, Escuela F-62
CAMIÑA
REGIÓN DE TARAPACÁ



El espíritu de Mallku (cerro Jachura)

Esta historia que voy a contar, le pasó en “realidad” a mi abuelita Clementina Coya... Hace muchos años en el pueblo de Illalla (Quebrada de Aroma) mi bisabuelita Marcelina (que aún está viva) le tejía a una señora de Chiapa (pueblo más grande). Mientras conversaban, mi abuela Clementina le dijo a mi bisabuelita Marcelina que tenía ganas de comer sopaipilla y la señora a quien le estaba tejiendo mi bisabuelita le dijo a mi abuelita que fuera al pueblo de Chiapa, porque ella le iba a regalar grasa para freír la sopaipilla; mi bisabuelita aceptó, dando las gracias.

A la mañana siguiente, a las 6:30, mi abuela salió con un vestido bien largo y ajotas, pasaban los minutos y ella iba caminando hasta que decidió cortar camino para llegar más rápido al pueblo de Chiapa. Tenía tantas ganas de comer sopaipilla que cantaba de alegría, cuando de repente sintió una fuerte reacción, la voz le empezó a salir ronca (el canto le salió muy ronco) y daba saltos. Entonces empezó a retroceder, tenía tanto miedo y rezó y lloró. En sus pensamientos se preguntaba si se regresaba a Illalla o se dirigía a

Chiapa; decide ir a Chiapa. Llegó corriendo muy asustada y llorando a la casa de una amiga de su mamá en Chiapa. Esta amiga pidió que avisaran a mi bisabuelita que su hija estaba llorando y no quería decir nada. Mi abuela Clementina no se quería ir sola, tenía mucho miedo. Entonces, mi bisabuelita partió al pueblo de Chiapa.

Mi bisabuela llegó donde mi abuela y como no sabía por qué lloraba tanto y por qué tenía tanto miedo, la llevó donde un curandero del pueblo, un yatire. El yatire le dijo que el Tata Jachura de Chiapa se la quería llevar y que si no hubiese rezado, se la llevaba. Mi bisabuelita quiso saber cómo se produjo esto. El yatire le dijo que ella pasó por “Mala hora “ y que por donde pasó se encontraban las Copas del Jachura y que para salvar la vida de mi abuelita Clementina tenía que intercambiarla por animales para que no la molestaran más. Le pidió muchas cosas, que no recuerdo. Mi abuelita se demoró mucho en curarse, sentía ruidos de avión y de animales y mucho miedo de quedarse sola.



Hasta ahora siente miedo, ya nunca más pasó por aquel lugar. Esa experiencia la dejó muy mal y temerosa a tomar decisiones; ella es muy buena y mi abuelito fue muy malo con ella. Yo la quiero mucho.

Mi abuelita me contó que en las faldas del cerro Jachura (Tata) las personas antiguamente entregaban a los niñitos de madre soltera y los niños desaparecían. Si no lo hacían, el Tata se enojaba y se llevaba a otras personas, mandaba mala suerte para el pueblo y no había cosecha.

Después, con el paso de los años, empezaron a dejarle sólo 10 llamos para no sacrificar a las personas. Actualmente, le dan solamente 1 llamo. Los chiapeños aún veneran ese cerro.

PRIMER LUGAR

Sharay Cristal Ximena Veliz Castro
10 años
5° Básico, Colegio Hispano
ARICA

Ticnamar, pueblo precordillerano

Sharay: Tata hace tiempo que quiero que me cuenten acerca de ese pueblo donde empezaste a trabajar. Por fa' tatita.

Tata: Bueno, como tú has sido la más interesada de todos mis nietos, te voy a dar a conocer todo lo que recuerde. El año 1957 egresé de profesor de la Escuela Normal Mixta de Antofagasta, fui destinado a desempeñar mis funciones docentes al pueblo rural y precordillerano de Ticnamar; en ese entonces, tu Nena tenía 19 años y yo, por cumplir 22.

Sharay: ¿Y cómo era el pueblo?

Tata: Era un típico pueblo del interior de Arica: casas de adobe, techo de la llamada paja brava, ventanas muy pequeñas. Te voy a contar cómo los vecinos pintaban sus casas. Allá hay sectores donde se encuentran diversas tierras de colores, las hay de color amarillo, rojo, ocre, verde, blanco, etc. Ellos disolvían la tierra en agua y luego le agregaban pedazos de paletas de tuna, al dejarlas remojar se convierte en una sustancia

gelatinosa, mezclaban todo y luego pintaban con unas cañas largas y en el extremo trapos amarrados, esa pintura no se sale jamás.

Sharay: ¿Había almacén, panadería y agua potable?

Tata: Nada de nada, el agua se sacaba del río y se guardaba en tinajas, después de colarla por la muga. No había panadería; tu Nena aprendió a hacer pan amasado y se ponían de acuerdo con un grupo de vecinas para hornearlo en un homo de barro, que lo prendían una vez a la semana; cada señora ponía un distintivo a su pan para no confundirlo. Por supuesto que no había almacén y todas las casas usaban pozos negros.

Tuvimos la suerte que ese mismo año se inauguró el camino vehicular, que llegaba hasta el pueblo; antes había que hacer el viaje muy largo a lomo de mulas, uno tomaba el camino que lleva a la Virgen de Las Peñas, llegando al fondado de la quebrada, luego se subía a una meseta y de ahí en dirección al este se llegaba al pueblo, esto demoraba más o menos 12

horas, afortunadamente mi familia residía en la ciudad de Arica, es por eso que cada sábado me mandaban paquetes con todo lo necesario para subsistir y evitar el viaje.

Sharay: Entonces, ¿de qué vivía la gente?

Tata: Ellos tenían sus animales como llamos, corderos, cabríos y vacunos y cada cierto tiempo lo traían a Arica para la venta. También, tenían plantaciones de orégano muy cotizados por países como Japón, Estados Unidos, todavía no sé para qué lo usaban. Cada vecino tenía sus plantaciones, pero pa' su consumo, cultivaban papas muy sabrosas, hacían chuño, tenían hortalizas y algunos árboles frutales, había muchos tunales.

Sharay: Y tú, Tata, ¿cuántos alumnos tenías en la escuela?

Tata: Por varios años tuvimos una matrícula de 80 alumnos, como éramos dos profesores usábamos el sistema de cursos combinados. Yo atendía a niños de tercero, segundo y primer año; mi colega, sexto, quinto y cuarto.

Hicimos muchas cosas hermosas, que nunca la gente se hubiese imaginado. Enseñé a jugar básquetbol en el espacio pavimentado de la plaza del pueblo, me conseguí los tableros y aros con el ferrocarril de Arica a la Paz, jugábamos hasta la noche y nos alumbrábamos

con las típicas lámparas petromax. Hicimos una verdadera revista de gimnasia y una exposición de trabajos hechos por nuestros propios alumnos, construimos una cancha de fútbol y plantamos alrededor de 40 álamos. Cada álamo estaba a cargo de un alumno con un familiar; hoy, después de 50 años, la entrada del pueblo es una verdadera alameda, me siento muy orgulloso por aquello. Pero, creo que lo más significativo de mi vida de profesor rural fue que en una oportunidad nos quedamos en el pueblo en Fiestas Patrias y celebramos como nunca se había hecho, con ramadas, juegos populares, números artísticos, desfile y lo más impresionante fue que hicimos un picante de vizcacha para todo el pueblo que sumaban como 200 personas y lo servimos en la plaza.

Sharay: Tata, mi Nena me contó que una vez el río bajó tan fuerte, que se llevó buena parte del pueblo.

Tata: Sí, efectivamente el año 1959. Fue tanta agua que trajo el río, que se llevó más de la mitad del pueblo, incluida la escuela y más de 20 casas. Entonces nos pusimos en campaña para ubicar el nuevo pueblo en un lugar seguro además de la construcción de una nueva escuela, así se construyó el nuevo Ticnamar y la nueva escuela con el internado actual.

Sharay: ¡Qué hermoso es escuchar todo esto! ... y la gente cómo se divertía.



Tata: Mira, a pesar de que no había luz en el pueblo, la gente se las arreglaba para celebrar. Recuerdo la fiesta del pueblo, la celebración de la Virgen de Timanchaca, la noche de San Juan, cuando le ponías aretes de lana a los animales, cuando cosechaban las primeras papas que eran muy sabrosas, cuando le cortaban el corte a alguna niña. En todas estas fiestas tenía gran participación la banda del pueblo, que con bombo, tambor, trompetas, bajos, podían tocar hasta la amanecida del día siguiente.

Sharay es todo por ahora, lo que sí te puedo asegurar es que con tu Nena, siendo muy jóvenes aprendimos lo que es la vida, cómo sobrevivir con tantas limitaciones y cómo nos faltaba tiempo para poder hacer tantas cosas. Ojalá que te haya gustado.

Sharay: Tatita me gustó muchísimo, es emocionante escuchar tus relatos, que para mí no es un cuento, es una parte de tu vida real que aprecio mucho. Te quiero, Tata.



SEGUNDO LUGAR

Pagssi Liwen Aníñir Flores
7° Básico, Colegio Cardenal Antonio Samoré
ARICA

Mi jach'a tata Juan

Un día, escuchando MP3 y cansada después de un paseo en bicicleta, llegué a mi casa. Ahí estaba mi jach'a tata (mi abuelo) Juan recién llegado del altiplano.

Él es aymara, vive en el pueblo de Cosapilla, tiene alpacas, llamas y vicuñas en su corral y tiene su piel quemada por el sol.

Él me dijo: ¡cómo va estar cansada mi imilla! (niña) Ven, siéntate junto a mí, te contaré mi historia de vida.

En el tiempo en que formé mi familia, no existía la carretera que hay hoy en día, por lo tanto debía caminar muchos días y a veces semanas para hacer intercambio de alimentos y mercaderías. Las familias del altiplano criaban muchas alpacas y llamas y también burros, que servían como animales de carga. Antes de emprender

el viaje, yo carneaba dos o tres alpacas, cargaba mi burro con carnes y charquis y preparaba mi waka (bolsita de lana) con maíz, papa, chuño y charqui para alimentarme, así iniciaba el viaje a la precordillera de Socoroma.

Al llegar a Socoroma, realizaba el trueque más conveniente de lo que llevaba por papas, maíz, chuño y otras mercaderías necesarias para el mes. Finalizado el intercambio, preparaba la carga para el retorno; este viaje lo hacía en dos días y dos noches caminando de sol a sol. Y así llevaba el sustento a mi casa.

Por eso, mi imilla, no debes quejarte de tu cansancio, hay otros niños y adultos que viven muy alejados de la ciudad y tienen que esforzarse mucho para salir adelante.

PRIMER LUGAR

Francisca Montserrat Varela Carvajal
13 años

8º Básico, Colegio Sagrado Corazón de Jesús
ALTO HOSPICIO

Cuando el campo se vuelve rojo

Esta historia me la contó mi abuelita muchas noches, cuando no podía quedarme dormida. Comienza una madrugada, en la isla de Calbuco, en Región de Los Lagos, cuando sus pobladores no tenían televisión, agua potable y ningún tipo de conexión con tierra firme y la vida era mucho más simple que ahora.

La abuelita Libia se levantaba muy temprano, tan temprano que era ella quien despertaba al gallo cada mañana. Iba a buscar leña y encendía la cocina que funcionaba con este elemento propio y vital de la tierra. Mezclaba harina y levadura para comenzar a hacer las más ricas tortillas del pueblo para sus cinco hijos de los que estaba encargada luego de que el abuelo Juan muriera. Con el olor del pancito caliente se levantaban los niños y preparaban una jarra de té que bebían junto a esta masa humeante y que acompañaban con mermelada de frambuesas que ellos mismos recolectaban en el patio de su casa que, fácilmente podríamos decir, eran muchas hectáreas, porque en Calbuco nadie peleaba por

las tierras y estaban compartidas por todos los campesinos de la isla.

Luego de ese rico desayuno, los niños iban con un balde de lata al pozo para sacar agua para asearse y para beber. Luego, alimentaban a sus animales. Marcos se dedicaba a darle cáscaras de papas y afrecho a los chanchos; Rosa, a lanzar maíz a las gallinas y recoger huevos frescos (para hacer un queque, pensaba, la niña); Omar llevaba a pastar a las cabras; Luis ordeñaba las vacas y María corría a cepillarse el cabello, ponerse el único vestido que tenía y a sacudir a "Miguelito", un oso de género que le había confeccionado su tía Esther y que ella llevaba a todos lados... Todo esto para que la abuela la tomara de la mano para ir en bote de compras a la ciudad, porque ese era un día muy especial: era el 2 de febrero, el día de la Virgen de la Candelaria y la mesa se vestiría de fiesta y de seguro iban a preparar un rico curanto en hoyo para celebrar su día después de la caminata hasta el pueblo de Carelmapu.

Ya casi eran las 8 de la mañana y los niños, luego de sus deberes, estaban listos para su paseo, pero María debió dejar a Miguelito en casa porque así se lo pidió la abuela, con la pena que esto le provocaba.

Corrieron hasta el embarcadero y se subieron todos al bote y María era llevada de la mano por la abuela. Era la niña más feliz del mundo y cuidaba de no ensuciar su vestido en aquella aventura.

Visitaron a la Virgen y compraron todo lo necesario. Comieron un milcao en el camino y cerca de las 15.00 pm iban de regreso a su querida isla en un pequeño bote, cuando divisaron a lo lejos el humo que provenía de la isla. Rosa, María y Marcos comenzaron a llorar, mientras que Omar y Luis se tomaron de las manos y comenzaron a rezar, pidiéndole a Dios que cuidara a sus queridos animales. La abuela miraba con horror a medida que el bote se acercaba a la isla, sin decir palabra alguna. Al atracar el bote, la abuela le dijo a Omar y Rosa, los hijos mayores, que cuidaran a los pequeños y que no se movieran del embarcadero por nada del mundo hasta que ella regresara... porque ella volvería pronto.

La abuela Libia corrió por las calles y veía cómo el fuego avanzaba igual que lo hacen las olas del mar. Sabía que el fuego alcanzaría su casa de madera, así que corría cada vez más rápido. En dos sacos puso un poco de harina, el pan que había horneado en la mañana, algo de ropa y un poco de dinero que tenía escondido. Salió al patio y liberó a los animales para que corrieran a su suerte. Cuando salió de casa, recordó a Miguelito y subió las escaleras a buscarlo y ahí estaba, -parecía que el muñeco sonreía al verla- y

juntos salieron del lugar, cuando la calle parecía arder. La cuadra comenzó a arder y la abuela se alejaba con lágrimas en los ojos viendo los recuerdos de una vida consumirse en segundos. El humo no dejaba ver nada, pero ella sabía que debía caminar en dirección al mar para ver a sus hijos de nuevo.

La gente corría y trataba de rescatar sus pocas cosas, pero no había ningún lugar seguro. Al llegar a la playa, la abuela abrazó a sus hijos, quienes miraban con resignación cómo el fuego y el viento se comían el pueblo. Horas más tarde, el mismo cuartel de bomberos también se consumía por el fuego, como una broma cruel del destino.

La abuela Libia y otros campesinos se reunieron para resguardar la iglesia del pueblo y reunieron fuerzas y con baldes de agua salada y sus mismas manos lograron rescatarla. La abuela, entre gritos, pateaba una construcción cercana para desarmarla y así el fuego no tocara la iglesia... otros la imitaron y consiguieron su objetivo cuando la noche ya estaba sobre ellos.

Al amanecer, el pueblo entero estaba en la playa. La abuela abrazó a los niños y les dijo que levantarían su casa, volverían a hacer pan amasado, juntarían moras y frambuesas para hacer mermeladas y que serían más ricas que nunca. Que tendrían gallinas y vacas, porque el Señor los ayudaría a recuperar lo perdido, pero que lo más importante era que estaban todos juntos.

María recorrió el camino a su casa de la mano de la abuela Libia, pero esta vez pasaban por un pueblo que no era el que conocía, era un pueblo fantasma que humeaba a su paso.



En el camino, debajo de un leño achurrascado por el incendio, había una planta de grosella, muy chiquita. La niña, de largo cabello negro y piel blanca, sacó el relleno de su oso Miguelito y dentro puso tierra y la pequeña planta y lo plantó en el terreno de lo que había sido el patio de su casa.

La casa se reconstruyó con mucho esfuerzo y los animales se recuperaron y el árbol de grosella sigue en el mismo lugar donde junto a sus raíces descansa Miguelito.



La música en las montañas

Hace años, me contó mi abuelito un cuento aymara, que le había contado mi bisabuelo. Me contó que hace mucho tiempo, Chuku, un niño aymara, vivía en la cordillera de Los Andes en el norte de Chile. Él había tallado una hermosa y linda quena, que tenía un problema muy grande: no sonaba. Por eso le pidió a un yatiri, un sabio anciano, que le mostrara el sendero para llegar a la vertiente sagrada, donde un misterioso sereno le daría sonido a su quena, pero el anciano sabio no quería revelar el camino, porque era muy peligroso. Todos los días, Chuku rogaba al anciano sabio yatiri que le dijese cómo llegar a la vertiente, pero no se lo decía, pues no era el momento.

Un día, el anciano sabio yatiri llamó al niño y le dijo que ya había llegado la hora para revelar el camino, pero debía tener mucho cuidado, pues el sereno era también un ser malvado y podía provocar muchas enfermedades. Chuku y su hermana partieron al amanecer para ir a la vertiente sagrada, caminaron por las quebradas, cerros, ríos y cruzaron arroyos. Chuku y

su hermana tenían la esperanza que el sereno le diera la melodía al instrumento, pero a la vez temor, pues no debían dejarse ver por el espíritu.

Cuando Chuku y su hermana llegaron a la vertiente sagrada, Chuku tomó la quena y nuevamente comprobó que no sonaba. Chuku y su hermana dejaron la quena en la orilla de la vertiente y se escondieron. El sapo, símbolo andino del agua y la fertilidad, cantó al lado del sereno quien llenó de melodías el bello instrumento.

A la mañana siguiente, Chuku tomó la quena y sopló: ¡Qué maravilla y emoción! de la quena salía la música más linda y hermosa. Chuku y su hermana regresaron a casa, ya era tiempo de la fiesta de limpieza de los canales, mientras los hombres afanaban en las zanjas; las mujeres preparaban la comida. Chuku se incorporó rápidamente a la fiesta.

Espero que mi abuelito esté feliz y descanse en paz en el cielo.....¡¡¡Gracias Abuelito!!!

PRIMER LUGAR

Dafne Daniela Soledad Yufla Saire
3° Básico, Escuela San Francisco de Chiu Chiu
CHIU CHIU

Un día en la panadería

Mi nombre es Dafne, vivo con mi mamá y mis hermanos y estudio en la escuela del pueblo de Chiu Chiu; lamentablemente, mi papá vive en la ciudad de Calama.

Un día en clases, la profesora nos hablaba de los trabajos que realizan algunas personas, mientras el resto duerme de noche; de inmediato, se vino a mi mente mi papá panadero y aproveché de contar sobre su trabajo.

Estando ya en casa, de repente llega mi papá a visitarnos y me invita a Calama, fuimos a su casa, estaban mis tíos, mis primos y primas. Él me dice: ¿quieres conocer el lugar donde trabajo? Yo, feliz de conocer la panadería. Llegamos al lugar y lo observé por completo y le dije: ¿papá, me enseñas a hacer pan? - Claro que sí, hija- fue su respuesta.

Me sentó en una silla y me indicó: lo primero que necesitamos es harina, levadura, agua y sal. Comenzamos a hacer el pan y luego lo pusimos en el horno. Después de un tiempo, el pan estaba listo... Empezamos a comer... ¡mmm... estaba muy rico!

Aquella tarde fue maravillosa junto a mi papá.

Finalmente, llegó el momento de volver a mi pueblo Chiu Chiu, junto a mi mamá, pero esta vez llevaba de regalo pan rico hecho por mí en la panadería de mi papá.

SEGUNDO LUGAR

Ivannia Anaí Orellana Araya
9 años

4º Básico, Escuela E-20 Nuestra Señora de la Candelaria
CASPARANA

No me quiero ir de mi pueblo

Me llamo Ivannia y estudio en la escuela del pueblo de Caspana, al interior de la ciudad de Calama, a una hora y media. Tengo 9 años y desde que nací vivo acá. Mis padres son profesores en la escuela del pueblo. A mí me encanta estar acá, porque es muy tranquilo y todos nos conocemos.

Yo no me quiero ir a estudiar a Calama, porque me costaría acostumbrarme al ruido y a estar con tantos niños en la sala. En mi curso, que es el cuarto básico, somos tres alumnos y compartimos la sala con los alumnos de tercero, que también son tres, es decir, en la sala somos 6 en total. En la escuela, somos 25 niños desde parvulario hasta octavo año y el párvulo se encuentra dentro de la escuela.

Caspana me encanta, porque tiene muchos paisajes bellos para ver, también me gusta porque mi perro corre libremente y va donde quiere.

En Caspana, cuando me acuesto, no se escucha nada, todo está en silencio y cuando me levanto escucho los

pajaritos cantar. En cambio, en Calama, cuando me acuesto, escucho el ruido de los autos que pasan cerca de mi casa y cuando me levanto, escucho el ruido de los aviones.

También me gusta el pueblo de Caspana, porque tengo todos mis amigos, salgo a pasear, hay poco peligro y poco ruido, puedo jugar con mis dos hermanos afuera de la casa, sin preocuparme de que vaya a pasar algún vehículo o extraños. En Calama, no puedo jugar, porque pasan muchos vehículos en la calle.

Mis papas trabajan en la escuela y nos vemos siempre, pero si estudiara en la ciudad no nos veríamos casi nunca. Vivo en la escuela y me demoro dos minutos en llegar a la sala, si fuera a la ciudad me demoraría mucho más en llegar y tendría que trasladarme en vehículo.

No me quiero ir del pueblo de Caspana, me gustaría estudiar hasta 8º básico en mi escuela. Espero que mis papás sigan trabajando en el pueblo para no separarme de Caspana, el pueblo que me ha visto crecer y donde tengo muchos y lindos recuerdos.

PRIMER LUGAR

Daniel Leiva Arqueros
11 años
6º Básico, escuela El Chañar
COPIAPÓ

La nubecita milagrosa

Daniel y Jairo eran dos hermanos que vivían en una apartada población de Copiapó. Ambos pequeños, de 6 y 5 años respectivamente, acostumbraban subir el cerro Capi para ver desde las alturas el valle que por ahora se veía más agreste que lo normal. Pero uno de ellos, Daniel, miraba con atención cómo el cielo se cubría de nubes y el sol se perdía entre ellas.

- ¡Apúrate, apúrate que parece que va a llover!
- ¡Nooooo, si no llueve oh!
- Pero en la tele dijeron que sí, que había lluvia.

Y ambos pequeños corrieron cerro abajo camino a sus casas, porque las nubes se cerraban y una fresca brisa bañaba los aires copiapinos.

Arriba, en el cielo había entre tantas, dos nubes, una llamada Nimbo y la otra, Estratos, que conversaban detenidamente, mientras escuchaban el diálogo de los pequeños.

- Mira nube Nimbo, estos niños ya no creen en nosotras, piensan que no lloverá.

- Ah, sí, lo que pasa es que estos niños están muy concientizados por los hombres. Mira, escúchalos con atención.

Entonces los niños seguían diciendo.

- El papá dice que cada diez años llueve en Copiapó y que florece el desierto y que se llenan los ríos.
- ¡Pero el año pasado llovió, crecieron los ríos y floreció el desierto pero ni con toda el agua que cayó resucitó el río! No, no va a llover.

- Es bueno que le demos una lección -dijo la nube Nimbo a la nube Estratos- si nos juntamos y chocamos, haremos que estos niños vuelvan a creer nuevamente en la naturaleza.

- Sí, tienes razón nube Nimbo, llamemos a nuestras hermanas y primas nubes y a nuestros amigos el viento



y los truenos y también a los relámpagos y hagamos una gran fiesta en los cielos y provoquemos una lluvia intensa, que moje los valles, haga correr las aguas y llene los ríos....

- Para que todos los hombres sepan que la naturaleza es inclemente, que es bendita a la vez y que hay que respetarla.

Entonces desde el cielo, Nimbo y Estratos llamaron a sus hermanas -las nubes- y a sus amigos -los vientos- y los truenos y los relámpagos y juntos crearon una gran fuerza y empezó a llover. Jairo y Daniel aún iban camino a casa cuando sintieron que la lluvia les mojaba. Entonces Jairo, que era el menor, se detuvo y se puso a llorar, porque le dio miedo la lluvia y el viento. Daniel, el mayor, lo abrazó y le dijo.

- ¿Por qué lloras?

- Porque me da miedo la lluvia y, además, porque nuestra mamá nos va a retar por llegar mojados.

Entonces Daniel cubrió la cabeza de su hermano con su sombrero y lo abrazó con mucha ternura y le dijo:

- No llores. La lluvia es buena y mamá no nos dirá nada, porque ella no manda a la lluvia, la lluvia cae porque tiene que hacerlo.

Las nubes Nimbo y Estratos, que abrazadas fuertemente seguían mojando la tierra, pudieron observar con atención la actitud de Daniel con su hermano y escuchar, también con mucha atención, lo que decían.

- Los niños aún nos temen. Míralos, la naturaleza les hace sentir amor, miedo, y esperanzas.

- Pero no hemos completado sus sueños. Hablan de un río.

- Ah! El río Copiapó, ellos deben entender que la naturaleza también se cansa a causa de los hombres.

Mientras Jairo escuchaba con atención a su hermano Daniel, veía cómo el agua de lluvia iba haciendo un pequeño riachuelo que corría moviéndose tan a prisa como sus ganas de llegar a casa, entonces se imaginaba el gran río que bañaba la ciudad de sur a norte y le preguntaba a su hermano si lo conocía.

- No -le decía él- yo nací cuando el río había muerto. Pero le pediremos a nuestro papá que nos relate la historia del río.

Muy felices y complacidas las nubes Nimbo y Estratos escuchaban las palabras de Daniel, entonces llamaron a todo el cielo a una reunión de nubes y les propusieron lo siguiente:

- Hermanas y primas: hoy hemos escuchado en la voz de un niño el deseo humano de una ciudad. Nos abrazaremos todas y haremos una intensa lluvia, tú te irás por las montañas, tú por los valles y tú por el mar, y nos apretaremos hasta desaparecer y convertirnos en un río que cruce la ciudad de sur a norte ¿Entendido?

- ¡Sí!- respondieron todas al eco y cada una fue a sus posiciones.

Daniel y Jairo divisaron a lo lejos a su madre quien corría a abrazarlos. Jairo, que era más llorón, le decía que la lluvia los había pillado bajando el cerro, pero que no lo retara.

Entonces la mamá reprendió a Daniel, porque era el mayor y debían haber regresado más temprano, pero



luego los abrazó y los besó en la cabeza también mojada por la lluvia.

Mientras, la lluvia cobraba fuerzas porque las nubes Nimbo y Estratos y sus primas y todas las nubes del cielo se apretaron hasta reventar, y llovía, llovía incesantemente sin descansar.

Una vez en casa, Daniel y Jairo se sentaron a la mesa a tomar leche caliente y su papá, quien estaba preocupado porque llovía mucho y se iba a entrar el agua, los calmaba, porque además en el cielo se escuchaban grandes truenos y brillosos relámpagos.

- Tranquilos, niños, tranquilos, que nada va a pasar -les decía el papá a los niños.

-¿Papá?-le preguntó Daniel- ¿Podrías contarnos cómo era el río Copiapó y por qué se murió?

-¡Hermoso, muy hermoso! Pero el río no ha muerto, solo nos ha dejado un tiempo para que pensemos en lo mal que hemos tratado a la naturaleza. Recuerdo que con tu mamá bajábamos por su rivera y recogíamos berros y hasta camarones, nos bañábamos en sus posas. ¡Era muy lindo, hasta que...!

Los niños disfrutaban del cuento mientras tomaban la leche, pero una sombra de pena cubrió los ojos del papá por un momento.

- ¿Qué pasa papá?

- Nada. Lo que sucede es que me da pena creer que el río haya desaparecido a causa del hombre. Porque el hombre no cuidó la naturaleza, la ensució, la contaminó y el río decidió marcharse, hasta que el hombre aprenda a cuidar lo bello de nuestro paisaje.

- ¿Y se bañaban en el río?

- ¡Sí, nos bañábamos!

Jairo le preguntó.

-¿Tú crees que vuelva a haber río para que Daniel y yo nos bañemos en él?

- ¡Con esta lluvia, veremos!

Y mientras las nubes Nimbo y Estratos y sus primas llovían ahora inclementes, escuchaban con mucha atención a los pequeños, y se prometieron nuevamente que harían





crecer el río aunque fuera por un día, a fin de que los hombres tomen conciencia.

Además, regaremos el desierto para que tengan un lindo jardín en primavera, y haremos crecer el pasto en los valles y llenaremos los tranques y alimentaremos los glaciares. ¡Yo creo en el hombre todavía! ¡Vamos muchachas nubes, a bendecir la tierra!

Al otro día, un hermoso arcoiris cruzaba la ciudad de norte a sur. Daniel y Jairo se levantaron presurosos y pudieron admirar la belleza del cielo, con aquellas nubes blancas que parecían de algodón. De pronto, su papá va corriendo a buscarlos lleno de contento y les dice.

- ¡Niños, niños, vengan: el río ha vuelto, vengan a ver!

Y corrieron hasta la rivera del río y vieron un precioso caudal que llenaba todo su ancho. Sus aguas furiosas aún por la fuerza alegraron a los niños de sobre manera y a Jairo lo dejaron asombrado.

- ¡Qué hermoso y grande es el río papá!

- ¿Se quedará con nosotros para siempre? -preguntó Daniel.

- No lo sé hijos, pero lo importante es ver que tenemos una nueva oportunidad de admirar y cuidar nuestra naturaleza.

Arriba en el cielo, dos grandes y blancas nubes observaban al trío de humanos. Nimbo y Estratos se sentían felices por lo que veían.

- ¿Te das cuenta de que los hombres aún aman la naturaleza?

- ¿Pero, y el río se quedará?

- Eso dependerá de los hombres -respondió Nimbo. Nosotros hemos regado sus campos, sus desiertos y sus glaciares. Haremos crecer la hierba en la cordillera y las flores en su desierto. Esperemos que Daniel y Jairo enseñen a sus pares que todo es posible si los humanos quieren a su planeta.

Y ambas nubes comenzaron a viajar movidas por el viento, llenas de alegría.

SEGUNDO LUGAR

Nelson Leiva Arqueros

16 años

1º Medio, Liceo José Antonio Carvajal
COIAPŌ

La fábula del Alicanto

Un día de lluvias, de esas que pocas veces se ven en el norte, donde el viento arrecia intempestivamente, donde las tralcas y los relámpagos figuran una orquesta llena de ruidos y luces que pareciera que hubiera una fiesta en los cielos; un día de esos, en que los zorros y las iguanas huyen hacia sus guaridas presos del espanto y llenos de asombro, y los jotes y los aguiluchos aletean con urgencia hacia sus nidos; un día de esos, don Manuel bajaba del cerro Capi con su carpacho lleno de mineral de oro, con el mismo asombro y temor mezclados.

Don Manuel Godoy era un hombre de cerros y piedras, de mineral, de piques profundos y de picota y barreta. Él era minero de nacimiento, según decían los que lo conocían. Un hombre de rudos gestos y frente quebrada por el sol, de mechazcas blanquecinas y dientes entreabiertos, singularmente tenía en su boca un diente de oro y uno de verdad, por lo que, cuando reía, el sol golpeaba sobre su boca haciéndola brillar.

Muchos decían que era hermano del cuco, porque no tenía nada de buenmozo el hombre, pero era muy amable con la gente que lo conocía, no obstante ello, era mediero y tranquilo.

Mientras, la lluvia caía por su cuerpo y los truenos y relámpagos de aquella lluvia parecían reclamarle el tesoro que llevaba en su carpacho. Don Manuel Godoy se detenía toda vez que los fuertes truenos hacían su sonata y curiosamente bajaba su morral y lo golpeaba sobre el suelo. Según él contaba, eso lo hacía para apaciguar a la Pachamama y ejercer dominio sobre ella, situación que producía casi por encanto una llovizna suave que calmaban los vientos.

Cerro abajo pasando por el cementerio, lugar donde vivió una colonia de indios atacameños que dejó por vestigios algunas cocinas rudimentarias, unas lozas talladas de piedras y muchas tumbas, las que sólo se podían ver -según él- con los ojos del alma, mientras las contemplaban con los ojos del cuerpo; don Manuel esperó con paciencia que acampase la lluvia y dejó su



saco sobre una piedra que en esos años había servido de lavadero.

- ¡Buen dar con la lluviecita esta! - exclamaba a la nada, porque su vida era tan solitaria como esos cerros que lo acompañaban.

Don Manuel encendió un cigarrillo y fumó mientras observaba el carpacho lleno del fruto de su trabajo. ¡Sendas peñas pintadas de oro!

- ¡Cerro bendito de mi taitita Dios! -volvía a exclamar mientras contaba las piedras- una, dos, tres, cuatro, cinco, seis.... Sólo me falta una piedra y estoy listo.

Luego miraba las nubes que corrían presuras tiñendo el cielo de gris y replicaba.

- Solo la séptima y habré terminado mi tarea.

Era un hombre testarudo y siempre se salía con la suya, pero aquella tarde de lluvia algo le haría cambiar sus pensamientos.

Como la lluvia había cesado, tomó su morral y continuó su bajada hasta llegar al despeñadero, un lugar donde las piedras descansaban después de un largo recorrido cerro abajo movido por los temblores o los vientos, o la simple necesidad de que aquellas piedras estuvieran allí, señalando el camino a la ciudad. Las nubes se abrieron de improviso, dejando traspasar algunos rayos de luz, los que al chocar con las gotas de lluvia formaron un gran arcoíris, que comenzaba desde el inicio del despeñadero y cruzaba todo el cerro Capi.

Don Manuel se detuvo para ver la belleza de aquella postal en vivo que su taitita Dios le regalaba. Sonreía y el sol también chocaba con sus dientes de oro. Entonces, puso atención al inicio del arcoíris y descubrió que entre las peñas, había una que brillaba sobremanera y que le llamaba con su brillo.

- ¡La olla del arcoíris, la olla del oro! -Exclamó rebotando de alegría.

- ¡Sí, sí, sí!

Corrió raudamente, porque tenía que llegar antes que el arcoíris desapareciera o si no los duendes (según él), se llevarían el tesoro. No le importó su morral ni el inmenso trabajo que le tomó encontrar tanta peña de oro y corrió con su pala y picota hacia el inicio del arcoíris sonriendo siempre, porque había aprendido que si él sonreía, la lluvia chocaría con el brillo de sus dientes de oro y mantendría abierta la puerta a ese gran nido de oro que le esperaba al inicio del arcoíris.

Corrió y corrió sin descanso, pisando piedras, y riendo siempre para no apagar el arcoíris, pero mientras más avanzaba, más lejano le parecía el final.

Detuvo sus pasos, cuando un zorro se cruzó en su camino y lo miró tan fijamente sentado en su cola que don Manuel no tuvo más remedio que enfrentarlo, pero si cerraba su boca se apagaba el arcoíris, porque el sol no chocaría con sus dientes, por lo que no podía espantarlo si no con musarañas, con aleteos y con piedras que recogía y lanzaba, pero no cesaba de reír.



El zorro le dijo:

- ¿Por qué sonríes y me atacas a la vez si dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis?

Y él con la boca abierta intentaba decirle:

- Es que si dejo de reír se apagará el arcoíris y la peña número siete jamás encontraré....

Y el zorro se apartó de él y don Manuel continuó su marcha.

Con trote ligero avanzó, mientras algunas nubes empezaban a seguirlo desde el cielo opacando el brillo del sol y desarmando el arcoíris. Una bandada de jotes estaba en pleno festín, alimentándose de carroñas. El los miró sin dejar de reír, y los jotes lo observaron mientras saboreaban su cena.

Uno de ellos se acercó a él y lo sobrevoló.

- ¿Por qué te ríes de nuestra cena minero Manuel si dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis?

Y él contestó:

- Es que si dejo de reír se apagará el arcoíris y no llegaré hasta él y la piedra número siete jamás encontraré.

Y el jote, junto al resto, decidió emprender vuelo hacia sus guaridas.

Ya quedaba poco tiempo y si Manuel cerraba su boca

el arcoíris desaparecería, porque el brillo del sol ya ni siquiera le alcanzaba. Corrió a prisa, muy a prisa y sin descansar y en su camino casi llegando hacia el inicio del arcoíris que cruzaba todo el cerro Capi se encontró con una iguana que se puso frente a él y con voz amenazante le preguntó.

- ¿Por qué te ríes mientras corres minero Manuel si dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis?

- Es que si dejo de reír el arcoíris se apagará y no podré llegar hasta el oro.

- ¡Humm!-exclamó la iguana- será mejor que te devuelvas, porque seis menos dos son cuatro y cuatro menos dos son dos.

Manuel Godoy se extrañó: por qué si el zorro le preguntó lo mismo y lo dejó pasar, después el jote le preguntó lo mismo y lo dejó pasar y la iguana le preguntó lo mismo y le pide que regrese; no lo entendía.

- Mientras tú ríes, el sol choca sobre tus dientes de oro y las gotas de lluvia provocan un arcoíris siempre que tu boca esté abierta. Si la cierras desaparecerá.

Manuel hizo la prueba y, efectivamente, la iguana tenía razón.

- Tu propia ambición ha jugado en tu contra. Has dejado el fruto de tu trabajo en medio del cerro y has corrido preso de la ambición.

Y dicho lo último, la iguana se alejó confundándose entre las piedras.





Manuel Godoy que era minero de nacimiento, de extraño aspecto y con un diente de oro y otro no, comprendió el mensaje de la iguana y se devolvió por el mismo camino. De regreso, se encontró con el jote, quien le dijo.

- ¡Te has dejado de reír minero Manuel, y el arcoíris se ha ido! -Y sobrevolaba sobre su cabeza riendo.

Continuó Manuel y a su paso encontró al zorro, quien le dijo.

- ¿Qué ha pasado con tu risa minero Manuel? Has dejado de reír y se ha ido el arcoíris.

Y se fue el zorro gruñendo y riéndose del pobre minero Manuel.

Cuando estaba a punto de llegar hasta donde había dejado su carpacho, el minero Manuel Godoy observó con distancia que una gran ave y de mucho brillo descansaba sobre su carpacho.

- ¡El alicanto, el alicanto! -gritó afanosamente- Y corrí desesperado tras su caza, pues él sabía que donde el alicanto hacía su nido se encontraba oro o plata.

- ¡El alicanto, el alicanto! - corría y corría, pero de pronto se detuvo y se acordó de lo dicho por el zorro y por la iguana que hasta pareció haberlos escuchado a coro decir:

“Has dejado de reír minero Manuel, porque dos y dos son cuatro y dos son seis y la siete que tú buscas frente a ti la encontrarás”.

Entonces entendió que los animales le habían dado una señal y que la séptima peña era justamente la que se encontraba anidando en su carpacho. El alicanto se había posado sobre él y anidaba sobre sus seis peñas.

El minero Manuel avanzó sigiloso como el zorro, hábil como la iguana y con una vista amplia como el jote repitiéndose que no tenía que ser afanoso ni ambicioso, porque el alicanto alzaría sus alas y emprendería su vuelo llevándose consigo el fruto de su trabajo; entonces, cuando estuvo cerca del ave se abalanzó sobre él. El alicanto aleteó, removiendo el polvo de oro y plata que cubría su cuerpo y tomando con su grueso pico el carpacho del minero Manuel, emprendió el vuelo hacia el infinito dejándolo sin el fruto de su trabajo. Tan grande y fuerte fue el chillido del ave alicanto que rompió las nubes que espectaban la escena y la lluvia comenzó a caer nuevamente. El minero Manuel Godoy sintió la lluvia sobre sus cabellos blanquecinos y caminó hacia la ciudad, sin su carpacho con seis piedras de oro, sin sus amigos el zorro la iguana y el jote, y con la boca cerrada por temor a que un nuevo arcoíris apareciera luego de la lluvia y le diera una nueva lección. De regreso a casa, exclamó: “La avaricia rompe el saco”.

Y elevando su vista al cielo vio cómo el ave se alejaba con su carpacho con seis piedras, perdiéndose entre las nubes.

PRIMER LUGAR

Camila Rachel Vicencio Vicencio

11 años

5º Básico, Escuela Básica Rincón de Las Chilcas

COMBARBALÁ

Las monedas de oro

Hay un pueblito muy pequeño que ni siquiera sale en el mapa, ahí vivo yo y también mi abuelita. Este pueblito se llama La Cuadra, y pertenece a la comuna de Combarbalá, Región de Coquimbo. A mi abuelita le pasaron muchas historias, pero por esta vez les contaré una que a mí me contó desde que yo era pequeñita.

Una vez cuando mi abuelita era solo una niña, tenía que ayudarle a su mamá en las labores de la casa y del campo, porque tenían muchas, muchas gallinas y chanchos.

Un día, cuando ya era el atardecer, fue al corral que quedaba debajo de un viejo almendro, a encerrar a los chanchos, pero se dio cuenta de que faltaba una chanchita, su regalona.

Cuando se acostó no podía dormir pensando en la chanchita, así corría el reloj, cuando de pronto escuchó "oing, oing"; era la chanchita que llegaba a la casa. Entonces mi abuelita se levantó y fue a encerrarla, pero cuando estaba poniéndole el bozal escuchó unas

monedas que caían, caían y caían como un chorro de agua, ¡justo detrás de ella y debajo del almendro! Ella sólo miro de reajo y vio que se acercaba una pequeña niña vestida completamente de blanco transparente.

Mi abuelita, claro, ni hizo caso de la chancha, ni de las monedas, ni mucho menos de la niña y corrió y corrió despavorida a refugiarse en su cama, así estuvo toda la noche con mucho miedo. Al otro día, mi abuelita fue debajo del almendro a ver si estaban las monedas, pero para su desgracia o bendición no había ninguna, ni siquiera un rastro de ellas.

Al tiempo después, debajo del almendro apareció un gran hoyo y al lado de éste una inmensa piedra. Fue así como se enteró que allí había un "entierro" de monedas de oro que alguien -quizás quién- lo había desenterrado.

Por fortuna, no hice caso esa noche hijita -decía mi abuelita- porque esa plata trae solo desgracias.

Sí, por suerte abuelita.

SEGUNDO LUGAR

Leyla Sofía de Jesús Pizarro Cortés
11 años
6° Básico, Escuela de Coquimbito G-4
LA SERENA

Las aventuras en el bosque

Había una vez, en un pueblo muy pequeño y amigable llamado Coquimbito, una casita pequeña y muy humilde, donde vivía un muchacho llamado Maybel, de ojos café y grandes.

Una tarde de otoño, Maybel estaba sentado afuera de su casa cuando de repente escuchó un relinchar de caballo. Al oírlo le da mucha curiosidad y salió a ver de qué se trataba y vio un hermoso caballo café oscuro, con su tuza rubia. Entonces, lo fue a buscar, ya que desde pequeño quería tener un caballo, aunque no era del color que él quería, pero se conformaba sólo con tenerlo.

Al otro día, decidió salir a cabalgar al cerro que era su lugar favorito. Cuando llegó al lugar tan esperado, vio desde allí que detrás de él había un hermoso y gigante bosque, y al verlo le dio mucha curiosidad y fue a ver de qué se trataba.

Al llegar al bosque, se bajó de su caballo y vio una enorme roca con mucha gente a su alrededor y le preguntó a alguien qué pasaba con esa roca y le respondieron que es la roca de los deseos; entonces, amarró su caballo a un árbol y se acercó a la roca.

Al ver que toda la gente le pedía deseos, él le pidió uno, pero la roca cansada de tantos deseos se abrió y de ella salió un rayo que abrió el cielo de par en par y de ese hoyo apareció un mago muy furioso por todos los deseos que le pedían a su roca sagrada y decidió quemarla.

Al quemarla, desapareció el bosque y sólo quedó la gente muy triste por lo sucedido. Por eso, el muchacho decidió irse a casa, pero como debía dejar recompensa, muy triste dejó su caballo.

Finalmente, al llegar a casa se sentó en la silla, abrió los ojos y se dio cuenta de que todo había sido un sueño.

PRIMER LUGAR

Josué Brayan Leiva Apablaza
18 años

4° Medio, Escuela Industrial Guillermo Richards Cuevas
PUTAENDO

La lección de Efraín

Mi abuelito me contó que en un lugar, cerca de mi pueblo, existe una casita que la rodean árboles que parecen gigantes. La familia que habita ese lugar es muy sencilla y cultiva las tradiciones del campo: se visten como huasos, tienen caballos, muchos perros, entre otras cosas. Efraín, el menor de los siete hermanos de la familia no podía montar los caballos, porque era el más pequeño, pero él no entendía eso y corría junto a su perro “Guagua” correteando a sus hermanos todo el día detrás de los caballos.

El perro de Efraín era muy grande y él le gritaba que corriera más rápido, pero inevitablemente el perro se cansaba por el peso de Efraín y se echaba al suelo sin mover las patas. Efraín estaba molesto, porque no podía alcanzar a sus hermanos. Un día que el perro se quedó echado en el pasto, Efraín se enfureció tanto que se puso a llorar y se fue corriendo a la casa a cortarles a su mamá.

Cuando llegó a la casa y ve a su madre, él le recrimina su pequeñez con mucha pena. La mamá le da un abrazo y le dice:

- Efraín, ya sé por qué estás con tanta pena, es porque no puedes montar a caballo, ¿cierto?

Efraín la mira molesto, pero su madre le da el siguiente consejo:

- Cada cosa a su momento, hijo. Ya vas a ver, cuando estés preparado serás capaz de hacer mucho más que tus hermanos. Ahora, te puedes caer y hacerte daño, hágame caso.

Luego, lo envía a buscar a su padre para que le ayude en el arreglo de un lavamanos, pero antes de que Efraín salga, le dice:

- Hijo, recuerda que te quiero.

Efraín estaba aún enojado, pero sale de la casa a buscar a su padre. Cuando llega donde estaba su padre, ve que le está limpiando el pelaje a un robusto caballo y le dice que la mamá lo llama, porque lo necesita en la casa. El padre le pide que se quede un momento ahí cuidando el caballo, mientras él va y vuelve. Efraín se da cuenta de que el caballo está solo y mira para todos lados para comprobar que nadie lo estuviera observando, y sin pensarlo dos veces se sube al caballo. De repente, el caballo se da cuenta que lo están montando y un poco asustado comienza a correr y dar vueltas por todos lados. Efraín, asustado, se aferra de las orejas del caballo y grita pidiendo ayuda. El caballo corrió por el gallinero y destrozó todo lo que había a su paso: una gallina se le subió a la cabeza de Efraín, y éste gritaba y gritaba y movía la cabeza, hasta que la gallina se cayó.

De pronto, el caballo pasa por los árboles grandes que rodeaban la casa, las ramas comienzan a cruzarse tan rápido que apenas veía adónde iba. Efraín prefirió cerrar los ojos, pero no dejaba de gritar; de repente se queda congelado sin moverse, abre los ojos y se da cuenta de que estaba colgando del cinturón arriba de un árbol. Él seguía gritando y pasaban los minutos y nadie escuchaba. De pronto, los padres se dan cuenta de que Efraín no estaba en ningún lado y comienzan a buscarlo hasta que ven que está colgando del árbol. Lo bajaron con cuidado, y le explicaron que por porfiado le había pasado eso, pero él no dejaba de llorar, aterrado de miedo.

Efraín se dio cuenta de que los padres se preocupan mucho por sus hijos y por eso, de vez en cuando, deben prohibirle hacer algunas cosas. Él comprendió esto y prometió que no lo haría más y esperaría a tener más edad, para que en un futuro pudiera montar los caballos que tanto quería junto a sus hermanos.

SEGUNDO LUGAR

Nelson Darío Páez Bastas

14 años

1° Medio, Escuela Industrial Guillermo Richards Cuevas

SAN FELIPE

Nelson y la tribu linca

Me contó mi abuelito que una vez, hace ya varios años, en un pueblo de nombre Renacer, vivía un hombre llamado Nelson y era el hombre más millonario de ese pueblo, siempre que alguien tenía una necesidad acudía a él, a su enorme mansión, la cual se encontraba a las afueras del pueblo.

Era tanto su buen corazón que a él no le importaba deshacerse de su dinero y muchas veces hasta de los bienes.

Hasta que pasado el tiempo llegó el minuto en que ya no tenía nada y así fue como llegó a quedar tan pobre como los que le pedían, fue tanta su desesperación que llegó a pensar en irse del pueblo. En ese instante apareció un anciano, el cual después de haber conversado con él lo que le había ocurrido le aconsejó no irse, si no que darle a conocer a los habitantes lo ocurrido.

La gente, al saber lo que le había pasado a Nelson, le pidió que no se fuera, porque ellos le ayudarían con dinero tal como él lo había hecho anteriormente.

Después de dos meses, el hombre se acostumbró a recibir pequeñas sumas de dinero por los habitantes de aquel pequeño pueblo. Pasado el tiempo a la gente le empezó a molestar la forma que tenía al pedirlo, pedía el dinero con aprovechamiento y los obligaba, sacándole en cara todo lo que él había hecho por ellos antes, sin saber la gente que de a poco Nelson iba recobrando su enorme fortuna con el dinero que le daban. Pero un día, cuando salía de su mansión, un pueblerino lo vio sacando de su bolsillo una gran suma de dinero. Al ver el hombre tanto dinero, le fue a contar al alcalde, quien le informó a todo el resto del pueblo.

Al otro día, todos sabían la cruda noticia. Sin saber el hombre lo que pasaba, caminaba por las calles sin percatarse de lo sucedido. Cuando los pueblerinos lo veían pasar se enojaban, cada vez más, hasta que un día decidieron pedirle al alcalde que lo echara del pueblo y que no volviera nunca más. Pero un hombre muy agradecido por todo lo que había hecho por él, fue a la mansión de Nelson y le confesó todo lo que iban a hacer. Después de haberle contado todo

a Nelson, él se sintió muy avergonzado de sí mismo, pensando que nunca más nadie lo iba a querer ver y que ni su propia familia lo iba a apoyar.

Nelson, después de meditarlo mucho, se acordó de una ceremonia que iba a haber en el pueblo, y se le ocurrió pedir una oportunidad para decirle la verdad a todos los habitantes que iban a asistir.

Nelson habló con el alcalde y le pidió que cuando terminara de decir su discurso le concediera algunos minutos. El alcalde, después de pensarlo un buen rato, aceptó, pero le advirtió que fuera muy cauteloso con lo que iba a decir.

Ya pasadas las horas, empezó la ceremonia y los pueblerinos que se encontraban ahí hablaban solo de cómo iban a echar a Nelson. Nelson los escuchó y se puso muy triste porque ¿cómo lo iban a echar, después de todo lo que había hecho por ellos? De repente, el alcalde le dijo que subiera al escenario donde estaba y contara todo lo ocurrido y Nelson empezó su discurso diciendo:

- Hoy, he pedido esta oportunidad para decirles que todo lo que dijeron sobre mí fue un mal entendido. Les voy a explicar lo que sucedió. Hace tres días, escuché rumores que alguien me vio sacando mucho dinero y que estaba guardando el dinero que ustedes me daban para subsistir. Eso es verdad, y les voy a explicar el motivo: todos sabrán que hace varios años, al otro lado del río Antupeñi, se encontraba una antigua tribu llamada Linca, que desapareció hace muchos años, pero yo los encontré y los estoy ayudando. Les he comprado alimento y algunos medicamentos con el dinero que ustedes me dieron.

Luego de que Nelson terminara de contar lo ocurrido, todos se fueron mucho más enojados, ya que todos creían que esa tribu ya no existía porque hace ya varios años que no se veía a esa gente, y nadie creía que él los hubiera encontrado. Luego, todos fueron a pedirle al alcalde que lo expulsara del pueblo cuanto antes por ladrón y mentiroso. El alcalde aceptó y les dijo a todos los que allí estaban que al otro día lo echaría definitivamente, y que nunca más iba a pertenecer al pueblo Renacer.

Al otro día, toda la gente se reunió para expulsar a Nelson y a toda su familia, pero él no se encontraba en su mansión. La mujer de Nelson le contó a la multitud que se encontraba visitando a la supuesta tribu que estaba en el bosque, al otro lado del río Antupeñi; era tanto el odio que le tenían los habitantes del pueblo que lo fueran a buscar al bosque.

Luego de varias horas buscándolo, de repente vieron una pequeña silueta pasando por entre unos matorrales; era Nelson que se dirigía hacia una cueva que estaba a unos metros más al fondo del bosque. Al juntarse, les contó a todos los pueblerinos que en aquella cueva se encontraban todos los habitantes de la tribu que él cuidaba, pero todos entraron en duda, ¿por qué él sabía dónde estaban escondidos? y ¿cómo los había encontrado? Casi todo el pueblo iba de excursión al bosque, al otro lado del río, y nunca los habían visto y se preguntaban unos a otros ¿cómo los encontró? Nelson les relató que un día, mientras cazaba en ese mismo bosque, los vio, mientras sacaban agua del río, creyendo que nadie los observaba, y les preguntó por qué estaba escondidos y ellos le respondieron que por miedo a los disparos que escuchaban, y no tenían con qué protegerse, pues eran pacíficos, por eso no



tenían más remedio que esconderse sin saber que eran los disparos de Nelson mientras cazaba.

Después de contar lo sucedido, todos empezaron a sentirse mal porque no le habían creído a Nelson e incluso lo querían echar del pueblo donde él nació y se crió. Después de varios minutos todos empezaron a pedirle perdón por no apoyarlo en su gran descubrimiento y le decían que gracias a él la tribu Linca podría resurgir, pues los había encontrado y ayudado en todo lo que necesitaban.

Nelson los perdonó, pero con una condición, lo ayudarían a convencer a la tribu Linca que no se escondieran más, porque todos los pueblerinos de Renacer los iban a ayudar en lo que fuera.

Después de conversar arduas horas con el jefe de la tribu, los convencieron y lograron que salieran de la cueva donde estaban escondidos, pero el humilde jefe de la tribu les dijo que no cazaran más en el bosque, porque para ellos los animales eran sagrados y no era necesario matarlos. Aunque no todos estuvieron de acuerdo, aceptaron lo que la tribu pedía sólo para que la tribu Linca no sufriera escondiéndose y muriendo de hambre en cuevas oscuras y húmedas. Así todos fueron muy felices y se ayudaron unos a otros.

Al cabo de varios años, todo fue igual que antes. Nelson logró recuperar toda su fortuna y siguió como siempre ayudando a los habitantes de Renacer y a la tribu Linca, la cual ya tenían sus propias casas, al otro lado del río.



PRIMER LUGAR

Maximiliano Vicente Valdés Garcés
5° Básico, colegio San Ignacio
QUILICURA

La araña Tirula

Esta es la historia de la araña Tirula. Una araña como cualquier otra. De origen campesino y, según me contó mi abuelita, más lista y comprensiva que todos los insectos del campo, llámese: saltamontes, avispas, abejas, escarabajos, palotes, cochinillas, pulgones etcétera, etcétera.

Lea a continuación la síntesis de lo que podría llamarse: historia de una araña de campo y de un niño que le enseñó a cuidar su sueño.

- La araña Tirula habitaba la bodega de una casona de campo construida en las afueras del pueblo de Caleu.
- Por las noches, mientras la familia dormía, se ponía a recorrer las habitaciones en busca de las migajas que los niños, accidentalmente, botaban al suelo.
- En unos de esos paseos nocturnos, descubrió una abertura que le permitía la entrada a la habitación del más pequeño de los hermanos.

- Tirula era una araña asustadiza. Sabía que todos le temían por sus patas largas y velludas.
- Sin embargo, era inofensiva, pero los hombres la llamaban "araña de rincón"; cosa absolutamente falsa, pues ella era justamente la que evitaba que ésta se acercara a los hombres y les pinchara con su veneno.
- Pero eso, los adultos no lo sabían.
- Por eso debía ocultarse como si fuese una peligrosa especie para la humanidad.
- Todo lo anterior la hizo reflexionar si entrar o no al cuarto del chico.
- Había visto a su madre, después de la ducha tibia y de la postura del pijama, subirle a su habitación un vaso de leche y un trozo de pan con mantequilla.



- Y Tirula tenía mucha hambre. Por eso se deslizó bajo la abertura de la puerta y entró a la pieza del niño.
- Éste dormía plácidamente agarrado a un perro de peluche que no cerraba los ojos.
- Tirula miró hacia el velador y vio el vaso medio lleno y el trozo de pan.
- Era su merienda.
- En ese preciso momento, sintió que algo se deslizaba bajo la cama.
- La única capaz de hacerlo y por lo que se le podía identificar era la temida araña de rincón.
- Tirula se protegió contra una de las patas del velador. La araña de rincón no pretendía la merienda del chico, sino picarlo directamente en el cuello desnudo.
- Tirula se sintió en la obligación de evitar esa mordedura.
- La araña de rincón era, aparte de rápida, fuerte y agresiva. Pero la madre araña Tirula le había enseñado cómo enfrentarse a las maléficas arañas de rincón. Era el momento del duelo, el cara a cara.
- A Tirula le temblaban las patas traseras, pero lo disimulaba muy bien.
- Por su parte, la araña de rincón sonreía y dejaba ver la punta de su aguijón.
- Subió por la pata de la cama y se detuvo a tan sólo 20 centímetros del cuello del niño.
- Tirula se lanzó por el lado contrario para detener en parte el avance de la asesina.
- En mitad de la noche, sólo el inocente ronquido del niño rompía la fragilidad de las formas.
- Tirula tenía las patas largas y éstas le permitían dar grandes zancos y redoblar la distancia de la ágil araña de rincón.
- Por fin, se interpuso en el camino.
- El aguijón de la de rincón se alzó enhiesto al cielo, dispuesto a caer sobre el invasor.
- Tirula hizo lo que le enseñó su madre: levantó el abdomen, flectó las patas delanteras y de un soplo y certero golpe le dio una patada a la araña de rincón.
- La fea y mala araña cayó al suelo y, sabiendo que ésta era capaz de vencer, huyó por la abertura de la puerta.
- Tirula celebró el triunfo; miró al niño, dormía. Su cuello estaba salvado.
- Con el derecho que da la victoria, subió hacia el vaso de leche y se puso a beber y masticar las diminutas migas de pan como premio a su valentía.
- Esta acción heroica nadie la sabría jamás, menos el niño, pero era su naturaleza, tal como para Tirula era resguardar desde siempre el sueño de los peques.



SEGUNDO LUGAR

Lisette Valentina Marchandon Figueroa
3º Básico, Instituto Alonso de Ercilla
ESTACIÓN CENTRAL

La familia en el campo

En una hermosa parcela que se encontraba en el campo de la zona central de Chile, vivía una linda familia: el papá, la mamá y dos hijos: Felipe de 8 años y Vicente de 4. Todos los días jugaban en la tierra, haciendo caminitos y jugando a las bolitas, también columpiándose en los columpios que el papá les hacía con las ramas de los sauces. El juego más entretenido era bañarse en un pequeño canal que pasaba al final de la parcela, el agua era café por el barro, pero limpia, sin basura. Lo pasaban tan bien, pero siempre en compañía de sus padres, quienes siempre les decían que nunca debían estar solos en ese lugar.

Un día, el hijo más pequeñito no obedeció y a escondidas fue solo a meterse al agua. Justo ese día, el canal traía más agua y se desplazaba con más fuerza. Vicente, apenas se metió al agua, comenzó a ser arrastrado por el agua y muy asustado comenzó a gritar y se afirmó justo de una rama que caía al

canal. Gritaba con tanta fuerza que fue escuchado inmediatamente por sus padres y hermano, que ya habían comenzado a buscarlo. Llegaron corriendo al lugar y lo sacaron del agua.

Muy enojados y felices al mismo tiempo, lo abrazaron por haber llegado antes de que fuera demasiado tarde. Le dijeron que esto había ocurrido por su desobediencia y que era muy importante creer a los padres cuando advertían del peligro.

Desde ese día, como castigo, nunca más se bañaron en el canal. Y los niños siguieron divirtiéndose con las aventuras del campo.

Y colorín, colorado este cuento de tu abuelito se ha acabado.

PRIMER LUGAR

Valentina de los Ángeles Díaz Toro
4º Medio, Colegio Santa Inés
SAN VICENTE

Las misiones en El Inca

La brisa suave de un atardecer acariciaba mi rostro, había regresado hace un rato de mi jornada escolar y descansaba en el sillón empajado de mi abuela Ester. Un cariño inmenso hacia ella me hacía visitar su casa solitaria y abandonada, los adobes que le daban forma, ya roídos y descoloridos, empezaban a perder su armonía y a ceder con el tiempo.

Fue mi abuela, una campesina gentil, comedida y laboriosa, generosa con todo el pueblo, decía que lo había heredado de su madre, que había sido una mujer luchadora, pero muy dulce en su trato. Me contaba que la había criado a ella y a sus seis hermanos casi sola, digo casi, porque tuvo tres maridos, los que la acompañaron poco tiempo, quedaba viuda y aparecía rápidamente otro pretendiente que la cortejaba y sin hacerse de rogar se matrimoniaba. Ya se sabía de memoria los sagrados sacramentos, el mismo curita, la misma capilla, los mismos invitados, mi abuela se divertía contándome.

Mientras me acomodaba en su sillón y sintiéndola muy cerca, recordé su voz que ahora parecía llegar como un susurro con el viento y repasé las asombrosas

historias que me narraba, pero en especial una, la de mi bisabuela Elvira, era el relato que más me gustaba y que le pedía me detallara una y otra vez.

Corría el año 1905 y en los sectores rurales de esta región la vida era simple y diferente y las prácticas religiosas eran... respetadas por el pueblo, la gente, ingenua y más crédula, sentía temor de Dios, infundado por los mismos clérigos, quienes observaban que los aldeanos no tenían mucha instrucción y que algunos no sabían leer ni escribir.

Al iniciar cada año, preferentemente en enero, se realizaban "Las Misiones", venían desde otros lugares varios sacerdotes que predicaban y confesaban a la gente, entregando -como hasta hoy- el mensaje de Cristo, tratando de acrecentar la fe y el buen comportamiento, pues el alcohol y las chinganas hacían de las suyas, provocando desórdenes y perturbando la tranquilidad del lugar.

Para ese entonces, mi bisabuela tenía unos diez años y acompañaba a su familia cada día hasta que se daba término a estas misiones católicas.



Desde un sector de San Vicente Tagua Tagua, llamado la Orilla de Pencahue, viajaban muchos lugareños en carretas tiradas por bueyes, hasta un lugar llamado El Inca, ubicado a unos tres kilómetros. Atravesaban un riachuelo de aguas cristalinas, cruzaban el cerro y se reunían para escuchar a los eclesiásticos. Claro que en un rincón de cada carreta y depositadas en sacos paperos para disimular, iban varias damajuanas con chicha y alambique, además de arpas y guitarras, para alegrar y acortar la vuelta.

Era un lugar desolado, amplio y seco, ubicado a los pies de un cerro cubierto de espinos y grandes piedras grisáceas, allí los misioneros armaban su altar y a cielo abierto enseñaban a vivir en la gracia del Señor, esto cuando el care´gallo empezaba a esconderse y un sutil manto azul purpúreo empezaba a cubrir el lugar.

Me contaba mi abuelita que una vez, estando su mamá muy atenta, pues era el último día de las misiones, la voz de un curita español anunciaba: "Queridos hermanos en Cristo, en unos momentos... viviréis un gran acontecimiento... no tengáis miedo, que a

vosotros no os pasará nada... nada grave... nosotros los protegeremos en el nombre de Dios".

Aún no terminaba de hablar el presbítero y sintiéndose todos inquietos, el recelo se apoderó de cada feligrés, el corazón les sacudía el pecho y con la incertidumbre aún en brasas sienten un estruendo como si el cerro se partiese en dos. Todos los presentes voltean y miran abriendo tamaños ojos, no podían disimular su asombro y un brutal miedo se hizo innegable. Desde lo alto del cerro, viene un carruaje negro de cuatro ruedas, tirado por cuatro recios y fibrosos caballos color azabache.

El coche viene cerro abajo a una velocidad avasalladora, salta sobre los peñascos y casi pierde el equilibrio, el roce de los ejes en las rocas saca chispas, los relinchos de los animales retumban en la hondonada, esquivan los espinos que cubren el cerro y vienen derecho hacia las fieles y predicadores. Todos gritan y huyen guareciéndose detrás de las carretas, los bueyes intentan arrancar, los yugos crujen, los religiosos tiran agua bendita... el carruaje infernal

-sin cochero a la vista pero con una huasca haciendo círculos en el aire y pegando con furia sobre el lomo y anca de los brillante corceles-, pasa en medio de la muchedumbre, solo se pudo ver la dentadura luminosa en los hocicos retraídos por los frenos de metal y los ojos centelleantes y refulgentes de los animales que corrían endemoniados dejando una polvareda tal, que en un instante nadie veía nada... por un momento todos pensaron que se había llevado las almas de los que allí se encontraban.

Enmudecidos y temblorosos, volvieron a sus hogares, nadie habló de lo acontecido.

Pasaron los días y los meses y cada suceso les hacía persignarse y golpearse el pecho.

Contaba mi abuelita que ese año disminuyó el consumo de alcohol, no hubo peleas por deslindes, ni riñas por celos, fue un tiempo de armonía y sosiego, todos compartían sus siembras y cosechas, se apoyaban en la congoja y en la enfermedad. Decía que cuando llegó la época de la "Novena del Niño" todos se disfrazaron de "viejos" y llevaban las primeras brevas, los primeros albaricoques, las primeras sandías y melones, como ofrenda al niño Dios.

Mientras sigo sentada en este viejo sillón y mirando un puntito perdido en el espacio, examino esta era que estamos viviendo nosotros, los chilenos, y percibo que ahora somos tan distintos: nos creemos sabios, hemos perdido la capacidad de asombro, lo desechable prevalece, la premura no nos permite disfrutar de las cosas simples de la vida... y si todos fuésemos invitados a una gran misión y viviéramos una ilusión similar a la descrita ¿Cambiaríamos un poquito...? Porque es evidente que todo lo real que nos ha pasado, no nos ha servido... a ver si una visión como ésta, nos hace ver nuestra realidad y buscar caminos para vivir como verdaderos hermanos.



SEGUNDO LUGAR

Josefa Antonia Quila Murillo
5º Básico, Escuela G-496 Valdebenito
LAS CABRAS

Todo no se puede tener

Había una vez una familia campesina, compuesta por don Juan; su esposa, Dominga, y su hija, Camila.

Era un matrimonio muy feliz. Camila ya estaba por cumplir sus 11 años, y lo único que añoraba era celebrar su cumpleaños, estaba ansiosa. Quería invitar a todos sus amigos, pero no se daba cuenta de que el dinero era muy escaso. Su madre lavandera ganaba solo para ayudar a Juan en casa, ya que su sueldo de campesino no era de lo mejor.

Los padres de Camila no sabían cómo hacerlo... cómo decir a su hija que no habría para celebrar su cumpleaños. Una noche, Camila escuchó una conversación de sus padres. Don Juan decía a Dominga "¿Cómo darle a nuestra hija lo que desea y merece por ser tan buena niña? La madre decía "no te preocupes viejo ya veremos cómo lo hacemos".

Camila, preocupada, no pudo dormir bien esa noche, pensando en lo que ella quería, regalos y fiesta, pero ella ignoraba que sus padres sufrieran por no poder darle lo que ella deseaba; si ella desde que nació había tenido el regalo más hermoso y preciado y ese regalo eran sus padres.

Al día siguiente, la niña despertó muy feliz y propuso a sus padres que en el día de su cumpleaños fueran a compartir con sus abuelitos, ya que ellos y sus padres eran el mejor regalo de cumpleaños.

Ese día, don Juan y Dominga regalaron a Camila un vestido precioso. La niña estaba feliz. Fue un cumpleaños diferente, con los mejores regalos que pudo tener: el cariño de sus padres y el amor incondicional de sus abuelitos. La niña dio gracias a Dios por la bella familia que tenía.

PRIMER LUGAR

Francisco Javier González Rojas
12 años
8° Básico, Escuela Pangue Arriba
SAN RAFAEL

El joven y la sirena

Cuando yo era pequeño, mi abuelita solía contarme historias, una de mis favoritas se titula “El joven y la sirena” y hoy la compartiré con ustedes...

Había una vez un joven, llamado Javier, quien pertenecía a una familia acomodada muy importante en la región. El joven estaba enamorado de una niña, llamada Rosa, quien era la más linda del lugar, mas era de una humilde familia y los padres del joven jamás la aceptarían como su futura esposa.

El joven y su amada se veían a escondidas todas las tardes y paseaban por el borde costero, sin preocuparse de que una viejita que vivía en una cabaña, cercana al lugar, cada vez los observaba detenidamente.

Un día, a Rosa le diagnosticaron una grave enfermedad, su familia no podía costear los gastos del tratamiento y aunque Javier hubiese querido ayudarla, ya era demasiado tarde; una hermosa tarde otoñal, falleció el amor de su vida.

Todos los días, el joven acudía a la playa, en busca de consuelo, estaba horas y horas pensando en ella y muchas veces lloraba y gritaba a los cielos, expresando que él no soportaría seguir viviendo sin su amor.

Un día, la viejita que siempre los había observado, se acercó a él y le dijo: “tengo un obsequio para ti, pero sólo deberás abrirlo en el momento en que sientas que la tristeza te impide avanzar y ya no tengas fuerzas para levantarte”. El joven no alcanzó a agradecer ni a realizar preguntas, porque la viejita se alejó del lugar.

Al día siguiente, el joven nuevamente acudió, como de costumbre a la playa, de pronto se dio cuenta de que había una joven en el mar y que al parecer se estaba ahogando. Javier no lo dudó y corrió en su ayuda. Al llegar cerca de la joven, ésta se sumergió y lo tomó del brazo, llevándolo hasta el fondo del mar; allí le mostró una ciudad perdida, donde toda la gente se veía feliz. Javier observó a la mujer y se dio cuenta de que era una sirena, como la de los cuentos de hadas. Algo confundido y asustado por lo que estaba aconteciendo,

el joven le dijo que quería volver a la superficie, que se hacía tarde, la mujer sin responderle, lo llevó a la superficie y nadando logró llegar a la orilla. Muy agitado y con frío, pensó que todo había sido un sueño, ya que la ficción superaba la realidad.

Llovía torrencialmente y Javier emprendió camino hacia su hogar, pero no reconoció la ciudad porque estaba todo muy cambiado, su mayor sorpresa fue no hallar su casa sino otra en su lugar, sin comprender lo ocurrido, le preguntó a una señora qué año era y ella extrañada le respondió.

Javier no lo podía creer, habían transcurrido 60 años, su último recuerdo era el encuentro con la sirena, pero ¿habría sido verdad o sólo fue un extraño sueño? Los recuerdos anteriores se vinculaban a su hermosa Rosa y a la gran tristeza por su partida.

Se acercó a la puerta de esa casa, que ahora ya no era suya y salió una mujer. Él le preguntó si sabía el paradero de la familia que había habitado anteriormente, ella le contó que el matrimonio había

fallecido y que después de la depresión del único hijo, ellos quedaron en la ruina. Misteriosamente el joven había desaparecido, transformándose su historia en una leyenda, ya que los últimos que lo vieron fue en la playa junto a una hermosa sirena.

Javier se alejó, sumido en una tristeza infinita. No lograba comprender lo que estaba pasando, de pronto se acordó de aquel regalo que le había dado la misteriosa viejita y con sus ojos empañados en lágrimas lo abrió y para su sorpresa lo que vio fue un rostro pálido, triste y sin vida, reflejado en un espejo y un mensaje que decía "Vive el presente, amando a las personas que hoy están a tu lado, disfrútalas y nunca dejes que la tristeza te impida ver la luz del sol".

De pronto, la lluvia se detuvo y el sol salió en su máximo resplandor; a lo lejos escuchó la voz de su madre y él corrió a abrazarla. Le dijo que la quería mucho y que desde ese día volvería a sonreír, que quizás nunca olvidaría a Rosa, y siempre la recordaría con cariño y con alegría por haber compartido parte de su vida con ella.

SEGUNDO LUGAR

Lukas Camilo Rojas Rojas
2º Medio, Escuela Agrícola San José de Duao
SAN CLEMENTE

Una historia de buen amor

Esta es la historia de Domingo y Berta. Es una historia bella de amor, nacida en la Central Cipreses y, dicen, una de las más lindas tejidas en el paisaje.

Berta había crecido en un fundo cercano y llegaba al poblado para comerciar los productos que sus padres y ella habían cosechado. Era una niña aún. Aparecía a diario, temprano por la mañana y se encaminaba rauda a la zona en que se encontraban trabajando los obreros, para vender sus productos.

Allí estaba cuando llegó a Cipreses el señor Zañartu con su señora y sus dos hijos. Ellos requerían de un ama de casa, una mujer que les ayudara con los quehaceres y cuidara a sus niños. No supe cómo, pero -Berta de un día para otro y a la edad de 15 años- se fue a vivir con los Zañartu Castro, para las labores señaladas. Pese a sus funciones, continuó siendo una gran amiga y continuó también, haciéndonos reír de buena gana, porque ella poseía un ángel histriónico

que pocas veces he vuelto a ver a lo largo de mi vida. A las siete de la tarde, la Berta dejaba durmiendo a los niños y salía a encontrarse con nosotros. Recuerdo que en esa época jugábamos casi todos los días básquetbol o voleibol, mientras sus patrones visitaban el club social. Berta era muy entretenida, cada día nos inventaba una historia diferente con la que nos hacía reír a carcajadas, porque no solo la contaba, sino que también la actuaba.

En fin, Domingo llegó a Cipreses a vivir en la casa de solteros. A ella, me acuerdo, le caía bien, así que cuando su patrón le dijo que iría un joven bajito a dejar su auto en la tarde, no imaginó que sería precisamente él. Pasado el primer disgusto, ella le ordenó, con cierta altivez, el lugar exacto dónde debía estacionar el auto y una vez que el joven acabó la tarea, Berta levantó su nariz y entró a la casa. Esta escena se repitió varias veces. Dicen que Domingo andaba como alma en pena porque se había enamorado a primera vista y ella no lo cotizaba.

Un día cualquiera, mientras Berta barría la entrada de la casa, él pasó en bicicleta hacia la casa de los solteros, que se encontraba muy cerca de allí; se detuvo y le dijo: "hola, amiga"; a lo que ella, respondió: "hola". Ese fue el inicio. Dice Berta que la humildad del hombre fue lo que la enamoró. Cuando cruzaron este simple diálogo, ella ya sentía por él algo muy especial y, a partir de entonces, las citas se realizaban en los minutos que antes jugábamos. La gracia era que se juntaban cerca de la casa de los Zañartu, de manera que cuando llegaban los patrones, ella corría y entraba por la puerta trasera o se quedaba en el patio, agarraba una escoba y fingía estar barriendo el lugar, así nunca se enteraron que Berta pololeaba mientras los niños dormían y ellos, los patrones, no estaban en casa. Día a día, se daba el tiempo para contarnos a sus amigos, las aventuras por las que pasaba y todos reíamos de buena gana.

El día que Domingo fue a pedir su mano, caminó a pie hasta el fundo "Esperanza" y con zapatos nuevos, los

que luego de tanta caminata -unos 18 kilómetros como mínimo- le hicieron pebre sus talones y peor aún, ni siquiera encontró a Berta en su casa. Fue recibido por su padre, un hombre duro y difícil de carácter; sin embargo, este pretendiente, tan bien vestido y con esa cara de agotado luego de tanta ruta, le llegó al corazón. Él mismo partió en busca de su hija a la central Isla, hasta donde había ido con su madre a vender sus productos, aprovechando de ayudarla en esas labores, mientras ella, Berta, se encontraba con vacaciones. En ese tiempo, Isla aún estaba en construcción.

- Hija -le dijo su papá- hay un joven en casa esperándola.

Berta nos contó que ese día, Domingo le pidió matrimonio. Ella, apenas, había cumplido los 16 años.

PRIMER LUGAR

Juan José Aldea Sanhueza
11 años
5° Básico, Escuela Río Pardo G-1003
QUILLECO

El angelito de zanjón seco

Se cuenta que en tiempos pasados, como no existían los autos, se andaba en carreta, a caballo y en cabrita (carretela).

Cierto día, una familia se dirigía a Quilleco en carreta; iban al molino y para llegar allá se salía como a las dos de la mañana. La mamá llevaba a su hijo en los brazos y se quedó dormida y cuando la carreta pasó por una piedra, se cayó la guagua, la pisó la rueda y la guagua murió de inmediato.

Las personas, que seguían pasando por ese camino que se llamaba y aún se llama, Camino del Pueblo, porque era el único que los llevaba hasta el pueblo de Quilleco, escuchaban llorar a una guagua, por eso temían pasar como a las doce de la noche.

Una noche, un hombre, alentado con unas copitas de más, dijo: ¡Yo voy a ver si me sale esa guagua...!, y mete espuelas a su caballo, cuando va frente

al zanjón seco, la guagua se montó al anca y no dejaba de llorar. Con todo esto quedó helado, hasta el alcohol desapareció y al llegar a la casa más cercana contó lo sucedido y desde ese momento dijo: "Nunca más pasaré de noche por aquí".

Otro viajero que iba en carreta también vio lo mismo: la guagua se subió a su carreta. El hombre muy asustado sólo miraba hacia adelante, cuando ya había recorrido unos 10 ó 15 metros, la guagua desapareció. La gente se preguntaba por qué ocurría esto.

La familia de la guagua fallecida, se enteró de esto y le empezaron a hacer misa, hasta que no apareció más.

SEGUNDO LUGAR

Ivanna Monserrat Cuevas Garcés

14 años

8° Básico, Colegio San José

SAN PEDRO DE LA PAZ

Sepultado bajo la mina

Esta historia corresponde a una de las tantas que mi abuelo, Eleodoro Cuevas, me cuenta. En la actualidad él tiene 84 años. Trabajó como apir en las minas de carbón de Lota y Schwager hasta los 55 años, es decir, trabajó en ellas durante 40 años, comenzando a faenar en las oscuridades y peligros de la mina a los escasos 15 años de edad.

Él nos contaba que la mina era peligrosa, que podía haber un derrumbe en cualquier momento y que los mejores aliados que tenían eran los ratones, porque percibían el gas grisú y al escapar ellos, alertaban a los mineros del peligro. En la mina, el ratón era prácticamente un animal sagrado, estaba prohibido matarlo.

El gas grisú se escapa del carbón y como todos los gases es inoloro, por lo tanto, no había forma puramente humana de percibirlo; de ahí la importancia de los loros, que morían inmediatamente al respirar el gas; y de los ratones, que huían de él.

Mi abuelo me cuenta que uno de los muchos accidentes que presencié o viví, fue una explosión de gas grisú que lo dejó atrapado junto con otros mineros más de tres días, tras los cuales -sin la tecnología de hoy y con mucho esfuerzo- fueron rescatados. Me dice que los días que estuvo en la mina fueron una gran agonía, pues sufría de un gran dolor en su pie, que lo dejaba sin moverse. Además, el escaso oxígeno y alimento que le daban a través de unas mangueras que colocaron perforando la roca, no lograban alivianar su dolor y muchas veces pensó que iba a perder la vida.

Después del accidente, mi tata estuvo tres meses hospitalizado, ya que el dolor que sentía en el pie no era producto de los escasos recursos que tenía al estar sepultado en la mina, sino que era producido, porque al realizarse el derrumbe una tosca le había caído sobre el pie derecho, dejándolo inmóvil con posibilidades de perderlo.

Hoy, mi tata Lolo nos muestra su pie deforme, recuerdo de aquella vez que estuvo a punto de morir y que apreció más que nunca su esforzada y sufrida vida.

PRIMER LUGAR

Valentina Antonia Sáez Hidalgo
9 años

3º Básico, Escuela Apocalipsis N° 38, Quillem Bajo
CARAHUE

Cuando corría el tren

Me contó mi abuelito que hace muchos años llegaba el tren a Carahue, nuestra ciudad. Allí existía un ramal, había una tornamesa donde los trenes daban vueltas para volver a Nueva Imperial, Temuco y hasta Santiago.

La gente se paseaba de carro en carro mientras se desarrollaba el viaje: unos comían, otros bebían, compartían sus alimentos, y viajar en tren era un acontecimiento y hasta una fiesta. Dentro del tren también ocurrían historias muy divertidas, como la de un viajero que llevaba miel en una maleta y la puso al lado de donde se sentó, de repente llegó el que cortaba los boletos y preguntó de quién era esa maleta, y como nadie contestó, la puso sobre la parrilla que estaba sobre las cabezas de los pasajeros; de pronto se rompió el frasco y cayó la miel encima de todos. Un terno que llevaba dentro de la maleta, ya que aquella persona había sido invitada a un casamiento, quedó totalmente empapado de miel, al final todos se reían pues habían quedado dulcecitos. También mi abuelito me cuenta que en el tren, muchas veces,

llevaban animales vivos, como gallinas, cerdos, patos y alimentos que se preparaban en el campo.

De pronto se escuchaba correr los carros sobre los rieles y el pito que anunciaba que el tren venía; la gran novedad era para los niños, que corrían a ver la llegada de aquella máquina. En la estación estaban los dueños de casa esperando a las visitas; eran personas que venían del campo en carretas tiradas por bueyes (ahora se han perdido estos medios de transportes en la ciudad de Carahue).

El visitante que venía de la capital traía muchas cosas: ropas, utensilios para el hogar, dulces para los niños, tomates en cajones, etc... Luego de la llegada y los abrazos de bienvenida se encaminaban a los lugares de origen de las familias, Catripulli, Puerto Domínguez, Puerto Saavedra, etc... Había mucha emoción y cariño en aquel momento y llegaban al campo donde salían al encuentro, en primer lugar, los perros que moviendo su cola también daban la bienvenida a las visitas.

Durante la estadia de los visitantes en el campo, se desarrollaban las cosechas de trigo, así que todo era muy divertido. Primero, venía la cortá' del trigo donde todos participaban; luego la amarra y subir los atados a los carros de madera que eran tirados por bueyes. Mi abuelito dice que él se subía en lo alto del carro, hasta llegar a la era donde se dejaban los atados y así de vuelta a buscar más trigo. Luego, venía la máquina que trillaba el trigo, el mismo con que se llenaban muchos graneros, con lo cual se tenía para comer pan todo el año. Había abundancia, dice mi abuelito, y la tierra no necesitaba abono para dar lo que se le pidiera y más.

Al amanecer, salían al pueblo con el trigo en las carretas y se iban al molino de Sandoval en Carahue; cuatro horas demoraban en llegar al pueblo y volvían al atardecer con la harina lista para las ricas tortillas que mi bisabuelita hacía con todo su amor. La vida en el campo era muy hermosa, no había muchos adelantos como ahora, pero había otras cosas: mucha comunicación entre los abuelos y los nietos, compartían más, no había televisión, ni menos computadores y ni se soñaba con que existieran, dice mi abuelito. Luz eléctrica tampoco había, se alumbraban con chonchones, que era un tarro de café vacío al cual se le agregaba una especie de pituto a través del cual atravesaban un pedazo de género y le echaban parafina al tarro y lista la lámpara; en otras ocasiones, usaban vela; todo era lindo en el campo. Mi abuelito salía a buscar leña con sus hermanos y se hacían grandes fogatas

en la cocina en tierra, un rico queso calentado por el fuego y un rico vaso de leche, recién ordeñada en una hermosa mañana.

Los niños eran muy inocentes; tanto, que creían todo lo que sus padres le decían y nunca desobedecían, porque si era así, la zurra no se dejaba esperar. Con respecto al nacimiento de los niños, todos creían que los bebés llegaban de París o los traía una cigüeña o también un avión; tanta era la inocencia de los niños que cuando pasaba un avión le gritaban que trajera una guagüita; quizás provoque risas, pero así era la realidad de aquel pasado. Hasta la gente adulta era muy reservada, se cuidaban mucho para que los niños no vieran más allá de lo que podían y debían ver. Todo esto transcurría en el campo y mi abuelito era protagonista de ello.

Cuando terminaba el verano, las visitas volvían a la capital, llevando el producto de las cosechas y regalos que las familias preparaban para sus seres queridos. Y de nuevo a subir a la carreta para volver a Santiago y reanudar el viaje de retorno y volver al campo el próximo verano.

Mi abuelito añora aquellos años, pero los trae al presente contándome hermosas historias justo a la hora de dormir y a esperar un mañana mejor y todo gracias a las bendiciones del Supremo Hacedor, porque mi papá es muy creyente y me quiere mucho (quisiera mencionar que todas las noches vemos La pequeña casa en la pradera)

SEGUNDO LUGAR

Soledad Fuentes Araneda

11 años

6° Básico, Escuela Vista Hermosa

PERQUENCO

La guagua que llora alrededor de la laguna

Hace muchos años, cuando mi abuelo era chico, vivía en un campo que en las noches era muy oscuro y se escuchaba llorar a una guagua alrededor de una laguna que quedaba cerca de la casa de mi abuelito. Decía mi abuelo que su papá le contaba que años atrás, una joven que vivía cerca de ellos había quedado embarazada y no quería que su papá supiera que estaba embarazada.

Como ella tenía miedo de que su papá supiera, quiso esconder su embarazo y cuando la guagua nació, la joven, que tenía 19 años, tiró la guagua a la laguna y como era recién nacida, se ahogó. Según cuenta la historia, esa era la guagua que lloraba todas las noches alrededor de la laguna.

Según dicen, la mamá de la guagua murió quemada en su casa.

Cuenta la gente antigua que, sin explicación, una noche miraron unas personas hacia afuera y vieron una claridad y cuando fueron a ver resultó ser la casa de la mujer que había matado a su guagua y la casa ardía en llamas.

Según lo que me contó mi abuelito, resultó ser que la misma joven había quemado la casa, porque ya no daba más con la mentira y el dolor de haber matado a su guagua recién nacida. Ahora, todas las noches cuando miran para ese lugar, ven que la mujer se aparece vestida de blanco y que camina hacia la laguna.

PRIMER LUGAR

Jonathan Eduardo Moreno Carillo
1º Medio, Liceo Industrial Ingeniero Ricardo Fenner Ruedi
LA UNIÓN

Mi abuelo me lo contó

Era una mañana de invierno, muy fría, yo estaba en la casa de mis abuelos. Estaba solo en la cocina esperando que mi abuela se levantara. Mientras la esperaba, sólo me podía sentar a tomar café mirando televisión. Cuando entró mi abuela a la cocina me preguntó:

- ¿Dónde está tu abuelo?

- No tengo idea -contesté, después le dije -lo voy a ir a buscar; debe de estar dándole comida a los animales.

Entonces lo fui a buscar, lo busqué por todos lados pero no lo pillé, ni rastro de él. De pronto, se me vino a la cabeza un lugar y fui a verlo a un estero que quedaba cerca de la casa y, claro, ahí estaba. Lo noté triste, tenía sus ojos llorosos y le pregunté:

- ¿Qué te pasa?

Él me dijo "acércate", me abrazó y después me respondió: "es mi hermano, lo echo de menos". Hubo mucho silencio, hasta que le pregunté:

- Abuelo, ¿cómo era tu hermano?

Él me contestó:

- Mi hermano fue un hombre muy trabajador, querido por todos y se llamaba Leonidas, de cariño le decían "tío León".

Él me empezó a hablar dónde vivían y me decía: nosotros éramos diez hermanos, Leónidas y yo éramos los mayores. Antes vivíamos en la cordillera de la costa en un lugar llamado "Chaihuín".

Siempre salíamos a trabajar muy temprano, acompañados de los perros. Trabajábamos en labrar

madera y siempre llegábamos de noche a la casa.

Un día, cuando íbamos hacia el trabajo, vimos algo raro en el camino, vimos huellas de puma y tal parecía que el otro animal era un buey o un caballo, parecía que había ocurrido una pelea entre un puma que atacó a otro animal. Ese día cuando veníamos de vuelta, pasamos por ese mismo lugar, pero esta vez había un olor demasiado asqueroso y nos preguntábamos qué era. Leonidas dijo: es el puma. De pronto, escuchamos un ruido entre los arbustos, los perros se alertaron y empezaron a gruñir, así empezaron a buscar, de repente entre los matorrales salió el puma y arrancó. Los perros lo siguieron, pero el puma fue más rápido y logró escapar.

Pero algo nos pareció extraño, porque cuando el puma llegó a un alto nos quedó mirando, queriendo señalar algo y arrancó.

Cuando llegamos a la casa fuimos a encerrar los animales y vimos que faltaban dos corderos, en ese instante Leonidas dijo...

- Vamos a tener que dar muerte a ese puma, o si no va seguir haciendo daño.

Yo contesté: es cierto, hay que matarlo.

Al otro día, como a eso de la una de la tarde, salimos a buscar algún animal. De pronto, en un cruce sentimos un olor malo, los perros empezaron a buscar, los seguimos y en eso encontramos una yegua muerta. El pobre animal estaba con los intestinos afuera sin cabeza, era algo muy asqueroso, seguimos buscando y pillamos unos corderos, eran justo los que se nos habían perdido. La tarde de ese mismo día supimos de quién era la yegua y como andábamos con la escopeta salimos a buscar al puma. Fuimos a ese mismo lugar donde encontramos a los animales muertos y tuvimos la sorpresa de que el puma sí estaba. Los perros lo atacaron, pero el puma se defendió; en eso Leonidas cargó la escopeta y le disparó.

El puma cayó al suelo, pero no murió instantáneamente, todavía se movía, seguía tirando arañones y gruñía; los perros lo empezaron a morder hasta que al fin dejó de sufrir. Era un animal muy grande, nunca había visto un puma tan grande como ese...

Cuando mi abuelo terminó de contarme la historia yo no le creía, le pregunté a mi abuela y mis tíos, todos me dijeron que fue verdad; hasta que me convencí y creí la historia que vivió mi abuelo con su hermano.

El milagro de Anselmo

Me lo contó mi abuelito...

Una tarde fría y con lluvia, mi abuelito me preguntó si quería escuchar una buena historia real. Yo, contento, le dije al tiro que sí. Me dijo que la historia empezaba en un pueblo mapuche. A principio de un lluvioso invierno, una mujer embarazada, de 16 años de edad, corría por los campos y el monte en medio de la noche, asustada y desolada, lloraba porque algo venía persiguiéndola.

Mi abuelito me aclaró que aquella niña llegó a esas horas de la noche con mucho frío a una comunidad de mapuches. Los hombres de la comunidad encontraron a la niña con un vestido largo y delgado, con los pies descalzos, empapada de agua por la lluvia que había caído.

La joven mujer cayó de hambre y frío. Mientras, en su vientre, alguien le pedía a gritos, golpes y patadas, algo para comer y calor. La muchacha tenía cinco meses de embarazo y los hombres de la comunidad,

al darse cuenta de esto, corrieron para llevarla a un lugar más calentito y cómodo.

Al rato después, la joven pudo descansar, dormía profundamente igual como si estuviese desmayada. Al día siguiente, la joven despierta y curiosamente mira a su alrededor y vio a una mujer que estaba con ella cuidándola para que nada malo le pasara. Estaba en una casa pequeña, como si fuese una carpa con figuras mapuches y la mujer estaba en el suelo. Curiosamente, miró por un agujero por donde entraba la luz del día soleado por la mañana. Un poco asustada, pero a la vez agradecida por los cuidados que tuvieron con ella, mira a los hombres trabajando, a las mujeres cocinando y otras tejiendo en grandes telares. Mientras recorría el lugar, cayó nuevamente por debilidad. Otra mujer, de edad avanzada, se acerca y la ayuda para levantarla, la lleva alrededor del fuego dándole agua y comida. Luego, salen a caminar un rato por aquel campito para conocer los alrededores.



Ella se va sintiendo más en confianza y comienza a contar lo que le sucedió. Llorando, cuenta que ya no tenía padre ni madre, incluso hasta había perdido al padre del niño que venía en camino. Contó, tristemente, que unos hombres llegaron a su casa, donde estaba ella y su familia y comenzaron a lanzar flechas como endemoniados. Aquellos hombres, salvajes y sin compasión, mataron a todos sus seres queridos y ella sólo pensó en correr para salvar su vida y la de su hijo.

La anciana de la comunidad mapuche trató de consolarla para que la tristeza saliera de su vida y alegrarle un poco su existencia. Le contó cosas propias de su pueblo y, recorriendo el hermoso paisaje campesino, le pidió que se quedara. Ella, insegura y sin un lugar donde quedarse, le respondió que sí y le dio las gracias desde el fondo de su corazón, feliz de tener un hogar comenzó a encariñarse y a cooperar con las labores livianas de la comunidad.

La muchacha, por fin, consiguió la tan anhelada tranquilidad junto al niño que llevaba en su vientre.

Aquella noche de bienvenida y comienzo de una nueva vida, la comunidad mapuche decidió integrar a la joven mujer con algunos bailes, comidas y bebidas típicas. Fue una noche inolvidable y llena de alegría. Mientras pasaba el tiempo, la muchacha cada vez más compartía su alegría y agradecimiento con el pueblo mapuche.

Ya con ocho meses y tres semanas de embarazo, comienza con dolores de parto a punto de tener a su bebé. Esa tarde, oscura y fría, a la mujer se le rompe la bolsa y comienza con los dolores más fuertes y cada vez más seguidos. Las mujeres de la comunidad corren y se preparan rápidamente para ayudarla, ya que era casi parte de la comunidad. En medio de llantos, gritos, lágrimas, nace su pequeño hijo. Decide ponerle Anselmo, porque así se llamaba el padre.

Todos contentos con el parto y la llegada del niño reciben al nuevo miembro entre bailes, música y comida en abundancia.

El niño creció y todos fueron felices por las bendiciones que la muchacha y su bebé habían traído a su pueblo. Mi abuelito me dijo que aquel niño era un espíritu maravilloso, lleno de luz y que cada vez que hablaba de él, se le iluminaba la vida, el presente y el futuro. De pronto mi mamá me grita: ¡Anselmo, hijo! La comida está lista. Y salí corriendo junto a mi abuelito Idka para compartir con mi gran familia mapuche una rica comida.



PRIMER LUGAR

Paula Monserrat Castillo Álvarez
11 años
6º Básico, Escuela Rural Costa Río Blanco
RÍO NEGRO

Los Kalkun del Bolsón

Desde que llegué a vivir al campo, a la comunidad indígena de mi abuelita, cada noche ella me cuenta historias interesantes. Una de ellas es la historia de los kalkun (brujos) que ocurrió hace mucho tiempo en el Bolsón, lugar ubicado en el Cacicado de Riachuelo. Cuando los peñis de la comunidad se enfermaban grave tenían que ir a San Juan de la Costa a ver a las machis (curanderas) porque en el Cacicado de Riachuelo no habían machis, entonces tenían que hacer una travesía de días o semanas y para el viaje llevaban comida, como milcao, y líquido como muday; alimentos que les hacía bien.

En esos tiempos, no era muy fácil llegar a San Juan de la Costa, porque estaban los kalkun que impedían la pasada.

Los kalkun lanzaban hechizos a las personas y nadie podía curarlas y la única opción era dejarlas morir. Las machis no sabían qué hacer, estaban demasiado asustadas porque eran demasiado los que llegaban

con hechizos y por culpa de los kalkun se perdían hartas vidas.

Entonces, las machis se reunieron para ver cómo podían destruir a los kalkun y descubrieron dónde se reunían, esperaron la luna en que se debilitaban y se encargaron de que se reunieran esa luna en la cueva.

Cuando se reunieron los kalkun, las machis juntaron sus poderes y los encerraron en la cueva. Con el tiempo, las machis dejaron caer una cascada e hicieron correr el rumor de que debajo de esa cascada estaban los kalkun y que nadie más iba a morir por culpa de los ellos.

Hasta hoy, los kalkun esperan ser liberados por alguna persona que no sepa la leyenda de los kalkun del Bolsón.

SEGUNDO LUGAR

Tamara Vanesa Pillancar Cárdenas
17 años

4º medio, Liceo Agrícola Vista Hermosa
RÍO NEGRO

Petición concedida

En una lejana tierra campestre, vivía un matrimonio de abuelitos, que pese a los torbellinos de problemas que la vida les presentó, permanecían muy unidos.

Nadie sabía que ambos cargaban con una gran tristeza en su corazón, aunque en mayor grado la abuelita, pues a quien ella concibió había fallecido en un accidente, dejándole bajo su cuidado a su nieta de 12 años, a quien crió desde pequeña.

Al año siguiente del suceso que marcó sus vidas, la joven se fue a vivir a la ciudad, lo que les significó a estos ancianos un nuevo golpe y vivir cada día con el temor de no escuchar su melodiosa voz.

El tiempo comenzó a correr. Pasaban los días y meses y aconteció lo que les causaba tanto pavor, pues su nieta ya no los llamaba constantemente.

Los abuelitos tomaron la decisión de orar fervorosos por aquel corazón tan dulce, para que despertara y

recordara el amor que ellos sentían por ella.

La adolescente se siguió comportando indiferente ante la tristeza que provocaba, pero semanas después sentía algo extraño. No podía mantener una conversación con sus amigas y despertaba todas las noches, pues su mente se inclinaba hacia los ancianos, recordando los tiempos de niñez.

Fue así como decidió regresar a las tierras que la vieron crecer, para disfrutar la sensación que le producían aquellos cálidos y tiernos abrazos de sus abuelos.

Mientras más se acercaba a su casa, más aumentaban los nervios.

Los abuelitos, en ese instante, compartían el mate y se percataron de que a lo lejos se divisaba una figura de una joven que corría desesperada hacia ellos y no lograban entender qué pasaba.

De pronto, reconocieron aquel rostro de su regalona nieta y trataron de correr también, aunque con dificultad por sus avanzados años, pero la emoción no dio minuto para detenerlos.

¡Al fin se había concretado aquel anhelo de los ancianos! Las lágrimas recorrían por sus rostros de tanta dicha y, al fin, la joven comprendió que aquellos pensamientos que le invadían constantemente en la ciudad, eran originados por la oración de sus abuelos. De esta manera, su petición fue concedida.

PRIMER LUGAR

Yovani Gabriel Torres Antillanca
16 años
8° Básico, Escuela Rural de Valle Simpson
COYHAIQUE

Los caballos en peligro

Había una vez un campesino que se llamaba César, era dueño de un fundo que había adquirido con gran esfuerzo. Este fundo estaba en el sector de Valle Simpson.

En cierta ocasión, Don César hizo unas ventas de ganado y su sueño era comprar una tropa de caballos para trabajarlos en carreras, que era su afición.

Al día siguiente y en la mañana muy temprano, se encontró con el dueño de los caballos para hacer un trato y comprárselos.

Fueron al corral donde estaba la tropilla, observó a cada uno de los corceles y cerraron la venta por cinco caballos de los que se admiraba mucho don César, porque eran de fina raza.

Inmediatamente, los llevó a su campo, les instaló pesebreras, lugares de trabajo y un preparador para las carreras.

Pasaron los días y cada vez se sentía más feliz con sus parejeras, pero cuál sería su sorpresa, cuando una mañana en que los perros ladraban furiosamente sintió un tropel cerca de la casa.

Sorprendido, salió de la casa sin tomar ni mate y en el establo sólo había soledad.

La gente, tan mal intencionada, se había propuesto quemar el establo, porque el dueño de los caballos se estaba haciendo rico.

Todo ardía en llamas y los caballos habían salido arrancando tras el brutal temporal de viento y llamas. Se quemó todo, hasta el pasto y las cercas de los corrales.

Don César, muy preocupado, salió a buscar sus caballos por los predios vecinos, pero nadie había visto a la tropilla.

Pasaban los días y todas las mañanas, luego de tomar unos mates, don César se dirigía a distintos lugares en una constante búsqueda sin resultados.

Se cuenta que estos caballos huyeron hacia la cordillera para ser libres para siempre y que ahora son los caballos salvajes que recorren el sector de los lagos y don César murió con la esperanza de realizar carreras y ganar mucho dinero.

SEGUNDO LUGAR

Miguel Angel Chiguay Mancilla.

16 años

2º Medio, Escuela Agrícola de la Patagonia
COYHAIQUE

La laguna del toro

En el sur de Chile, hay una laguna donde se juntan las parejas del pueblo cercano. Frecuentemente iban Marcela y Manuel, dos jóvenes muy enamorados; hablaban allí de su futuro y cuando les daba frío se volvían a sus casas.

A sus respectivos padres no les gustaba su relación, se empeñaban en separarlos para que no se escaparan a la laguna. Marcela y Manuel no hacían caso a sus progenitores, ellos tenían una meta, se irían juntos a la capital.

Marcela escribía en un diario de vida todo lo que conversaba con Manuel en la orilla de laguna; sin embargo, ella nunca se imaginó que su padre lo iba a revisar, esto lo hizo mientras ellos estaban paseando por la laguna.

En cierta ocasión Marcela, como todos los días se despidió de Manuel, no obstante, esta despedida fue como ninguna otra, como si nunca más lo fuera a ver. Al día siguiente, los padres de Marcela la obligan a irse con ellos a la soñada capital.

Sin pensarlo, la subió a la carreta, en ese instante ella lloraba porque no le dijo a su amor que la trasladaban de lugar.

Manuel, como todos los días se dirigió a la laguna, pero Marcela no llegó, ante esta situación, se dirigió a casa de ella. Un vecino le dijo que la familia se había marchado. Manuel con lágrimas en los ojos, se dirigió a su campo y a las pocas horas un campesino da a conocer que la familia Pérez había sufrido un accidente fatal.

Él se dirigió a la laguna, en ella recordaba todas las veces que estuvo con Marcela y en su mente tenía rabia contra los padres de Marcela por habérsela llevado y con los suyos también, porque nunca lo dejaron estar con ella, y sin pensar, colgó una cuerda en un árbol que estaba a la orilla de la laguna y se mató.

Pasó el tiempo, una pareja se dirigió a la laguna para conversar sobre su futuro juntos. Ese día, ellos observaron a un toro negro que los correteó hasta que salieron de la laguna. Desde ese día, el toro no deja que ninguna pareja se acerque a la laguna y los campesinos más ancianos dicen que es Manuel que se aparece como toro, porque él no fue feliz.

Esta es la historia del toro de la laguna.

PRIMER LUGAR

Constanza Mabel Zurita Pacheco
6º Básico, Escuela Pedro Sarmiento de Gamboa
Río de los Ciervos
PUNTA ARENAS

El eterno aventurero

Me contó mi abuelito que cuando él vivió en el Faro Dúngenés, un lugar donde hay animales libres, pasto largo y dorado, también hay una playa donde hay muchas piedras y un mar azul, tan azul como el mismo cielo de noche, llegó un pobre extranjero, un vecino argentino, llamado Facundo, quien era rubio, alto, simpático y gentil. Le pidió si lo podía alojar, que trataba de llegar a la gran ciudad "Punta Arenas". Mi abuelo respondió que sí, que podía dormir sólo por una noche.

Al otro día, convencido por mi abuela decidieron llevarlo a Punta Arenas o a la gran ciudad como él le decía. Partieron un viernes, todo empacado y con la camioneta andando se fueron camino a Punta Arenas. Él les contaba historias sobre Argentina, mientras mi abuela le contaba las maravillas de Chile.

Cerca de "Posesión", la camioneta se detuvo y como era de noche decidieron armar una carpa y

acampar. Al otro día, siguieron su camino a pie, ya que la camioneta no anduvo más. En el camino vieron mucho pasto, liebres muy grandes y lindos zorros, zorrillos y pájaros de muchos tipos y colores. A la mitad del camino, decidieron parar a comer, habían caminado kilómetros por un camino de tierra, pero con un paisaje que no se ve ahora, lleno de árboles y flores, sin edificios y sin pavimento.

De pronto, Facundo dijo: "Esto no es Argentina, pero hay otras maravillas, como Calafate, donde hay una cantidad de glaciares hermosos, como nunca se han visto".

Mi abuelo dijo: "Aquí en Punta Arenas tenemos el Fuerte Bulnes, más al norte de Chile, están las hermosas playas de La Serena y aún más al norte, el Desierto de Atacama.

Facundo le responde: "Me gustaría conocer Fuerte Bulnes, porque la playa y el desierto ya los conozco".

Mi abuela sorprendida le pregunta ¿ya conoces el desierto?

Facundo le contesta: - Sí, porque soy un eterno aventurero.

Y así siguieron su camino hablando de Chile y Argentina.

Al tiempo después, mi abuelo, mi abuela y Facundo se hicieron muy buenos amigos. Pasaron días, semanas para que llegaran a Punta Arenas, esas noches el viento no tuvo compasión y ellos soportaron el viento, la lluvia y los fríos de la región.

Al llegar, se alojaron en una pequeña casita, de dos piezas, un solo baño y una estrecha cocina. Los días que siguieron disfrutaron del paisaje y Facundo conoció Fuerte Bulnes, lo llevaron a conocer LA PATA DEL INDIO, y le contaron la leyenda. De camino de vuelta a su casa, decidieron llevarlo a las Torres del Paine y a la Cueva del Milodón. Donde el paisaje no tiene fin, la naturaleza en su máximo esplendor, todo

lleno de verde, el cielo tan celeste que las Torres se apreciaban en todo su esplendor.

Luego, de vuelta al Faro Dúngenes los encontró una camioneta de la Armada y los llevó hasta el Faro, a su camioneta la remolcaron y la llevaron también al Faro. Allá, mi abuelo lo invitó a vivir con ellos, pero Facundo dijo: -Me gustaría mucho, pero como soy un eterno aventurero, aún me falta conocer muchos países como Brasil y, tal vez, llegue a África.

Mi abuela triste asintió con la cabeza, le dieron un bolso lleno de comida y le dijeron ADIÓS.

Tristes por su partida, recordaron los lindos momentos que pasaron juntos.

SEGUNDO LUGAR

Fernanda Isabel Alvarado Alvarado
11 años
6° Básico, Escuela Diego Portales
LAGUNA BLANCA

Rayo y Tuerto

Había una vez una perra que había tenido cinco cachorros, era la perra de un indio. Un día tuvo que escapar con sus crías, ya que no había más comida, su viaje fue largo y sus crías se iban muriendo. Primero, se murieron dos por el ataque de un lince y luego, otros dos por el frío, al final sólo quedó uno de los cachorros, él se llamaba Tuerto por su ojo, ya que había nacido así.

Tuerto, siendo el único sobreviviente de la camada, tuvo una estricta ley que era no alejarse de su madre. En una ocasión, encontraron una cueva y ahí pasaron nueve meses y Tuerto en ese tiempo se volvió un gran y fornido perro. Aunque con un ojo malo, ya podía cuidarse solo y tenía que buscar su propio alimento, ya que su mamá estaba nuevamente preñada y él tenía que ir a buscar el alimento para su madre. Un día, se encontró con una bola de púas, como su mamita le había dicho que tuviera cuidado con ellas, no la tocó y siguió buscando el alimento; al poco rato cazó tres gansos y dos zorros.

Al pasar por el lugar donde estaba la bola de púas vio a un lince que trataba de pescarla, pero cada vez que lo intentaba salía perdiendo, y con una pata lastimada el lince se aburrió y trató de morderla. Cuando se empezó a abrir, Tuerto estaba a unos metros de distancia escondido, el lince le cortó el estómago de un zarpazo, pero a la vez la bola le pinchó la nariz y se oyó el aullido de dolor del lince, y se fue a su cueva para no volver a ser lastimado.

Cuando el lince se alejó lo suficiente, Tuerto salió de su escondite y fue a ver cómo estaba la bola de púas, al acercarse vio que no se movía, ya había muerto, así que él se la comió y se fue con el alimento que había cazado para su madre. Al acercarse a su cueva, ella le lanzó un aullido anunciándole la noticia: había dado a luz a otra camada. Él se acercó a uno de los cachorros, éste le había llamado la atención, ya que se parecía a él por el tono del pelaje, pero con los dos ojos buenos.

Muy pronto sus hermanos crecieron y se fueron de la manada, Tuerto aceptó que se quedara el que se le

parecía, y le puso por nombre Rayo, porque era fuerte y veloz. Un día, su madre salió sola a recorrer el bosque en busca de alimento, pero no contaba con que sería sorprendida y atacada por un hambriento lince y murió por las garras de este feroz animal. Cuando sus dos hijos fueron a ayudarla con la cacería, se encontraron con el cuerpo de su madre desgarrado y escucharon a lo lejos al lince; llenos de pena y rabia escaparon, pero sufrieron mucho por su madre por lo que decidieron irse muy lejos para no recordar la tragedia. Empezaron un largo viaje que duró semanas, hasta que llegaron al campamento indio en el que había nacido Tuerto. Se acercaron con mucho cuidado para no ser sorprendidos por los indios, pero sin querer un fornido hombre los vio y reconoció a Tuerto, porque había sido su dueño. Al tratar de acercarse, éste se puso algo agresivo por miedo a que dañaran a Rayo, mostraba los dientes y ladraba como loco, pues era la regla de ser hermano mayor.

Al pasar los días, ambos hermanos decidieron quedarse en el campamento indio, pues nadie tenía la intención de dañarlos. Tuerto conoció a una perra de su misma raza, se enamoró de ella y al poco tiempo tuvieron hijos. Rayo fue tío y un buen perro de caza y, al igual que su hermano, encontró una linda perra de pelaje blanco como el algodón. Al tiempo después, Tuerto murió de una enfermedad y sólo quedó Rayo, que también tuvo cachorros y uno de ellos era igual a su hermano, Tuerto, con un ojo malo y del mismo pelaje. Al parecer, los indígenas creyeron que era algo normal, pero él sabía que su hermano nació y esta vez como su hijo.





GANADORES
NACIONALES Y REGIONALES

CATEGORÍA
Poesía del mundo rural



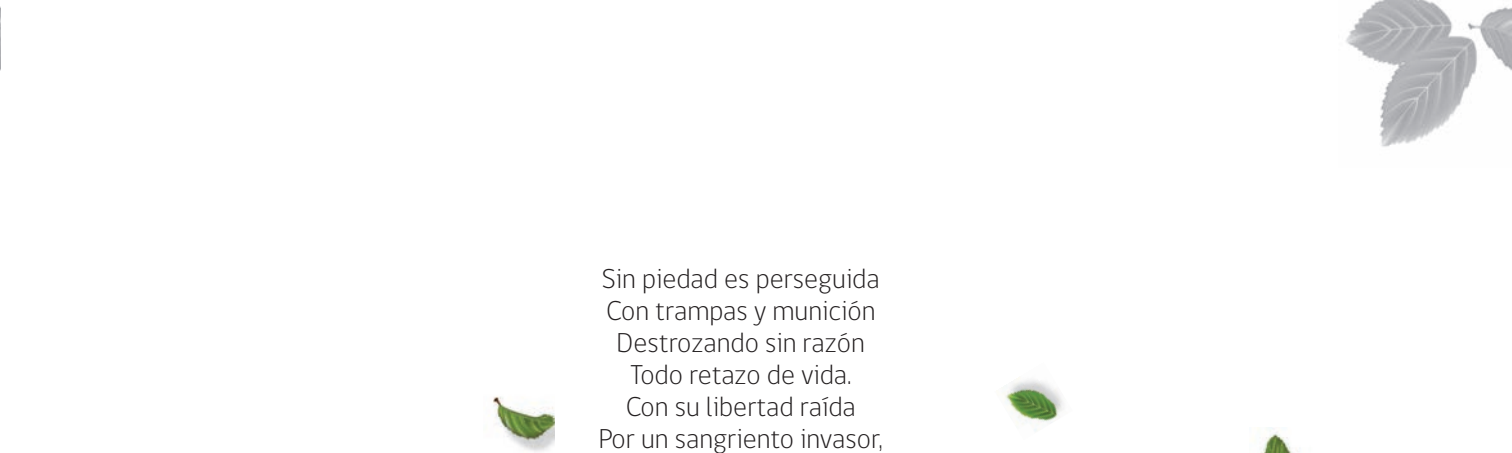
La fauna

(Verso a lo poeta con cuarteta glosada)

COPLA O CUARTETA

**POR SU HÁBITAT USURPADO
LA FAUNA SUFRE UN DOLOR
Y A LOS ALTOS ESCAPADO
DEL HUMANO USURPADOR.**

Ya no ven sus pastizales
Ni en el agua su reflejo
Y en su vivir tan complejo
Van padeciendo sus males.
Ya no están los matorrales
Que cortó el hombre alzado,
Que los valles ha rozado
Y todo brote que aflora
Mientras toda ave llora
POR SU HÁBITAT USURPADO.



Sin piedad es perseguida
Con trampas y munición
Destrozando sin razón
Todo retazo de vida.
Con su libertad raída
Por un sangriento invasor,
Y sin odio ni rencor
No sabiendo lo que es raza
Mutilada por la caza
LA FAUNA SUFRE UN DOLOR.
Y del ruido del cemento
Huye, el noble piden
Han usurpado su edén
Y no escuchan su lamento.
Que se ha perdido en el viento
De su prado devastado,
El que fue su suelo amado
Que le daba un porvenir
Para dejar de sufrir
A LOS ALTOS HA ESCAPADO.

No es sólo la vida halada
La de seres humillados
Son los frutos mutilados
De esta vida tan sagrada.
Y la natura cansada
En un constante clamor,
Va pidiendo al creador
Castigo a tanta maldad
Y a la falsa humanidad
DEL HUMANO USURPADOR.



Despedida

Al fin doy la despedida
A este verso tortuoso
Que no me llena de gozo
Sí, de rabia contenida.
Por toda triste partida
De la vida simple y pura,
De toda noble criatura
Que habita mi tierra entera
Que del hombre sólo espera
Que respete la natura.





GANADORES NACIONALES

SEGUNDO LUGAR NACIONAL

Yessenia Bama Ingala Challapa

Artesana

Alto Hospicio

TARAPACA



El viento andino tiene poder

Hoy es algún día de inicios de Febrero.
A lo lejos, tan cercanas, se acercan;
regresan:
Las nubes
tan grises, tan oscuras,
preñadas de agua,
cargadas de lluvia bendita,
de lluvia esperada todo un año,
se pintan en el cielo para deshacerse en gentil abundancia.
Para atizar los colores y traer la vida.
Despierta así nuestro pueblo esta mañana,
entre matas de habas y las tiernas quínoas.
Tras los pasos del viento va la rueda, la vida.
Aquí la vida.



Aquí los juegos, entre las dulces pasacanas.
Aquí el soplo del Sikuri elevando la danza de las Parinas.
Aquí los niños danzando a la lluvia de verano.
 Aquí, Puku Puku
 Aquí, Leke Leke.
Aquí el canto que despierta a los matices,
 Allá en lo más alto,
 El sueño de las quefiuas,
 El frío que congela el tiempo.
 El tiempo que olvida existir.
Tras las huellas de un sendero olvidado,
 tras los pasos de los antepasados:
 Las tierras que recorre la alpaca
hacia el río infinito en que desciende la llama.
Enciende el camino hacia el firmamento.
Florece mi alma el llanto de las llaretas
 Despierta el viento, ahora mi alma,
 Para florecer el llanto de las llaretas.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Andrés Oyarzo Sanchez
Arica
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA



Adiós a los olivos

Patriarca azapeño, de cabellera verde-gris
por el polvo del camino, por lo que has vivido.
Eterno olivo, de sombra frondosa.
Tronco duro, vetado, raíz de mi tierra.
Fruto de piel morena, ¡sabrosas aceitunas!
Coctail de mesa fina. Aceite virgen, sano.
En tu sombra grande, juegan y juegan los niños.
Subidos en las ramas, columpios de sueños nuevos.
Árbol centenario, tú viste desfilar la historia.
Por Saucache, Pago de Gómez, Atoca, Alto Ramírez,
Las Maitas, Sobraya, Azapa Grande.



El clima benigno y la buena tierra,
atrajeron ambiciones nuevas,
monopolios extranjeros,
semillas híbridas y transgénicas.
Usurparon tu casa, arrasaron los surcos.
No respetaron tu sombra, empañaron la belleza.
Cómo sufre la tierra cuando te arrancan de sus brazos.
Llorará la blanca luna en noches deshojadas.
Mostrando colmillos de muerte, la sierra eléctrica ríe.
Segando tus ramas, mutilando tus raíces.
Desamparado olivo, sólo podemos defendernos,
Con la pluma de mis versos, con tu voz callada.
Los pajarillos no cantan. No hay huertos de olivos.
El hombre omnipotente también destruyó sus nidos.
¡Qué amargo recuerdo! En su última noche,
lloró Nuestro Señor al amparo de un olivo.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Víctor Santiago Liberona Cartes
Jubilado
Iquique
REGIÓN DE TARAPACÁ



Fiestas patrias en el campo

Amanecer trabajo temprano
comienza el día con juegos
trompo que baila en el suelo
emboque que acierta al vuelo
volantines que surcan el cielo
remolinos volátiles plumeros
huasos, chinitas con apero
manta, sombrero de cuero
peinada trenzas en el pelo
guitarra melodía pandero
cueca que acompaña mi pañuelo
postura en ristre con sombrero
zapateo con paso certero
al palo, carne de cordero
arpa, guitarra, violoncelo
tonadas cantaba mi abuelo
sentado junto al brasero
mate caliente zalamero



rodeo con lazo corralero
carreras de caballo al pelo
palo encebado, juego de ranas, tejos de acero
chanchito de greda, artesano obrero
cazuela de ave, cordero
empanada, anticucho parrillero
brasas de carbón casero
chicha, ponche, vaso vinero
bandera que ondea al vuelo
niños, papás, abuelos
pasto, animales, potrero
vacas, caballos, corderos
rural ambiente dieciochero
campo chileno, te quiero





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Eduardo Antonio Soto Pedraza
Antofagasta
REGIÓN DE ANTOFAGASTA



Mi amigo coipo

No hay chileno más patriota,
que aquél que calza ojotas;
ojotas en invierno y estío
porque aunque afuera haga frío,
sale a por su sustento,
que está afuera, do barlovento.

Mas, no chista ni reclama,
agradecido siempre de la Pachamama,
que granos y carnes provisiona,
amén una que otra comilona.

La historia que hoy trazo,
es de un amigo huaso;
José le pusieron por nombre,
su padre por ser hombre,
de tradiciones y usos campestres,
donde siempre el crío maestro,
lleva las señas del Padre;




quien orgulloso cuenta al compadre
de tan loable nueva noticia
que le da la nodriza.


Creció entre vacas y caballos,
lechugas, acelgas, remolacha y zapallos.
Chaval sencillo y nunca ufano,
su espíritu siempre fue diáfano.
Coipo le llamaron por velludo,
José trabajó el arado rudo,
la rastra y el azadón,
ducho en laborar cual peón,
siempre presto a sacar adelante,
su familia como nuevo comandante.

El amor conoció con Rosa,
compañía en la vida azarosa;
mujer de esfuerzo y trabajo
que no gustaba del relajo.
Se casaron pronto sin contratiempo,
gritaron su dicha al viento,
tan grande fue la alegría
que lluvia cayó ese día;
la tierra se mostró serena
hasta un brindis hizo amena.

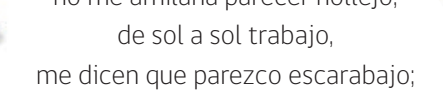




Si bien no tuvieron hijos,
plenitud no faltó, tampoco regocijo,
por vivir siempre en armonía,
dirigiendo sus obras con melodía.
Los vaivenes los hicieron oportunidades
y, para todos, tuvieron bondades.
Personas de bien ambos fueron,
Hijos Ilustres entrambos los declararon,
Por discurso sólo se oyó:
"Somos como cualquier roto criollo".



Hace poco lo vi andando,
en su caballo blanco galopando;
algo demacrado de tanto andar,
su semblante me hizo preocupar.
Siempre altruista es mi amigo,
me habló de su trigo
de Rosa y su hacienda,
la sociedad y sus enmiendas.
A continuación vengo a mostrar,
sus palabras que hacen pensar.



“Es cierto que estoy viejo,
no me amilana parecer hollejo,
de sol a sol trabajo,
me dicen que parezco escarabajo;
me preocupa quién seguirá cultivando,
pues pocos vecinos van quedando.
A la ciudad deciden partir,
será que les gusta dormir,
arreglarse y andar de salva
y no levantarse al alba”.

“Me han ofrecido que foreste,
que plante pinos y eucaliptus.
Cómo dice tal disparate, replico
Esta tierra es muy fértil,
La gente pobre quiere pan
Para el pan falta trigo,
Así que trigo siembro hoy,
Y mañana también pa'l pueblo
Ambicionar no es lo mío,
Sino sembrar pa' tener cosecha”.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Aliro Caupolican Flores
79 años. Profesor Rural Jubilado.
Combarbalá
REGIÓN DE COQUIMBO





Regreso

Hoy he vuelto de nuevo hasta la Villa
donde antaño jugué por sus estancias,
esas calles de polvo y de rosales
adosados al borde de las tapias.
En el amplio portal donde la abuela
por las tardes sus trenzas desflecaba
hay un muro de gris indiferencia
y un portón que me aísla de la casa.
Mas, sueño que su amor está presente
- aunque finan sus ojos la distancia -
en recuerdos que afloran jubilosos
y en el verbo cordial de su alma blanca.
Mi madre debe andar por la campiña
en busca de miel, huevos y manzanas
que el domingo, al pasar el tren nortino,
venderá en la estación por buena paga.
Mis hermanas, la Irma con la Fresia,



seguro que me esperan en la plaza
para hacer junto al Niño de la Pila
buquecillos de luz y de esperanza.
La ternura mayor de sus cuidados
es vigía sonriente de mi infancia
que después corretea bajo el Olmo
a saber de otros años, de otras ansias.
Hela aquí que la Iglesia se despeña
en rumores alegres de campanas
invitando a los niños y a los viejos
para el Mes de María, que nos llama.
¡Ay, mi Dios, cómo duelen los recuerdos
en las sienes que van quedando blancas!
Y el cansancio de músculos y huesos
en la voz funeral de otras mañanas.





Y otra vez la guitarra cantarina
donde el río sonriente me reclama
para ser un narciso en su ribera
O un jolgorio de risas en el agua.
¡Cuántas veces las tardes de mi pueblo
con aromas de menta y de retamas
orientaron mis pies de niño pobre
hacia un blanco horizonte de montañas!
Son las mismas que acogen estos versos
y la estrofa de angustia desatada;
y la piel y los huesos y la carne
que en cien lustros otean la distancia.
Los amigos del ayer... ¿Dónde esperan?
De las calles el polvo... ¿Dónde clama?
De la escuela sus niños... ¿Dónde juegan?
Y el rumor de las hojas... ¿Dónde canta?
Es muy cierto: la vida presurosa
es tan sólo una brizna desolada
que, de pronto, nos llama hacia la fosa
con la voz funeral de igual campana.
¡Alabado sea mi Dios porque la aldea
es la misma en los ojos de la infancia!
Solamente ha embargado la tristeza
esta angustia tan tonta... ¡Y estas lágrimas!

SEUDÓNIMO: "A L C A F L Ñ"



GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Lida Alejandra Ramírez Biddau
Viña Del Mar
REGIÓN DE VALPARAÍSO



Campo

Las tardes tras la siembra,
cercanas al balbuceo,
abrigarán el deseo
en esos valles de hierbas.
Por sus extensiones: piedra;
toda buena circunstancia
el rumor vuelve distancia,
mas, el perdido lamento
va muriendo en fragmentos,
sin ademanes ni ansia.

Campo, colmado de señas
creando muchos abrojos
desocultos para ojos
que el oficio enseñan.
Los hábiles se empeñan
rondando con la pupila
allí y allá trasquila



la mano del buen sembrador
hasta que todo alrededor
es tierra que bien sigila.


Tarde que algo vislumbra:

Allí, se va el momento
cubriendo el firmamento:
veloz, como acostumbra.
Cuando el fogón alumbra
la memoria queda ciega,
es tanto lo que reniega
que parece sólo fulgor.




Un suspiro exhalador
expulsa lo que delega.

Campo, de augurios pleno
en silencio y altivez
besa la frondosa rojez
en los azules sin freno.
Van tiñendo el terreno
El verde, el amarillo,
Se llevan cual lazarillo
esa luz del sol poniente
recordando que se siente
el horizonte en el brillo.

Cuando hechas flor y fruto,
albas y clarear detallan,
los establos algo callan



del divino usufructo.
Dando un total tributo
a ese pacto eterno,
el vendaval del invierno
las horas las vuelve agua,
usando para su fragua
su humedecer fraterno.



Campo, de espaldas recias
más allá del sufrimiento
sin hacer un aspaviento
duro trabajo arrecian.
Nunca aquellos desprecian
que la tierra es la noria,
la vida y la memoria
para hombres laboriosos,
y recuerdan silenciosos
lo divino de su gloria.

Expira al anochecer
lo que va siempre cambiando
y se nos va acabando
bella luz de atardecer.
Tierra vuelta a palidecer,
en ademán lo profundo
se vuelve negro trasmundo.
El olor vuelto entraña
es del lugar la compañía
remanso de otro mundo.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Iván Pineda Basso
Las Condes
REGIÓN METROPOLITANA



Amor extremo

Quien entiende los misterios del amor
Yo que soy nacido en el austral rigor
Criado en la estepa el coirón y el viento
Testigo de la nieve y el negro yacimiento
Baqueano y ovejero... arriero interminable
Jugador de truco, mate y estancias entrañables.

Crecí por la plaza, entre Bories y Los Eslavos
Y tuve tantos amigos de apellidos yugoslavos.
En verano, días dorados, alborada y tornaluz
Invierno, sombras largas, frío... falta de luz.
El destino me ha llevado de mi tierra pionera
A la nortina ciudad de la eterna primavera



El ambiente es amable y mi alma sureña
Ha visto en el paseo a una hermosa lugareña
Su magnetismo me invita a seguirla sin desmayo
Voy tras ella por el paseo Veintiuno de Mayo
No quiero ser rotundo, ni tampoco apologista
Pero creo que tal vez fue amor a primera vista.




Hablarle me emociona y es raro lo que siento
Nos invade al parecer un mutuo sentimiento
El mundo se detiene y la conversación aflora
Y en un placentero charlar pasaron tantas horas.
Ella adora su región y su norte radiante
Yo le cuento de mi sur y de su viento constante.

Del estrecho tempestuoso y su cruce estoico
Ella... sube a la cumbre de su morro heroico
Sus rasgos nortinos y su piel morena clara
Son la alegoría de una princesa aymara.

¿Como percibirá mi rostro curtido por el puelche?
¿Pensará que desciendo de un gran jefe tehuelche?
¿Se cruzaron nuestros caminos por un azar inadvertido?
¿O se juntaron nuestras almas por causa de Cupido?
Me habla del valle y de sus grandiosas aceitunas
Yo la invito a Las Torres y sus hermosas lagunas.





De la Virgen de las Peñas ella es activa legionaria
En mi zona quien nos guía es la madre Candelaria
Me invita un plato típico que es el guiso de albacora
El cordero magallánico es mi opción más tentadora.

Ella no abandonará su pampa con sus cicatrices
Yo no me alejaré de la Patagonia que son mis raíces.

Veo la iglesia de San Marcos y su gótico torreón
Pienso en mi plaza con su insigne indio patagón.
¡Me deleita un guiso! Carne de llama y tomate
La invito a mi tierra y a probar el calafate
La energía de sus bailes, costumbres y diabladas
Me recuerda mis fiestas, asados y jineteadas

La fiesta Pachamama en el pueblo de Copaquila
Evoca mi tierra fueguina y su fiesta de la esquila.
Ella creció entre desierto, praderas y bofedales
Yo cabalgué en la estepa, llanura y coironales
Escala a Visviri, lo más al norte que se puede llegar
Yo cruzo a Williams, no hay más austral que este lugar.

El amor echó raíces en mi alma, no lo puedo negar
Ella dice que me adora y no me podría abandonar
Yo pido su mano y propongo vivir en mi región
De ninguna manera. No acepta esta condición.
Insisto, comparte mi vida en mi zona austral
De mi norte no me muevo... es mi decisión final.



Me quedo soltera. No renuncio a mi amada tierra
Adiós entonces... la puerta del amor se cierra.
Quédate con tu pampa y tu Chungará altioplánico
Prefiero mis glaciares y canales magallánicos
¡¡Cupido estúpido, como juntas dos almas problemas!!
¡¡No es posible unir corazones de zonas extremas!!



Me saco este sentimiento y mejor la olvido
Para ella... ojalá nunca me hubiera conocido.
Me voy con pena. Me consuelo con un mate amargo
A ella, una agüita de tamarugo la alivia de su letargo.
A pesar del tiempo, no la puedo sacar de mi cabeza
Ella todo el día lo recuerda con tristeza.

Uff, verla de nuevo... sería una gran alegría
¡Si la pierdo, ni pensarlo, qué terrible agonía!
Basta de palabras, mejor me vuelvo a buscarla
Y... Ella ruega para que pueda encontrarla
Corro como un loco al lugar donde la conocí
La diviso... se ve linda con sus labios carmesí.

Sus miradas coinciden y como reflejo condicionado
Sus brazos se buscan y se cruzan apasionados
En medio del paseo, el beso dura una eternidad
Los corazones palpitan en amorosa ansiedad
Pero en la emoción, asoma un lúcido recuerdo
Que para seguir, es preciso llegar a un acuerdo.





¡Vivir aquí, con este clima seco me parece burdo!
A ella, vivir en el frío austral le parece absurdo
Por amor, hay que tomar una decisión cerebral
¿Nos mudamos entonces a la zona central?
Me gusta la idea, me da buen presentimiento
Sí, buen entorno para cultivar este sentimiento.



¿Cambiará nuestra vida en el centro del país?
¿Cultivaremos verduras, frutas o maíz?
¡Ya no bailaré más esos huaynos nortinos!
Y yo mejor olvido los chamamés fueguinos.
¿Vestido floreado? No me imagino en esa facha
Y yo... ¡¡Sin boina, sin facón y sin bombachas!!

Al fin... doblaron campanas de casamiento
Ha pasado tiempo y digo que no me arrepiento
Ella está feliz y está cumpliendo un sueño
Porque al fin su corazón ya tiene dueño
Esta historia terminó bien pero no nos fiemos
Pues no es fácil unir... ¡¡los amores extremos!!



GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Angélica Alejandra González Guerrero
Encargada de biblioteca / Estudiante de Bibliotecología / Poeta
Rengo
REGIÓN DE O'HIGGINS



Niños de campo

Los paseos en bicicleta por los rincones del campo,
Los juegos en las acequias sin agua donde fumábamos las cañas secas de pastos,
Escondidas para que las madres no nos descubrieran.
Jugábamos fútbol con amigos y amigas pateando la pelota sin ruta definida
como la niñez que alucina con esos pestaños delgados de los cuentos.

Corríamos, en verano nos bañábamos en los canales llenos de barro
recolectando hojas y sapos en botellas plásticas para guardarlos como amuletos,
Éramos niñas y niños de ocho años que tomaban las primeras leches
de las vacas en los corrales de los abuelos.
Jugábamos a cazar saltamontes en los pastizales maduros del manzano
donde las manzanas caían sobre nuestras manos hambrientas.

Carcajadas largas como caminos polvorientos,
Llenaban el recuerdo de esas tardes sentados bajo el sauce llorón
dando maíz a los polluelos y a las gallinas de cuello pelado,
Mi abuela gritaba tiquitiquití a los pollitos más traviosos,
y mi abuelo junto a mi hermana pelaban los porotos granados.





Las uvas colgaban de las parras perfumando todo el patio
donde los perros librereros lamían sus sueños
esperando que el amo silbara para salir al cerro.
Recuerdos que no desaparecen con el rumor del futuro,
Son huellas del alma que los hombres no borran.



Éramos niños de un pueblo rural que corrían
sobre las piedras y el barro del camino largo
por donde pasábamos de día y de tarde para llegar a la escuela
donde asistían sólo 24 alumnos que tomaban la leche con galletas.
Niños que esperaban la campana para partir de regreso a casa
donde la abuela esperaba bajo el umbral de la puerta de madera
y dar la bienvenida después de la escuela.

Las rosas formaban cadenas coloridas sobre las rejas de aquellas casas de adobe
que esperaban la procesión de la Virgen María.
Se presentaban los cantos y los rezos para las cosechas,
los niños arrodillados con las manos encendidas hacia el cielo,
mientras los ojos de la virgen descendían sobre los hombres campesinos
que guardaban las chupallas entre los dedos mojados.
Las mujeres sostenían la imagen de esa inmaculada virgen
para que los círculos del espíritu rural se extendieran por las venas de la tierra.
Olemos a pueblo, a pastos maduros, a abuelos, a niños de ocho años
Olemos a vida y a luz de años que aún no envejecen,
Somos niños que han dejado el viaje para anclar el alma en el recuerdo de ese campo.



GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Carmen Gabriela Albornoz Rodríguez
Talca
REGIÓN DEL MAULE




El vino no es culpable

En la tierra donde he nacido
campo de aromas florecido de sabores cultivado
campo del presente y campo del pasado
con verdes colinas, donde ha surcado el arado
hay viñedos acusados de delirios y amoríos
pues su fruto prohibido en barricas demolido;
es jarabe para penas, es valor para el cobarde
es cariño pa' compadre, y dolor para el culpable
también es gesto amable pa'l desconocío
pa'l que viene de muy lejos y también pa'l entumío
este tinto no ha querido ser causante de dolores.

Él entrega sus sabores acariciados por lagares
recipientes de tantos llantos y pesares
no es su culpa si el que bebe, la sangre lo traiciona
si el sentido lo abandona o pierde sabiduría
si se transforma en osadía o tal vez en rebeldía
el vino no tiene culpa de sollozos y lamentos





de falsos juramentos, y de amores pasajeros
el vino sólo es culpable de ser un sabio consejero
es un viejo curandero atrevido e insolente
que revuelve toda la mente del que anda enfureció
deja confundió, atonta'ó y reprimió
hasta te deja dormi'ó y se roba los recuerdos
como el más hábil ladrón, te calma el corazón
él goza de sabiduría, pero el que olvidar quería
sigue llorando al otro día.


Este ramo de enloquecidos versos,
honraron la sangre de la parra
con una copa y una jarra
con mi voz y mi guitarra
cantaré mis sentimientos
bailarán felices los vientos
vendrá el hombre contento
a ganarse el sustento,
y cortará con mano firme
la vejez de los sarmientos...

Hoy el vino está cautivo
y de pies y manos fue amarrado
muchos hombres lo condenaron
en lagares encerrado
grita fuerte y desesperado
¡¡que venga un abogado!!
¡¡pues yo no soy culpable de todo lo acusado!!



Francclin Caicedo

El mar se pasea de un lado a otro. Cruza calles.
Sube camiones recorre provincias pasa de una mano a otra
Se sienta en la mesa humea apetitoso sonrío.
Mira a todos lados.
Por momentos se cohibe y luego pide vino a gritos.
Después
Los pantalones firmes la sorpresa aguardando
Un beso una caricia de olas la sorpresa aguardando.
Francclin Caicedo es de los hombres que saborea mar
Por todos los barrios. Es el que riega las plantas
Y da de comer a las gallinas. Es
El que se sienta en pequeñas sillas de madera
El que abre ventanas
El que prende carbón de tarde en tarde
Y que
Se deja caer por la Alameda con su mejor traje y observa
De cerca muy de cerca



Lo imperceptible de los seres humanos de los seres
Que se mueven alrededor.
El mar entonces se llama Juan y Antonio y Andrés
Y Pedro y Tomás y Pablo y se pasea por todos los puertos
Y caletas.
El mar se llama Francklin y se pasea por balcones
Por contornos
Por hondonadas malolientes. Recorre calles cortas
Zaguanes
Conventillos y allí y acá y por todos lados
Va dejando el buen recuerdo de sus manos y del viento
Que ha de venir el recuerdo de las estrellas e incluso
El desamparo dolido
De las ventanas corridas y sin vidrios de las noches
Solas y tristes
Del sol abandonado. Sin embargo el mar a veces
Se llena de agujeros
Los marineros se vuelven más tristes
Los soles se pierden en fondos inútiles y tú
Con rabia me señalas lo que cuesta vivir en este mundo
E igual que el mar te vienes crujendo te vienes
Con olor a cerveza te vienes
Con una soledad inmensa.
No es por nada pero cada vez que te miro a los ojos
Francklin
Espero en vano la alegría
Porque sólo veo una existencia
Despedazada una cuesta explotada una callejuela
Sin vida y un vacío y nada
Nada más.

El apocalipsis de las carretas

In memoriam...

I

Carreta. ..

Alma viviente de la selva,

Lingue, laurel, roble, tepa...

¿Por qué el labrador te ha dejado

Sepultada en rincones olvidados?

¡Cuántas veces te imaginé un carruaje de princesas

y de príncipes de cuentos de otras eras!

Para tu existencia,

Bondadoso el bosque entregó su ofrenda

¿Acaso el llanto lastimero de tus ruedas

Presagiaban el fin de tu inminente carrera

Y el lacerante olvido de tu amigo campesino?

Carreta...

Lingue, laurel, roble, tepa...



II

Perezosas avanzan las viejas carretas,
Con lastimeros gemidos entre ásperas sendas,
Los ejes de fierro, entre corroídos, sostienen las ruedas
Y las barandas dan cuenta de vetustas maderas.

Los labriegos luciendo sus simples atuendos:
"chalitas al nervio" y de paja el sombrero.
Con severas garrochas picanean el trasero
De los pobres brutos calificados de "lerdos".

Los bueyes, sumisos, no saben de queja,
Obedientes trasladan la última cosecha.
Elpreciado trigo tendido en la era
Debe ser llevado a la estrecha bodega.

Un labriego canta una canción ochentera
A unísono con su vieja carreta.
La cazuela y el vino aderezan la mesa
¡El pan ha llegado a la sementera!

El tiempo se ha ido entre recuerdos y olvidos
Y hoy levanto mi copa para aplacar mi martirio
Una leve sonrisa le arranco a mi amarga tristeza
Para brindar en memoria de mi vieja carreta.



III

Carreta que fuiste mía
Noble vehículo de mi andar de niña
Busco y busco tus huellas
Por estas ásperas vías.
Carreta de mi infancia
Jamás consolé tu herida
Ni supe darme cuenta
De tu canto de agonía.
El pro-greso te ha humillado
Por tu caminar cansino
Y como un traste viejo
Te ha desterrado del camino.
Peregrina de múltiples senderos
Arrastraste el polvo de los siglos
¿Dónde estaba el campesino
En el momento de tu exterminio?

IV

He venido vestida como se visten las viudas
Para cavar sepulturas de rastras oxidadas
De arados, de "lartas" y carretas.
El silencio de un par de bueyes
Acompañan mi tristeza.
Mientras el campo se invade
De tractores y camionetas.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

Susana Alejandra Altamirano Vargas
Río-Bueno
REGIÓN DE LOS RÍOS



La mujer en el campo

A esa mujer de campo
Le saco el gorro
Por ese trabajo esforzado
Con su marido se dan apoyo.

Se dice que la mujer
En su casa no trabaja
Que sólo es una rutina
Se levanta con la luz del alba.

La ordeña de costumbre
su alimentación a las aves
haciendo uno que otro queso
y a desayunar aún no se sabe.



A varios metros de la casa
Se busca agua en balde,
Para el sustento y regar
Quien se preocupa es la madre.



El padre labrando
La mamá cuidando a sus hijos
Para cuando lleguen en la tarde
Estarán sus hijos ya dormidos.

Para esas frías tardes,
El olor a fritura empieza a salir
Unas sopaipillas con picarones
En aquella mesa se van a servir.

Con sus cuerpos ya cansados
Descansan en su cómoda cama
Para afrontar un nuevo día
Dándole gracias a Dios que los acompañe.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

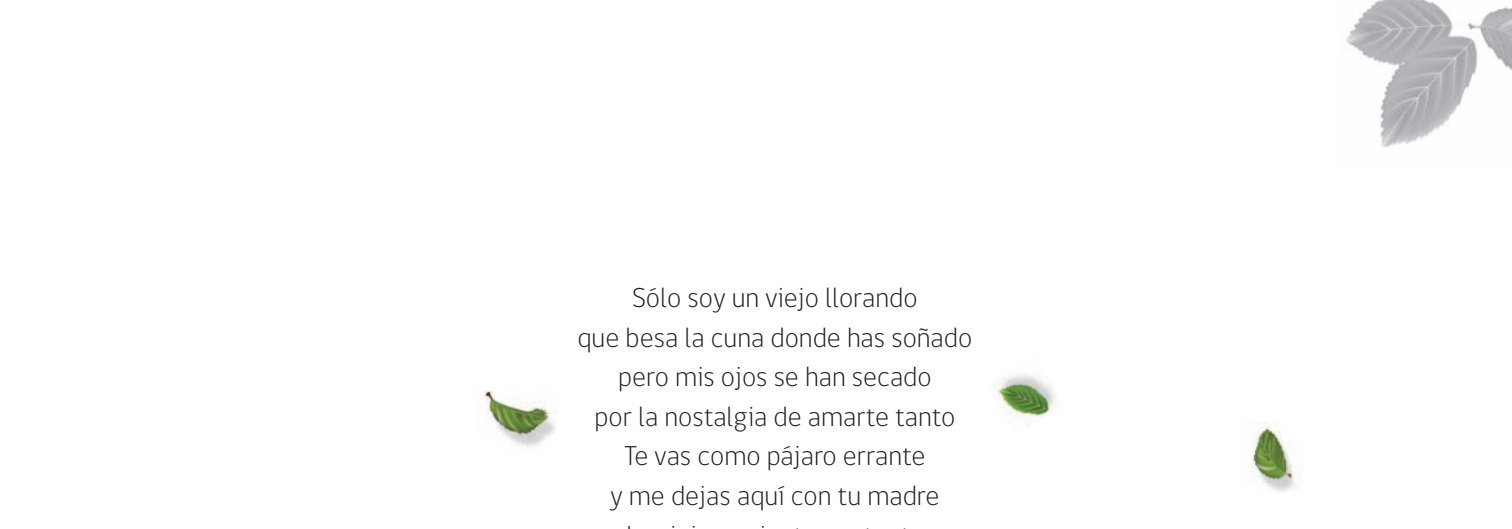
Marcela Alejandra Oporto Ulloa
Estudiante universitaria
Río Negro
REGIÓN DE LOS LAGOS



Añoranza del labrador

Vi en tus ojos que te marcharías
Desde el momento en que naciste
Aunque hoy lloré tu partida
sé que tú también estás triste
Quisiera que nos quedemos siempre
aferrados a nuestras tierras
pero el otoño es seco y se lleva
la mejor de mis cosechas

Vé hija hacia tus sueños
yo me quedaré labrando el campo
como lo hicieron mis padres
y también mis hermanos
Me quedaré medio muerto para siempre
Porque sé que debes seguir tu camino
Y ya es hora de que dejes el nido
a mí más allá me espera la muerte



Sólo soy un viejo llorando
que besa la cuna donde has soñado
pero mis ojos se han secado
por la nostalgia de amarte tanto
Te vas como pájaro errante
y me dejas aquí con tu madre
La vieja se siente contenta
pero por dentro el pecho le arde

Y aquí nos quedaremos solos
ya tus hermanos se han ido
qué orgullosos nos sentimos
qué dicha es haberte tenido
Serás lo que aquí nadie ha sido
pero donde vayas serás mi niña
la que me ayudaba con los pollos
la que alimentaba a las gallinas

Siempre le rezaré a Dios por ti
y cuando vuelvas de la ciudad
te abrazaré con toda mi alma
para quizás no dejarte escapar
quién me llenará con su sonrisa
ya ni el gallo cantará
se ha ido la alegría de la casa
se ha ido a la universidad



Sólo soy un viejo cansado
no me hagas caso con estas cosas
ya se me pasará la pena hija
sólo sé que eres mi mariposa
quien irá corriendo a encontrarme
cuando iba al pueblo a comprar semillas
y tus piernas apenas se veían
entre el pasto de la alegría

Quién gritará mi nombre para almorzar
y me dirá mil te quiero simultáneos
sólo soy un hombre que con los años
se ha puesto más llorón de lo normal
pero este campesino no vio el tiempo
cómo volaron los años en cada siembra
mi pequeña luz ya es una hoguera
y debe por si sola brillar



Siempre habrá un viejo esperando
cuando oiga la tranca sonar
y no podrá evitar abrir los brazos
para echarse a llorar
sólo soy un hombre de campo
huaso, bruto y trabajador
pero mi niña se nos va de la casa
y con la vieja se nos parte el corazón

Tú serás siempre nuestra hija amada
Aquella que baila entre las rosas
Si es tu sueño irte a estudiar
Quiénes somos para romper las olas
Hijita mía cuídate mucho
Aquí estaremos esperando
Que nos devuelva tu sonrisa
La alegría de mi canto.





GANADORES REGIONALES
MENCIÓN HONROSA

José del Tránsito Vidal Barria
Técnico Contable
Aysén
REGIÓN DE AYSÉN



Blanca Rosa, madre

Flor de jardín, luz de primavera,
Es lo que fuiste, es lo que eres,
La hermosa y dulce compañera,
De quien te ama y te quiere.

Rosa transparente, cristalina,
Blanca como la nieve eterna,
Extraño el no verte día a día,
Tu ausencia es mi tristeza,
Te extraño, madre querida.

La miel de tu vida, tu enseñanza,
Tu dulzura fue mi camino,
Tu tristeza fue mi esperanza,
Tu amargura, mi gran destino,
El brillo de tus ojos, mi añoranza,
Tus lágrimas derramadas fue mi nido,
Tu mirada es la bondad y tu calma,



La huella de tus pasos ha dormido
Tu silencio es la paz de tu alma.

Compartes la tumba junto a tu marido
Floreces en primavera, Blanca Rosa
Con el riego del canto de Clodomiro,
La luz llega a tu cuerpo flor hermosa.
Regocija tu espíritu, jamás tendrás un olvido





Abuelo

Muy al norte de mi pampa
en los montes de araucarias
donde el cielo se hace lago
y el río se hace cascada

Donde el viento lleva triste
alguna queja araucana
y el canelo evoca al sol
las viejas glorias indianas

Donde la quila se cruza
para atajar la esperanza
y el machete es la sonrisa
de una fe no quebrantada

Allí donde los copihues
y los maquis se desangran
allí donde el verde es verde
y los pájaros no callan



Allí fue que alguna vez
junto al volcán y las aguas
tuve un abuelo campero
que llegó un día de España



Tuvo un sueño de colono
realizado en siembra y parva
en selva virgen y bueyes
en pasto y tierra mojada



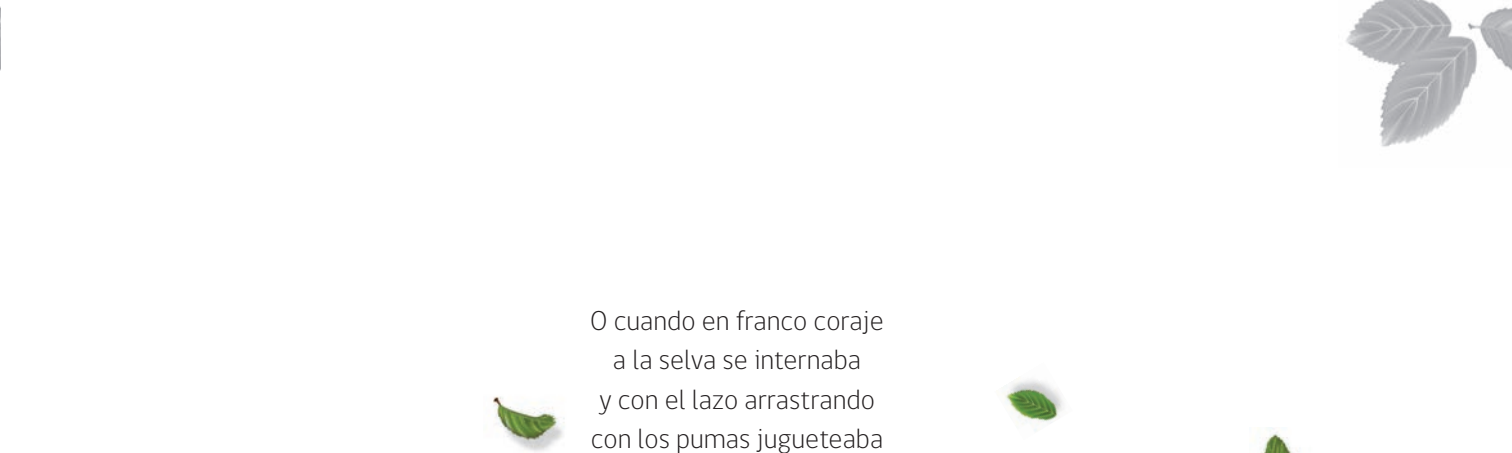
Se hizo criollo en el cuidado
de sueños y vacas bravas
y fundó su rancho y casta
entre manzanos y parras

Me parece haberlo visto
con su majestuosa talla
cabalgando por el monte
cruzando por la quebrada

Con chaquetilla y sombrero
con sus espuelas templadas
con una manta en el hombro
o una faja coloreada

Me parece haberlo visto
apartando a las pechadas
o domando algún bagual
con paciencia y con agallas






O cuando en franco coraje
a la selva se internaba
y con el lazo arrastrando
con los pumas jugueteaba

Me parece haberlo visto
con los ojos de mi alma
a la luz de las historias
que mi madre me contara



Porque no lo conocí
nunca escuché su palabra
nunca le tomé la mano
y nunca le di las gracias

Y ahora que él ya es ausencia
en los montes y quebradas
recién he podido verlo
en unas fotos gastadas

Después de una eternidad
he podido ver su cara
¡pero ya lo conocía!
pero así lo recordaba



Porque me habló de su tierra
cuando mi madre me hablaba
porque me tocó la frente
cuando ella me acariciaba



Porque sigue estando vivo
en los montes y las aguas
en el cantar de las diucas
y en los maizales que danzan

Y está esperando por mí
esperando que yo vaya
a conocer el paisaje
al que le entregó su alma

El suelo de Villarrica
tiene su huella grabada
hablando en clave de esfuerzo
¡Y yo voy a descifrarla!

Algún día habré de andar
los caminos que él andaba
y entonces el viento puelche
me contará sus hazañas







ORGANIZA



PATROCINAN

